Dios no es bueno

Alegato contra la religión

CHRISTOPHER HITCHENS

Traducción de
Ricardo García Pérez

DEBATE

Título original: *God is not Great*

Primera edición: marzo de 2008

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8306-765-9
Depósito legal: B. 8.387-2008

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.
Impreso en Novagrafik
Vivaldi, 5. Montcada i Reixac (Barcelona)

Encuadernado en Imbedding

C 847659

Para Ian McEwan
con un plácido recuerdo de
La Refulgencia

Índice

Oh, agotadora condición humana,
nacida bajo una ley, destinada a cumplir otra;
engendrada con una vanidad que no obstante se le
[prohíbe,
concebida enferma y a la que se ordena vivir sana.

FULKE GREVILLE, *Mustapha*

¿Y de verdad crees que Dios confió a unas hordas
agusanadas, fanáticas y muertas de hambre como
[vosotros
semejante secreto y me lo negó a mí?
Muy bien, muy bien, ¿qué importa? ¡Creed también
[en eso!

OMAR JAYYAM, *Rubaiyyat*

Morirán en paz, se extinguirán dulcemente, pensando en ti. Y en el más allá solo encontrarán la muerte. [...] Pero nosotros los mantendremos en la ignorancia sobre este punto, los arrullaremos prometiéndoles, para su felicidad, una recompensa eterna en el cielo.

El gran inquisidor a su «salvador» en
Los hermanos Karamazov

Agradecimientos

He estado escribiendo este libro durante toda mi vida y me propongo seguir escribiéndolo, pero habría sido imposible elaborar esta versión sin la extraordinaria colaboración entre el agente y el editor que me lo permitieron (me refiero a Steve Wasserman y Jonathan Karp). Todos los autores deberían tener amigos y aliados tan cuidadosos y cultos. Todos los autores deberían tener también buscadores de libros tan sagaces y decididos como Windsor Mann.

Mi viejo amigo de la escuela Michael Prest fue la primera persona en dejarme claro que, aunque las autoridades nos obligaran a asistir a las oraciones, no podían obligarnos a rezar. Siempre recordaré su postura erguida mientras los demás se arrodillaban o se inclinaban con hipocresía, y también el día que decidí unirme a él. Todas las posturas de sumisión y entrega deberían formar parte de nuestra prehistoria.

He tenido la suerte de contar con muchos tutores morales, tanto formales como informales, muchos de los cuales tuvieron que soportar considerables pruebas intelectuales y dar muestras de una notable valentía con el fin de romper con la fe de sus clanes. Algunos de ellos todavía correrían cierto peligro si los nombrara, pero debo reconocer mi deuda con el difunto doctor Israel Shahak, que me introdujo en Spinoza; con Salman Rushdie, que en una época muy oscura prestó un valiente testimonio en favor de la razón, el sentido del humor y el lenguaje; con Ibn Warraq e Irfan Khawaja, que también saben algo sobre el precio que hay que pagar; y con el doctor Michael Shermer, el auténtico modelo de fundamentalista cristiano rehabilitado y recuperado. Entre las muchas otras personas que han demostrado que la vida, la inteligencia y el razonamiento comienzan precisamente en el

lugar donde termina la fe, debería rendir homenaje a Penn y Teller,* a ese otro asombroso destructor de mitos y fraudes que es James Randi (un Houdini de nuestro tiempo) y a Tom Flynn, Andrea Szalanski y a todos los demás miembros del personal de la revista *Free Inquiry*. Me siento en deuda con Jennifer Michael Hecht después de que me enviara un ejemplar de su extraordinario libro *Doubt: A History*.

A todos aquellos que no conozco y que viven en los mundos en los que la superstición y la barbarie todavía prevalecen, y a cuyas manos confío que pueda llegar este libro, les ofrezco el modesto apoyo de una sabiduría más antigua. Es esta en realidad, y no ninguna otra prédica arrogante, la que llega a nosotros al salir del torbellino: *Die Stimme der Vernunft ist leise*. Sí, «La razón habla en voz baja». *Pero es muy persistente*. En esto y en las vidas y mentalidades de luchadores conocidos y desconocidos, depositamos nuestra principal esperanza.

Durante muchos años me he interesado por estas cuestiones junto a Ian McEwan, cuya obra exhibe una extraordinaria capacidad para esclarecer lo misterioso sin ceder ni un ápice a lo sobrenatural. Él ha demostrado con sutileza que lo natural es suficientemente maravilloso para cualquiera. Fue en algunas discusiones con Ian, primero en aquella remota costa uruguaya en la que Darwin desembarcó para tomar muestras y posteriormente en Manhattan, donde tengo la impresión de que empezó a germinar este ensayo. Estoy muy orgulloso de haber solicitado y obtenido su permiso para dedicarle estas páginas.

* Dúo de ilusionistas y comediantes estadounidenses cuya fama se ha incrementado gracias a un programa de televisión de éxito, *Bullshit!* (en inglés, «¡Patrañas!», «¡Gilipolleces!» o «¡Tonterías!»), que emite desde 2003 el canal FX. El programa se caracteriza por el libertarismo y el escepticismo, y pretende disipar lo que califica de mitos y mentiras sobre varios temas políticos, sociales, y religiosos. *(N. del T.)*

1

Dicho sea suavemente

Si el lector o la lectora de este libro quisiera llevar más allá la mera discrepancia con su autor y tratar de detectar los pecados y deformaciones que le animaron a escribirlo (y ciertamente he advertido que aquellos que alientan en público la caridad, la compasión y el perdón tienden a adoptar esta línea de acción), entonces no tendría que discutir únicamente con el incognoscible e inefable creador que, presuntamente, decidió crearme como soy. Tendría también que mancillar la memoria de una mujer buena, honesta y sencilla, con una fe sólida y sincera, llamada Jean Watts.

Cuando era un niño de unos nueve años y asistía a un colegio de los confines de Dartmoor, al suroeste de Inglaterra, la misión de la señora Watts consistía en instruirme en ciencias naturales y también en historia sagrada. Nos llevaba a mis compañeros y a mí a dar largos paseos por una zona particularmente bella de la hermosa tierra en que nací y nos enseñaba a distinguir las diferentes especies de aves, árboles y plantas. La sorprendente diversidad que se podía hallar en un seto de arbustos; la maravilla de unos huevos descubiertos en un recóndito nido; cómo cuando te picaban las ortigas en las piernas (teníamos que llevar pantalones cortos) crecía muy cerca una balsámica acedera de la que echar mano: todo esto ha permanecido en mi memoria del mismo modo que el «museo del guardabosque», en el que los campesinos del lugar exhibían los cadáveres de ratones, comadrejas y demás alimañas y predadores supuestamente suministrados por alguna deidad no tan benévola. Si uno lee los imperecederos poemas rurales de John Clare, escuchará la melodía de lo que pretendo transmitir.

Más adelante, en otras clases, se nos entregaba un papel impreso encabezado con el epígrafe de «Busca en las Sagradas Escrituras», el cual remitía a la escuela la autoridad nacional competente encargada de supervisar la enseñanza de la religión. (Junto con las oraciones diarias, esta actividad era obligatoria y venía impuesta por el Estado.) Aquel papel presentaba un versículo aislado extraído del Antiguo o del Nuevo Testamento, y la tarea consistía en localizar dicho versículo y, a continuación, explicarle a la clase o a la maestra, de forma oral o por escrito, qué contaba el pasaje y cuál era la enseñanza. Me encantaba hacer ese ejercicio e incluso destacaba en él, hasta el punto de que (al igual que Bertie Wooster)* solía aprobar la asignatura siendo «de los mejores». Aquella fue mi primera introducción a la crítica práctica y textual. Yo leía todos los capítulos que precedían a aquel versículo y todos los que le seguían para asegurarme de que había captado «lo importante» de la pista inicial. Todavía soy capaz de hacerlo, en buena medida para incomodo de algunos de mis enemigos, y todavía respeto a aquellos cuyo estilo se desprecia a veces calificándolo de «meramente» talmúdico, coránico o «fundamentalista». Este es un ejercicio mental y literario óptimo y necesario.

Sin embargo, llegó un día en que la pobre y querida señora Watts se extralimitó. Tratando ambiciosamente de fundir sus dos papeles de instructora de la naturaleza y profesora de la Biblia, nos dijo: «Así que ya veis, niños, lo poderoso y generoso que es Dios. Ha hecho que todos los árboles y la hierba sean verdes, que es justamente el color que más descansa nuestra vista. Imaginaos lo desagradable que sería si, en lugar de hacerlo así, la vegetación fuera toda morada o naranja».

Y fíjese el lector en lo que aquella piadosa y anciana adivina consiguió con ello. Le tenía cariño a la señora Watts: era una viuda cariñosa y sin hijos que tenía un perro ovejero muy viejo que, de verdad, se llamaba Rover. Después de clase nos invitaba a golosinas o a merendar a su vieja y destartalada casa, que estaba cerca de la vía del tren.

* Bertie Wooster, famoso personaje de ficción creado por P. G. Wodehouse. *(N. del T.)*

Si Satán la escogió a ella para tentarme con el error, tuvo mucha más imaginación que la de recurrir a la taimada serpiente del Jardín del Edén. La señora Watts jamás nos levantó la voz, ni nos amenazó con la violencia (algo que no podía decirse de todos mis profesores) y, en general, era una de esas personas cuya memoria se honra en *Middlemarch*, de las que se puede decir que «el que ahora las cosas no nos vayan tan mal como podrían irnos, se debe en buena parte al número de los que vivieron fielmente una vida escondida y descansan en tumbas que nadie visita».

En todo caso, quedé francamente horrorizado por lo que nos dijo. Se me erizó el vello a causa del bochorno. A los nueve años yo no tenía la menor idea de lo que era el argumento del diseño inteligente, ni su opuesto, el de la evolución humana, ni de la relación entre la fotosíntesis y la clorofila. Los secretos del genoma permanecían tan ocultos para mí como lo estaban en aquella época para todos los demás. En aquel entonces, no había visitado enclaves naturales en los que casi todo se mostraba espantosamente indiferente u hostil a la vida humana, cuando no a cualquier tipo de vida. Simplemente *sabía*, casi como si tuviera acceso privilegiado a una autoridad superior, que mi profesora había conseguido confundirlo todo en tan solo dos frases. Son los ojos los que se adaptan a la naturaleza, y no al contrario.

No voy a fingir que recuerdo de manera perfecta u ordenada todo lo que sucedió tras aquella epifanía, pero en relativamente poco tiempo empecé a reparar en otras curiosidades. Si dios era el creador de todas las cosas, ¿por qué se suponía que teníamos que «alabarle» de un modo tan incesante por haber hecho algo que le salía de una forma tan natural? Aparte de otras cosas, me parecía servil. Si Jesús podía curar a un ciego con el que se topaba por casualidad, ¿por qué no curaba entonces a todos de la ceguera? ¿Qué había de maravilloso en expulsar a los demonios si acababan entrando en una piara de cerdos? Aquello parecía siniestro: era más propio de la magia negra. Con tanto rezo continuo, ¿por qué no había ningún resultado? ¿Por qué tenía yo que seguir diciendo en público que era un desgraciado pecador? ¿Por qué el asunto del sexo se consideraba tan pernicioso? Desde aquel entonces, he descubierto que estas objeciones ingenuas e infantiles son muy habituales, en parte porque ninguna religión

puede atajarlas con ninguna respuesta satisfactoria. Pero también se me presentó otra objeción más importante. (Digo «se me presentó», en lugar de «se me ocurrió», porque estas objeciones son ineludibles, además de insalvables.) El director del colegio, que oficiaba las misas diarias, dirigía las oraciones y sostenía la Biblia, y además era un poco sádico y un homosexual encubierto (al que hace mucho tiempo he perdonado porque despertó en mí el interés por la historia y me prestó mi primer ejemplar de P. G. Wodehouse), estaba una tarde dándonos una charla absurda a algunos de nosotros. «Tal vez ahora no encontréis sentido a esta fe —nos dijo—. Pero algún día lo encontraréis, cuando empecéis a perder seres queridos.»

Además de incredulidad, sentí otra vez un aguijonazo de pura indignación. ¿Por qué? Eso era como decir que tal vez la religión no fuera verdadera, pero que no importaba, porque se podía encontrar consuelo en ella. Cuán despreciable. En aquel momento yo tenía unos trece años y estaba a punto de convertirme en un pequeño intelectual insoportable. Jamás había oído hablar de Sigmund Freud (aunque me habría resultado muy útil para entender al director), pero me acababan de mostrar un atisbo de *El porvenir de una ilusión.*

Cuento todo esto al lector porque no soy una de esas personas cuya posibilidad de vivir una fe saludable haya quedado destruida por los abusos infantiles o el férreo adoctrinamiento. Sé que hay millones de seres humanos que han sufrido esas experiencias y no creo que se pueda, ni se deba, absolver a las religiones de haber impuesto semejantes calamidades. (En un pasado muy reciente hemos visto a la Iglesia de Roma contaminarse con su complicidad en el imperdonable pecado de los abusos a menores o, como se diría en una variedad de *pig latin*, por «ningún trasero de niño abandonado».)* Pero también hay organizaciones no religiosas que han cometido delitos similares, o incluso peores.

Sigue habiendo cuatro objeciones irreductibles a la fe religiosa: que representa de forma absolutamente incorrecta los orígenes del ser

* Juego de palabras con la Ley de Educación estadounidense de 2001 No Child Left Behind («Ningún niño dejado atrás»), que pretendía luchar contra el fracaso escolar. *(N. del T.)*

humano y del cosmos, que debido a este error inicial consigue aunar el máximo de servilismo con el máximo de solipsismo, que es causa y consecuencia al mismo tiempo de una peligrosa represión sexual y que, en última instancia, se basa en ilusiones.

No creo que se considere arrogante por mi parte decir que yo ya había descubierto estas cuatro objeciones (además de haber percibido el hecho más vulgar y evidente de que quienes están a cargo del poder temporal utilizan la religión para investirse de autoridad) antes de perder mi voz infantil. Estoy moralmente convencido de que otros millones de personas extrajeron conclusiones muy similares en buena medida del mismo modo, y desde entonces he conocido gente parecida en centenares de hogares y decenas de países distintos. Muchos de ellos no tuvieron fe nunca, y otros muchos abandonaron la fe tras una dura tribulación. Algunos de ellos atravesaron por cegadores momentos de descreimiento que fueron exactamente igual de instantáneos que el de Pablo de Tarso en el camino de Damasco, si bien tal vez menos convulsos y apocalípticos (y que posteriormente hallaron mayor justificación moral y racional). Y aquí reside lo importante por lo que respecta a mí y a quienes piensan como yo. Nuestra creencia no es una fe. Nuestros principios no son una fe. No confiamos exclusivamente en la ciencia y en la razón, ya que estos son elementos necesarios en lugar de suficientes, pero desconfiamos de todo aquello que contradiga a la ciencia o atente contra la razón. Podemos discrepar en muchas cosas, pero lo que respetamos es la libre indagación, la actitud abierta y la búsqueda de las ideas por lo que valen en sí mismas. No mantenemos nuestras convicciones de forma dogmática: el desacuerdo entre el profesor Stephen Jay Gould y el profesor Richard Dawkins acerca de la «evolución puntuada» y los huecos que quedan sin rellenar en la teoría posdarwiniana son bastante anchos y profundos, pero los resolveremos mediante evidencias y razonamientos, y no excomulgándonos mutuamente. (Mi irritación por la vergonzosa sugerencia del profesor Dawkins y Daniel Dennett de que los ateos se llamaran a sí mismos «brillantes» se inscribe en una discusión permanente.) No somos inmunes al reclamo de lo maravilloso, del misterio y el sobrecogimiento: tenemos la música, el arte y la literatura, y nos parece que Shakespeare, Tolstói, Schiller, Dostoievs-

ki y George Eliot plantean mejor los dilemas éticos importantes que los cuentos morales mitológicos de los libros sagrados. Es la literatura, y no las Sagradas Escrituras, la que nutre la mente y (ya que no disponemos de ninguna otra metáfora) también el alma. No creemos en el cielo ni en el infierno, y ninguna estadística demostrará jamás que sin este tipo de lisonjas y amenazas cometemos más delitos de codicia o violencia que los creyentes. (De hecho, si se pudiera realizar alguna vez el oportuno estudio estadístico, estoy seguro de que la evidencia sería la inversa.) Nos conformamos con vivir solo una vez, salvo a través de nuestros hijos, a los que nos alegramos absolutamente de sentir que debemos abrir camino y dejar sitio. Especulamos con la idea de que al menos es posible que, una vez que las personas acepten el hecho de que sus vidas son cortas y penosas, tal vez se comporten mejor unos con otros, y no peor. Estamos seguros de que se puede vivir una vida ética sin religión. Y de hecho sabemos que el reverso es cierto: que la religión ha ocasionado que innumerables personas no solo no se comporten mejor que otras, sino que se concedan licencias para comportarse de formas que dejarían estupefacto al regente de un burdel o a un genocida.

Y lo que tal vez sea más importante: nosotros, los infieles, no necesitamos ningún mecanismo de refuerzo. Somos aquellos a los que se refería Blaise Pascal cuando afirmaba dirigirse a aquel que dice «estoy hecho de tal manera que no puedo creer». En la aldea de Montaillou, durante una de las grandes campañas de caza de brujas de la Edad Media, los inquisidores le pidieron a una mujer que les dijera de quién había aprendido sus dudas heréticas sobre el infierno y la resurrección. Ella debía de saber que corría el terrible riesgo de que los piadosos le administraran una muerte lenta y prolongada, pero respondió que no las había aprendido de nadie, sino que se le habían ocurrido a ella sola. (A menudo escuchamos a los creyentes ensalzar la sencillez de los feligreses, pero nunca en el caso de esta cordura y lucidez no forzada y deliberada, que ha sido sofocada y borrada en los juicios de más seres humanos de los que jamás seremos capaces de nombrar.)

Nosotros no tenemos necesidad de reunirnos todos los días, ni cada siete, ni con motivo de ninguna festividad, ni para proclamar

nuestra rectitud o postrarnos y regodearnos en nuestra indignidad. Nosotros, los ateos, no necesitamos ningún sacerdote, ni ninguna jerarquía superior que custodie nuestra doctrina. Abominamos de los rituales y las ceremonias, como también abominamos de las reliquias y del culto a cualquier tipo de imágenes u objetos (incluidos los objetos que presentan la forma de una de las innovaciones más útiles del ser humano: el libro impreso). Para nosotros, ningún lugar de la tierra es o podría ser «más santo» que otro: al ostentoso acto absurdo de peregrinar a algún sitio y al brutal espanto de matar a civiles en nombre de algún muro, cueva, santuario o roca sagrada podemos oponer un paseo ocioso o urgente de un lado a otro de la biblioteca, el museo, o para acudir a comer con un amigo afectuoso para buscar la verdad o la belleza. Si son rigurosas, alguna de estas excursiones para ir a la biblioteca, a almorzar o al museo nos pondrá evidentemente en contacto con la fe y con los creyentes, ya sea a través de los grandes pintores o compositores devotos o de las obras de Agustín, Tomás de Aquino, Maimónides o Newman. Tal vez estos portentosos eruditos hayan escrito muchas cosas depravadas o absurdas o hayan sido irrisoriamente ignorantes de la teoría bacteriológica de las enfermedades o del lugar que ocupa el globo terrestre no ya en el universo, sino en el sistema solar; y esta es la sencilla razón por la que no hay más como ellos hoy día, y por la que no habrá más como ellos el día de mañana. La religión dijo sus últimas palabras inteligibles, nobles o inspiradoras hace mucho tiempo; a partir de ese momento, se convirtió en un humanismo admirable pero nebuloso, igual que le pasó, por ejemplo, a Dietrich Bonhoeffer, un valiente pastor luterano ahorcado por los nazis por negarse a actuar en connivencia con ellos. No habrá más profetas ni sabios de antiguo cuño, lo cual es la razón por la que las devociones de hoy día son únicamente ecos de repeticiones del ayer, a veces elaboradas hasta el hilarante extremo de conjurar una terrible vacuidad.

Aunque, pese a sus limitaciones, algunas defensas de la religión son espléndidas (podríamos citar a Pascal) y otras aburridas y absurdas (aquí no podemos evitar mencionar a C. S. Lewis), ambas modalidades tienen algo en común, y es lo siguiente: la atroz carga de retorcimiento que tienen que soportar. ¡Cuánto esfuerzo hace falta para

afirmar lo increíble! Los aztecas tenían que descuartizar una cavidad torácica humana *a diario* únicamente para asegurarse de que saliera el sol. Se supone que los monoteístas incomodan a su divinidad más veces todavía; tal vez por si fuera sorda. ¿Cuánta vanidad es preciso reunir (sin que, por otra parte, sea muy eficiente) para fingir que uno es un objeto personal de un plan divino? ¿Cuánto respeto a uno mismo hay que sacrificar para poder avergonzarse continuamente por la conciencia de los propios pecados? ¿Cuántas suposiciones innecesarias es preciso postular y cuánta capacidad de tergiversación hace falta para tomar cada una de las nuevas ideas de la ciencia y manipularla hasta que «encaje» con las palabras reveladas por deidades de la Antigüedad inventadas por el ser humano? ¿Cuántos santos, milagros, concilios y cónclaves son necesarios para, primero, establecer un dogma y, a continuación, tras un dolor, pérdida, sinsentido y crueldad infinitos, verse obligado a rescindir uno de esos dogmas? Dios no creó al ser humano a su imagen y semejanza. Evidentemente, fue al revés, lo cual constituye la sencilla explicación para toda esta profusión de dioses y religiones y para la lucha fratricida, tanto entre cultos distintos como en el seno de cada uno de ellos, que se desarrolla continuamente a nuestro alrededor y que tanto ha retrasado el progreso de la civilización.

Las atrocidades religiosas del pasado y el presente no se han producido porque nosotros seamos malos, sino porque en la naturaleza es un hecho que desde el punto de vista biológico la especie humana es racional solo en parte. La evolución ha supuesto que nuestros lóbulos prefrontales sean demasiado reducidos, nuestras glándulas suprarrenales demasiado abultadas y nuestros órganos reproductores parezcan diseñados por un equipo de incompetentes; esta receta, por sí sola o combinada con otros ingredientes, tiene muchas probabilidades de traducirse en cierta infelicidad y ocasionar algunos trastornos. Pero, en todo caso, ¡menuda diferencia cuando dejamos de lado a los creyentes acérrimos y abordamos la obra no menos ardua, por ejemplo, de un Darwin, un Hawking o un Crick! Estos hombres resultan más iluminadores cuando se equivocan, o cuando dejan traslucir sus inevitables sesgos, que cualquier otra persona modesta y con fe que intente en vano cuadrar el círculo y explicar cómo es posible que él, una simple creación del Creador, pueda saber qué se propone el Crea-

dor. En cuestiones de estética no se puede coincidir en todo, pero nosotros, los humanistas laicos, ateos y agnósticos, no deseamos privar a la humanidad de su capacidad para el asombro ni de sus consuelos. Ni por asomo. Si dedicamos algún tiempo a observar las asombrosas fotografías tomadas por el telescopio Hubble, escrutaremos cosas mucho más sobrecogedoras, misteriosas y hermosas (y más caóticas, apabullantes e imponentes) que cualquier creación o cualquier relato del «fin de los tiempos». Si leyéramos a Hawking cuando alude al «horizonte de sucesos», ese borde teórico de un «agujero negro» sobre el que en teoría podemos zambullirnos y ver el pasado y el futuro (salvo que, por desgracia y por definición, no tengamos «tiempo» suficiente), me sorprendería que todavía alguien se quedara boquiabierto ante Moisés y su mediocre «zarza ardiente». Si uno contempla la belleza y la simetría de la doble hélice, y después va a que le analicen la secuencia completa de su genoma, quedará estupefacto de inmediato ante el hecho de que en el núcleo de su ser resida un fenómeno tan perfecto y le tranquilizará (espero) tener tanto en común con otras tribus de la especie humana (ya que la «raza» ha ido a parar, junto con la «creación», al cubo de la basura); y aún más fascinado al enterarse, además, de hasta qué punto forma uno parte del reino animal. Entonces, por fin, uno puede mostrarse consecuentemente humilde ante el rostro de su creador, que resulta no ser un «alguien», sino un proceso de mutación con bastantes más elementos aleatorios de lo que a nuestra vanidad le gustaría reconocer. Hay aquí el suficiente misterio y maravilla para hacer avanzar a cualquier mamífero; ahora, la persona más culta del mundo tiene que reconocer (no diré «confesar») que sabe cada vez menos, pero que al menos sabe cada vez menos de cada vez más cosas.

Por lo que respecta al consuelo, como las personas religiosas insisten con tanta frecuencia en que la fe responde a esta supuesta necesidad, diré simplemente que aquellos que ofrecen falso consuelo son falsos amigos. En cualquier caso, los críticos de la religión no niegan que tenga simplemente un efecto analgésico. Por el contrario, advierten contra el placebo y contra la trampa que tiende una botella llena de agua teñida de colores. Tal vez la cita incorrecta más famosa de nuestro tiempo sea que Marx descalificó a la religión por consi-

derarla «el opio del pueblo». Por el contrario, este descendiente de varias generaciones de rabinos se tomaba muy en serio la fe, y escribió lo siguiente en su *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*:

> La miseria *religiosa* es, por una parte, la *expresión* de la miseria real y, por otra, la *protesta* contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado alma de un mundo desalmado, porque es el espíritu de los estados de alma carentes de espíritu. La religión es el *opio* del pueblo.
>
> Sobreponerse a la religión como la dicha *ilusoria* del pueblo es exigir para este una dicha *real*. El pugnar por acabar con las ilusiones acerca de una situación, significa *pedir que se acabe con una situación que necesita de ilusiones*. La crítica de la religión es, por tanto, *en germen*, la *crítica* de este *valle de lágrimas* que la religión rodea de un *halo de santidad*.
>
> La crítica no arranca de las cadenas las flores ilusorias para que el hombre soporte las sombrías y desnudas cadenas, sino para que se desembarace de ellas y broten flores vivas.

De modo que la famosa cita incorrecta no es tanto una «cita incorrecta» como una burda tentativa de tergiversar la argumentación filosófica contra la religión. Quienes se han creído lo que les dicen los sacerdotes, los rabinos y los imanes acerca de lo que piensan los no creyentes y cómo lo piensan descubrirán, además, sorpresas similares a medida que avancemos. Tal vez acaben por desconfiar de lo que les han contado... o aprendan a no tomarlo como «artículo de fe»; cosa que, para empezar, es el problema.

Hay que reconocer que Marx y Freud no fueron doctores ni matemáticos. Es mejor pensar que fueron unos magníficos ensayistas con una imaginación desbordante, pero falible. Dicho de otro modo: cuando el universo se altera, no me considero lo suficientemente arrogante para eximirme de la autocrítica. Y me conformo con pensar que algunas contradicciones seguirán siendo contradictorias, que algunos problemas no se podrán resolver jamás con el equipamiento de un mamífero con el córtex cerebral humano y que algunas cosas son incognoscibles indefinidamente. Si se demostrara que el uni-

verso es finito o infinito, cualquiera de los dos descubrimientos me resultaría igualmente pasmoso e impenetrable. Y aunque he conocido a numerosas personas mucho más sabias y más inteligentes que yo, no conozco a nadie que sea lo bastante sabio o inteligente para decir otra cosa.

Por tanto, la crítica más suave de la religión es la más radical y la más demoledora. La religión es una creación del ser humano. Ni siquiera los seres humanos que la crearon pueden ponerse de acuerdo acerca de lo que dijeron o hicieron en realidad sus profetas, redentores o gurús. Y menos aún pueden confiar en contarnos el «significado» de descubrimientos y adelantos posteriores que, cuando comenzaron a producirse, fueron o bien obstaculizados o bien denunciados por las religiones. Y sin embargo... ¡los creyentes siguen afirmando saber! Y no solo saber, sino saberlo *todo*. No solo saber que dios existe y que creó y supervisó toda la empresa, sino también saber lo que él «quiere» de nosotros: desde lo que tenemos que comer hasta nuestros ritos o nuestra moral sexual. En otras palabras: en medio de una inmensa y compleja discusión en la que sabemos cada vez menos de cada vez más cosas, pero no obstante podemos confiar todavía en que surja algo de luz a medida que avanzamos, una facción (compuesta, a su vez, de facciones mutuamente enfrentadas) se permite la grosera arrogancia de decirnos que ya disponemos de toda la información esencial que necesitamos. Semejante estulticia, unida a tamaño orgullo, debería bastar por sí sola para excluir la «fe» del debate. La persona que está segura y que recurre a la garantía divina como fuente de certidumbre, pertenece ahora a la primera infancia de nuestra especie. Tal vez su despedida sea larga, pero ya ha comenzado y, como todas las despedidas, no debería prolongarse.

Confío en que si usted se encontrara conmigo no supiera necesariamente que mi opinión es esta. Probablemente me haya quedado hablando con amigos religiosos por la noche hasta más tarde y durante más tiempo que con cualquier otra clase de amigos. Estos amigos suelen exasperarme diciendo que soy un «buscador», lo que no es cierto, o no del modo que ellos creen. Si regresara a Devon, donde se encuentra la poco visitada tumba de la señora Watts, seguramente me quedaría sentado tranquilamente en la parte trasera de alguna

antigua iglesia celta o sajona. (El maravilloso poema de Philip Larkin «Church-going» [«Acudir a la iglesia»] refleja a la perfección mi actitud.) En una ocasión escribí un libro sobre George Orwell, quien podría haber sido mi héroe si yo tuviera héroes, y me irritó su indiferencia ante la quema de iglesias en Cataluña en 1936. Mucho antes de la aparición del monoteísmo, Sófocles nos enseñó que cuando Antígona se oponía a la profanación hablaba en nombre de la humanidad. Dejo para los creyentes lo de quemar las iglesias, mezquitas y sinagogas de los demás, cosa que siempre se puede estar seguro que acabarán haciendo. Cuando acudo a la mezquita, me descalzo. Cuando voy a la sinagoga, me cubro la cabeza. En una ocasión cumplí incluso con las normas de etiqueta de una comunidad de meditación de la India, aunque aquello supuso toda una prueba para mí. Mis padres no trataron de indoctrinarme en ninguna religión: seguramente tuve la suerte de tener un padre que no apreciaba particularmente su educación baptista-calvinista y una madre que prefirió la asimilación (en parte por mi bien) antes que el judaísmo de sus antepasados. Ahora conozco lo suficiente de todas las religiones para saber que yo siempre sería un infiel en todas las épocas y en todos los lugares. Pero mi ateísmo en particular es un ateísmo protestante. Con lo que primero discrepé fue con la espléndida liturgia de la Biblia del rey Jacobo (una liturgia que la Iglesia de Inglaterra, en su necedad, ha vendido muy barata) y con el devocionario de Cranmer. Cuando mi padre murió y fue enterrado en una capilla desde la que se ve Portsmouth (la misma capilla en la que Eisenhower rezó en 1944 la noche antes del día D para pedir por la victoria), pronuncié una alocución y escogí como lectura un versículo de la Epístola a los Filipenses de Pablo de Tarso, al que posteriormente se llamaría «san Pablo» (capítulo 4, versículo 8):

> Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta.

Lo escogí por ese tono evocador y elusivo que me acompañará hasta mi último minuto de vida, por su precepto esencialmente secu-

lar y porque resplandecía en el erial de aquella perorata acomodaticia, absurda e intimidatoria que le rodeaba.

El debate sobre la fe es el origen y fundamento de todas las discusiones porque representa el comienzo (pero no el final) de todas las discusiones acerca de la filosofía, la ciencia, la historia y la naturaleza humana. Es también el comienzo (pero en modo alguno el final) de todas las disputas sobre la vida buena y la ciudad justa. La fe religiosa es imposible de erradicar precisamente *porque* somos criaturas que todavía estamos evolucionando. Jamás sucumbirá; o, al menos, no sucumbirá hasta que superemos el miedo a la muerte, a las tinieblas, a lo desconocido y a los demás. Por esta razón, no la prohibiría ni siquiera en el caso de que pudiera hacerlo. Usted dirá: «Es muy generoso». Pero ¿serán los creyentes igual de indulgentes conmigo? Lo digo porque hay una auténtica e importante diferencia entre mis amigos religiosos y yo, y los amigos auténticos e importantes son lo suficientemente honrados para reconocerlo. Me conformaría con poder acudir a los ritos con que se acoge la madurez religiosa de sus hijos, con maravillarme ante sus catedrales góticas, con «respetar» su fe en que el Corán fue fruto de un dictado, aunque fuera exclusivamente en árabe y a un comerciante analfabeto, o con interesarme por el consuelo que ofrecen las religiones neopaganas, el hinduismo o el jainismo. Y, si es así, seguiré haciéndolo sin insistir en que me prodiguen cortés y recíprocamente idéntico trato... que consiste en que ellos, por su parte, *me dejen en paz*. Pero, en última instancia, la religión es incapaz de hacerlo. Mientras escribo estas palabras, y mientras usted las lee, las personas de fe planean cada una a su modo destruirnos a usted y a mí y destruir todas las magníficas realizaciones humanas que he mencionado y que han costado tanto esfuerzo. *La religión lo emponzoña todo.*

2

La religión mata

> Su aversión a la religión, en el sentido usualmente atribuido al término, era de la misma índole que la de Lucrecio; la miraba con el sentimiento debido, no a un mero engaño intelectual, sino a un gran mal moral. La consideraba como el mayor enemigo de la moralidad: en primer lugar, porque erigía excelencias ficticias —creencia en credo, sentimientos devotos, ceremonias, ajenos al bien de la especie humana—, y aceptadas en sustitución de las genuinas virtudes. Pero sobre todo por enviciar radicalmente la norma moral, haciéndola consistir en realizar la voluntad de un ser sobre el que prodiga la mayor adulación; pero al que en puridad de verdad pinta como eminentemente odioso.
>
> JOHN STUART MILL
> refiriéndose a su padre, en *Autobiografía*

> *Tantum religio potuit suadere malorum.*
> (Tanto la religión pudo ser autora de espantos.)
>
> LUCRECIO, *De rerum natura*

Imagínese que puede realizar una proeza de la que yo soy incapaz. Suponga, en otras palabras, que puede imaginarse a un creador infinitamente benévolo y todopoderoso, que lo concibió, después lo creó y a continuación lo modeló, que lo trajo al mundo que había creado para usted y que ahora le vigila y cuida de usted hasta cuando está

durmiendo. Imagínese, además, que si usted cumple las reglas y mandamientos que él amorosamente ha prescrito, se ganará una eternidad de dicha y descanso. No digo que yo envidie esta creencia suya (puesto que para mí equivale al deseo de una horrenda forma de dictadura bondadosa e inalterable), pero sí tengo una pregunta sincera que hacerle. ¿Por qué semejante creencia no hace felices a quienes la suscriben? A ellos debe de parecerles que han tomado posesión de un secreto maravilloso, de uno de esos secretos a los que podrían aferrarse hasta en los momentos de mayor adversidad.

Superficialmente, a veces parece que fuera así. He asistido a servicios evangélicos, tanto en comunidades negras como blancas, en los que todo el acto consistía en un prolongado grito de exaltación por sentirse salvados, amados, etcétera. Muchos de estos servicios religiosos, en todas las iglesias y entre casi todos los paganos, están minuciosamente planificados para evocar la celebración y la fiesta colectiva, que es precisamente por lo que desconfío de ellos. También hay momentos más sobrios, contenidos y elegantes. Cuando pertenecí a la Iglesia ortodoxa griega pude percibir, aun cuando no creyera, las gozosas palabras que intercambiaban los creyentes en la mañana de Pascua: «Christos anesti!» («¡Dios ha nacido!») «Alethos anesti!» («¡En verdad ha nacido!») Pertenecí a la Iglesia ortodoxa griega, dicho sea de paso, por una razón que explica por qué tantísima gente profesa exteriormente una filiación. Me uní a ella para complacer a mis suegros griegos. El arzobispo que me acogió en el seno de su fe el mismo día que ofició mi matrimonio (con lo que se embolsó una tarifa doble en lugar de, como suele suceder, sencilla) se convirtió más tarde en un partidario entusiasta de sus compatriotas genocidas Radovan Karadzić y Ratko Mladić, que llenaron innumerables fosas comunes en toda Bosnia. La siguiente vez que me casé, a manos de un rabino judío reformista con un toque einsteiniano y shakespeariano, tenía algo más en común con la persona que oficiaba la ceremonia. Pero hasta él era consciente de que su homosexualidad de toda la vida estaba castigada por principios como una ofensa capital, punible según los fundadores de su religión con la lapidación. Por lo que se refiere a la Iglesia anglicana en la que fui originalmente bautizado, hoy día puede parecer un patético corderillo que bala, pero

en su condición de heredera de una Iglesia que siempre ha gozado de subvenciones estatales y de una estrecha relación con la monarquía hereditaria, tiene responsabilidades históricas por las Cruzadas, la persecución de católicos, judíos y disidentes y por la lucha contra la ciencia y la razón.

El grado de intensidad varía según la época y el lugar, pero se puede afirmar que es cierto que la religión no se conforma y que a largo plazo no puede conformarse con hacer sus afirmaciones maravillosas y sus garantías sublimes. *Debe* tratar de interferir en las vidas de los no creyentes, de los herejes o de los fieles a otros cultos. Tal vez hable de la dicha del mundo venidero, pero busca el poder en este. No podía esperarse otra cosa. Al fin y al cabo es una construcción absolutamente humana. Y no tiene seguridad en su panoplia de sermones ni para permitirse siquiera coexistir con otros credos.

Veamos un ejemplo, extraído de una de las figuras más veneradas que ha alumbrado la religión moderna. En 1996, la República de Irlanda celebró un referéndum acerca de una cuestión: si su Constitución debería seguir prohibiendo el divorcio. La mayoría de los partidos políticos, en un país cada vez más laico, instaban a los votantes a aprobar una enmienda legislativa. Lo hacían por dos razones excelentes. Ya no se consideraba correcto que la Iglesia católica de Roma prescribiera su moral a todos los ciudadanos y, evidentemente, era imposible aspirar siquiera a una definitiva reunificación de Irlanda cuando la gran minoría protestante del norte rechazaba continuamente la posibilidad de que se implantara un régimen religioso. La madre Teresa tomó un avión desde Calcuta para apoyar la campaña en favor del voto negativo junto a la Iglesia y sus partidarios de la línea más dura. Dicho de otro modo: una irlandesa casada con un borracho maltratador e incestuoso jamás debería esperar nada mejor para su vida, y hasta podría poner su alma en peligro si suplicaba poder volver a empezar de nuevo; mientras, los protestantes podían escoger entre aceptar las bendiciones de Roma o quedarse al margen. Ni siquiera se sugería la posibilidad de que los católicos cumplieran con los mandamientos de su Iglesia sin imponérselos a todos los demás ciudadanos. Y esto sucedía en las islas Británicas y en la última década del siglo XX. El referéndum reformó finalmente la Constitu-

ción, si bien por la más estrecha de las mayorías. (Ese mismo año, la madre Teresa concedió una entrevista en la que decía que confiaba en que su amiga la princesa Diana fuera más feliz una vez que se hubiera librado de lo que evidentemente era un matrimonio desafortunado; pero no debe sorprendernos tanto descubrir a la Iglesia aplicando criterios más severos a los pobres y ofreciendo indulgencias a los ricos.)[1]

Una semana antes de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 participé en una mesa redonda con Dennis Prager, que es uno de los periodistas religiosos más famosos de Estados Unidos. Me retó en público a responderle a lo que él calificó como «una pregunta directa, a la que replicar con un sí o un no», y acepté despreocupadamente. «Muy bien», me dijo. Yo tenía que imaginarme que estaba en una ciudad extraña y que caía la noche. Tenía que imaginarme que veía aproximarse hacia mí a un numeroso grupo de hombres. En ese caso, ¿me sentiría más seguro o menos seguro si supiera que acababan de salir de cumplir con un rito religioso? Como comprenderá el lector, esta no es una pregunta a la que se pueda dar un sí o un no por respuesta. Pero conseguí responder a ella como si no fuera una hipótesis. «Sin salirme nunca de la opción "B", diré que he tenido realmente esa experiencia en Belfast, Beirut, Bombay, Belgrado, Belén y Bagdad. En cada uno de estos casos puedo decir rotundamente que me sentiría amenazado de inmediato si pensara que el grupo de hombres que se aproximaba a mí al anochecer venía de cumplir con un rito religioso, y podría aportar razones de ello.»

Así pues, a continuación expondré un amplio resumen de la crueldad inspirada por la religión de la que fui testigo en estos seis lugares. En Belfast he visto calles enteras quemadas por la batalla campal sectaria entre diferentes facciones cristianas, y he entrevistado a personas cuyos parientes y amigos han sido raptados, asesinados o torturados por escuadrones de la muerte rivales, a menudo sin más razón que la de ser miembros de otra confesión. En Belfast circula un viejo chiste según el cual se dice que detienen a un hombre en un control de carretera y le preguntan de qué religión es. Cuando el hombre contesta que es ateo, le preguntan: «Pero ¿ateo católico o ateo protestante?». Creo que esto refleja cómo ha arraigado la obsesión reli-

giosa en el legendario sentido del humor local. En todo caso, eso fue exactamente lo que le sucedió a un amigo mío, y la experiencia no fue en modo alguno divertida. El pretexto ostensible para todo aquel caos es el de los nacionalismos enfrentados, pero el lenguaje de la calle empleado por las tribus rivales está plagado de términos insultantes para la otra confesión (*Prods* y *Teagues*).* Durante muchos años, los dirigentes protestantes querían que los católicos fueran segregados y eliminados. De hecho, en los tiempos en los que se fundó el estado del Ulster, su consigna era: «Un Parlamento protestante para un pueblo protestante». El sectarismo se reproduce convenientemente a sí mismo y siempre se puede estar seguro de que despertará un sectarismo recíproco. Los dirigentes católicos estaban de acuerdo en lo esencial. Deseaban que las escuelas estuvieran dominadas por el clero y que los barrios se segregaran: la mejor fórmula para que ellos ejercieran el control. Así, en el nombre de dios se taladraban en las nuevas generaciones de colegiales, como todavía se siguen taladrando, los viejos odios. (Hasta la palabra «taladrar» me produce náuseas: el taladro también fue una de esas poderosas herramientas que se utilizaban para pulverizar las rótulas de quienes se oponían a las bandas religiosas.)

La primera vez que estuve en Beirut, en el verano de 1975, todavía podía reconocerse en esa ciudad «el París de Oriente». Sin embargo, este aparente edén estaba infestado de una numerosa variedad de serpientes. Estaba aquejado de un superávit de religiones, todas ellas «reconocidas» por la Constitución de un Estado sectario. El presidente tenía que ser por ley cristiano, por lo general un cristiano maronita; el presidente del Parlamento tenía que ser musulmán, y así sucesivamente. Aquello nunca funcionaba bien, ya que institucionalizaba las diferencias de credo, además de las de casta y etnia (los musulmanes chiíes ocupaban la base de la escala social, y los kurdos estaban completamente privados de representación).

* En inglés, *Prots* es la abreviatura de «protestantes» y *prods* podría traducirse por «instigadores». *Teague* es el nombre del protagonista de la sátira de sir Robert Howard (1626-1698) *The Committee*, un lacayo que se mofa del gobierno de la Commonwealth. *(N. del T.)*

El principal partido cristiano era en realidad una milicia católica denominada Falange, y había sido fundada por un libanés maronita llamado Pierre Gemayel, que había quedado impresionado tras su visita a las Olimpiadas del Berlín de Hitler en 1936. Posteriormente esa milicia adquiriría notoriedad internacional por cometer en 1982 la masacre de palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Chatila actuando bajo las órdenes del general Sharon. Puede resultar bastante grotesco que un general judío colaborara con un partido fascista, pero tenían un enemigo musulmán común, y eso fue suficiente. Aquel mismo año la irrupción de Israel en el Líbano también propició el nacimiento de Hezbollah, el partido que modestamente se llama a sí mismo «Partido de Dios», que movilizó a los chiíes desclasados y se colocó paulatinamente bajo el liderazgo de la dictadura teocrática de Irán que había accedido al poder tres años antes. Fue también en el maravilloso Líbano donde, tras haber aprendido a participar en el negocio de los raptos con las fuerzas del crimen organizado, los fieles pasaron a presentarnos las beldades del terrorismo suicida. Todavía veo en la cuneta aquella cabeza arrancada de cuajo a las puertas de la casi despedazada embajada francesa. En general, yo solía cambiar de acera cuando se disolvían las reuniones para la plegaria.

A Bombay también se la solía considerar una perla de Oriente, con su collar de luces a lo largo de la cornisa de acantilados y su majestuosa arquitectura colonial británica. Era una de las ciudades más plurales y con mayor diversidad de la India, y las texturas de sus innumerables capas han sido sagazmente analizadas por Salman Rushdie (sobre todo en *El último suspiro del moro*) y por las películas de Mira Nair. Es cierto que allí hubo luchas entre diferentes comunidades en los años 1947 y 1948, cuando el grandioso movimiento histórico a favor de la independencia india estaba siendo devastado por las exigencias musulmanas de un Estado independiente y por el hecho de que el Partido del Congreso estaba liderado por un hinduista ferviente. Pero seguramente durante aquel período de sed religiosa de sangre hubo tanta gente que se refugió en Bombay como la que huía o era expulsada de ella. En cierto modo, la coexistencia cultural se restableció, como suele suceder cuando las ciudades viven expuestas al mar y a las influencias del exterior. La minoría parsi (antiguos zoroas-

trianos que habían sido perseguidos en Persia) conformaba una minoría destacada, y la ciudad también albergaba una comunidad judía históricamente significativa. Pero aquello no bastaba para contentar al señor Bal Thackeray ni a su movimiento nacionalista hindú Shiv Sena, que en la década de 1990 decidió que Bombay debía estar gobernada por y para sus correligionarios y soltó por las calles una manada de matones y asesinos. Únicamente para demostrar que era capaz de hacerlo, ordenó rebautizar la ciudad con el nombre de Mumbai, que es en parte la razón por la que en esta relación la incluyo ahora bajo su denominación tradicional.

Belgrado había sido hasta la década de 1980 la capital de Yugoslavia, o tierra de los eslavos del sur, que por definición significaba que era la capital de un Estado multiétnico y multinacional. Pero en una ocasión un intelectual laico croata me hizo una advertencia que, al igual que en Belfast, adoptaba la forma de un amargo chiste. «Cuando le digo a la gente que soy ateo y croata —me decía—, la gente me pregunta cómo puedo demostrar que no soy serbio.» Dicho de otro modo: ser croata es ser católico apostólico romano. Ser serbio es ser cristiano ortodoxo. En la década de 1940, aquello se tradujo en un Estado títere de los nazis, centrado en Croacia, que gozaba del amparo del Vaticano y que con toda naturalidad trataba de exterminar a todos los judíos de la región, pero que también desarrolló una campaña de conversión obligatoria dirigida a la otra comunidad cristiana. En consecuencia, decenas de miles de cristianos ortodoxos fueron o bien aniquilados o bien deportados, y cerca de la ciudad de Jasenovac se construyó un inmenso campo de concentración. El régimen del general Ante Pavelić y de su organización nacionalista Ustachá era tan repugnante que incluso muchos oficiales alemanes protestaron por tener que aliarse con él.

En 1992, en la época en que visité el lugar donde se encontraba el campo de Jasenovac, el yugo lo imponía más bien el otro bando. Las ciudades croatas de Vukovar y Dubrovnik habían sido salvajemente bombardeadas por el ejército de Serbia, que entonces se encontraba bajo el mando de Slobodan Milosević. La ciudad de Sarajevo, esencialmente musulmana, había sido cercada y estaba siendo bombardeada día y noche. En otros lugares de Bosnia-Herzegovina, sobre todo

a lo largo del curso del río Drina, ciudades enteras eran saqueadas y masacradas en lo que los propios serbios denominaban «limpieza étnica». A decir verdad, habría sido más exacto decir «limpieza religiosa». Milosević era un ex burócrata comunista que se había convertido en un nacionalista xenófobo, y su cruzada antimusulmana, que era una tapadera para la anexión de Bosnia en una «Serbia más grande», era llevada a cabo en buena medida por milicias paramilitares que actuaban bajo su «desmentible» mando. Estas bandas estaban formadas por fanáticos religiosos, a menudo santificadas por sacerdotes y obispos ortodoxos, y en ocasiones bien nutridas por camaradas ortodoxos «voluntarios» procedentes de Grecia y Rusia. Realizaron un especial esfuerzo por destruir toda evidencia de la civilización otomana, como en el caso particularmente atroz de la voladura de varios minaretes históricos de Banja Luka, que fue llevada a cabo durante un alto el fuego y no como consecuencia de ninguna batalla.

Otro tanto puede decirse de sus émulos católicos, cosa que a menudo se olvida. En Croacia se revitalizaron las organizaciones de la Ustachá y llevaron a cabo una feroz tentativa de ocupar Herzegovina, como habían hecho durante la Segunda Guerra Mundial. La hermosa ciudad de Mostar también fue sitiada y bombardeada, y el mundialmente famoso Stari Most, o «Puente Viejo», que databa de la época de los turcos y había sido elegido por la Unesco como patrimonio de la humanidad, fue bombardeado hasta que se desplomó sobre el río que atravesaba. En efecto, las fuerzas católicas y ortodoxas extremistas actuaban en connivencia en una sangrienta partición y limpieza de Bosnia-Herzegovina. En buena medida se evitó atribuir a nadie la responsabilidad pública por aquellos actos, y todavía se evita, puesto que los medios de comunicación del mundo entero preferían simplificar diciendo «croata» y «serbio» y únicamente aludían a una religión cuando hablaban de «los musulmanes». Pero la tríada de términos «croata», «serbio» y «musulmán» es desigual y equívoca, por cuanto hace equivaler dos nacionalidades y una religión. (Ese mismo equívoco se produce de otro modo en la cobertura informativa de Irak con la trilateral «suní, chií, kurdo».) Durante el sitio de Sarajevo había en la ciudad al menos diez mil serbios, y uno de los comandantes en jefe de su defensa, un oficial y caballero llamado

Jovan Divjak cuya mano tuve el honor de estrechar bajo el fuego, era asimismo serbio. La población judía de la ciudad, que vivía allí desde 1492, también se identificaba en su mayoría con el gobierno y la causa de Bosnia. Habría sido más exacto que la prensa y la televisión hubieran informado diciendo «Hoy las fuerzas cristianas ortodoxas reanudaron sus bombardeos de Sarajevo», o «Ayer las milicias católicas consiguieron derribar el Stari Most». Pero la terminología confesional se reservaba únicamente para «los musulmanes», aun cuando quienes los asesinaban se tomaran todas las molestias para diferenciarse llevando grandes cruces ortodoxas sobre sus bandoleras o estampas adhesivas de la Virgen María pegadas en las culatas de sus rifles. Así pues, una vez más, *la religión lo emponzoña todo*; incluida nuestra facultad de discernimiento.

Por lo que se refiere a Belén, supongo que estaría dispuesto a reconocerle al señor Prager que, en los días buenos, me sentiría bastante seguro paseando por el exterior de la iglesia de la Natividad cuando cayera la noche. Es en Belén, no muy lejos de Jerusalén, donde muchos creen que tras una inmaculada concepción, una virgen dio un hijo a dios.

«La generación de Jesucristo fue de esta manera: su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo.» Sí, y el semidiós griego Perseo nació cuando el dios Júpiter visitó a la virgen Dánae adoptando la forma de lluvia de oro y la dejó encinta. El dios Buda nació a través de una abertura del costado de su madre. Coatlicue, «la de la falda de serpientes», recogió una bola de plumón caída del cielo, se la escondió en el vientre y así fue concebido el dios azteca Huitzilopochtli. La virgen Nana puso en su seno una granada tomada de un árbol regado con la sangre de Agdistis, que había sido asesinado, y dio a luz al dios Atis. La hija virgen de un rey mongol se despertó una noche y se descubrió bañada en una luz resplandeciente, la cual hizo que diera a luz a Gengis Kan. Krishna era hijo de la virgen Devaki. Horus era hijo de la virgen Isis. Mercurio era hijo de la virgen Maya. Rómulo era hijo de la virgen Rea. Por alguna razón desconocida, muchas religiones se obligan a pensar que el canal del parto es un conducto de circulación en un solo sentido, e incluso el Corán

trata con veneración a la Virgen María. Sin embargo, esto no sirvió para nada durante las Cruzadas, cuando un ejército papal se dispuso a reconquistar Belén y Jerusalén de los musulmanes y destruyó en el intento muchas comunidades judías, saqueó a su paso el herético Bizancio y llevó a cabo una masacre en las estrechas callejuelas de Jerusalén, donde, según los jubilosos y enloquecidos cronistas, la sangre derramada llegaba hasta las bridas de los caballos.

Parte de estas tempestades de odio, fanatismo y sed de sangre han pasado ya, aunque en esta región siempre se avecinan otras nuevas; pero, entretanto, una persona puede sentirse relativamente tranquila en la plaza del Portal o sus alrededores, la cual, como indica su propio nombre, es el centro de una ratonera para turistas de una chabacanería tan absoluta que supera incluso a Lourdes. La primera vez que visité aquella lastimera ciudad estaba bajo el control nominal de un ayuntamiento palestino principalmente cristiano, ligado a una dinastía política concreta identificada con la familia Freij. Cuando la he visitado en otras ocasiones, por lo general ha sido bajo un brutal toque de queda impuesto por las autoridades militares israelíes, cuya mera presencia en Cisjordania no está desvinculada de la creencia en determinadas profecías sagradas antiguas, si bien, en esta ocasión, con una promesa distinta hecha por un dios diferente a un pueblo también diferente. Ahora le llega el turno a otra religión más. Las fuerzas de Hamás, que afirman que Palestina en su conjunto es un *waqf* islámico, una santa dispensa consagrada al islam, han empezado a dar codazos a los cristianos de Belén. Su líder, Mahmud al-Zahar, ha proclamado que espera que todos los habitantes del Estado islámico de Palestina cumplan la ley musulmana. En Belén, ahora se propone que los no musulmanes queden sometidos al impuesto *al-Jeziya*, el gravamen fijado tradicionalmente para los *dhimmis* o infieles que vivían bajo el Imperio otomano. A las mujeres trabajadoras de la administración local se les prohíbe saludar a los visitantes masculinos con un apretón de manos. En Gaza mataron a tiros a una joven llamada Yusra al-Azami en abril de 2005 por cometer el delito de sentarse en un coche con su prometido sin ningún otro acompañante. El joven huyó llevándose únicamente una soberana paliza. Los dirigentes del escuadrón «vicio y virtud» de Hamás jus-

tificaron este homicidio y esta tortura diciendo que «sospechaban de conducta inmoral».[2] En la Palestina que otrora fuera laica, se recluta a pandillas de varones sexualmente reprimidos para que fisgoneen en los coches aparcados y se les da permiso para que hagan lo que quieran.

En una ocasión asistí a una conferencia en Nueva York del difunto Abba Eban, uno de los diplomáticos y estadistas más brillantes y respetados de Israel. Lo primero que llamaba la atención sobre la disputa entre israelíes y palestinos, afirmaba él, era su fácil resolución. Tras aquel fascinante comienzo pasó a relatar, con la autoridad que le confería haber sido primer ministro y embajador en la ONU, que el aspecto fundamental era uno muy sencillo. Dos pueblos de un tamaño aproximadamente equivalente formulaban una reivindicación sobre una misma tierra. La solución, obviamente, era crear dos estados contiguos. ¿Seguro que una cosa tan evidente estaba al alcance de la capacidad de comprensión y la inteligencia de un ser humano? Y así habría sido desde hace muchas décadas si se hubiera podido mantener alejados de allí a los rabinos, los ulemas y los sacerdotes mesiánicos. Pero las afirmaciones exclusivas de estar investidos de la autoridad de dios realizadas por los clérigos histéricos de ambos bandos y avivadas por los cristianos con espíritu de Armagedón que esperan la llegada del Apocalipsis (precedida por la muerte o la conversión de todos los judíos) han vuelto insufrible la situación y han convertido a la humanidad en su conjunto en rehén de una disputa que ahora presenta la amenaza de una guerra nuclear. *La religión lo emponzoña todo*. Además de ser una amenaza para la civilización, ahora se ha convertido en una amenaza para la supervivencia del ser humano.

Pasemos por último a Bagdad. Este fue uno de los centros culturales y de conocimiento más importantes de la historia. Fue allí donde se conservaron, retradujeron y transmitieron de nuevo al ignorante Occidente «cristiano» a través de Andalucía algunas de las obras desaparecidas de Aristóteles y de otros autores griegos («desaparecidas» porque las autoridades cristianas habían quemado algunas de ellas, habían prohibido otras y habían clausurado las escuelas de filosofía alegando que era imposible que hubiera habido reflexiones morales valiosas antes de las enseñanzas de Jesús). Las bibliotecas, los poetas y los

arquitectos de Bagdad eran famosos. Muchos de estos logros se producieron bajo el mandato de los califas musulmanes, que permitían este tipo de manifestaciones con idéntica frecuencia con la que las reprimían; pero Bagdad también es portadora de rastros de los antiguos caldeísmo y nestorianismo, y fue uno de los muchos núcleos de la diáspora judía. Hasta finales de la década de 1940 fue patria de tantos judíos como los que vivían en Jerusalén.

No voy a desarrollar aquí ninguna postura acerca del derrocamiento de Sadam Husein en abril de 2003. Diré únicamente que quienes consideraban que su régimen era «laico» se engañaban a sí mismos. Es cierto que el Partido Baaz fue fundado por un hombre llamado Michel Aflaq, un siniestro cristiano con cierta simpatía por el fascismo; y también es cierto que la pertenencia a dicho partido estaba abierta a todas las religiones (aunque tengo muchas razones para creer que la afiliación de judíos estaba restringida). Sin embargo, al menos desde su desastrosa invasión de Irán en 1979, que desembocó en furibundas acusaciones por parte de la teocracia iraní de que era un «infiel», Sadam Husein había engalanado su régimen en conjunto (que, en todo caso, descansaba sobre una minoría tribal de la minoría suní) como un régimen de devoción y *yihad*. (El Partido Baaz de Siria, asentado también en una parte confesional de la sociedad alineada con la minoría alauí, ha gozado asimismo de una prolongada e hipócrita relación con los ulemas iraníes.) Sadam inscribió en la bandera iraquí las palabras «Allahu Akhbar» («Dios es grande»). Amparó una concurridísima conferencia internacional de combatientes sagrados y ulemas y mantuvo relaciones muy afectuosas con el otro principal Estado patrocinador de estos en la región, el gobierno genocida de Sudán. Construyó la mezquita más grande de la región y la bautizó con el nombre de mezquita «Madre de todas las batallas», dotada de un Corán escrito con sangre que él afirmaba que era suya. Cuando emprendió su campaña genocida contra el pueblo del Kurdistán, principalmente suní (campaña que incluía el uso concienzudo de armas químicas y el asesinato y deportación de centenares de miles de personas), la bautizó con el nombre de «Operación Anfal», término mediante el cual tomaba prestada una justificación coránica para el saqueo y destrucción de los infieles («El botín», de la

sura 8). Cuando las fuerzas de la coalición atravesaron la frontera iraquí, se encontraron con que el ejército de Sadam se disolvía como un terrón de azúcar en una taza de té caliente, pero también toparon con la bastante tenaz resistencia de un grupo paramilitar reforzado con yihadistas extranjeros y llamado Fedayin Sadam («los que están dispuestos a sacrificarse por Sadam»). Una de las labores de este grupo consistía en ejecutar a todo aquel que celebrara públicamente la intervención occidental, y enseguida grabaron en vídeo unos repugnantes ahorcamientos y mutilaciones públicas para que todo el mundo las viera.

Como mínimo, todos coincidiremos en que el pueblo iraquí había sufrido mucho durante los treinta y cinco años anteriores de guerra y dictadura, que el régimen de Sadam no podía haber permanecido eternamente en el seno de la legalidad internacional como un sistema al margen de la ley y, por consiguiente, que, con independencia de las objeciones que puedan esgrimirse sobre los medios reales con que se llevó a cabo el «cambio de régimen», la sociedad en su conjunto merecía un respiro para pensar en la reconstrucción y la reconciliación. No se le ha concedido ni un solo minuto de respiro.

Todo el mundo sabe lo que siguió. Los partidarios de al-Qaeda, liderados por un delincuente común jordano llamado Abu Musab al-Zarqawi, lanzaron una frenética campaña de asesinatos y sabotaje. No solo dieron muerte a las mujeres que no llevaran velo y a los periodistas y maestros laicos. No solo hicieron explotar bombas en iglesias cristianas (tal vez el 2 por ciento de la población iraquí es cristiana) o fusilaron o mutilaron a los cristianos que fabricaban y vendían alcohol. No solo grabaron un vídeo del fusilamiento y degollamiento masivo de un contingente de trabajadores inmigrantes nepalíes que se suponía que eran hinduistas y, por tanto, no merecían ningún respeto. Estas atrocidades podían considerarse más o menos rutinarias. Dirigieron la parte más nociva de su campaña de terror contra sus compatriotas musulmanes. Se hacía saltar por los aires las mezquitas y las procesiones funerarias de la mayoría chií, oprimida desde hacía mucho tiempo. Los peregrinos que recorrían largas distancias hasta llegar a los, desde hacía poco tiempo, accesibles santuarios de Kerbala y Nayaf lo hacían corriendo el riesgo de perder la vida. En una carta dirigida a su líder Osama bin Laden, al-Zarqawi exponía las dos

razones principales de aquella política extraordinariamente perversa. En primer lugar, según sus palabras, los chiíes eran herejes que no seguían el camino de pureza salafista correcto. Por consiguiente, eran digna presa de los auténticos santos. En segundo lugar, si se conseguía inducir una guerra religiosa en el seno de la sociedad iraquí, los planes de la «cruzada» de Occidente podían malograrse.[3] La esperanza obvia era desencadenar una contrarréplica de los propios chiíes, lo cual empujaría a los árabes suníes en brazos de sus «protectores», los partidarios de Bin Laden. Y a pesar de algunos nobles llamamientos a la contención formulados por el gran ayatolá chií Sistani, no se reveló muy difícil provocar semejante respuesta. Al cabo de poco tiempo, los escuadrones de la muerte chiíes, ataviados con frecuencia con uniformes de la policía, mataban y torturaban al azar a miembros del credo árabe suní. No fue difícil de detectar la influencia subrepticia de la vecina «República Islámica» de Irán, y en algunas zonas chiíes también acabó siendo peligroso ser una mujer sin velo o no profesar ningún credo. Irak presume de tener una larga tradición de matrimonios mixtos y cooperación entre comunidades. Pero unos cuantos años de esta detestable dialéctica consiguieron crear enseguida un clima de desgracia, desconfianza, hostilidad y política sectaria. Una vez más, *la religión lo había emponzoñado todo.*

En todos los casos que he mencionado había quienes protestaban en nombre de la religión y quienes trataban de superar la creciente oleada de fanatismo y culto a la muerte. Se me ocurren unos cuantos sacerdotes, obispos, rabinos e imanes que han colocado el humanismo por delante de sus propias sectas o credos. La historia nos proporciona otros muchos ejemplos similares, que pasaré a analizar más adelante. Pero esto es un piropo para el humanismo, no para la religión. Cuando llegan a ese extremo, estas crisis también me han llevado a mí y a muchos otros ateos a protestar en defensa de los católicos que sufren discriminación en Irlanda, de los musulmanes bosnios que tenían que enfrentarse a su exterminio en los territorios cristianos de los Balcanes, de los chiíes afganos e iraquíes pasados a cuchillo por los yihadistas suníes, y viceversa, así como de innumerables casos similares. Adoptar semejante posición es una obligación elemental de cualquier ser humano que se precie de serlo. Pero la re-

ticencia generalizada de las autoridades eclesiásticas a la hora de formular condenas inequívocas, ya se trate del Vaticano en el caso de Croacia o de los dirigentes saudíes o iraníes en el caso de sus respectivas confesiones, es igualmente repugnante. Y también lo es la voluntad de cada conjunto de «feligreses» de volver a los atavismos a la menor provocación.

No, señor Prager, no me ha parecido un criterio prudente pedir ayuda cuando se disuelven las reuniones para la plegaria. Y, como le dije, eso es responder con la opción «B». En todos estos casos, todo aquel a quien le importe la seguridad o la dignidad humanas tendría que confiar fervorosamente que se produjera un estallido masivo de laicidad democrática en defensa de las repúblicas.

No me hizo falta viajar a todos esos lugares exóticos para ver cómo la ponzoña hace su trabajo. Mucho antes de la crítica fecha del 11 de septiembre de 2001 pude percibir que la religión estaba empezando a reafirmar su jaque a la sociedad civil. Cuando no ejerzo de corresponsal extranjero aficionado y provisional, llevo una vida bastante tranquila y ordenada: escribo libros y artículos, enseño a mis alumnos a amar la literatura en lengua inglesa, asisto a agradables conferencias de escritores y participo en las discusiones efímeras que se plantean en el mundo editorial y académico. Pero hasta esta existencia bastante protegida se ha visto sometida a escandalosas invasiones, insultos y desafíos. El 14 de febrero de 1989, mi amigo Salman Rushdie fue golpeado simultáneamente con una sentencia de muerte y otra de cadena perpetua por el delito de escribir una obra de ficción. Para ser más exacto, el líder teocrático de un Estado extranjero, el ayatolá Jomeini de Irán, ofreció dinero públicamente, en su propio nombre, para instigar el asesinato de un novelista que era ciudadano de otro país. A quienes se animaba a llevar a cabo este plan criminal mediante soborno, que se hacía extensible a «todos los implicados en la publicación» de *Los versos satánicos*, no solo se les ofrecía dinero en mano, sino también un billete gratuito para viajar al paraíso. Es imposible imaginar mayor afrenta a todos los valores de la libertad de expresión. El ayatolá no había leído la novela, tal vez no pudiera leerla, y en todo

caso prohibió a todos los demás que la leyeran. Sin embargo, consiguió desencadenar alarmantes manifestaciones, tanto entre los musulmanes de Gran Bretaña como en los del resto del mundo, en las que la multitud prendía fuego al libro y pedía a gritos que el propio autor también fuera pasto de las llamas.

Este episodio, en parte aterrador y en parte grotesco, tenía sus orígenes, claro está, en el mundo material o «real». Tras haber malogrado centenares de miles de vidas de jóvenes iraníes en una tentativa de prolongar la guerra que había iniciado Sadam Husein, para convertirla en una victoria de su teología reaccionaria, el ayatolá se había visto obligado recientemente a reconocer la realidad y aceptar una resolución de alto el fuego de las Naciones Unidas, sobre la cual había afirmado que prefería beber cicuta antes que firmarla. Dicho de otro modo: necesitaba un «asunto». Un grupo de musulmanes reaccionarios de Sudáfrica que eran diputados del Parlamento títere del régimen del apartheid había anunciado que si el señor Rushdie asistía a la feria del libro de su país, sería asesinado. Un grupo fundamentalista de Pakistán había derramado sangre en las calles. Jomeini tenía que demostrar que nadie podía superarle.

Según parece, el profeta Mahoma hizo algunas afirmaciones supuestamente difíciles de conciliar con las enseñanzas musulmanas. Los especialistas en el Corán han tratado de cuadrar este círculo sugiriendo que, en esos casos, el profeta escribía sin querer al dictado de Satán, en lugar de Dios. Esta artimaña, que no tenía nada que envidiar a la escuela más sinuosa de apologistas cristianos medievales, brindaba una excelente oportunidad a un novelista para explorar la relación entre escritura sagrada y literatura. Pero la mentalidad literal no comprende la mentalidad irónica y siempre considera a esta última como una fuente de peligro. Además, Rushdie había sido educado como musulmán y tenía ciertos conocimientos sobre el Corán, lo cual significaba en realidad que era un apóstata. Y, según el Corán, la «apostasía» debe castigarse con la muerte. No se reconoce en absoluto el derecho a cambiar de religión, y todos los estados religiosos han insistido siempre en imponer duras penas a aquellos que lo intentan.

Escuadrones de la muerte apoyados desde las embajadas iraníes realizaron una serie de tentativas importantes de matar a Rushdie. Sus

traductores al italiano y al japonés fueron atacados, en uno de los casos por la absurda creencia de que el traductor podría conocer su paradero, y uno de ellos fue salvajemente mutilado tras haber quedado moribundo. A su editor noruego le dispararon varias veces por la espalda con un rifle de alta velocidad y quedó abandonado en la nieve, dado por muerto, si bien sorprendentemente sobrevivió. Cualquiera habría imaginado que un homicidio instigado de manera tan arrogante por un Estado, dirigido contra un individuo pacífico y solitario que llevaba una vida dedicada a la escritura, habría suscitado una condena generalizada. Pero no fue así. Algunos estamentos importantes, el Vaticano, el arzobispo de Canterbury y el principal rabino sefardí de Israel mostraron todos ellos su simpatía hacia... el ayatolá. Lo mismo hizo el cardenal arzobispo de Nueva York y muchas otras figuras religiosas de segundo orden. Al tiempo que pronunciaban algunas palabras con las que deploraban el recurso a la violencia, todos ellos afirmaron que el principal problema que planteaba la publicación de *Los versos satánicos* no era el asesinato a manos de mercenarios, sino la blasfemia. Algunos personajes públicos que no vestían hábito, como el escritor marxista John Berger, el historiador conservador británico Hugh Trevor-Roper y el decano de los autores de novelas de espionaje John Le Carré manifestaron también que Rushdie era responsable de los problemas en los que se había metido, y que se los había buscado al «ofender» a una gran religión monoteísta. Para estas personas, no tenía nada de extraordinario que la policía británica tuviera que proteger a un ciudadano ex musulmán de origen indio de una campaña orquestada para arrebatarle la vida en nombre de dios.

Pese a lo sosegada que en condiciones normales es mi vida, tuve la oportunidad de asomarme a esta surrealista situación cuando, para reunirse con el presidente Clinton, el señor Rushdie visitó Washington durante el fin de semana de Acción de Gracias de 1993 y se quedó una o dos noches en mi apartamento. Fue necesario desplegar un descomunal e imponente dispositivo de seguridad para hacerlo posible y, una vez finalizada la visita, el Departamento de Estado me pidió que fuera yo quien les hiciera una visita. Allí, un alto responsable me informó de que se habían interceptado «conversaciones» verosí-

miles en las que se manifestaba la intención de hacer recaer la venganza sobre mí y mi familia. Me aconsejaron que cambiara de domicilio y de número de teléfono, lo cual parecía un modo poco plausible de evitar las represalias. Sin embargo, esto sí me puso sobre aviso de algo que yo ya sabía. Yo no podía decir «Bueno, vosotros perseguís vuestro sueño chií en torno a un imán escondido, yo me dedico al estudio de Thomas Paine y George Orwell, y el mundo es lo bastante grande para ambos». El verdadero creyente es incapaz de descansar hasta que todo el mundo dobla la rodilla. ¿Acaso no es evidente para todos, afirma el devoto, que la autoridad religiosa tiene preponderancia y que quienes se niegan a reconocerlo pierden su derecho a existir?

Según parece, fueron los *asesinos* de los chiíes quienes impusieron este criterio a la opinión pública mundial unos cuantos años después. El régimen de los talibanes en Afganistán, que había masacrado a la población chií de Hazara, había sido tan horrendo que en 1999 la propia Irán había pensado en la posibilidad de invadir el país. Y la adicción de los talibanes a la profanación era tan extraordinaria que habían bombardeado y destruido meticulosamente una de las creaciones culturales más importantes del mundo: las estatuas de los dos budas de Bamiyan, que con su majestuosidad mostraban la fusión del estilo helenístico con otros estilos en el pasado de Afganistán. Pero, por ser preislámicas, como indudablemente eran, las estatuas constituían un insulto permanente para los talibanes y para sus huéspedes de al-Qaeda, y la destrucción de Bamiyan hasta dejarla reducida a escombros presagiaba la incineración de otras dos estructuras gemelas, así como de casi tres mil seres humanos, en pleno centro de Manhattan en otoño de 2001.

Todo el mundo posee su propia historia del 11 de septiembre: me saltaré la mía con la única excepción de que diré que alguien a quien conocía superficialmente fue lanzada contra los muros del Pentágono tras haber conseguido llamar a su marido y darle una descripción de los asesinos y de su táctica (y tras haberse enterado por él de que no se trataba de un secuestro y que iba a morir). Desde el ático de mi edificio de Washington pude ver el humo ascendiendo desde la otra orilla del río, y desde entonces jamás he pasado por el Capitolio o por

la Casa Blanca sin pensar qué habría sucedido de no haber sido por la valentía y determinación de los pasajeros del cuarto avión, que consiguieron hacerlo caer en un prado de Pensilvania a escasos veinte minutos de vuelo de su destino.

Bueno, he conseguido escribir una respuesta más extensa para Dennis Prager; ahora ya la tienen. Los diecinueve asesinos suicidas de Nueva York, Washington y Pensilvania eran sin lugar a dudas los creyentes más sinceros que viajaban en aquellos aviones. Tal vez ya no oigamos hablar tanto de cómo las «personas de fe» poseen unas ventajas morales que los demás no pueden sino envidiar. ¿Y qué debemos aprender del júbilo y la propaganda extasiada con la que se recibió en el mundo islámico esta gran proeza de unos fieles? En aquella época, Estados Unidos contaba con un fiscal general llamado John Ashcroft que afirmó que Estados Unidos «no conoce rey, más que Jesús» (una afirmación a la que le sobraban exactamente tres palabras). Tenía un presidente que quería depositar la prestación de servicios a los pobres sobre instituciones «fundadas en la fe». ¿Acaso no era ese un momento en el que se podía haber dedicado un par de comentarios a la luz que emana de la razón y a la defensa de una sociedad que separaba la Iglesia del Estado y valoraba la libertad de expresión y la libre indagación?

La decepción fue, y para mí sigue siendo, profunda. Al cabo de unas horas, los «reverendos» Pat Robertson y Jerry Falwell proclamaron que la inmolación de sus compatriotas representaba un juicio divino sobre una sociedad laica que toleraba la homosexualidad y el aborto. En el solemne funeral por las víctimas celebrado en la hermosa catedral nacional de Washington se permitió dirigir una alocución a Billy Graham, un hombre cuyo historial de oportunismo y antisemitismo es por sí solo una pequeña vergüenza nacional. En su absurdo sermón afirmaba que todos los muertos se encontraban ya en ese momento en el paraíso y que no querrían regresar con nosotros aunque pudieran hacerlo. Digo absurdo porque es imposible creer, ni siquiera aplicando la máxima indulgencia, que aquel día al-Qaeda no había asesinado a un buen número de ciudadanos pecadores. Y no hay razón alguna para creer que Billy Graham conociera el actual paradero de sus almas, y menos aún cuáles eran sus deseos póstumos. Pero tam-

bién tenía algo de siniestro escuchar afirmaciones minuciosas de que conocía el paraíso, similares a las que el propio Bin Laden estaba haciendo en nombre de los asesinos.

Las cosas continuaron deteriorándose en el tiempo transcurrido entre la expulsión de los talibanes del poder y el derrocamiento de Sadam Husein. Un oficial militar de alto rango, el general William Boykin, anunció que había tenido una visión mientras servía en el fiasco de Somalia. Según parece, alguna fotografía aérea de Mogadiscio había captado el rostro del propio Satán, pero aquello no había hecho sino incrementar la seguridad del general de que su dios era más poderoso que la maligna deidad de su oponente. En la Academia del Ejército del Aire de Estados Unidos de Colorado Springs se demostró que un grupo de mandos «vueltos a nacer» intimidaba impune y brutalmente a los cadetes judíos y agnósticos diciéndoles que solo aquellos que aceptaran a Jesús como redentor personal conseguirían el certificado de aptitud para prestar sus servicios. El vicecomandante de la academia envió correos electrónicos haciendo proselitismo para que se fijara un día nacional de la oración (cristiana). Un capellán llamado MeLinda Morton, que se quejó de esta campaña de histeria e intimidación, fue trasladado súbitamente a una base remota en Japón.[4] Entretanto, el multiculturalismo huero también realizó su aportación garantizando, entre otras muchas cosas, la distribución de una gran tirada de ediciones saudíes baratas del Corán para su uso en el sistema penitenciario de Estados Unidos. Aquellos textos wahabíes llegaban aún más lejos que la versión original, ya que recomendaban la guerra santa contra todos, cristianos, judíos e individuos laicos. Presenciar todo aquello era ser testigo de una especie de suicidio cultural: un «suicidio asistido» que tanto creyentes como no creyentes estaban dispuestos a oficiar.

Debería haberse señalado de antemano que este tipo de cosas, además de ser poco éticas y poco profesionales, eran también de todo punto inconstitucionales y antiestadounidenses. James Madison, el autor de la primera enmienda a la Constitución, que prohíbe legislar de ningún modo sobre la adopción de una religión estatal, fue también uno de los autores del artículo VI, que afirma sin ambages que «nunca se exigirá una declaración religiosa como condición para ocu-

par ningún empleo o cargo público de Estados Unidos».[5] Su posterior *Detached Memoranda* dejaba bien patente que en primera instancia se oponía al nombramiento de capellanes por parte del gobierno, ya fuera en las fuerzas armadas o para las ceremonias inaugurales del Congreso. «Nombrar una capellanía en el Congreso supone una evidente violación del derecho a la igualdad, así como de los principios constitucionales.» Por lo que se refiere a la presencia clerical en el ejército, Madison escribió: «El objeto de esta medida es seductor; el motivo es encomiable. Pero ¿acaso no es mucho más seguro suscribir un principio cierto y confiar en sus consecuencias, que confiar en un razonamiento en todo caso engañoso en beneficio de un principio equivocado? Fíjense en los ejércitos y las armadas de todo el mundo y díganme una cosa: en el nombramiento de sus ministros religiosos, ¿debe atenderse al interés espiritual de los feligreses o al interés temporal del Pastor?». Es muy probable que todo aquel que cite a Madison hoy día sea considerado o bien un elemento subversivo o bien un demente; y, sin embargo, sin él y sin Thomas Jefferson, coautores del Estatuto de Virginia para la Libertad Religiosa, Estados Unidos habría seguido haciendo lo que hacía: prohibir que en algunos estados los judíos ejercieran cargos públicos, en otros los católicos, y en Maryland los protestantes. Este último es un estado en el que «proferir blasfemias acerca de la Santísima Trinidad» se castigaba con la tortura, el hierro al rojo vivo y, a la tercera ocasión, «con la muerte, sin posibilidad de obtener dispensa eclesiástica». Tal vez Georgia habría perseverado para mantener que la religión oficial de su estado fuera el «protestantismo»... al margen de cuál de las muchas hibridaciones de Lutero hubiera resultado ser.

A medida que el debate sobre la intervención en Irak fue avivándose, desde los púlpitos se vertieron verdaderos torrentes de insensateces. La mayoría de las iglesias se oponían a la campaña para derrocar a Sadam Husein, y el propio Papa se desacreditó abiertamente enviando una invitación personal al criminal de guerra buscado Tareq Aziz, responsable de asesinatos de niños cometidos por el Estado. Aziz no solo fue bien recibido en el Vaticano como veterano miembro católico de un partido gobernante fascista (no era la primera vez que se había ofrecido una indulgencia semejante), sino que a continuación

fue llevado a Asís para realizar un ejercicio de oración personal en la capilla de San Francisco, que según parece solía predicar a los pájaros. Debió de pensar que aquello era absolutamente sencillo. En el otro lado del espectro confesional, algunos evangelistas estadounidenses, no todos, gritaban con júbilo ante la perspectiva de convertir a los musulmanes a la causa de Jesús. (Digo «no todos» porque desde entonces una escisión fundamentalista ha hecho suya la labor de reventar los funerales de los soldados estadounidenses muertos en Irak afirmando que esos asesinatos son el castigo de dios por la homosexualidad de Estados Unidos. Una pancarta particularmente jugosa agitada ante los rostros de los dolientes reza lo siguiente: «Gracias a Dios por los IED», las bombas que los fascistas musulmanes igualmente antigays colocan en las cunetas de las carreteras. Lo que me importa aquí no es determinar qué teología es la correcta: yo diría que las posibilidades de que cualquiera de ellas sea correcta son aproximadamente las mismas.) Charles Stanley, cuyos sermones semanales pronunciados desde la Primera Iglesia Bautista de Atlanta contemplan millones de personas, podría haber sido cualquier imán demagogo cuando afirmó: «Deberíamos brindarnos a servir a la campaña de guerra de cualquier modo posible. Dios combate a las personas que se enfrentan a él, a las que luchan contra él y a sus seguidores». Baptist Press, la agencia de prensa de esta organización, publicó un artículo de un misionero que se regodeaba de que «la política exterior estadounidense y su poderío militar han abierto una oportunidad al evangelio en la tierra de Abraham, Isaac y Jacob». Para no quedar a la zaga, Tim LaHaye decidió ir más allá. Famoso por ser coautor de todo un éxito de ventas, la colección de literatura barata «Left Behind», que prepara al estadounidense medio, primero, para el «éxtasis» y, luego, para el Armagedón, se refirió a Irak como «el centro de los sucesos del fin de los tiempos».[6] Otros entusiastas de la Biblia trataron de vincular a Sadam Husein con el perverso rey Nabucodonosor de la antigua Babilonia, comparación que el propio dictador tal vez habría aceptado, dado que reconstruyó los viejos muros de Babilonia con ladrillos que llevaban grabado todos y cada uno de ellos su propio nombre. Por consiguiente, en lugar de una discusión racional sobre cuál era el mejor modo de contener y derrotar el fanatismo religioso, uno presenciaba el mutuo refuerzo de

dos variedades de aquella misma histeria: el ataque yihadista volvía a conjurar al fantasma manchado de sangre de los cruzados.

En este sentido, la religión no es muy diferente del racismo. Cualquier versión de cualquiera de los dos anima y desencadena la otra. En una ocasión me formularon otra pregunta con trampa, un poco más perspicaz que la de Dennis Prager, que estaba concebida para desenmascarar mi grado de prejuicios latentes. Está usted en un andén del metro de Nueva York, por la noche, muy tarde, en una estación desierta. De repente aparece un grupo compuesto por una decena de hombres negros. ¿Se queda usted donde está o va hacia la salida? De nuevo fui capaz de contestar que había tenido exactamente una experiencia así. Esperando en solitario la llegada de un tren, bien pasada la medianoche, se unieron a mí de repente una multitud de técnicos que salían del túnel con sus herramientas y guantes de trabajo. Todos ellos eran negros. Me sentí inmediatamente más seguro y caminé hacia ellos. No tengo la menor idea de cuál era su afiliación religiosa. Pero en todos los demás casos que he citado, la religión ha sido un inmenso multiplicador de la desconfianza y el odio tribales, según el cual los miembros de cada uno de los grupos hablan de los otros exactamente con el mismo tono de intolerancia. Los cristianos y los judíos comen carne de cerdo profanada y beben el ponzoñoso alcohol. Los budistas y los musulmanes de Sri Lanka echaron la culpa a las celebraciones de la Navidad de 2004, bañadas en vino, del tsunami que se produjo a continuación. Los católicos son sucios y tienen demasiados hijos. Los musulmanes se alimentan como conejos y se limpian el culo con la mano que no es. Los judíos tienen piojos en la barba y buscan sangre de niños cristianos para dar aroma y sabor al pan ázimo de su pascua judía. Y así sucesivamente.

3

Breve digresión sobre el cerdo, o por qué el cielo detesta el jamón

Todas las religiones tienden a contener algún mandamiento o prohibición en relación con la dieta, ya se trate del actualmente caduco mandamiento católico de comer pescado los viernes, de la adoración por parte de los hinduistas de la vaca como animal sagrado e invulnerable (el gobierno de la India llegó incluso a ofrecerse a importar y proteger a todo el ganado destinado al matadero como consecuencia de la epidemia de encefalopatía bovina o «enfermedad de las vacas locas» que asoló Europa en la década de 1990), o de la negativa de otros cultos orientales a consumir cualquier tipo de carne animal o a hacer daño a cualquier otra criatura, ya se trate de una rata o una pulga. Pero el fetichismo más antiguo y persistente es el odio, e incluso el miedo, al cerdo. Apareció en la primitiva Judea y durante siglos fue una de las maneras (la otra era la circuncisión) mediante las que se diferenciaba a los judíos.

Aun cuando la sura 5.60 del Corán condena expresamente a los judíos, pero también a los demás infieles, por haberse convertido en monos y cerdos (un motivo temático muy destacado en la predicación musulmana salafista reciente), y el Corán califica la carne de cerdo de impura o incluso de «abominable», los musulmanes parecen no percibir ninguna ironía en la adopción de este tabú exclusivamente judío. El auténtico horror al puerco se manifiesta en todo el mundo islámico. Un buen ejemplo de ello sería la prohibición permanente de la novela *Rebelión en la granja*, de George Orwell, una de las fábulas más exquisitas y valiosas de la modernidad, de cuya lectura se priva a los escolares musulmanes. He examinado con detenimiento al-

gunas de las prohibiciones expresas redactadas por los ministros de educación árabes, que son tan estúpidos que son incapaces de percibir el papel maligno y dictatorial que desempeñan los cerdos en la historia.

De hecho, a Orwell le disgustaban los cerdos como consecuencia de su fracaso como pequeño granjero, y muchas personas que han tenido que trabajar con estos difíciles animales en granjas comparten este rechazo. Amontonados en pocilgas, los cerdos suelen actuar de forma canallesca, por así decirlo, y mantener ruidosas y desagradables peleas. En algunos casos han devorado a sus propias crías e incluso sus propios excrementos, mientras que su tendencia a exhibir cierta galantería indiscriminada y pródiga suele resultar desagradable a las personas más sensibles. Pero con frecuencia se ha informado de que, si se deja que los cerdos sigan sus inclinaciones naturales y se les asegura el suficiente espacio, se mantendrán muy limpios, construirán pequeñas enramadas, criarán familia y entablarán cierta interacción social con otros cerdos. Estas criaturas también hacen gala de muchos signos de inteligencia, y se ha estudiado que la proporción determinante (entre el peso del cerebro y el peso corporal) es casi tan elevada en ellos como en los delfines. El cerdo tiene mucha capacidad para adaptarse a su entorno, como atestiguan los verracos asilvestrados y los «cerdos salvajes» en contraposición a los gorrinos de crianza y los juguetones cochinillos más cercanos a nuestra experiencia de la especie. Pero esa pezuña partida, las manos del cerdo, se convirtieron en un símbolo diabólico para los temerosos, y me atrevería a decir que resulta fácil conjeturar qué fue primero, si el diablo o el cerdo. Sería absurdo preguntarse cómo el diseñador de todas las cosas concibió una criatura tan versátil y a continuación ordenó al mamífero superior, también de su creación, que lo evitara por completo si no quería contrariarle eternamente. Pero hay muchos mamíferos, inteligentes para otras cosas, a los que afecta la creencia de que el cielo detesta el jamón.

Espero que en este momento usted ya habrá imaginado lo que en cualquier caso sabemos: que esta selecta bestia es uno de nuestros primos más cercanos. Comparte gran parte de nuestro ADN, y recientemente los trasplantes a seres humanos de piel, válvulas cardíacas y

riñones procedentes de cerdos han tenido una buena aceptación. Si existiera un nuevo doctor Moreau capaz de corromper los recientes avances de la clonación y crear un ser híbrido, algo que espero de todo corazón que no suceda, el miedo más generalizado sería el derivado de que el resultado más probable fuera el «hombre-cerdo». Mientras tanto, casi todo el cerdo es útil: desde su nutritiva y exquisita carne hasta su piel curtida para elaborar cuero o sus pelos para fabricar pinceles. En *La jungla*, la novela gráfica de Upton Sinclair sobre la actividad del matadero de Chicago, resulta angustioso leer cómo se cuelga a los cerdos de unos ganchos desde donde chillan cuando se les corta el pescuezo. Hasta los nervios de los trabajadores más acostumbrados a ello resultan afectados por la experiencia. Esos chillidos tienen algo...

Si lo llevamos un poco más lejos, podríamos observar que cuando se consigue que los rabinos y los imanes dejen en paz a los niños, estos se acercan mucho a los cerdos, sobre todo a los más pequeños; y que a los bomberos por regla general no les gusta comer cerdo asado ni crujiente. En Nueva Guinea y en otros lugares el término antiguo en lengua vernácula que se emplea para referirse a un ser humano asado significa «cerdo grande»: jamás he tenido la pertinente experiencia degustativa, pero parece que, cuando se nos ingiere, tenemos un sabor muy parecido al del cerdo.

Esto contribuye a reducir al absurdo las habituales explicaciones «seculares» de la prohibición judía original. Se afirma que la prohibición era al principio racional, puesto que la carne de cerdo en los climas cálidos puede volverse maloliente y alimentar a las larvas de la triquinosis. Esta objeción, que tal vez sí pueda aplicarse en el caso del marisco, no autorizado por las normas kosher, es absurda al analizar las condiciones reales. En primer lugar, la triquinosis se da en todos los climas, y de hecho en los climas fríos con mayor frecuencia que en los cálidos. En segundo lugar, los arqueólogos pueden diferenciar fácilmente los asentamientos judíos de la Antigüedad de las tierras de Canaán por la ausencia de huesos de cerdo en sus basureros, en contraposición a su presencia en los depósitos de residuos de otro tipo de comunidades. Dicho de otro modo, los no judíos no enfermaban ni morían por comer cerdo. (Aparte de cualquier otra conside-

ración, si *hubieran muerto* por ese motivo no habría habido necesidad alguna de que el dios de Moisés exhortara a su matanza a quienes no comían cerdo.)

Por consiguiente, debe de haber otra solución para este acertijo. Reivindico la mía propia porque es original, aunque tal vez no hubiera dado con ella sin la ayuda de sir James Frazer y del gran Ibn Warraq. Según muchas autoridades de la Antigüedad, la actitud de los primeros semitas hacia el cerdo era tanto de veneración como de repugnancia. Comer carne de cerdo se consideraba algo especial, incluso un privilegio con ciertos rasgos rituales. (Esta demencial confusión de lo sagrado y lo profano puede encontrarse en todos los cultos y en todas las épocas.) La atracción y repulsión simultáneas procedían de una raíz antropomórfica: el aspecto del cerdo, su sabor, sus chillidos agónicos y su evidente inteligencia recordaban demasiado desagradablemente al ser humano. La porcofobia y la porcofilia se originaron tal vez en la noche de los tiempos de los sacrificios humanos e incluso del canibalismo, del que los textos «sagrados» suelen hacer algo más que una insinuación. Nada que sea optativo, desde la homosexualidad hasta el adulterio, se castiga jamás a menos que quienes lo prohíben (y exigen castigos furibundos) sientan un deseo reprimido de participar. Como escribió Shakespeare en *El rey Lear*, el policía que azota a la prostituta tiene una necesidad imperiosa de utilizarla para la misma ofensa por la que él se aplica con el látigo.

La porcofilia también puede utilizarse para fines opresores y represivos. En la España medieval, donde se obligaba a los judíos y musulmanes a convertirse al cristianismo so pena de tormento y muerte, las autoridades religiosas sospechaban con bastante razón que muchas de las conversiones no eran sinceras. De hecho, la Inquisición nació en parte del santo pavor de que asistieran falsos fieles a misa, donde, por supuesto, e incluso con más asco aún, fingían comer y beber carne y sangre humana en la persona del propio Cristo. Entre las costumbres que nacieron como consecuencia de ello se encontraba la de ofrecer, tanto en los acontecimientos más formales como en los informales, una bandeja con productos de charcutería. Quienes han tenido la suerte de visitar España, o algún buen restaurante español, estarán familiarizados con este gesto de hospitalidad: literalmente,

decenas de piezas de cerdo curado de diferente modo y cortado en lonchas de distinta forma. Pero el lúgubre origen de esta costumbre reside en la lucha permanente por descubrir la herejía y de mantenerse atento sin pausa a las delatoras manifestaciones de repugnancia. En las manos de los primeros fanáticos cristianos, hasta al apetecible jamón ibérico podía ser llamado a ejercer como una modalidad de tortura.

Hoy día, la estulticia de la Antigüedad vuelve a cernirse sobre nosotros. En Europa, los fanáticos musulmanes están exigiendo que se aparte de la inocente mirada de sus hijos a los tres cerditos, a la cerdita Peggy, a Piglet, de *Winnie-the-Pooh*, y a otros personajes y mascotas tradicionales. Tal vez los amargos cretinos de la *yihad* no hayan leído lo suficiente a Wodehouse para conocer a la emperatriz de Blandings y al gusto infinitamente renovado que experimenta el conde de Emsworth con las espléndidas páginas del incomparable autor de *The Care of the Pig*, el señor Whiffle,* pero si llegan hasta ese extremo habrá problemas. En un arboreto de la Inglaterra conservadora y de clase media, una estatua de un jabalí macho ya ha sufrido en sus carnes el vandalismo islámico descerebrado.

A pequeña escala, este fetiche en apariencia trivial muestra cómo la religión, la fe y la superstición distorsionan nuestra imagen del mundo en su conjunto. El cerdo está tan próximo a nosotros, y ha sido tan accesible en tantos aspectos, que en la actualidad los humanistas están llevando a cabo una intensa campaña en contra de que se críe en granjas industriales, recluido, apartado de sus crías y obligado a vivir entre sus propias inmundicias. Dejando a un lado las demás consideraciones, la blanda y sonrosada carne resultante *es* un tanto repugnante. Pero esta es una decisión que podemos tomar bajo la clara luz de la razón y la compasión, considerándolos criaturas y parientes iguales, y no como consecuencia de hechizos procedentes de las fogatas de la Edad del Hierro en las que se ensalzaban ofensas mucho peores en el nombre de dios. «Cabeza de cerdo en un palo», dice el excitado pero tenaz Ralph ante el rostro del ídolo que zumba y su-

* Personajes y alusiones de la serie de novelas de *El castillo de Blandings*, de P. W. Wodehouse. *(N. del T.)*

pura (primero, asesinado y, después, adorado) erigido por unos colegiales crueles y atemorizados en *El señor de las moscas*. «Cabeza de cerdo en un palo.» Y tenía más razón de lo que hubiera imaginado; y era mucho más sensato que sus mayores, y más también que los jóvenes delincuentes que le rodeaban.

4

Un comentario sobre la salud, para la cual puede ser peligrosa la religión

> En tiempos oscuros, la mejor guía para los pueblos era la religión, del mismo modo que en medio de una noche oscura un ciego es nuestro mejor guía; de noche, él conoce los caminos y senderos mejor de lo que puede verlos un ser humano. Sin embargo, cuando amanece, es una insensatez utilizar a los ciegos como guías.
>
> HEINRICH HEINE, *Gedanken und Einfalle*

En otoño de 2001 me encontraba en Calcuta con el magnífico fotógrafo Sebastião Salgado, un genio brasileño cuyos estudios fotográficos han plasmado gráficamente las vidas de los emigrantes, las víctimas de la guerra y los esforzados trabajadores que extraen materias primas de las minas, las canteras y los bosques. En aquella ocasión, él ejercía de embajador de Unicef y promocionaba como un cruzado (en el sentido positivo del término) la lucha contra la polio. Gracias al trabajo de científicos brillantes y con una imaginación desbordante como Jonas Salk, hoy día se puede vacunar a los niños contra esta espantosa enfermedad por un coste insignificante: los pocos céntimos o peniques que cuesta administrar por vía oral dos gotas de una vacuna a un bebé. Los avances de la medicina ya han conseguido dejar atrás el miedo a la viruela, y se había depositado mucha confianza en que otro año más supusiera idéntico resultado para la polio. La humanidad entera parecía haberse congregado en

torno a este propósito. En varios países, entre ellos El Salvador, las partes en conflicto habían declarado períodos de alto el fuego con el fin de permitir que los equipos de vacunación se desplazaran con libertad. Los países extremadamente pobres y atrasados habían hecho acopio de todos sus recursos para informar de la buena noticia en todas las aldeas: esta horrenda enfermedad no tenía por qué matar, dejar inútiles o hacer desgraciados a más niños. De vuelta a mi casa, en Washington, donde aquel año mucha gente todavía permanecía paralizada y sin salir de su casa, atemorizada tras el trauma del 11 de septiembre, mi hija menor iba incansablemente de puerta en puerta en Halloween alborotando con sus gritos de «Trato o truco por Unicef» y curando o salvando, con cada uno de los puñaditos de calderilla que recibía, a niños que jamás conocería. Uno tenía la sensación de estar participando en una iniciativa enteramente positiva.

La población de Bengala, y en concreto las mujeres, estaban entusiasmadas y rebosantes de imaginación. Recuerdo una reunión de un comité en la que las damas de sociedad de Calcuta planearon sin ningún rubor asociarse con las prostitutas de la ciudad para correr la voz hasta los rincones más escondidos de la sociedad. Traed a vuestros hijos, no se hará ninguna pregunta, y permitid que se traguen las dos gotas de líquido. Alguien sabía que había un elefante en las afueras de la ciudad, a unos cuantos kilómetros, que se podría alquilar para encabezar con él un desfile publicitario. Todo marchaba bien; en una de las ciudades y estados más pobres del mundo, iban a volver a empezar. Y entonces comenzamos a escuchar un rumor. En algunos lugares de las afueras había musulmanes intransigentes que estaban propagando el rumor de que las gotas eran una artimaña. Si uno se tomaba aquella diabólica medicina occidental, caería enfermo de impotencia y diarrea (una combinación demoledora y deprimente).

Aquello era un problema, porque había que administrar las gotas dos veces (la segunda vez servía de refuerzo y confirmación de la inmunidad) y porque bastan unas cuantas personas sin vacunar para que la enfermedad no se erradique y se produzcan nuevos brotes, y para volver a propagarla por contacto y a través del consumo de agua. Al igual que con la viruela, la erradicación debe ser completa y abso-

luta. Cuando me marché de Calcuta me preguntaba si el estado de Bengala Occidental conseguiría cumplir los plazos y declararse región libre de la polio antes de que finalizara el año siguiente. Aquello significaría dejar la enfermedad aislada únicamente en unas pequeñas bolsas de Afganistán y una o dos regiones inaccesibles más, devastadas ya por el fervor religioso, para poder decir muy pronto que la tiranía de otra antigua enfermedad había sido derrocada de manera definitiva.

En 2005 me enteré de un dato. En el norte de Nigeria, un país que anteriormente había sido declarado libre de la polio de forma provisional, un grupo de religiosos islámicos promulgaron un dictamen, o *fatwa*, que afirmaba que la vacuna de la polio era una conspiración de Estados Unidos (y, por asombroso que resulte, de las Naciones Unidas) contra la religión musulmana. Las gotas habían sido concebidas, afirmaban estos ulemas, para esterilizar a los auténticos creyentes. Según ellos, tenían un propósito y un efecto genocida. Nadie debía ingerirlas ni administrárselas a los bebés. Al cabo de unos meses, la polio había vuelto a manifestarse, y no solo en el norte de Nigeria. Los viajeros y peregrinos nigerianos ya la habían llevado nada menos que a La Meca, y habían vuelto a propagarla en algunos otros países libres de polio, entre los que se contaban tres países africanos y también el remoto Yemen. Había que volver a empujar de nuevo aquella roca descomunal hasta la cima de la montaña.

Alguien podrá decir que se trata de un caso «aislado», lo cual podría ser un modo tristemente oportuno de resumirlo. Pero se equivocaría. ¿Le gustaría ver mi grabación de la recomendación hecha por el cardenal Alfonso López de Trujillo, presidente del Consejo Pontificio para la Familia del Vaticano, en la que advierte minuciosamente a la audiencia de que todos los condones se fabrican en secreto con muchos agujeros microscópicos, a través de los cuales puede pasar el virus del sida? Cierre los ojos y trate de imaginar qué diría usted si tuviera autoridad para causar el máximo sufrimiento posible con el menor número de palabras. Piense en el daño que ha ocasionado semejante dogma: esos supuestos agujeros también permitirían el paso de otras cosas, lo cual más bien socava en primera instancia la utilidad de un condón. Realizar una afirmación así en Roma ya es bas-

tante infame. Pero traduzca este mensaje a la lengua de los países pobres y enfermos y verá lo que sucede. En Brasil, en época de carnaval, el obispo auxiliar de Río de Janeiro, Rafael Llano Cifuentes, le dijo a su congregación en una homilía que «la Iglesia es contraria al uso del preservativo. Las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer deben ser naturales. Jamás he visto a un perrillo utilizar ningún preservativo en el acto sexual con otro perro».[1] Altos cargos eclesiásticos de algunos otros países (el cardenal Obando y Bravo de Nicaragua, el arzobispo de Nairobi en Kenia o el cardenal Emmanuel Wamala de Uganda) han contado a sus feligreses que los condones transmiten el sida. De hecho, el cardenal Wamala ha dicho en público que las mujeres que mueren de sida por no utilizar esa protección de látex deberían considerarse mártires (aunque, como es de suponer, este martirio debe tener lugar dentro de los límites del matrimonio).

Las autoridades islámicas no han actuado mejor, y en ocasiones mucho peor. En 1995, el Consejo de Ulemas de Indonesia alentó a que los condones solo estuvieran a disposición de las parejas casadas y con receta médica. En Irán, un trabajador del que se descubra que es seropositivo puede perder su empleo, y los médicos y los hospitales tienen derecho a negar el tratamiento a los pacientes de sida. Un funcionario del programa de control del sida de Pakistán refirió a la revista *Foreign Policy* en 2005 que el problema era menor en su país debido a los «mejores valores sociales e islámicos».[2] Esto en un Estado en el que la ley permite que una mujer sea *condenada* a ser violada por un grupo de hombres con el fin de que expíe la «culpa» de un delito cometido por un hermano suyo. Aquí tenemos la vieja combinación religiosa de represión y negación: se supone que una epidemia como el sida es innombrable porque las enseñanzas del Corán se bastan por sí solas para inhibir las relaciones sexuales prematrimoniales, el consumo de drogas, el adulterio y la prostitución. Basta incluso una breve visita a Irán, por ejemplo, para demostrar lo contrario. Son los propios ulemas los que se benefician de esta hipocresía autorizando «matrimonios temporales» en los que se expiden certificados matrimoniales para unas pocas horas, a veces en viviendas especialmente designadas a tal efecto, donde al final del asunto hay ya preparada y muy a mano una sentencia de divorcio. Casi se le puede llamar prostitución... La

última vez que me ofrecieron una ganga de estas características me encontraba justamente en la puerta del feo sepulcro del ayatolá Jomeini, en el sur de Teherán. Pero se espera que las mujeres cubiertas con velos y burkas, infectadas con el virus por sus maridos, mueran en silencio. Sabemos con certeza que otros millones de personas honradas e inocentes morirán en todo el mundo de manera lamentable y bastante innecesaria como consecuencia de ese oscurantismo.

La actitud de la religión hacia la medicina, al igual que la actitud de la religión hacia la ciencia, siempre es necesariamente problemática y, con frecuencia, necesariamente hostil. Un creyente de nuestros días puede afirmar e incluso creer que su fe es bastante compatible con la ciencia y la medicina; pero la cruda realidad será siempre que ambas cosas tienen cierta tendencia a quebrar el monopolio de la religión; y por esta razón a menudo han sido combatidas ferozmente. ¿Qué le sucede al santero y al chamán cuando cualquier ciudadano pobre puede percibir el efecto de los medicamentos y la cirugía administrados sin ceremonia ni mistificación? Más o menos lo mismo que le sucede al brujo que baila la danza de la lluvia una vez que aparece el meteorólogo, o al adivino que lee el futuro en los cielos cuando los maestros de escuela consiguen telescopios rudimentarios. Antes se sostenía que las plagas eran un castigo impuesto por los dioses, lo que servía para afianzar el poder de los sacerdotes y en buena medida para fomentar la quema de herejes e infieles, a los que se consideraba (según una explicación alternativa) propagadores de la enfermedad mediante la brujería o también envenenando los pozos de agua.

Tal vez seamos indulgentes con las bacanales de estupidez y crueldad que se permitieron antes de que la humanidad tuviera una idea clara de la teoría bacteriológica de las enfermedades. La mayoría de los «milagros» del Nuevo Testamento guardan relación con curaciones, lo que revestía la máxima importancia en una época en que incluso las enfermedades secundarias solían significar la muerte. (El propio san Agustín afirmaba que él no habría creído en el cristianismo de no haber sido por los milagros.) Filósofos científicos críticos con la religión, como Daniel Dennett, han sido lo bastante generosos para señalar que los rituales de curación aparentemente inservibles pue-

den haber contribuido incluso a ayudar a la gente a mejorar, ya que sabemos lo importante que puede llegar a ser el estado de ánimo del paciente para ayudar al cuerpo a curar una herida o una infección.[3] Pero esto solo serviría de excusa *a posteriori*. En el momento en que el doctor Jenner descubrió que una inyección de virus de la viruela de las vacas podía evitar la viruela, esta excusa quedó vacía de contenido. Sin embargo, Timothy Dwight, un rector de la Universidad de Yale y hasta la fecha uno de los «teólogos» más respetados de Estados Unidos, se opuso a la vacunación contra la viruela porque la consideraba una injerencia en los designios de dios. Y esta mentalidad todavía se encuentra muy presente, mucho después de que haya desaparecido su pretexto y justificación en la ignorancia humana.

Resulta interesante y sugerente que el arzobispo de Río de Janeiro establezca una analogía con los perros. Ellos no se molestan en enfundarse un condón: ¿quiénes somos nosotros para discrepar de su lealtad a la «naturaleza»? En la reciente división de opiniones en la Iglesia anglicana acerca de la homosexualidad y la ordenación para el sacerdocio, varios obispos realizaron la infundada puntualización de que la homosexualidad es «antinatural» porque no se da en otras especies. Dejemos al margen lo absurdo de este comentario. Los seres humanos, ¿forman parte de la naturaleza o no? O si son homosexuales, ¿han sido creados a imagen y semejanza de dios, o no? Dejemos a un lado el hecho bien demostrado de que hay innumerables tipos de aves, mamíferos y primates que sí entablan relaciones homosexuales. ¿Quiénes son los clérigos para interpretar la naturaleza? Han demostrado ser bastante ineptos para hacerlo. Un condón es una condición necesaria, pero no suficiente, para evitar la transmisión del sida, lo cual es bastante evidente. Todas las autoridades reconocidas, entre ellas aquellas que afirman que la abstinencia es aún mejor, coinciden en ello. La homosexualidad está presente en todas las sociedades y parecería que su incidencia formara parte del «diseño» humano. Debemos afrontar obligatoriamente estos datos cada vez que los encontremos. Hoy día sabemos que la peste bubónica no se propagó mediante el pecado o la relajación de la moral, sino a través de las ratas y las pulgas. Durante la célebre «peste negra» de Londres en 1665, el arzobispo Lancelot Andrewes detectó con inquietud que el horror

recaía sobre quienes rezaban y tenían fe en igual medida que sobre quienes no lo hacían. Estuvo peligrosamente cerca de tropezar con un elemento de la realidad. Mientras redactaba este capítulo, en la ciudad de Washington D. C. en la que vivo se suscitó una discusión. Desde hace mucho tiempo se sabe que el virus del papiloma humano (VPH) es una infección que se transmite por vía sexual y que, en el peor de los casos, puede causar cáncer cervical en las mujeres. Hoy disponemos de una vacuna (en estos tiempos, las vacunas se desarrollan cada vez con mayor rapidez) que no cura la enfermedad, pero inmuniza a las mujeres frente a ella. Sin embargo, en la administración pública hay fuerzas que se oponen a la adopción de esta medida basándose en que no es útil para disuadir de mantener relaciones sexuales prematrimoniales. Aceptar la propagación del cáncer cervical en nombre de dios no es muy distinto moral ni intelectualmente de sacrificar a esas mujeres en un altar de piedra y darle gracias a la divinidad por concedernos primero el impulso sexual y a continuación condenarlo.

No sabemos cuántas personas han muerto o morirán en África a causa del virus del sida, que en una proeza de la investigación científica humana consiguió ser aislado y volverse tratable muy poco después de que hiciera su letal aparición. Por otra parte, sí sabemos que mantener relaciones sexuales con una mujer virgen (uno de los «remedios» locales más populares) no impide realmente la infección ni la elimina. Y también sabemos que la utilización del condón como forma de profilaxis puede, cuando menos, contribuir a la limitación y la contención del virus. No nos enfrentamos, como les hubiera gustado creer a los primeros misioneros, a brujos y salvajes que no quieran recibir la ayuda que les llevan los misioneros. Nos enfrentamos, por el contrario, a la administración de Bush, que en una república presuntamente laica, en el siglo XXI, se niega a compartir su presupuesto de ayuda humanitaria con las organizaciones benéficas y los hospitales que ofrezcan asesoramiento sobre planificación familiar. Al menos dos religiones importantes y de renombre, con millones de adeptos en África, creen que el remedio es mucho peor que la enfermedad. También albergan la esperanza de que la epidemia del sida represente en cierto sentido una sentencia dictada por el cielo respecto a las anomalías sexuales, concretamente la homosexualidad. Un

único golpe de la poderosa navaja de Ockham extirpa este salvajismo mal concebido: las mujeres homosexuales no solo no contraen el sida (salvo que tengan mala suerte con una transfusión sanguínea o con una aguja), sino que son mucho más inmunes que los propios heterosexuales a *todas* las enfermedades de transmisión sexual. Pero las autoridades eclesiásticas se niegan obstinadamente a ser honestas siquiera con la mera existencia de las lesbianas. Al hacerlo, demuestran aún más que la religión continúa representando una amenaza inminente para la salud pública.

Plantearé una pregunta hipotética. Supongamos que se me descubre a mí, un hombre de cincuenta y siete años, succionando el pene de un bebé. Pediré al lector o lectora que se imagine cómo sería su indignación y repugnancia. Muy bien, pero tengo preparada una explicación. Soy un *mohel*: un circuncisor y eliminador de prepucios reconocido. Mi autoridad proviene de un texto antiguo que me ordena tomar el pene de un bebé, recortarle el prepucio y finalizar la acción introduciendo su pene en mi boca, apartando mediante succión el prepucio y escupiendo la rebaba amputada junto con una bocanada de sangre y saliva. La mayor parte de los judíos han abandonado esta práctica, ya sea por su carácter antihigiénico o por sus perturbadoras connotaciones, pero todavía pervive entre un tipo de fundamentalismo hasídico que confía en la reconstrucción del Segundo Templo en Jerusalén. Para ellos, el ritual primitivo del *peri'ah metsitsah* forma parte de la inquebrantable alianza con dios. En la ciudad de Nueva York, en 2005, se detectó que este ritual, tal como lo practicaba un *mohel* de cincuenta y siete años, había producido herpes genital a varios niños pequeños y había ocasionado la muerte de al menos dos de ellos. En circunstancias normales, esta revelación habría llevado al Departamento de Salud Pública a prohibir la práctica y a que el alcalde la denunciara. Pero en la capital del mundo moderno, en la primera década del siglo XXI, no sucedió así. Por el contrario, Bloomberg, el alcalde, hizo caso omiso de los informes elaborados por prestigiosos médicos judíos que le habían advertido del peligro que comportaba esta tradición y pidió a su administración de Salud Pública que pospusiera la publicación de cualquier dictamen. Lo importante, decía él, era asegurarse de que no se estaba quebrantando el libre ejercicio de

la religión. En un debate público mantenido con Peter Steinfels, el «redactor de temas religiosos», católico y liberal del *New York Times*, se me dijo exactamente lo mismo.

Aquel año había elecciones para elegir el alcalde de Nueva York, extremo que suele explicar infinidad de cosas. Pero esta pauta vuelve a repetirse en otras confesiones, estados y ciudades, así como en otros países. En una amplia franja del territorio del África animista y musulmana se somete a las jóvenes al infierno de la circuncisión y la infibulación, que supone rebanar los labios vaginales y el clítoris, a menudo con una piedra afilada, y a continuación coser la abertura vaginal con un bramante resistente que no se retirará hasta que la fuerza de un varón lo rompa en la noche de bodas. La compasión y la biología acceden a que, hasta que llegue ese momento, se deje una pequeña abertura para que pase la sangre durante la menstruación. La consiguiente fetidez, dolor, humillación y sufrimiento supera todo lo imaginable y se traduce inevitablemente en infecciones, esterilidad, vergüenza y muerte de muchas mujeres y niños en el parto. Si esta nauseabunda práctica no fuera sagrada y estuviera santificada, ninguna sociedad toleraría semejante insulto a la condición femenina y, por ende, a su supervivencia. Pero entonces, ningún neoyorquino permitiría que se cometieran atrocidades contra los niños si no fuera bajo una consideración similar. Los progenitores que manifiestan creer en las disparatadas afirmaciones de la «ciencia cristiana» han sido acusados de negar la atención médica urgente a su prole, pero no siempre condenados por ello. Los progenitores que se imaginan que son «testigos de Jehová» han denegado el permiso para que sus hijos reciban transfusiones sanguíneas. Los padres que se imaginan que un hombre llamado Joseph Smith fue guiado hasta una serie de planchas de oro enterradas han casado a sus hijas menores de edad «mormonas» con tíos y cuñados privilegiados, que a veces ya tenían otras esposas mayores. Los fundamentalistas chiíes de Irán rebajaron a los nueve años la edad a la que se puede «entregar» en matrimonio a una hija, tal vez en loor e imitación de la edad de la «esposa» más joven del «profeta» Mahoma. Las niñas novias de la India son azotadas y en ocasiones quemadas vivas si se considera que la lastimera dote que aportan al matrimonio es demasiado irrisoria. El Vaticano y su inmensa red de dió-

cesis se ha visto obligado a reconocer, tan solo en la pasada década, su complicidad en un impresionante escándalo de violaciones y abusos infantiles, principalmente homosexuales, pero en modo alguno de forma exclusiva, en el que se protegía de la ley a pederastas y sádicos conocidos que eran trasladados a parroquias donde mejor se podían aprovechar de seres inocentes e indefensos. Solo en Irlanda, que en otro tiempo fuera una seguidora incuestionable de la Santa Madre Iglesia, se estima en la actualidad que los niños de los colegios religiosos a los que se dejaba *en paz* eran muy probablemente una minoría.

Hoy día, la religión desempeña una función especial en la protección e instrucción de los niños. «¡Maldito sea el que ofenda a estas criaturas!», dice el Gran Inquisidor en *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. El Nuevo Testamento hace que Jesús nos informe de que los pecadores estarían mejor en el fondo del mar y, por cierto, con una rueda de molino atada al cuello. Pero tanto en la teoría como en la práctica, la religión utiliza a los seres inocentes e indefensos con fines experimentales. Por supuesto que sería normal que se permitiera que un varón judío adulto y practicante metiera el pene rebanado en bruto en la boca de un rabino. (Eso, al menos en Nueva York, sería legal.) Por supuesto que sería normal que se permitiera que las mujeres adultas que desconfían de su clítoris o sus labios vaginales dejaran que otra desdichada mujer adulta se los cercenara. Por supuesto que sería normal que se permitiera que Abraham se brindara a suicidarse para demostrar su devoción por el Señor o su fe en las voces que escuchaba en su interior. Por supuesto que sería normal que se permitiera que los padres devotos se negaran a sí mismos el socorro de la medicina cuando sufrieran enfermedades o dolores agudos. Por supuesto que sería normal (por lo que a mí respecta) que se permitiera que un sacerdote que ha jurado mantenerse célibe fuera un homosexual promiscuo. Por supuesto que sería normal que se permitiera que una congregación que cree en la expulsión del demonio mediante azotes escogiera un pecador o pecadora adultos y nuevos cada semana y los azotara hasta desangrarlos. Por supuesto que sería normal que se permitiera que todo aquel que profese el creacionismo instruyera a sus iguales durante la hora del almuerzo. Pero la obli-

gatoriedad de que los niños indefensos participen en estas prácticas es algo que hasta el individuo laico más convencido puede calificar sin miedo a equivocarse como un pecado.

No me postulo como ejemplo moral, y en caso de que lo hiciera sería fácil refutar dicha condición, pero si yo fuera sospechoso de violar a un niño, o de torturarlo, o de contagiarle una enfermedad de transmisión sexual, o de entregarlo a la esclavitud sexual o cualquier otro tipo de esclavitud a cambio de dinero, pensaría seriamente en la posibilidad de suicidarme, tanto si fuera culpable como inocente. Si realmente hubiera cometido el delito, recibiría la muerte de buen grado cualquiera que fuera la forma que adoptara. Este rechazo es algo innato en todas las personas sanas, y no es necesario que se les enseñe expresamente a sentirlo. Como la religión ha demostrado ser excepcionalmente delictiva en el único aspecto en el que podría considerarse que la autoridad ética y moral se pronuncia de forma absoluta y universal, creo que estamos autorizados a extraer al menos tres conclusiones provisionales. La primera es que la religión y las iglesias son un producto de la invención humana y que este hecho destacado resulta demasiado obvio para ignorarlo. El segundo es que la ética y la moral son bastante independientes de la fe y que no se pueden deducir de ella. El tercero es que dado que la religión apela a una exoneración divina especial por sus prácticas y creencias, no solo es amoral, sino inmoral. El psicópata o bestia ignorante que maltrata a sus niños debe ser castigado, pero podemos comprenderlo. Quienes recurren a una justificación celestial para explicar la crueldad han quedado manchados por el mal y, además, representan un peligro aún mayor.

En el hospital psiquiátrico de la ciudad de Jerusalén hay una sala especial destinada a aquellos que significan un peligro para sí mismos y para los demás. Estos pacientes con el juicio trastornado sufren el «síndrome de Jerusalén». Los oficiales de policía y el personal de seguridad reciben entrenamiento para reconocerlos, ya que su obsesión suele disfrazarse tras una máscara de engañosa calma beatífica. Han acudido a la ciudad santa con el fin de proclamarse el Mesías o el re-

dentor, o para anunciar el fin de los tiempos. Desde el punto de vista de las personas tolerantes y «multiculturales», la relación entre fe religiosa y trastorno mental es al mismo tiempo muy evidente y altamente impronunciable. Si alguien asesina a sus hijos y luego dice que dios le ordenó hacerlo, no le declararemos culpable debido a su enajenación mental, pero en todo caso será encarcelado. Si alguien vive en una cueva y afirma ver visiones y tener sueños proféticos, podremos dejarle en paz hasta que se descubra que está planeando de un modo en absoluto fantasmagórico la dicha de convertirse en terrorista suicida. Si alguien se proclama ungido por dios y empieza a hacer acopio de KoolAid* y de armas y a beneficiarse a las esposas y las hijas de sus acólitos, levantaremos las cejas con algo más que una mueca de escepticismo. Pero si esto se predica al amparo de una religión establecida, se esperará de nosotros que lo respetemos. Por poner solo el ejemplo más destacado, los tres monoteísmos ensalzan a Abraham por su propensión a escuchar voces en su interior y llevar después a su hijo Isaac a dar un paseo largo, lúgubre y disparatado. Y a continuación se nos refiere que el capricho que finalmente detiene su mano asesina es fruto de la misericordia divina.

Hoy día sabemos que la relación entre salud física y salud mental guarda una relación directa con la función o la disfunción sexual. Así pues, ¿puede considerarse una mera coincidencia que todas las religiones afirmen su derecho a legislar sobre cuestiones sexuales? El principal impacto de los creyentes sobre sí mismos, o los demás siempre ha sido su reivindicación de ostentar el monopolio en este ámbito. La mayoría de las religiones (con la excepción de los pocos cultos que de hecho lo permiten o lo fomentan) no tienen que molestarse demasiado en imponer el tabú del incesto. Al igual que sucede con el asesinato y el robo, por regla general los seres humanos lo consideran aborrecible sin necesidad de mayor explicación. Pero basta únicamente con indagar en la historia del miedo al sexo y su prohibición, tal como la codifica la religión, para tropezarse con una relación muy inquietante entre lascivia y represión extremas. Casi todos los impul-

* Marca registrada de un polvo hecho a base de extractos aromatizados que mezclados con agua producen una bebida refrescante de diferentes sabores. *(N. del T.)*

sos sexuales han tenido oportunidad de ser objeto de prohibición, culpa y vergüenza. El sexo manual, el sexo oral, el sexo anal, el sexo en una postura diferente de la del misionero: nombrarlo es descubrir una aterradora proscripción sobre él. Hasta en un país tan hedonista como Estados Unidos hay varios estados que definen legalmente «sodomía» como toda práctica sexual que no está orientada a la procreación heterosexual cara a cara.

Esto plantea unas objeciones monumentales al argumento del «diseño», tanto si decidimos o no calificar a dicho diseño como «inteligente». Evidentemente, la especie humana está concebida para experimentar con el sexo. No es menos evidente que este hecho es bien conocido por el sacerdocio. Cuando el doctor Samuel Johnson hubo finalizado el primer diccionario auténtico de la lengua inglesa recibió la visita de una delegación de ancianas damas respetables que deseaban felicitarlo por no haber incluido en él ningún término indecente. Su respuesta (que consistió en decirles que le alegraba ver que las damas los habían buscado) contiene casi todo lo que debe decirse a este respecto. Los judíos ortodoxos realizan el coito a través de un agujero en la sábana y someten a sus mujeres a baños rituales para purificarlas de la mancha de la menstruación. Los musulmanes someten a los adúlteros a azotes en público con una fusta. Los cristianos solían disfrutar mientras examinaban a las mujeres en busca de señales de brujería. No es preciso que siga por este camino: cualquier lector o lectora conocerá algún ejemplo real o sabrá sencillamente a qué me refiero.

También puede encontrarse una prueba contundente de que la religión es un producto humano y antropomórfico en el hecho de que suele ser un producto del «hombre», en el sentido, además, masculino del término. El libro sagrado que lleva utilizándose más tiempo, el Talmud, ordena al creyente que dé las gracias a su creador todos los días por no haber nacido mujer. (Esto vuelve a plantear una pregunta apremiante: ¿quién sino un esclavo le agradece a su amo lo que su amo ha decidido hacer con él sin molestarse siquiera en consultarle?) El Antiguo Testamento, como condescendientemente lo llaman los cristianos, cuenta que las mujeres son un clon del hombre para su uso y disfrute. El Nuevo Testamento dice que san Pablo sentía al mismo

tiempo temor y desprecio por la mujer. En todos los textos religiosos se aprecia un temor primitivo a que la mitad de la raza humana esté al mismo tiempo corrompida y sea impura y, no obstante, sea también una tentación para pecar a la que es imposible resistirse. ¿Explica esto tal vez el culto histérico a la virginidad y a la Virgen y el pánico a la forma femenina y a las funciones reproductivas femeninas? Tal vez haya alguien capaz de explicar tanto la crueldad sexual como las demás de las personas religiosas sin hacer referencia alguna a la obsesión por el celibato, pero ese alguien no seré yo. Simplemente me río cuando leo el Corán, con sus interminables prohibiciones en relación con el sexo y su corrupta promesa de disipación infinita en la otra vida: es como ver a través del «imaginemos» de un niño, pero sin la indulgencia derivada de ver jugar a los inocentes. Tal vez los lunáticos homicidas del 11 de septiembre (que ensayaron para ser lunáticos genocidas) sucumbieran a la tentación de las mujeres vírgenes, pero resulta mucho más aborrecible considerar la posibilidad de que, al igual que tantos otros compatriotas suyos yihadistas, ellos *fueran* vírgenes. Al igual que los monjes de antaño, los fanáticos son apartados muy pronto de sus familias, se les enseña a despreciar a sus madres y hermanas y alcanzan la edad adulta sin haber mantenido siquiera una conversación normal con una mujer, por no hablar ya de una relación normal. Esta es la definición de la enfermedad. El cristianismo está demasiado reprimido para prometer sexo en el paraíso (de hecho, nunca ha conseguido construir un cielo que resulte tentador en algún aspecto), pero se ha mostrado espléndido con sus promesas de castigo eterno y sádico para quienes incurren en pecados sexuales, lo cual es casi igual de revelador porque viene a decir lo mismo de un modo distinto.

Un subgénero especial de la literatura actual es el de las memorias de un hombre o una mujer que han sufrido una educación religiosa. El mundo es hoy día lo bastante laico para que algunos de esos autores traten de reírse de lo que sufrieron y de lo que se esperaba que acabaran creyendo. Sin embargo, esa clase de libros suele estar escrito necesariamente por aquellos que tuvieron la suficiente fortaleza para

sobrevivir a la experiencia. No disponemos de ningún modo de cuantificar el daño ocasionado por contar a decenas de millones de niños que la masturbación les dejaría ciegos, o que los pensamientos impuros se traducirían en una eternidad de tormento, o que los miembros de otros cultos, incluidos los de su propia familia, arderían en el infierno, o que las enfermedades de transmisión sexual se contraen con besos. Ni tampoco es posible cuantificar el daño ocasionado por los profesores de religión que trataron de inculcar estas mentiras y las acompañaron de azotes, abusos y humillaciones públicas. Tal vez algunas de esas personas que descansan en «sepulturas poco visitadas» hayan contribuido al bien del mundo, pero quienes predicaron el odio, el miedo y la culpa y destrozaron infinidad de infancias deberían agradecer que el infierno que predicaban fuera únicamente una de sus perversas falsificaciones y que ellos mismos no fueran enviados a pudrirse allí.

Violenta, irracional, intolerante, aliada del racismo, el tribalismo y el fanatismo, investida de ignorancia y hostil hacia la libre indagación, despectiva con las mujeres y coactiva con los niños. La religión organizada debería llevar sobre su conciencia muchas cosas. Debe añadirse una acusación más a la relación de cargos que se le imputan. En un lugar imprescindible de su mentalidad colectiva, la religión espera la destrucción del mundo. Con esto no quiero decir que la «espere» en el sentido puramente escatológico de anticipar el fin. Quiero decir más bien que de forma abierta o encubierta desea que se produzca este final. Medio consciente tal vez de que sus insostenibles argumentos no resultan del todo persuasivos, e incómoda quizá ante su rapaz acumulación de poder y riqueza temporales, la religión jamás ha dejado de anunciar el Apocalipsis y el día del Juicio Final. Este ha sido un recurso literario constante, desde el momento en que los primeros brujos y chamanes aprendieron a predecir eclipses y a utilizar sus conocimientos celestiales mal concebidos para atemorizar a los ignorantes. Se extiende desde las epístolas de san Pablo, que pensaba y confiaba en que se acababa el tiempo de la humanidad, pasando por las fantasías desquiciadas del libro del Apocalipsis, que al menos fue-

ron redactadas de forma memorable en la isla griega de Patmos presuntamente por san Juan Evangelista, hasta llegar a las novelas baratas de la colección «Left Behind» que se venden como churros, las cuales, «creadas» ostensiblemente por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins, parecen escritas mediante el viejo recurso de dejar a dos orangutanes sueltos ante un procesador de textos:

> La sangre siguió ascendiendo. Millones de aves acudieron a la zona para darse un banquete con los restos [...] y la prensa de uva fue arrastrada trescientos veinte kilómetros más allá de la ciudad, y la sangre se desbordó de la prensa hasta llegar a las bridas de los caballos.[4]

Esto es puro éxtasis maníaco untado con pseudocitas. Podemos encontrarlo también en un tono más reflexivo pero escasamente menos lamentable en «Battle Hymn of the Republic», de Julia Ward Howe, que habla del mismo lagar; o en el murmullo de Robert Oppenheimer mientras contempla la primera detonación nuclear en Alamogordo, en Nuevo México; y se oye a sí mismo citando la epopeya hindú del Bhagavad Gita: «Yo soy el tiempo omnipotente, que todo lo destruye». Una de las muchísimas relaciones entre la fe religiosa y la infancia siniestra, malcriada y egoísta de nuestra especie es el deseo reprimido de verlo todo destrozado, devastado y malogrado. Esta necesidad de pataleta va emparejada con otras dos variedades de «gozo culpable» o, como dicen los alemanes, *schadenfreude*. Primero, la propia muerte queda suprimida, o tal vez correspondida o compensada, por la destrucción de todos los demás. En segundo lugar, siempre se puede confiar egoístamente en que uno será perdonado personalmente, acogido con satisfacción en el seno del gran exterminador y que observará desde un lugar seguro el sufrimiento de los menos afortunados. Tertuliano, uno de los muchos padres de la Iglesia a quien le resultó difícil ofrecer una descripción convincente del paraíso, tuvo tal vez la inteligencia de optar por el denominador común más innoble posible y prometer que uno de los placeres más intensos de la otra vida sería el de contemplar infinitamente los tormentos de los condenados. Al evocar la naturaleza artificial de la fe hablaba con más sinceridad de lo que él pensaba.

Como sucede en todos los casos, los hallazgos de la ciencia son mucho más sobrecogedores que las peroratas de los piadosos. Si empleamos la palabra «tiempo» de forma que signifique algo, la historia del cosmos comenzó hace unos 12.000 millones de años. (Si utilizamos la palabra «tiempo» de forma incorrecta, acabaremos en el cálculo infantil del famoso arzobispo James Ussher de Armagh, que estimó que la Tierra —solo «la Tierra», atención, no el cosmos— nació el sábado 22 de octubre del año 4004 a.C., a las seis de la tarde. Esta datación fue certificada por William Jennings Bryan, un antiguo secretario de Estado estadounidense y dos veces candidato presidencial demócrata, en testimonio judicial prestado en la tercera década del siglo XX.) La verdadera edad del sol y de los planetas que giran a su alrededor, uno de los cuales estaba destinado a albergar vida y todos los demás condenados a no tenerla, es tal vez de unos 4.500 millones de años, pero es un cálculo revisable. Es muy probable que a este microscópico sistema solar le quede aproximadamente otro tanto para continuar con su abrasador curso: la esperanza de vida de nuestro sol es de unos 5.000 millones de años ininterrumpidos más. Pero, ponga una marca en su calendario. Más o menos en ese momento emulará a otros millones de soles y se transformará mediante una explosión en una inflamada estrella «gigante roja», lo cual dará lugar a que los océanos de la tierra entren en ebullición y se extinga toda posibilidad de vida bajo cualquier forma. Ninguna descripción de ningún profeta o visionario ha empezado siquiera a dibujar la espantosa intensidad e irrevocabilidad de ese momento. Nos queda al menos algún lamentable y egoísta motivo para no temer sufrirlo: según nuestras proyecciones actuales, antes de que eso suceda seguramente la biosfera habrá quedado destruida a causa de formas diferentes y más lentas de calentamiento y calefacción. Según muchos expertos optimistas, a nosotros, como especie, no nos quedan muchos más eones por delante.

Con cuánto desdén y desconfianza debemos atender a aquellos que no están dispuestos a esperar, que se dejan cautivar y que aterrorizan a los demás (sobre todo a los niños, como suele ser habitual) con horrendas imágenes de un apocalipsis al que seguirá un severo juicio emitido por alguien que supuestamente nos colocó, para empezar,

ante este ineludible dilema. Ahora quizá nos riamos de los predicadores que dejaban escapar espumarajos hablando del infierno y de la condena eterna, a los que les encantaba marchitar almas jóvenes con representaciones pornográficas de la tortura infinita, pero este fenómeno ha reaparecido adoptando una forma más perturbadora con la santa alianza entre los creyentes y lo que estos pueden robar o tomar prestado del mundo de la ciencia. Ahí tenemos al profesor Pervez Hoodbhoy, un distinguido profesor de física nuclear y altas energías de la Universidad de Islamabad, en Pakistán, escribiendo sobre la escalofriante mentalidad que aún prevalece en su país, uno de los primeros estados del mundo en definir su verdadera nacionalidad mediante la religión:

> En un debate público celebrado la víspera de las pruebas nucleares paquistaníes, el antiguo jefe de las fuerzas armadas de Pakistán, el general Mirza Aslam Beg, afirmó: «Podemos propinar un primer golpe, un segundo golpe, y tal vez incluso hasta un tercero». La perspectiva de que hubiera una guerra nuclear le dejaba impasible. «Uno puede morir al cruzar una calle —decía—, o en una guerra nuclear. De todas formas, algún día hay que morirse.» [...] La India y Pakistán son sociedades en buena medida tradicionales, en las que la estructura de creencias fundamental exige entregar el poder y rendirse a fuerzas de índole superior. La creencia fatalista hindú de que las estrellas del cielo determinan nuestro destino, o su equivalente, la fe musulmana en la *kismet*, explican sin duda parte del problema.[5]

No discreparé con el muy valeroso profesor Hoodbhoy, que contribuyó a alertarnos del hecho de que entre los funcionarios del programa nuclear paquistaní había varios partidarios secretos de Bin Laden, y que también puso al descubierto a los bárbaros fanáticos de dicho sistema que confiaban en poder utilizar con fines militares el poder de los míticos *djinns* o demonios del desierto. En su mundo, los enemigos son principalmente musulmanes e hinduistas. Pero también en el mundo «judeocristiano» hay a quien le gusta fantasear con una confrontación final y adornar la imagen con hongos nucleares. Resulta una trágica ironía potencialmente letal que quienes más desprecian la ciencia y el método científico hayan sido capaces de hur-

tarle elementos y añadir estos sofisticados productos a sus sueños enfermizos.

Tal vez anide secretamente en todos nosotros el deseo de muerte o algo que no se diferencia mucho de él. Con motivo del paso del año 1999 al 2000 muchas personas cultas dijeron y publicaron infinidad de estupideces acerca de toda una serie de posibles calamidades y tragedias. No fue mucho mejor que la numerología primitiva; en realidad, fue ligeramente peor, por cuanto 2000 solo era un número en los calendarios cristianos, y hasta los partidarios más incondicionales de la narración bíblica reconocen hoy día que, si Jesús nació en algún momento, no fue hasta al menos el año 4 d.C. Aquella ocasión no fue más que un cuentakilómetros para idiotas, que buscaban el estremecimiento fácil mediante una catástrofe inminente. Pero la religión legitima este tipo de impulsos y reivindica el derecho a oficiar una ceremonia al final de la vida, exactamente igual que confía en monopolizar a los niños al comienzo de la vida. No cabe ninguna duda de que el culto a la muerte y la insistencia en los augurios del fin proceden de un deseo subrepticio de verlo acaecer y de poner fin a la angustia y a la duda que siempre amenaza al mantenimiento de la fe. Cuando el terremoto nos sacude, el tsunami lo inunda todo o las Torres Gemelas estallan, uno puede ver y oír la callada satisfacción de los fieles, como si dijeran con regocijo: «¡Fijaos, esto es lo que sucede por no escucharnos!». Con una sonrisa empalagosa presentan una redención que no les corresponde ofrecer a ellos y, cuando se duda de ella, adoptan una expresión amenazadora como diciendo: «¡Oh!, ¿así que rechazáis nuestra oferta de paraíso? Muy bien, en ese caso tenemos reservado otro destino para vosotros». ¡Menudo amor! ¡Menudas atenciones!

Ese deseo de devastación puede apreciarse sin disfraz en las sectas milenaristas de nuestros días, que dejan ver su egoísmo, aparte de su nihilismo, anunciando cuántos se «salvarán» de la catástrofe final. Aquí los protestantes extremistas son casi tan culpables como los musulmanes más histéricos. En 1844 se produjo una de las mayores «recuperaciones» religiosas estadounidenses encabezada por un lunático semianalfabeto llamado George Miller. El señor Miller consiguió abarrotar las cumbres de las montañas estadounidenses con crédulos

locos que (tras haberse desprendido de sus pertenencias a cambio de muy poco dinero) estaban convencidos de que el mundo se acabaría el 23 de octubre de aquel mismo año. Se trasladaron a terrenos elevados (¿qué diferencia esperaban que supusiera eso?) o a los tejados de sus casuchas. Una vez que se vio que no llegaba el final, la elección de palabras por parte de Miller fue bastante indicativa. Según proclamó él mismo, fue «la Gran Decepción». En nuestros días, el señor Hal Lindsey, autor del éxito de ventas *The Late Great Planet Earth*, ha dejado traslucir esa misma sed de extinción. Mimado por los conservadores estadounidenses veteranos y entrevistado respetuosamente en la televisión, el señor Lindsey fechó en una ocasión el comienzo de «la Tribulación» (un período de conflictos y terror de siete años de duración) en 1988. Esto (el término de «la Tribulación») habría desencadenado el mismísimo Armagedón en 1995. Tal vez el señor Lindsey fuera un charlatán, pero no cabe duda de que él y sus seguidores padecen un persistente sentimiento de decepción.

De todos modos, los anticuerpos del fatalismo, el suicidio y el masoquismo existen y son exactamente igual de innatos en nuestra especie. Hay una famosa historia procedente de la Massachusetts puritana de finales del siglo XVIII. Durante una sesión de la Asamblea Legislativa del Estado, el cielo de mediodía se volvió de repente plomizo y se cubrió. Su aspecto amenazador (oscuridad a mediodía) convenció a las nubladas mentes de muchos legisladores de que el acontecimiento que tanto les preocupaba era también inminente. Solicitaron suspender la sesión y que se les permitiera acudir a sus hogares a morir. El portavoz de la Asamblea, Abraham Davenport, consiguió mantener la calma y la dignidad. «Caballeros —dijo—, o bien ha llegado el Día del Juicio, o bien no ha llegado. Si no ha llegado, no hay razón para alarmarse ni lamentarse. Si ha llegado, sin embargo, desearía que me encontraran cumpliendo con mi obligación. Por consiguiente, propongo que nos traigan velas.» En aquella época pacata y supersticiosa, aquello fue lo mejor que se le ocurrió al señor Davenport. En todo caso, apoyo su moción.

5

Las aseveraciones metafísicas de la religión son falsas

> Soy hombre de un solo libro.
>
> Tomás de Aquino

> Sacrificamos el intelecto a Dios.
>
> Ignacio de Loyola

> La razón es la ramera del diablo, que no sabe hacer más que calumniar y perjudicar cualquier cosa que Dios diga o haga.
>
> Martín Lutero

> Contemplando las estrellas, sé muy bien
> que, por ellas, me puedo ir al infierno.
>
> W. H. Auden, «El más entregado»

Antes he señalado que jamás volveríamos a tener que enfrentarnos a la imponente fe de un Tomás de Aquino o un Maimónides (en comparación con la fe ciega de las sectas milenaristas o absolutistas, de las que según parece disponemos de un suministro infinita e ilimitadamente renovable). Se debe a una sencilla razón. Una fe de ese tipo, de las que pueden aguantar en pie al menos un rato en una confrontación con la razón, es hoy día a todas luces imposible. Los primeros padres de la fe (se aseguraron de que no hubiera madres) vivieron en

una época de una ignorancia y temor abismales. En su *Guía de perplejos*, Maimónides no incluía a aquellos a quienes calificaba de indignos de merecer el esfuerzo: a los pueblos «turcos», negros y nómadas cuya «naturaleza es como la de las bestias privadas de habla». Tomás de Aquino creía a medias en la astrología y estaba convencido de que en el interior de cada espermatozoide individual estaba contenido el núcleo completamente formado de un ser humano (no es que conociera ese término como lo conocemos nosotros). No podemos hacer más que lamentarnos por las deprimentes y absurdas lecturas sobre continencia sexual que nos podríamos haber ahorrado si este disparate hubiera sido desenmascarado antes de lo que lo fue. Agustín era un cuentista egocéntrico y un ignorante obsesionado con la tierra: estaba convencido, con cierto sentimiento de culpabilidad, de que a dios le preocupaba su banal hurto en un insignificante peral, y bastante convencido también, mediante un solipsismo análogo, de que el sol giraba alrededor de la tierra. Asimismo inventó la absurda y cruel idea de que las almas de los niños no bautizados eran enviadas al «limbo». ¿Quién puede imaginarse la angustia que esta «teoría» morbosa ha supuesto para millones de padres católicos durante años hasta que, en nuestros días, la Iglesia la ha revisado con bochorno y únicamente de forma parcial? Lutero estaba aterrorizado por los demonios y creía que los enfermos mentales eran obra del diablo. Los propios discípulos de Mahoma dicen que este pensaba, igual que Jesús, que por el desierto merodeaban *djinns* o espíritus malignos.

Debemos afirmarlo con rotundidad. La religión proviene de un período de la prehistoria de la humanidad en el que nadie, ni siquiera el poderoso Demócrito, que concluyó que toda la materia estaba compuesta de átomos, tenía la menor idea de lo que sucedía. Proviene de la vociferante y atemorizada infancia de nuestra especie, y es una tentativa pueril de hacer frente a nuestra ineludible exigencia de conocimiento (así como de comodidad, tranquilidad y demás necesidades infantiles). Hoy día, el menos culto de mis hijos sabe mucho más sobre la naturaleza que cualquiera de los fundadores de la religión, y nos gustaría pensar que esta es la razón por la que a estos niños parece interesarles tan poco enviar al infierno a seres humanos iguales (si bien esta relación no puede demostrarse por completo).

Todos los intentos de reconciliar la fe con la ciencia y la razón están llamados a fracasar y a quedar en ridículo precisamente por tales razones. Sin ir más lejos, he leído que una conferencia ecuménica de cristianos desea dar muestras de su amplitud de miras e invita a asistir a ella a algunos físicos. Pero me veo obligado a recordar lo que sé: que este tipo de iglesias no habría existido en primera instancia si a la humanidad no le hubiera asustado el clima, la oscuridad, las epidemias, los eclipses y toda la variedad de fenómenos que en la actualidad pueden explicarse con facilidad. Ni tampoco si la humanidad no se hubiera visto obligada, so pena de sufrir unas consecuencias extremadamente angustiosas, a pagar los exorbitantes diezmos y tributos con los que se levantaron los imponentes edificios religiosos.

Es cierto que los científicos han sido religiosos a veces, o supersticiosos en cierta medida. Sir Isaac Newton, por ejemplo, era un espiritualista y alquimista de una especie singularmente irrisoria. Fred Hoyle, un ex agnóstico que se encaprichó con la idea del «diseño», fue el astrónomo que acuñó la expresión «big bang». (Esta expresión bobalicona se le ocurrió por casualidad, para intentar desacreditar lo que hoy día es la teoría aceptada sobre los orígenes del universo. Este fue uno de esos comentarios mordaces que, por así decirlo, le salieron por la culata a quien los profirió puesto que, al igual que los términos «conservador», «impresionista» y «sufragista», fueron adoptados por aquellos a quienes iban dirigidos como un insulto.) Stephen Hawking no es creyente, y cuando fue invitado a Roma para conocer al ya fallecido papa Juan Pablo II pidió que le mostraran las actas del juicio contra Galileo. Pero sí habla sin avergonzarse de la posibilidad de que la física «conozca la mente de Dios»; lo que ahora resulta una metáfora bastante inofensiva, como cuando, por ejemplo, los Beach Boys cantan, o yo mismo digo, «God only knows...» («Solo Dios sabe...»).

Antes de que Charles Darwin revolucionara toda la concepción sobre nuestros propios orígenes y Albert Einstein hiciera lo mismo sobre los orígenes del cosmos, muchos científicos, filósofos y matemáticos adoptaban lo que podría calificarse como la postura por defecto y profesaban una u otra versión del «deísmo», que sostenía que el orden y la predictibilidad del universo parecían presuponer la exis-

tencia de un creador, aunque no fuera necesariamente un creador que interviniera de forma activa en los asuntos humanos. Se trataba de una concesión lógica y racional hacia su tiempo y fue particularmente influyente entre los intelectuales de Filadelfia y Virginia, como Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, que consiguieron dominar un momento de crisis y utilizarlo para consagrar los valores de la Ilustración en los documentos fundacionales de los Estados Unidos de América.

Sin embargo, como dijo san Pablo de un modo inolvidable, cuando se es un niño, se habla y se piensa como un niño. Pero cuando uno se vuelve adulto, nos deshacemos de los objetos infantiles. No hay demasiadas posibilidades de determinar el momento exacto en que los eruditos dejaron de hacer girar la moneda sobre el canto para decidir entre un creador y un largo y complejo proceso, ni cuándo dejaron de tratar de marginar a la herejía «deísta», pero la humanidad comenzó a crecer un poco en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX. (Charles Darwin nació en 1809, el mismo día que Abraham Lincoln, y no cabe duda de cuál de ellos ha demostrado ser mayor «emancipador».) Si uno tuviera que emular la estupidez del arzobispo Ussher y tratar de proponer la fecha exacta en que esa moneda conceptual se decantó con firmeza por uno de sus lados, sería el momento en que Pierre-Simon Laplace fue invitado a conocer a Napoleón Bonaparte.

Laplace (1749-1827) fue el brillante científico francés que llevó la obra de Newton un paso más allá y demostró mediante el cálculo matemático cómo el comportamiento del sistema solar respondía al de unos cuerpos que giraban de forma sistemática en el vacío. Cuando, con posterioridad, dirigió su atención hacia las estrellas y las nebulosas, postuló la idea de un colapso e implosión gravitacional, o lo que hoy día denominamos con jovialidad un «agujero negro». Expuso todo esto en un libro en cinco volúmenes titulado en inglés *Celestial Mechanics* y, al igual que a muchos otros hombres de su tiempo, también le intrigó el *orrery*, una maqueta planetaria que representaba el sistema solar visto, por primera vez, desde *fuera*. Estos son hoy día asuntos trillados, pero en aquel entonces fueron revolucionarios, y el emperador pidió que le presentaran a Laplace con el fin de que le en-

tregara una colección de sus obras o (según las versiones) un ejemplar del *orrery*. Personalmente sospecho que el sepulturero de la Revolución francesa quería más el juguete que los libros; era un hombre que siempre tenía prisa y se las había arreglado para que la Iglesia bautizara su dictadura con una corona. En cualquier caso, y a su modo infantil, exigente e imperioso, quiso saber por qué en los psicodélicos cálculos de Laplace no aparecía la figura de dios. Y así nació la réplica impasible, altanera y meditada «Je n'ai pas besoin de cette hypothèse». Laplace acabaría siendo marqués y tal vez dijera en tono más modesto algo así como «Funciona bastante bien sin esa idea, alteza». Pero simplemente afirmó que no lo necesitaba.

Y nosotros tampoco. La decadencia, caída y descrédito del culto a dios no se inicia en ningún momento dramático, como el histriónico y contradictorio anuncio de Nietzsche de que dios había muerto. Nietzsche no tenía más razones para saberlo, ni para suponer que dios hubiera vivido alguna vez, que un sacerdote o un brujo para afirmar que conoce la voluntad de dios. Más bien, el fin del culto a dios se manifiesta en el momento, al que se llega de forma bastante más gradual, en el que se convierte en algo *opcional*, o en una más entre muchas posibles creencias. Se debe recalcar siempre que durante la mayor parte de la existencia de la humanidad no existió realmente esta «opción». Gracias a muchos fragmentos de textos y confesiones quemadas o mutiladas, sabemos que siempre hubo seres humanos escépticos. Pero desde los tiempos de Sócrates, que fue condenado a muerte por propagar el malsano escepticismo, se consideraba poco aconsejable imitar su ejemplo. Y a miles de millones de personas a lo largo de todos los tiempos la cuestión sencillamente no se les planteaba. Los incondicionales del Baron Samedi de Haití* gozaban del mismo monopolio, basado en la misma coerción brutal, que los de Calvino en Ginebra o Massachusetts; he escogido estos ejemplos porque corresponden a un pasado no muy lejano de la historia de la humanidad. Muchas religiones se aproximan a nosotros hoy día con una sonrisita obsequiosa y la mano tendida, como un comerciante lisonjero en un bazar. Ofrecen consuelo, solidaridad y apoyo compitien-

* Dios de los cementerios según la religión vudú. *(N. del T.)*

do en el mercado. Pero tenemos derecho a recordar la brutalidad con que se han comportado cuando eran fuertes y realizaban una oferta que la gente no tenía posibilidad de rechazar. Y si por casualidad olvidamos cómo debió de haber sido aquello, basta con dirigir la vista a los países y sociedades en los que el clero tiene todavía poder para imponer sus condiciones. En las sociedades actuales todavía pueden verse los patéticos vestigios de ello en los esfuerzos que realiza la religión para controlar la educación, o para quedar exentos de impuestos, o para aprobar leyes que impidan que la gente insulte a su divinidad omnipotente y omnisciente, o incluso a su profeta.

Desde nuestra nueva condición mediocre y semilaica, incluso las personas religiosas referirán con bochorno la época en que los teólogos disputaban con un fervor fanático acerca de proposiciones fútiles: medir la longitud de las alas de los ángeles, por ejemplo, o debatir cuántas de estas criaturas mitológicas podrían danzar en la cabeza de un alfiler. Por supuesto, resulta aterrador recordar cuántas personas fueron torturadas y asesinadas y cuántas fuentes de conocimiento fueron arrojadas a las llamas por contener argumentos falaces sobre la Trinidad, los hadices musulmanes o el advenimiento de un falso Mesías. Pero es mejor que no incurramos en el relativismo, o en lo que E.P. Thompson denominó «la enorme condescendencia de la posteridad».[1] Los obsesos escolásticos de la Edad Media hacían lo que podían con una información lamentablemente limitada, un miedo siempre presente a la muerte y al Juicio Final, una esperanza de vida muy baja y una sociedad de analfabetos. Al vivir bajo un auténtico estado de terror a las consecuencias de incurrir en el error, emplearon sus mentes hasta el máximo grado posible entonces y desarrollaron imponentes sistemas de lógica y dialéctica. No es culpa de hombres como Pedro Abelardo que tuvieran que trabajar con fragmentos de Aristóteles, muchos de cuyos escritos se perdieron cuando el emperador cristiano Justiniano cerró las escuelas de filosofía, pero que se preservaron traducidos al árabe en Bagdad y luego se propagaron desde allí hasta llegar a una Europa cristiana sumida en la ignorancia a través de la Andalucía judía y musulmana. Cuando se apropiaron del material y reconocieron a regañadientes que antes del supuesto advenimiento de Jesús habían existido discusiones inteligentes sobre ética y moral,

se esforzaron al máximo para cuadrar el círculo: no tenemos gran cosa que aprender de *lo que* pensaban, sino mucho que trabajar para enterarnos de *cómo* pensaban.

Un filósofo y teólogo medieval cuyas palabras siguen siendo elocuentes con el paso de los siglos es Guillermo de Ockham. Conocido también como Guillermo de Ockham (u Occam) y llamado así según parece por el nombre de su aldea natal de Surrey, en Inglaterra, que todavía lleva ese nombre, nació en una fecha que desconocemos y murió en Munich en 1349, seguramente sumido en la desesperación y el miedo y muy probablemente a causa de la horrenda peste negra. Era franciscano (en otras palabras, discípulo del mamífero mencionado antes del que se decía que predicaba a las aves) y eso le exigía acercarse de forma radical a la pobreza, lo cual le supuso problemas con el papado de Aviñón en 1324. La disputa entre el papado y el emperador en torno a la división de poderes secular y eclesiástica es hoy día irrelevante para nosotros (puesto que en última instancia ambas partes «perdieron»), pero Ockham se vio obligado a buscar incluso la protección del emperador ante las mañas del Papa en este mundo. Enfrentado a las acusaciones de herejía y a la amenaza de excomunión, tuvo la fortaleza de responder diciendo que el hereje era el Papa. En todo caso, y dado que siempre respondía circunscribiéndose al limitado marco de las referencias cristianas, incluso las autoridades cristianas más ortodoxas reconocen que fue un pensador original y valiente.

Le interesaban, por ejemplo, las estrellas. Sabía mucho menos sobre las nebulosas de lo que sabemos nosotros, o incluso Laplace. De hecho, no sabía nada en absoluto de ellas. Pero las utilizó para formular una interesante especulación. *Suponiendo* que dios pueda hacernos sentir la presencia de una entidad inexistente, y *suponiendo* además que no necesite complicarse de este modo si puede producir en nosotros el mismo efecto mediante la presencia real de dicha entidad, si quisiera, dios siempre podría hacernos creer en la existencia de las estrellas sin que estuvieran realmente presentes. «Todo efecto que Dios causa por la mediación de una causa secundaria puede producirlo inmediatamente por sí mismo.» No obstante, esto no significa que debamos creer en cosas absurdas, puesto que «Dios no puede cau-

sar en nosotros un conocimiento tal que por él se vea evidentemente que una cosa está presente aunque esté ausente, porque ello implica contradicción». Antes de que empiece a impacientarse presuponiendo la descomunal tautología que se avecina, como sucede con tanta teología y teodicea, pensemos en lo que el padre Copleston, el eminente jesuita, tiene que decir al respecto:

> Si Dios hubiese aniquilado las estrellas, todavía podría causar en nosotros el acto de ver lo que había sido visto alguna vez, siempre que el acto sea considerado subjetivamente, e igualmente Dios nos podría dar una visión de lo que será el futuro. Uno u otro acto serían una aprehensión inmediata, en el primer caso de lo que ha sido, y, en el segundo, de lo que será.[2]

Resulta verdaderamente asombroso, y no solo para su tiempo. Desde la época de Ockham nos ha costado varios centenares de años llegar a constatar que cuando miramos las estrellas a menudo *estamos viendo* luz procedente de unos cuerpos lejanos que hace mucho tiempo han dejado de existir. No importa especialmente que el derecho a observar a través de un telescopio y a especular acerca del resultado de ello fuera obstaculizado por la Iglesia: no es culpa de Ockham y no existe ninguna ley general que obligue a la Iglesia a ser tan necia. Y avanzando desde el insondable pasado interestelar que nos envía luz recorriendo unas distancias abrumadoras para nuestros cerebros, hemos acabado dándonos cuenta de que también sabemos algo sobre el futuro de nuestro sistema, incluida su velocidad de expansión y cierta noción de su definitivo final. Sin embargo, y esto es fundamental, ahora podemos hacerlo mientras nos deshacemos de la idea de dios (o incluso, si usted insiste, conservándola). Pero en cualquier caso, *la teoría funciona sin esa suposición.* Se puede creer en un agente divino si se desea, pero da exactamente igual, y entre los astrónomos y los físicos la fe se ha convertido en algo privado y bastante poco común.

Fue Ockham en realidad quien preparó nuestra mente para esta (según él) inoportuna conclusión. Concibió un «principio de economía», popularmente conocido como «la navaja de Ockham», cuya eficacia se basaba en deshacerse de las suposiciones innecesarias y

aceptar la primera explicación o causa suficiente. *No se deben multiplicar los entes sin necesidad.* Este principio puede desarrollarse más. «Todo lo que se explica usando algo distinto del acto del entendimiento —escribió—, puede explicarse sin usar tal cosa distinta.» No tenía miedo de seguir su razonamiento allá donde pudiera conducirlo y anticipó la aparición de la auténtica ciencia cuando aceptó que era posible conocer la naturaleza de las cosas «creadas» sin hacer referencia alguna a su «creador». De hecho, Ockham afirmó en rigor que no se puede demostrar que dios, si se le define como un ser que posee las cualidades de la supremacía, la perfección, la singularidad y la infinitud, exista en absoluto. Sin embargo, cuando uno se propone detectar la primera causa de la existencia del mundo puede optar por llamarla «dios», aun cuando no sepa con exactitud la naturaleza exacta de esa primera causa. Y hasta la idea de primera causa presenta sus escollos, porque una causa requerirá a su vez otra. «Es difícil o imposible —escribió— probar frente a los filósofos que no puede haber un regreso infinito en la serie de causas de la misma especie, o que una pueda existir sin la otra.» Por consiguiente, el postulado de un diseñador o creador únicamente plantea la pregunta sin respuesta de quién diseñó al diseñador o creó al creador. La religión, la teología y la teodicea (ahora soy yo quien habla y no Ockham) han fracasado sistemáticamente en la tentativa de superar esta objeción. El propio Ockham tuvo que replegarse hacia la desesperada posición de que la existencia de dios solo se puede «demostrar» mediante la fe.

Como lo formuló complaciente o irritantemente, según se prefiera, el «padre de la Iglesia» Tertuliano, *Credo quia absurdum*, «Creo porque es absurdo». Es imposible discrepar de forma relevante de semejante opinión. Si debemos tener fe para creer algo o *en* algo, entonces la probabilidad de que ese algo tenga visos de certeza o de valor disminuye considerablemente. La mucho más esforzada labor de investigar, poner a prueba y demostrar algo es infinitamente más gratificante y nos ha plantado cara con hallazgos mucho más «milagrosos» y «trascendentes» que cualquier teología.

En realidad, el «acto de fe» (por asignarle el memorable nombre con que Søren Kierkegaard lo obsequió) es una impostura. Como él mismo señaló, no es un «acto» que se pueda ejecutar de una vez por

todas y de manera definitiva. Es un acto que tiene que seguir realizándose una y otra vez, pese a la creciente acumulación de evidencias en contra. En efecto, este esfuerzo resulta excesivo para la mente humana y conduce a engaños y obsesiones. La religión comprende a la perfección que el «acto» está sujeto a una merma de beneficios tremenda, lo cual es el motivo por el que en realidad no suele basarse en absoluto en la «fe», sino que por el contrario corroe la fe e insulta a la razón ofreciendo evidencias y aportando «pruebas» amañadas. Algunas de estas pruebas y evidencias son el argumento del diseño, las revelaciones, los castigos y los milagros. Ahora que el monopolio de la religión se ha quebrado, está al alcance del ser humano considerar que estas evidencias y pruebas son las invenciones de la mentalidad débil que en realidad son.

6

El argumento del diseño

> Abrigo, moral e intelectualmente, la invencible convicción de que todo lo que cae bajo el dominio de nuestros sentidos, por excepcional que pueda ser, no podría diferir en su esencia de todos los demás efectos de este mundo visible y tangible cuya parte consciente venimos a formar. El mundo de los vivos encierra ya por sí solo bastantes maravillas y misterios; maravillas y misterios que obran por modo tan inexplicable sobre nuestras emociones y nuestra inteligencia, que ello bastaría casi para justificar que pueda concebirse la vida como un estado de encantamiento. No; mi conciencia de lo maravilloso es demasiado firme para que pueda dejarse nunca fascinar por lo meramente sobrenatural que, en resumidas cuentas, no es sino un artículo de manufactura fabricado por espíritus insensibles a las secretas sutilezas de nuestras relaciones con los muertos y los vivos en su infinita muchedumbre: profanación de nuestros más tiernos recuerdos; ultraje a nuestra dignidad.
>
> JOSEPH CONRAD, Nota del autor a *La línea de sombra*

En el corazón de la religión reside una paradoja esencial. Los tres grandes monoteísmos enseñan a las personas a considerarse seres abyectos, pecadores desgraciados y culpables postrados ante un dios airado y celoso que, según versiones discrepantes, los modelaron o bien a

partir del polvo y el barro o bien de un coágulo de sangre. Las posturas para la oración suelen ser imitación de la de un siervo suplicante ante un monarca malhumorado. El mensaje que transmiten es de continua sumisión, gratitud y temor. La vida misma es algo malo: un intervalo en el que prepararse para la otra vida o el advenimiento (o segundo advenimiento) del Mesías.

Por otra parte, como si fuera para compensar, la religión enseña a las personas a centrarse en extremo en sí mismas y a ser absolutamente presuntuosas. Les asegura que dios se preocupa por ellos individualmente y afirma que el cosmos fue creado pensando específicamente en ellos. Esto explica la desdeñosa expresión de los rostros de aquellos que practican la religión con ostentación: ruego disculpe mi modestia y humildad, pero resulta que estoy ocupado cumpliendo una misión de dios.

Como los seres humanos son por naturaleza solipsistas, todas las formas de superstición gozan de lo que podría denominarse una ventaja natural. En Estados Unidos nos empleamos a fondo para mejorar los edificios de gran altura y los aviones a reacción de gran velocidad (los dos logros que los criminales del 11 de septiembre de 2001 yuxtapusieron con hostilidad), y luego nos negamos con patetismo a atribuirles pisos o números de fila que lleven el intrascendente número 13. Sé que Pitágoras refutaba la astrología mediante la simple observación de que los gemelos idénticos no tienen un mismo futuro; sé también que el zodíaco se creó mucho antes de que se hubieran detectado varios planetas de nuestro sistema solar; y comprendo, desde luego, que no se me podrá «mostrar» mi futuro a largo plazo sin que dicha revelación altere el resultado. Miles de personas consultan a diario los «astros» en los periódicos y luego sufren ataques al corazón o accidentes de tráfico imprevistos. (En una ocasión, un astrólogo de un periódico sensacionalista de Londres fue despedido con una carta de su director que comenzaba diciendo «Como sin duda usted ya habrá previsto...».) En su obra *Minima moralia*, Theodor Adorno identificó el interés por contemplar las estrellas con la consumación de la imbecilidad. De todos modos, mirando una mañana al azar la predicción para los Aries, porque en una ocasión lo hice, decía «Un miembro del sexo opuesto está interesado en usted y se lo

demostrará», me resultó difícil eliminar una leve excitación pueril, que ha sobrevivido en mi recuerdo a la consiguiente decepción. Pero, además, cada vez que salgo de mi apartamento no hay señales de que vaya a venir ningún autobús, mientras que cuando regreso siempre se está acercando uno. De mal humor me digo «Siempre me pasa lo mismo», aun cuando una parte de mi kilo o kilo y medio de cerebro me recuerda que el horario del transporte colectivo de Washington D.C. se elabora y se activa sin atender lo más mínimo a mis desplazamientos. (Digo esto por si pudiera ser importante más adelante: si me atropella un autobús el día que se publique este libro, seguro que habrá gente que dirá que no fue un accidente.)

Así pues, ¿por qué no iba a estar tentado de invalidar a W. H. Auden y creer que, de algún modo misterioso, el firmamento ha sido ordenado en torno a mí, o, descendiendo algunos órdenes de magnitud, que las fluctuaciones de mis avatares personales revisten un cautivador interés para un ser supremo? Uno de los muchos defectos de mi diseño es mi propensión a creer o a desear esto, y aunque, al igual que muchas otras personas, he recibido la suficiente educación para no creerme semejante falacia, tengo que reconocer que es innato. En una ocasión, estando en Sri Lanka, iba en un coche con un grupo de tamiles en una expedición de ayuda humanitaria a una región costera tamil que había quedado muy afectada por un ciclón. Mis acompañantes eran todos miembros de la secta Sai Baba, que tiene mucha fuerza en el sur de la India y en Sri Lanka. Se dice que el propio Sai Baba ha resucitado muertos, y realiza una actuación especial en directo ante las cámaras para sacar ceniza de las palmas desnudas de sus manos. (¿Por qué cenizas?, me solía preguntar.)

En cualquier caso, antes de que se iniciara el viaje, mis amigos partieron algunos cocos sobre una roca para propiciar que el viaje fuera seguro. Aquello, evidentemente, no funcionó, porque a mitad de camino, en medio de la isla, nuestro chófer arrolló a un hombre que cruzó dando tumbos ante nosotros mientras atravesábamos demasiado deprisa una aldea. El hombre quedó gravemente herido y, al ser una aldea cingalesa, la multitud que se arremolinó al instante no mostraba muy buena disposición hacia aquellos intrusos tamiles. Fue una situación peliaguda, pero conseguí aliviarla de algún modo por ser un

inglés que vestía un traje de color hueso como los de Graham Greene y por llevar acreditaciones de prensa que habían sido expedidas por la policía metropolitana de Londres. Esto impresionó a la policía local lo bastante para que nos pusieran en libertad provisional, y mis acompañantes, que habían pasado mucho miedo, estaban más que agradecidos por mi presencia y por mi capacidad para hablar con rapidez. De hecho, llamaron por teléfono a la sede central de su secta para anunciar que el propio Sai Baba había venido con nosotros y había adoptado temporalmente la forma de mi persona. A partir de ese momento, me trataron literalmente con veneración y no me permitieron que llevara nada, ni siquiera que cargara con mi propia comida. Entretanto, se me ocurrió visitar al hombre que habíamos atropellado: había muerto en el hospital como consecuencia de las heridas. (Me pregunto qué había predicho su horóscopo para aquel día.) A esta minúscula escala percibí cómo un simple mamífero humano (yo) puede comenzar a atraer súbitamente tímidas miradas de respeto y asombro, y cómo otro mamífero humano (nuestra desafortunada víctima) puede ser de algún modo irrelevante para los benignos designios de Sai Baba.

«Allí iría yo de no ser por la gracia de Dios», decía John Bradford en el siglo XVI al ver a los desdichados a quienes se conducía al patíbulo. Lo que este comentario en apariencia compasivo quiere decir en realidad (no que realmente «signifique» algo) es «Ahí va otro por la gracia de Dios». Mientras redactaba este capítulo, en una mina de carbón de Virginia Occidental se produjo un accidente que heló el corazón de la sociedad. Trece mineros sobrevivieron a una explosión, pero quedaron atrapados bajo tierra y captaron la atención del país durante un ciclo completo de noticias, hasta que se anunció con inmenso alivio que habían sido localizados sanos y salvos. Estas alegres nuevas resultaron ser prematuras, lo que supuso una insoportable tragedia adicional para las familias, que ya habían empezado a celebrarlo y a dar gracias para descubrir poco después que todos menos uno de los hombres habían perecido asfixiados bajo las rocas. Fue también una situación vergonzosa para los periódicos y los informativos que se habían dejado llevar con demasiada antelación por el falso consuelo. ¿Se imaginan cuál había sido el titular de esos periódicos y boleti-

nes informativos? Claro que sí. «¡Milagro!» Con o sin signos de exclamación, fue la opción invariable que para intensificar el pesar de los parientes sobrevivió impresa y en el recuerdo de forma burlona. No parece haber una palabra para describir la ausencia de intervención divina en este suceso. Pero el deseo humano de otorgar mérito a las cosas buenas calificándolas de milagrosas y de atribuir las malas a cualquier otra explicación parece ser universal. En Inglaterra, el monarca es el jefe hereditario de la Iglesia, así como el jefe hereditario del Estado: William Cobbett señaló en una ocasión que los propios ingleses se prestan servilmente a colaborar con semejante estupidez al referirse a la «Real Casa de la Moneda» pero, por el contrario, a «la deuda nacional». La religión hace esa misma trampa; y del mismo modo; y ante nuestros propios ojos. La primera vez que estuve en el Sacré Coeur de Montmartre, una iglesia construida para celebrar la liberación de París de los prusianos y de la Comuna de 1870-1871, vi un relieve de bronce que mostraba el modo exacto en que una lluvia de bombas aliadas arrojadas en 1944 habían esquivado la iglesia e incendiado el barrio vecino...

Dada esta apabullante proclividad hacia la estupidez y el egoísmo persistente en mí mismo y en nuestra especie, resulta un tanto sorprendente descubrir que la luz de la razón lo atraviesa todo. El brillante Schiller se equivocaba en su obra *La doncella de Orleans* cuando decía que «contra la estupidez, luchan en vano los propios dioses». Es en realidad *por medio de* los dioses como convertimos nuestra estupidez y credulidad en algo inefable.

El argumento del «diseño», que es producto de este mismo solipsismo, adopta dos formas: la macroscópica y la microscópica. Fueron célebremente resumidas por William Paley (1743-1805) en su libro *Natural Philosophy*. Aquí encontramos el popular ejemplo del hombre primitivo que se encuentra un reloj en funcionamiento. Tal vez no sepa *para qué* es, pero puede distinguir que no es una roca ni un vegetal y que ha sido fabricado, y fabricado incluso para algún propósito. Paley quiso extender esta analogía tanto a la naturaleza como al ser humano. Su autocomplacencia y obcecación están bien recogidas por J. G. Farrell en el retrato que hace de un eclesiástico victoriano discípulo de Paley en *El sitio de Krishnapur*:

—[...] ¿Cómo explica el sutil mecanismo del ojo, manifiestamente más complejo que el telescopio que la desdichada humanidad ha sido capaz de inventar? ¿Cómo explica el ojo de la anguila, que podría lesionarse cuando se entierra en el barro y las piedras, y que por lo tanto está protegido por una cubierta córnea transparente? ¿Por qué el iris del ojo de un pez no se contrae? ¡Ah, pobre juventud extraviada, es porque el ojo del pez fue diseñado por Él, que está por encima de todo, para adaptarse a la tenue luz en que el pez se mueve en su morada acuática! [...] ¿Cómo explica el jabalí de la India? —exclamó—. ¿A qué se deben sus dos colmillos curvos, de más de un metro de largo, que le crecen hacia arriba a partir de la mandíbula superior?

—Para defenderse.

—No, joven, para eso tiene los colmillos que le salen de la mandíbula inferior, como los de un jabalí común... No, la respuesta es que el animal duerme de pie, y para sostener la cabeza engancha los colmillos de arriba en las ramas de los árboles... ¡pues el Diseñador del Mundo pensó incluso en el sueño del jabalí!

(Paley no se molestó en explicar cómo llegó el Diseñador del Mundo a ordenar a tantas criaturas humanas suyas que trataran al mencionado jabalí de la India como si fuera un demonio o un leproso.) De hecho, al analizar el orden natural, John Stuart Mill se atrevió a ir mucho más lejos cuando escribió:

Si una décima parte de los sufrimientos ocasionados por la búsqueda de señales de la existencia de un dios poderoso y benévolo se hubiera empleado en recoger evidencias para ennegrecer el carácter del creador, ¿cuántas posibilidades no se habrían encontrado en el reino animal? Este se divide en devoradores y devorados, y la mayoría de las criaturas están espléndidamente dotadas de instrumentos para atormentar a sus presas.

Ahora que los tribunales estadounidenses han protegido a sus ciudadanos (al menos, por el momento) de que les inculquen en las aulas de forma obligatoria la estulticia «creacionista», podemos hacernos eco del otro gran victoriano, lord Macaulay, y decir que «cualquier colegial sabe» que Paley puso su estridente y agujereado carromato de-

lante de su resollante y descompuesto viejo caballo. Los peces no tienen aletas porque las necesiten para el agua, en igual medida que los pájaros no están dotados de alas para cumplir con la definición que el diccionario da de «ave». (Aparte de cualquier otra cosa, hay demasiadas especies de aves no voladoras.) Es exactamente al contrario: un proceso de adaptación y selección. Que nadie dude del poder de la ilusión acerca de los orígenes. En su vibrante libro *Witness*, Whittaker Chambers narra el instante en que abandonó el materialismo histórico, desertó ideológicamente de la causa comunista y se embarcó en la senda que arruinaría el estalinismo en Estados Unidos. Fue una mañana en que vio la oreja de su bebé, una niña. Las bonitas espirales y pliegues de este órgano externo le convencieron con el relámpago de una revelación de que no podría ser fruto de ninguna casualidad. Un pliegue de carne de semejante y patente belleza debe de ser divino. Bueno, yo también he experimentado esa fascinación por las dulces orejitas de mis hijas pequeñas, pero nunca sin apreciar que *a*) siempre es necesario limpiarlas un poco, *b*) parecen producidas en cadena, aun cuando se comparen con las inferiores orejas de las hijas de otras personas, *c*) cuando las personas envejecen, sus orejas parecen cada vez más grotescas vistas desde atrás, y *d*) muchos animales inferiores, como los gatos o los murciélagos, tienen unas orejas mucho más fascinantes, adorables y poderosas. De hecho, recordando a Laplace, diría que hay muchos, muchísimos argumentos convincentes, en contra del culto a Stalin, pero que la acusación contra Stalin es plenamente válida sin la suposición del señor Chambers fundada en los pliegues de las orejas.

Las orejas son predictibles y uniformes y sus rebordes son exactamente igual de adorables cuando el niño ha nacido sordo como una tapia. Eso mismo no es cierto en idéntico sentido para el universo. En el universo hay anomalías, misterios e imperfecciones (por emplear los términos más suaves) que ni siquiera dan muestras de adaptación, y menos aún de selección. En su vejez, a Thomas Jefferson le gustaba compararse a sí mismo con un reloj en su armazón y respondía a los amigos que le escribían preguntando por su salud que algunos resortes sueltos se le rompían y de vez en cuando el volante se le desencajaba. Por supuesto, esto plantea la incómoda idea (para

los creyentes) de que hay un defecto innato que ningún relojero puede reparar. ¿Deberíamos considerar que esto también forma parte del «diseño»? (Como suele suceder, quienes atribuyen mérito por lo uno, guardan silencio y empiezan a rezagarse a la hora de cumplimentar la columna del «debe» del libro de contabilidad.) Pero cuando se trata del ajetreado e inhóspito páramo del espacio exterior, con sus estrellas gigantes rojas, sus enanas blancas y sus agujeros negros, con sus titánicas explosiones y extinciones, solo podemos concluir sombría y temblorosamente que el «diseño» todavía no se ha impuesto y preguntarnos si es así como se «sintieron» los dinosaurios cuando los meteoros cayeron atravesando la atmósfera de la tierra, lo aplastaron todo y pusieron fin a la vana rivalidad de mugidos de las ciénagas primigenias.

Hasta lo primero que se supo sobre la simetría relativamente consoladora del sistema solar, con su tendencia en todo caso hacia la inestabilidad y la entropía, disgustó lo bastante a sir Isaac Newton para que propusiera que dios intervino cada dos por tres para volver a colocar las órbitas en situación estable. Esto le expuso a la sorna de Leibniz, que le preguntaba por qué dios no podía haber hecho que funcionara adecuadamente a la primera. En realidad, las en apariencia hermosas y exclusivas condiciones que han hecho posible que se dé vida inteligente en la tierra deben impresionarnos únicamente a causa del escalofriante vacío de todos los demás lugares. Pero, claro, con lo vanidosos que somos, ¿cómo no nos iba a impresionar? Esta vanidad nos permite pasar por alto el insoslayable hecho de que, de todos los demás planetas de nuestro sistema solar, el resto son o bien demasiado fríos o bien demasiado cálidos para albergar algo que pueda reconocerse como vida. Eso mismo, según parece, sucede con nuestro hogar planetario azul y redondeado, en donde el calor pugna con el frío para convertir a grandes extensiones del mismo en eriales inútiles, y donde hemos acabado aprendiendo que vivimos, y hemos vivido siempre, en el filo de un cuchillo climático. Entretanto, el sol se prepara para estallar y devorar a los planetas dependientes de él como si fuera algún jefe o deidad tribal celosa. ¡Menudo diseño!

Esto por lo que respecta a la macrodimensión. ¿Qué hay de la micro? Desde que se vieron obligados a participar en esta discusión, cosa

que hicieron con gran reticencia, las personas religiosas han tratado de hacerse eco de la admonición de Hamlet a Horacio de que en el cielo y la tierra hay más cosas de las que sueñan los simples seres humanos. Nuestro bando reconoce de buena gana esta cuestión: en el futuro se producirán descubrimientos que dejarán a nuestras facultades aún más estupefactas que los inmensos avances del conocimiento producidos desde Darwin y Einstein. Sin embargo, estos descubrimientos llegarán del mismo modo: mediante la paciente, escrupulosa y (esta vez, eso esperamos) ilimitada investigación. Mientras tanto, también hemos hecho avanzar nuestra mente mediante el laborioso ejercicio de refutar las más recientes estupideces ideadas por los fieles. Cuando en el siglo XIX se empezaron a descubrir y estudiar los huesos de los animales prehistóricos, había quien decía que los fósiles habían sido depositados en las piedras por dios con el fin de poner a prueba nuestra fe. Esto no se puede refutar. Tampoco se puede refutar mi teoría particular de que, a partir de las pautas de conducta observables, podemos inferir un diseño que convierte al planeta Tierra, sin que tengamos datos de ello, en una colonia-prisión y sanatorio mental de lunáticos que utilizan como vertedero civilizaciones remotas y superiores. No obstante, sir Karl Popper me enseñó a creer que una teoría que no se puede refutar es en ese sentido una teoría débil.

Ahora nos dicen que unos órganos tan asombrosos como los ojos humanos no pueden ser fruto de una casualidad, por así decirlo, «ciega». Resulta que la facción del «diseño» ha escogido un ejemplo que no podría vencerse. En la actualidad sabemos mucho sobre los ojos y sobre qué criaturas los tienen, cuáles no y por qué. Aquí debo ceder la palabra un instante a mi amigo el doctor Michael Shermer:

> La evolución también postula que *los organismos actuales deberían exhibir una diversidad de estructuras, desde las más simples hasta las más complejas, que reflejen una historia evolutiva en lugar de una creación instantánea.* El ojo humano, por ejemplo, es el resultado de un largo y complejo sendero que se remonta centenares de millones de años atrás. En un principio fue un simple ocelo con un puñado de células fotosensibles que proporcionaban información al organismo sobre una fuente relevante de la susodicha luz; luego se convirtió en un ocelo superficial, en el que una pequeña hendidura llena de células fotosensibles ofrecía

> datos adicionales sobre la dirección de la luz; a continuación en un ocelo profundo en el que unas células adicionales contenidas en una cavidad aún más profunda proporcionan información más precisa sobre el entorno; después en un ojo con una mirilla capaz de proyectar una imagen en la parte trasera de una capa de células fotosensibles muy profundas; luego en un ojo con una lente capaz de enfocar la imagen; después en el ojo complejo que puede encontrarse en mamíferos actuales como los seres humanos.

Todos los estadios intermedios de este proceso han sido detectados en otras criaturas, y se han elaborado sofisticados modelos informáticos que han puesto a prueba la teoría y han demostrado que realmente «funciona». Hay una prueba más de la evolución del ojo, como apunta Shermer. Se trata de la ineptitud de su «diseño»:

> En realidad, la anatomía del ojo humano nos ofrece evidencias de cualquier cosa menos de un diseño «inteligente». Está construido del revés y hacia atrás, lo cual exige que los fotones de la luz atraviesen la córnea, el cristalino, el humor acuoso, los vasos sanguíneos, las células ganglionares, las células amacrinas, las células horizontales y las células bipolares antes de rebotar hacia los conos y los bastones fotosensibles que traducen la señal luminosa en impulsos neuronales... los cuales son enviados al córtex visual, situado en la parte trasera del cerebro, para ser procesados y convertidos en figuras significativas. Para que la visión fuera óptima, ¿por qué un diseñador inteligente construiría un ojo del revés y hacia atrás?

La razón por la que somos tan miopes es porque hemos evolucionado a partir de bacterias ciegas con las que ahora hemos descubierto que compartimos ADN. Disponemos de la misma óptica mal concebida, equipada con un punto ciego retiniano «diseñado» de forma deliberada, mediante la cual esos mismos seres humanos afirmaron haber «visto» milagros «con sus propios ojos». El problema en esos casos se situaba en algún otro lugar del córtex, pero no debemos olvidar jamás la sentencia de Charles Darwin de que hasta el más evolucionado de nosotros seguirá portando «el sello indeleble de su bajo origen».

A las palabras de Shermer yo añadiría que, si bien es cierto que somos los animales más superiores y más inteligentes, las águilas tienen unos ojos que hemos estimado que son unas sesenta veces más potentes y sofisticados que los nuestros, y que la ceguera, a menudo causada por parásitos microscópicos que representan por sí solos un milagro de la inventiva, es uno de los trastornos más antiguos y trágicos conocidos por el ser humano. ¿Y por qué conceder un ojo superior (o, en el caso del gato o el murciélago, también un oído) a una especie inferior? El águila puede abatirse en picado con precisión sobre un pez que haya detectado moviéndose bajo el agua con rapidez muchos, muchos metros por debajo, al tiempo que maniobra con sus extraordinarias alas. Las águilas han sido casi exterminadas por el ser humano, mientras que uno puede nacer tan ciego como una lombriz y no obstante convertirse, por ejemplo, en un fervoroso metodista practicante.

> Parece absurdo de todo punto —escribió Charles Darwin—, lo confieso espontáneamente, suponer que el ojo, con todas sus inimitables disposiciones para acomodar el foco a diferentes distancias, para admitir cantidad variable de luz y para la corrección de las aberraciones esférica y cromática, pudo haberse formado por selección natural.

Escribió estas palabras en un ensayo titulado «Órganos de extrema perfección y complejidad». Desde aquella época, la evolución del ojo se ha convertido casi en una disciplina de estudio independiente. ¿Cómo no iba a serlo? Resulta sumamente fascinante y gratificante saber que al menos cuarenta pares de ojos distintos, y tal vez sesenta, han evolucionado de manera distinta y paralela, si bien comparable.[1] El doctor Daniel Nilsson, que tal vez sea la autoridad más destacada en la materia, ha descubierto entre otras cosas que tres grupos absolutamente diferentes de peces han desarrollado de forma independiente *cuatro* ojos. Una de estas criaturas marinas, el *Bathylychnops exilis*, posee un par de ojos que miran hacia los lados y otro par de ojos (situados en las paredes de los dos principales) que orientan su mirada directamente hacia abajo. Para la mayoría de los animales sería un es-

torbo, pero presenta algunas ventajas evidentes para un animal acuático. Y es muy importante señalar que el desarrollo embrionario del segundo par de ojos no es una copia o una reproducción en miniatura del primero, sino fruto de una evolución absolutamente independiente. Como señala el doctor Nilsson en una carta dirigida a Richard Dawkins: «Esta especie ha reinventado el cristalino pese al hecho de que ya contaba con uno. Esto constituye un buen apoyo en favor de la opinión de que no es difícil evolucionar un cristalino». Como es natural, resulta más verosímil que una deidad de la creación duplicara la dotación óptica antes que plantearse otra cosa, lo cual nos habría dejado sin nada ante lo que maravillarnos o que descubrir. O, como proseguía Darwin a continuación del texto citado antes:

> Cuando se dijo por vez primera que el sol estaba quieto y la tierra giraba a su alrededor, el sentido común de la humanidad declaró falsa esta doctrina; pero el antiguo adagio de *vox populi, vox Dei*, como sabe todo filósofo, no puede admitirse en la ciencia. La razón me dice que si se puede demostrar que existen muchas gradaciones, desde un ojo sencillo e imperfecto a un ojo complejo y perfecto, siendo cada grado útil al animal que lo posea, como ocurre ciertamente; si además el ojo alguna vez varía y las variaciones son heredadas, como ocurre también ciertamente; y si estas variaciones son útiles a un animal en condiciones variables de la vida, entonces la dificultad de creer que un ojo perfecto y complejo pudo formarse por selección natural, aun cuando insuperable para nuestra imaginación, no tendría que considerarse como destructora de nuestra teoría.

Tal vez esbocemos una sonrisa al enterarnos de que Darwin escribió acerca de la inmovilidad del sol, o cuando descubramos que defendía la «perfección» del ojo, pero únicamente porque tenemos la suficiente suerte de saber más que él. Lo que vale la pena señalar, y recordar, es su adecuada utilización del sentido de lo maravilloso.

El verdadero «milagro» es que nosotros, que compartimos genes con las bacterias que originalmente desencadenaron la vida en nuestro planeta, hayamos evolucionado tanto como lo hemos hecho. Otras criaturas no han desarrollado ningún tipo de ojos, o han desarrollado unos ojos extremadamente pobres. Aquí topamos con una

inquietante paradoja: la evolución no cuenta con ojos, pero puede crearlos. El brillante profesor Francis Crick, uno de los descubridores de la doble hélice, tenía un colega llamado Leslie Orgel que resumió esta paradoja con más elegancia de lo que yo soy capaz. «La evolución —dijo— es más inteligente que usted.» Pero este piropo sobre la «inteligencia» de la selección natural no representa en modo alguno una concesión a la estúpida idea del «diseño inteligente». Algunos de los resultados son absolutamente impresionantes, como estamos obligados a pensar en nuestro caso. («¡Qué maravillosa obra es el hombre!», como exclama Hamlet antes de contradecirse en cierto modo al calificarlo no obstante como «la quintaesencia del polvo»; ambas afirmaciones tienen el mérito de ser ciertas.) Pero el proceso mediante el cual se obtienen estos resultados es lento e infinitamente laborioso y nos ha otorgado una «cadena» de ADN abarrotada de elementos inservibles que tiene mucho en común con otras criaturas muy inferiores. El sello indeleble de su bajo origen puede encontrarse en nuestro propio apéndice, en la ahora innecesaria mata de pelo que todavía nos crece (y luego se cae) al cabo de cinco meses en el útero materno, en nuestras frágiles rodillas, en el vestigio de nuestro rabo y en los muchos rasgos caprichosos de nuestra estructura urogenital. ¿Por qué la gente *sigue* diciendo «Dios se ocupa de los detalles»? No se ocupa de los nuestros, a menos que sus palurdos admiradores creacionistas deseen conceder mérito a su torpeza, su fracaso y su incompetencia.

Quienes, no sin resistencia, han cedido a las apabullantes evidencias de la evolución, tratan ahora de colgarse una medalla por reconocer su derrota. La verdadera magnificencia y variedad del proceso, desean decirnos ahora, corrobora la existencia de una mente directora y creadora. Así, deciden dejar en balbuciente ridículo a su pretendido dios y hacer que parezca un hojalatero, un chapuzas y un metepatas que tardó millones de años en dar forma a unas cuantas figuras duraderas mientras amontonaba un depósito de chatarra y fracaso. ¿Ese es el respeto que sienten por su dios? Afirman con imprudencia que la biología evolutiva es «únicamente una teoría», lo cual delata su ignorancia sobre el significado de la palabra «teoría», así como del significado de la palabra «diseño». Una «teoría» es algo

que, si se me permite la expresión, evoluciona para ajustarse a los hechos conocidos. Si es una teoría correcta, sobrevive a la introducción de hechos desconocidos hasta la fecha. Y se convierte en una teoría aceptada si puede realizar predicciones precisas acerca de objetos o acontecimientos que todavía no se han descubierto o no se han producido. Esto puede llevar tiempo y también está sometido a una versión del procedimiento de Ockham: los astrónomos del Egipto de los faraones podían predecir eclipses, aun cuando creyeran que la tierra era plana; sencillamente, les exigía muchísimo trabajo innecesario. La predicción de Einstein del grado exacto de desviación angular de la luz de una estrella debido a la fuerza de la gravedad (verificado frente a la costa occidental de África durante un eclipse que se produjo en 1913) era más elegante y se esgrimió para confirmar su «teoría» de la relatividad.

Entre los evolucionistas hay muchas disputas acerca de *cómo* se produjo este complejo proceso y, ciertamente, acerca de cómo empezó. Francis Crick se permitió incluso coquetear con la teoría de que la vida fue «inseminada» en la tierra por bacterias desprendidas al paso de un cometa. Sin embargo, si todas estas disputas se resuelven, o cuando lo hagan, se resolverán utilizando métodos científicos y experimentales que han demostrado serlo. Por el contrario, el creacionismo o argumento del «diseño inteligente» (su única inteligencia reside en su solapada redenominación de sí mismo) *no es ni siquiera una teoría.* Pese a toda su bien financiada propaganda, jamás ha tratado siquiera de demostrar cómo un solo pedazo de la naturaleza se explica mejor mediante el «diseño» que mediante la competencia evolutiva. Por su parte, se disuelve en tautologías pueriles. Uno de los «cuestionarios» de los creacionistas pretende ser un interrogatorio al que contestar con «un sí o un no» como el que sigue:

¿Conoce usted algún edificio que no tuviera arquitecto?
¿Conoce usted algún cuadro que no tuviera pintor?
¿Conoce usted algún coche que no tuviera fabricante?
Si ha respondido SÍ a alguna de las preguntas anteriores, aporte detalles.

Conocemos la respuesta en todos los casos: han sido invenciones esforzadas de la humanidad (realizadas también mediante ensayo y error), han sido fruto de muchas manos y continúan «evolucionando». Esto es lo que vuelve despreciables las paparruchas del creacionista, que compara la evolución con un torbellino que soplara sobre un depósito de chatarra y nos presentara después la forma de un avión jumbo. Para empezar, no hay «partes» que estén por ahí flotando a la espera de ser ensambladas. Por otra parte, el proceso de adquisición y descarte de «elementos» (de manera muy especial, las alas) dista mucho de parecerse a un torbellino, tal como puede imaginarse que fue. El tiempo empleado en ello se parece más al de la vida de un glaciar que al de la de una tormenta. Además, los aviones jumbo no se montan con «elementos» inservibles o superfluos heredados tangencialmente de un avión con menos éxito. ¿Por qué hemos aceptado con tanta facilidad llamar a esta antigua no teoría ya refutada por su nuevo disfraz arteramente escogido de «diseño inteligente»? No tiene nada en absoluto de «inteligente». Son las mismas supercherías.

Los aviones, concebidos por el hombre, «evolucionan» a su modo. Y también evolucionamos nosotros, de un modo un tanto distinto. A principios de abril de 2006 se publicó en la revista *Science* un amplio estudio de la Universidad de Oregón. Basándose en la reconstrucción de genes antiguos procedentes de animales extinguidos, los investigadores consiguieron demostrar cómo la no teoría de la «complejidad irreductible» es una burla. Descubrieron que las moléculas de proteínas utilizaron lentamente el procedimiento de ensayo y error reutilizando y alterando sus elementos existentes para actuar como una especie de mecanismo de cerradura que activa y desactiva hormonas discrepantes.[2] Esta marcha genética se inauguró ciegamente hace 450 millones de años, antes de que la vida abandonara el océano y mucho antes de que aparecieran los huesos. En la actualidad sabemos cosas acerca de nuestra naturaleza que los fundadores de la religión ni siquiera podrían haber imaginado y que, en caso de haberlas conocido, habrían acallado sus lenguas, demasiado seguras de sí mismas. Pero, una vez más, en el momento en que uno se ha deshecho de las presuposiciones superfluas, la especulación acerca de quién nos diseñó para que fuéramos diseñadores se vuelve tan infructuosa e irre-

levante como la pregunta de quién diseñó al diseñador. Aristóteles, cuya argumentación acerca del motor inmóvil y la causa incausada representa los orígenes de este argumento, concluyó que la lógica necesitaría cuarenta y siete o cincuenta y cinco dioses. Seguramente, hasta un monoteísta agradecería en este aspecto la navaja de Ockham. Partiendo de una pluralidad de motores primigenios, los monoteístas los han ido reduciendo a uno solo. Cada vez se acercan más a la cifra redonda y verdadera.

Debemos hacer frente también al hecho de que la evolución es, aparte de más inteligente que nosotros, infinitamente más insensible, cruel y asimismo caprichosa. El estudio de los hallazgos fósiles y los descubrimientos de la biología molecular nos demuestra que aproximadamente el 98 por ciento de todas las especies que han aparecido sobre la tierra en algún momento han disminuido hasta extinguirse. Ha habido fabulosos períodos de explosión de vida, seguidos invariablemente por grandes «extinciones». Para que la vida arraigara en un planeta que se enfriaba, tuvo primero que aparecer con una fantástica profusión. Disponemos de microatisbos de ello en nuestra breve vida humana: los hombres producen una cantidad de semen infinitamente superior al necesario para engendrar una familia humana, y padecen (de un modo que no es del todo desagradable) la urgente necesidad de diseminarlo por donde sea o deshacerse de él de cualquier otro modo. (Las religiones se han sumado innecesariamente al padecimiento condenando los distintos métodos sencillos para aliviar esta presión presuntamente «diseñada».) La exuberante proliferación de formas de vida de insectos, gorriones, salmones o bacalaos representa un derroche titánico que garantiza en algunos casos, pero no en todos, que queden suficientes supervivientes.

Los animales superiores no quedan exentos de este proceso. Las religiones que conocemos han nacido también, por razones evidentes, de pueblos de los que tenemos conocimiento. Y en Asia, el mar Mediterráneo y Oriente Próximo se puede reconstruir la presencia humana durante un período de tiempo asombrosamente largo y continuado. Sin embargo, hasta los mitos religiosos refieren períodos de

tinieblas, epidemias y calamidades en los que parecía que la naturaleza se había vuelto contra la existencia humana. La memoria popular, corroborada en la actualidad por la arqueología, hace que parezca muy probable que cuando se formaron el mar Mediterráneo y el mar Negro se produjeran inmensas inundaciones, y que estos acontecimientos imponentes y aterradores siguieran impresionando a los bardos de Mesopotamia y de otros lugares. Todos los años, los fundamentalistas cristianos renuevan sus expediciones al monte Ararat, en la actual Armenia, convencidos de que algún día descubrirán los restos del naufragio del arca de Noé. Este esfuerzo es fútil y, aun cuando tuviera éxito, no demostraría nada; pero si esas personas leyeran las reconstrucciones de lo que realmente sucedió se verían confrontados por algo bastante más memorable que el banal relato del diluvio: un muro de aguas oscuras que recorrieron bramando una llanura densamente poblada. Este suceso digno de la «Atlántida» se habría adherido a la memoria prehistórica, de acuerdo, como de hecho le sucede a la nuestra.

No obstante, ni siquiera disponemos de un recuerdo enterrado o mal referido de lo que le sucedió a la mayoría de nuestros congéneres en las Américas. Cuando los conquistadores católicos llegaron al hemisferio occidental a principios del siglo XVI, se comportaron con una crueldad y destructividad tan indiscriminadas que uno de sus integrantes, Bartolomé de las Casas, propuso realmente elevar una renuncia formal, una disculpa y reconocer que la empresa en su conjunto había sido un error. Por bienintencionado que fuera, fundaba su mala conciencia en la idea de que los «indios» habían vivido en un edén intacto y que España y Portugal habían desaprovechado la oportunidad de redescubrir la inocencia que antecedió a la caída de Adán y Eva. Eran bagatelas optimistas, además de un aire de superioridad extremo: los olmecas y demás pueblos poseían sus propios dioses (cuya voluntad propiciaban mediante sacrificios humanos) y también desarrollaron meticulosos sistemas de escritura, astronomía, agricultura y comercio. Escribían su historia y habían descubierto un calendario de 365 días que era más preciso que sus equivalentes europeos. Una sociedad concreta, la maya, había conseguido también idear ese hermoso concepto de cero al que he aludido antes, y sin el cual el cálcu-

lo matemático resulta muy difícil. Tal vez sea significativo que el papado de la Edad Media rechazara siempre la idea de «cero» por considerarla extraña y herética, tal vez debido a su origen supuestamente árabe (en realidad, sánscrito); pero tal vez también porque albergaba una posibilidad espantosa.

Sabemos algo de las civilizaciones del istmo americano, pero hasta hace muy poco no hemos sido conscientes de las inmensas ciudades y redes que otrora se extendieron por toda la cuenca del Amazonas y algunas regiones de los Andes. El trabajo riguroso no ha hecho más que empezar con el estudio de estas imponentes sociedades, que nacieron y prosperaron cuando ya se adoraba a Moisés, Abraham, Jesús, Mahoma y Buda, pero que no participaron en absoluto en dichas discusiones y a las que no se incluía en los cálculos de los monoteístas fieles. Es un hecho cierto que estos pueblos también poseían sus mitos de la creación y sus revelaciones de la voluntad divina, los cuales explicaban todo el bien que les habían hecho. Pero sufrieron, vencieron y fenecieron sin haber estado nunca en «nuestras» oraciones. Y murieron con la amarga conciencia de que no habría nadie que les recordara tal como habían existido, o siquiera *que hubieran* existido. Todas sus «tierras prometidas», profecías, preciadas leyendas y ceremonias podrían haberse producido también en otro planeta. Así es en realidad la arbitraria historia de la humanidad.

Parece haber muy pocas o ninguna duda de que estos pueblos fueron exterminados no solo por conquistadores humanos, sino también por microorganismos de los cuales ni ellos ni sus invasores tenían conocimiento alguno. Tal vez estos gérmenes fueran originarios de allí, o tal vez fueran importados; pero el efecto fue el mismo. Una vez más, percibimos aquí la monumental falacia humana que informa nuestro relato del Génesis. ¿Cómo se puede demostrar en un párrafo que este libro fue escrito por hombres ignorantes y no por ningún dios? Porque se concede al hombre «dominio» sobre todas las bestias, ganados y peces. Pero no se especifica nada acerca de los dinosaurios, los plesiosauros ni los pterodáctilos, ya que sus autores no conocían su existencia, ni menos aún su creación supuestamente especial e inmediata. Tampoco se menciona a ningún marsupial, porque Australia (el siguiente candidato a nuevo «edén» después de Mesoamérica)

no figuraba en ningún mapa conocido. Y lo más importante de todo: en el Génesis no se otorga al hombre dominio sobre los gérmenes y las bacterias porque no se conocía ni comprendía la existencia de estas criaturas necesarias pero peligrosas. Y, de haberse conocido o comprendido, hubiera quedado de manifiesto al instante que estas formas de vida tenían «dominio» *sobre nosotros* y que seguirían gozando de él de forma inapelable hasta que los sacerdotes hubieran recibido algún codazo y la investigación científica hubiese gozado por fin de una oportunidad. Ni siquiera hoy está en modo alguno decidido el equilibrio entre el *Homo sapiens* y el «ejército invisible» de microbios de Louis Pasteur, pero el ADN nos ha permitido al menos secuenciar el genoma de nuestros letales rivales, como el virus de la gripe aviar, y dilucidar qué tenemos en común.

Tal vez la tarea más desalentadora a la que nos enfrentemos, dada nuestra condición de animales parcialmente racionales, con unas glándulas suprarrenales demasiado grandes y unos lóbulos prefrontales demasiado pequeños, sea la contemplación de nuestro propio peso relativo en el orden de las cosas. Nuestro lugar en el cosmos es tan inconcebiblemente pequeño que, con nuestra miserable dotación de materia craneal, ni siquiera somos capaces de contemplarlo durante mucho tiempo. No menos difícil resulta descubrir que tal vez seamos una presencia en la tierra bastante aleatoria. Quizá hayamos aprendido algo sobre nuestro modesto lugar en la escala, sobre cómo prolongar nuestra vida, curarnos las enfermedades, aprender a respetar y sacar provecho de otras tribus y otros animales y utilizar cohetes y satélites para facilitar las comunicaciones; pero, entonces, la conciencia de que se aproxima nuestra muerte y de que vendrá seguida por la muerte de la especie y la muerte térmica del universo representa un exiguo alivio. Aun así, al menos no nos encontramos en el lugar de aquellos seres humanos que murieron sin haber tenido siquiera la oportunidad de relatar su historia, ni en el de quienes mueren hoy día y en este mismo instante tras unos minutos desnudos y retorcidos de dolorosa y atemorizada existencia.

En 1909 se hizo un descubrimiento de trascendental importancia en las montañas Rocosas de Canadá, en la frontera de la Columbia Británica. El lugar es conocido como «los esquistos de Burgess»

y, aunque es una formación natural y no posee ninguna propiedad mágica, es casi como una máquina del tiempo o una llave que nos permitiera visitar el pasado. El pasado muy remoto: la existencia de esta cantera de piedra caliza data de hace unos 570 millones de años y refleja lo que los paleontólogos suelen denominar «explosión cámbrica». Exactamente igual que ha habido grandes «desapariciones» y extinciones durante el periodo evolutivo, también ha habido momentos exultantes en los que la vida volvía a proliferar de forma súbita y diversa una vez más. (Un «diseñador» inteligente habría podido arreglárselas sin esos caóticos episodios de expansión y declive.)

La mayoría de los animales que actualmente perviven tienen su origen en este gran florecimiento cámbrico, pero hasta 1909 no fuimos capaces de verlos en ningún lugar que se pareciera a su hábitat originario. Hasta entonces, también habíamos tenido que apoyarnos sobre todo en los testimonios de los huesos y las conchas, mientras que los esquistos de Burgess contienen asimismo mucha «anatomía blanda» fosilizada, incluido el propio contenido de los aparatos digestivos. Es una especie de piedra de Rosetta para decodificar las formas de vida.

Nuestro solipsismo, manifiesto a menudo de forma esquemática o caricaturesca, suele representar la evolución como una especie de escalera o progresión en cuya primera imagen aparece un pez jadeante en la orilla; en las siguientes, aparecen unas figuras encorvadas y de mandíbula prominente y, a continuación, de forma gradual, un hombre erguido con traje, agitando el paraguas y gritando «¡Taxi!». Hasta quienes han observado el perfil con «dientes de sierra» de las fluctuaciones entre aparición y extinción, posterior aparición y posterior extinción, y quienes ya han trazado el final definitivo del universo, coinciden a medias en que hay una obstinada tendencia hacia la progresión ascendente. Esto no representa ninguna sorpresa: las criaturas ineficientes morirán o serán eliminadas por las que hayan tenido más éxito. Pero el progreso no niega la idea de aleatoriedad, y cuando llegó el momento de examinar los esquistos de Burgess, el gran paleontólogo Stephen Jay Gould llegó a la conclusión más perturbadora e inquietante de todas. Examinó los fósiles y su evolución con meticulosa atención y descubrió que si se pudiera volver a plantar este

árbol o volver a poner a cocer la sopa entera, muy probablemente no se repetirían los mismos resultados que ahora «conocemos».

Puede ser digno de mención que esta conclusión no fue mejor recibida por Gould que por usted o por mí: en su juventud se había imbuido de una versión del marxismo y para él el concepto de «progreso» era algo verdadero. Pero era un erudito demasiado escrupuloso para negar una evidencia expuesta de un modo tan directo, y aunque algunos biólogos evolutivos están dispuestos a decir que el proceso milimétrico e implacable tenía una «dirección» para llegar a nuestra forma de vida inteligente, Gould se privó a sí mismo de su compañía. Estableció que si se hubieran podido grabar y, por así decirlo, «rebobinar» las infinitas ramas evolutivas a partir del período cámbrico, y volviéramos a reproducir la cinta, no habría ninguna certeza de que arrojara el mismo resultado. Varias ramas del árbol (sería mejor analogía la de pequeñas ramitas con un brote de maleza extraordinariamente denso) no desembocan en ninguna parte, pero con un «arranque» nuevo podrían haber brotado y florecido; del mismo modo, algunas que sí brotaron y florecieron podrían de forma idéntica haberse marchitado y muerto. Todos somos conscientes de que nuestra naturaleza y nuestra existencia se basa en el hecho de ser vertebrados. El primer vertebrado (o «cordado») conocido hallado en los esquistos de Burgess es una criatura bastante elegante de cinco centímetros, *Pikaia gracilens*, llamada así por el nombre de una montaña contigua y por su sinuosa belleza. En un principio, se la clasificó erróneamente como gusano (no debemos olvidar jamás lo recientes que son en realidad la mayoría de nuestros conocimientos), pero pese a sus segmentos, su carnosidad y la flexibilidad de su espina dorsal es necesariamente un antepasado que no obstante no exige ningún culto. Hay otros millones de formas de vida que perecieron antes de que finalizara el período cámbrico, pero este minúsculo prototipo sobrevivió. Citemos a Gould:

> Rebobínese la cinta de la vida hasta los tiempos de los esquistos de Burgess y reprodúzcase de nuevo. Si *Pikaia* no sobrevive en la repetición, somos barridos de la historia futura: todos nosotros, desde el tiburón al petirrojo y al orangután. Y no creo que ningún pronos-

ticador, si hubiera dispuesto de la evidencia de los esquistos de Burgess como la conocemos hoy en día, hubiera concedido ventajas muy favorables a la persistencia de *Pikaia*.

Y así, si usted quiere formular la pregunta de todos los tiempos (¿por qué existen los seres humanos?), una parte principal de la respuesta, relacionada con aquellos aspectos del tema que la ciencia puede tratar de algún modo, puede ser: «Porque *Pikaia* sobrevivió al exterminio de los esquistos de Burgess». Esta respuesta no menciona ni una sola ley de la naturaleza; no incorpora afirmación alguna sobre rutas evolutivas previsibles, ningún cálculo de probabilidades basado en reglas generales de anatomía o de ecología. La supervivencia de *Pikaia* fue una contingencia de la «simple historia». No creo que se pueda dar una respuesta «superior», y no puedo imaginar que ninguna resolución pueda ser más fascinante. Somos la progenie de la historia, y debemos establecer nuestros propios caminos en el más diverso e interesante de los universos concebibles: un universo indiferente a nuestro sufrimiento y que, por lo tanto, nos ofrece la máxima libertad para prosperar, o para fracasar, de la manera que nosotros mismos elijamos.[3]

La manera que nosotros «elijamos», deberíamos añadir, dentro de unos límites rigurosamente definidos. He aquí la voz serena y auténtica de un científico y humanista entregado a su labor. De un modo un tanto oscuro, nosotros ya sabíamos todo esto. La teoría del caos nos ha familiarizado con la idea de que el aleteo inesperado de una mariposa desencadena un leve céfiro y acaba ocasionando un furibundo tifón. Augie March, de Saul Bellow, ya observó con sagacidad el asilvestrado corolario de que «toda supresión es burda: suprimes una cosa y en el acto estás suprimiendo la de al lado». Y el apabullante pero esclarecedor libro de Gould sobre los esquistos de Burgess lleva el título de *La vida maravillosa*, un doble sentido que tiene ecos de la más apreciada de las películas románticas de Estados Unidos. En el momento culminante de esta atractiva pero pésima película, Jimmy Stewart desea no haber nacido nunca, pero entonces un ángel le muestra cómo habría sido el mundo si se hubiera cumplido su deseo. A un público de cultura media se le ofrece así un atisbo vicario de una versión del principio de incertidumbre de Heisenberg: toda tentativa

de tratar de medir algo tendrá como consecuencia la alteración minuciosa de aquello que se desea medir. Hasta hace muy poco no hemos sido capaces de determinar que una vaca es un pariente más próximo de la ballena que de un caballo: nos esperan, sin duda, otras maravillas. Aunque nuestra presencia aquí, bajo nuestra forma actual, sea de hecho aleatoria y contingente, al menos podemos esperar la posterior evolución de nuestros pobres cerebros, los fabulosos avances de la medicina y la prolongación de la vida derivados de nuestro trabajo con células madre elementales y células sanguíneas de cordón umbilical.

Siguiendo los pasos de Darwin, Peter y Rosemary Grant, de la Universidad de Princeton, han pasado los últimos treinta años en las islas Galápagos, han vivido en las arduas condiciones que ofrece la minúscula isla de Dafne Mayor y han observado y medido realmente cómo evolucionaron y se adaptaron los pinzones al cambiante entorno que les rodeaba. Han demostrado de manera concluyente que el tamaño y la forma del pico de los pinzones se amoldaba a las condiciones de sequía y la escasez mediante su adaptación al tamaño y la naturaleza de diferentes semillas y escarabajos existentes. No solo la multitud original de ellos que databa de hacía tres millones de años evolucionaba en una determinada dirección, sino que si la situación de los escarabajos y las semillas volvía a alterarse, sus picos podían acompañarla. Los Grant se fijaron, *vieron* cómo sucedía y publicaron sus hallazgos y pruebas para que todos lo conocieran. Estamos en deuda con ellos. Su vida fue dura, pero ¿quién hubiera deseado que en lugar de ello se hubieran atormentado en una cueva bendita o en lo alto de una columna sagrada?

En 2005, un equipo de investigadores de la Universidad de Chicago realizó un riguroso trabajo sobre dos genes conocidos como microcefalín y ASPM que cuando se inhabilitan son causa de la microcefalia.[4] Los bebés nacidos en estas condiciones tienen un córtex cerebral reducido, lo cual muy probablemente es un recordatorio incidental de la época en que el cerebro humano era mucho más pequeño de lo que es hoy. Por lo general se considera que la evolución de los seres humanos se completó hace aproximadamente entre 50.000 y 60.000 años (un instante en la historia de la evolución), pero esos dos genes, según parece, han evolucionado con mayor rapidez

en los últimos 37.000 años, lo cual plantea la posibilidad de que el cerebro humano sea una obra todavía inacabada. En marzo de 2006, trabajos posteriores realizados en la misma universidad revelaron que hay unas setecientas zonas del genoma humano en las que los genes han sido remodelados mediante selección natural entre los últimos 5.000 y 50.000 años. Algunos de estos genes son los responsables de nuestro «sentido del gusto y el olfato, la digestión, la estructura ósea, el color de piel y las funciones cerebrales». (Uno de los grandes frutos emancipadores de la genómica consiste en demostrar que todas las diferencias «raciales» y de color son recientes, superficiales y engañosas.) Hay certeza moral de que entre el momento en que yo termine de redactar este libro y el momento en que se publique se realizarán en este próspero campo de investigación algunos descubrimientos más fascinantes e iluminadores. Tal vez sea demasiado pronto para afirmar que todo el progreso es positivo o «ascendente», pero la evolución humana todavía está en curso. Ello se aprecia en el modo en que adquirimos inmunidades, y también en el modo en que no las adquirimos. Los estudios sobre el genoma han identificado a grupos de primeros habitantes del norte de Europa que aprendieron a domesticar ganado y adquirieron un gen diferenciado para la «tolerancia a la lactosa», mientras que otros pueblos de ascendencia africana más reciente (todos procedemos en última instancia de África) son proclives a desarrollar una anemia falciforme que, aunque resulte en sí misma molesta, procede de una mutación anterior que brindaba protección contra la malaria. Y todo ello quedará aún más esclarecido si tenemos la humildad y la paciencia necesarias para entender los ladrillos con que está construida la naturaleza y el sello indeleble de su bajo origen. No es necesario ningún plan divino, y menos aún intervención de los ángeles. *Todo funciona sin esa suposición.*

Así pues, aunque no me agrada discrepar de un hombre tan magnífico, Voltaire se mostraba sencillamente ridículo cuando afirmó que si dios no existiera, sería necesario inventarlo.[5] Para empezar, el problema es la invención humana de dios. Hemos analizado nuestra evolución «hacia atrás», viendo cómo la vida dejaba atrás temporalmente la extinción y sabiendo ya que el conocimiento es por fin capaz de revisar y explicar la ignorancia. La religión, es cierto, todavía posee la

inmensa aunque torpe y poco flexible ventaja de haber llegado «primero». Pero, como afirma Sam Harris bastante oportunamente en *El fin de la fe*, si en una especie de ataque colectivo de amnesia digno de una obra de García Márquez perdiéramos todo nuestro bien ganado conocimiento y todos nuestros archivos, toda nuestra ética y nuestra moral, y tuviéramos que reconstruir todo lo esencial desde cero, resultaría difícil imaginar en qué momento necesitaríamos recordarnos o reafirmarnos a nosotros mismos que Jesús nació de una virgen.[6]

Los creyentes inteligentes pueden hallar también algún consuelo. El escepticismo y los descubrimientos los han liberado de la carga de tener que defender que su dios es un científico loco insignificante, patoso y lunático, y también de tener que responder a preguntas incómodas acerca de quién inoculó el bacilo de la sífilis en la humanidad, quién ordenó que existieran la lepra o la idiocia o quién concibió los tormentos de Job. Los fieles quedan absueltos de dicha acusación: ya no tenemos necesidad de que un dios explique lo que ha dejado de ser misterioso. Lo que los creyentes hagan, ahora que su fe es opcional, privada e irrelevante, es cosa suya. No debería importarnos, siempre que no vuelvan a intentar inculcar la religión mediante ninguna forma de coerción.

7

Revelación:
la pesadilla del «Antiguo» Testamento

Otra de las formas con las que la religión se delata y trata de huir de la simple fe para, por el contrario, ofrecer «evidencias» en el sentido en que normalmente se interpreta este término, es mediante el argumento de la revelación. En determinadas ocasiones muy especiales, se afirma, la voluntad divina se dio a conocer mediante el contacto directo con seres humanos escogidos de manera arbitraria, a los que supuestamente se hizo entrega de leyes inalterables que a partir de ese momento pudieron transmitirse a los menos afortunados.

Se pueden realizar algunas objeciones evidentes a ello. En primer lugar, se ha dicho que varias de estas revelaciones han ocurrido en diferentes momentos y lugares a profetas o intermediarios radicalmente discrepantes. En algunos casos, el más notable el cristiano, según parece no bastó una revelación, sino que debió ser reforzada mediante apariciones sucesivas con la promesa de otra venidera, ulterior, pero definitiva. En otros casos, se produce el inconveniente contrario y la instrucción divina se emite solo una vez y de forma definitiva a un oscuro personaje cuya más leve insinuación se convierte en ley. Como todas estas revelaciones, muchas de ellas absolutamente incoherentes, no pueden por definición ser ciertas al mismo tiempo, debe concluirse que algunas de ellas son falsas e ilusorias. También podría concluirse que solo una de ellas es auténtica, pero en primera instancia resulta dudoso y, en segunda instancia, parece requerir guerras de religión para determinar cuál de las revelaciones es la verdadera. Una dificultad añadida es la visible proclividad del Todopoderoso a revelarse únicamente a personas analfabetas y de autenticidad histórica

dudosa, en unas regiones baldías de Oriente Próximo que fueron patria desde mucho tiempo atrás del culto a los ídolos y a la superstición y que en muchos casos ya estaban atestadas de profecías anteriores.

Las tendencias sincréticas del monoteísmo y los antepasados comunes de estos relatos significan de hecho que la refutación de una de ellas comporta la refutación de todas. Por espantosa y atrozmente que pudieran haber luchado entre sí, los tres monoteísmos afirman compartir ascendencia al menos en el Pentateuco de Moisés, y el Corán asegura que los judíos son «el pueblo del libro», Jesús un profeta y la Virgen su madre. (Curiosamente, el Corán no culpa a los judíos del asesinato de Jesús, como sí hace un libro cristiano del Nuevo Testamento, pero ello se debe únicamente a que incluye la estrambótica afirmación de que los judíos crucificaron en su lugar a otra persona.)

El relato fundacional de los tres credos alude a la pretendida reunión entre Moisés y dios en la cumbre del monte Sinaí. Aquello supuso a su vez la entrega del Decálogo, o los Diez Mandamientos. El episodio se refiere en el segundo libro de Moisés, conocido como el libro del Éxodo, entre los capítulos 20 y 40. La máxima atención ha recaído sobre el propio capítulo 20, en el que se presentan los mandamientos mismos. Tal vez no sea necesario resumirlos y exponerlos, pero vale la pena hacer el esfuerzo.

En primer lugar (sigo la versión inglesa del rey Jacobo o «autorizada»: uno de los muchos textos rivales entre sí de todos los laboriosamente traducidos por los mortales, ya sea del hebreo, el griego o el latín), los susodichos mandamientos no se presentan como una relación pura de diez órdenes o prohibiciones. Los tres primeros son todos ellos variantes de uno mismo, en el cual dios insiste en su primacía y exclusividad, prohíbe las imágenes y la utilización de su nombre en vano. Este prolongado carraspeo para calentar la voz va acompañado de algunas admoniciones muy importantes, incluida la funesta advertencia de que los hijos pagarán los pecados de sus padres «hasta la tercera y cuarta generación». Esto niega el razonable criterio moral de que los hijos no son culpables de las ofensas cometidas por sus padres. El cuarto mandamiento insiste en el respeto debido al sábado y prohíbe a todos los creyentes (y a sus esclavos y sirvientes domésticos) realizar ningún trabajo durante el transcurso

del mismo. Se añade que, como ya se dijo en el libro del Génesis, dios hizo el mundo en seis días y descansó el séptimo (lo cual deja margen para especular acerca de qué hizo el octavo día). El dictado se vuelve entonces más seco. «Honra a tu padre y a tu madre» (no por el bien de hacerlo, sino «para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar»). Solo entonces llegan los cuatro famosos «No cometerás...», que prohíben llanamente matar, el adulterio, el robo y el falso testimonio. Por último, hay una proscripción contra la codicia, la cual prohíbe el deseo de la casa, el siervo, la sierva, el buey, el asno, la esposa y demás pertenencias de «tu prójimo».

Resultaría muy difícil encontrar una prueba más clara de que la religión es un producto elaborado por el ser humano. En primer lugar, tenemos el regio bramido sobre el respeto y el temor acompañado por un adusto recordatorio de la omnipotencia y venganza infinita, como aquel con el que un emperador babilonio o asirio podría haber ordenado a sus escribas que comenzaran una proclama. Luego está el incisivo recordatorio de seguir trabajando y descansar únicamente cuando el monarca absoluto lo ordena. A ello le siguen unas cuantas notas legalistas secas, una de las cuales suele traducirse de forma incorrecta, ya que el original hebreo dice en realidad «no cometerás asesinato». Pero, por poco que uno estime la tradición judía, resulta insultante para el pueblo de Moisés imaginarse que hasta ese momento el crimen, el adulterio, el robo y el perjurio estaban permitidos. (Esa misma pregunta sin respuesta puede formularse de un modo distinto acerca de las presuntas predicaciones posteriores de Jesús: cuando refiere la historia del buen samaritano camino de Jericó habla de un hombre que actuaba de forma humana y generosa sin, obviamente, haber oído hablar jamás del cristianismo, y menos aún habiendo escuchado las despiadadas enseñanzas del dios de Moisés, que jamás menciona en absoluto la solidaridad ni la compasión entre seres humanos.) Ninguna sociedad conocida ha dejado jamás de protegerse de delitos evidentes como aquellos sobre los que se legisló supuestamente en el monte Sinaí. Por último, en lugar de condenar los actos malvados, se expresa una curiosa condena de los pensamientos impuros. Se puede decir que esto, además, es un producto de elabo-

ración humana propio de la supuesta época y lugar, porque equipara a la «esposa» con el resto de bienes animales, humanos y materiales del prójimo. Y lo más importante, pide lo imposible: un problema recurrente en todos los edictos religiosos. Se pueden refrenar por imposición las acciones perversas, o prohibir que se cometan, pero prohibir que las personas las *contemplen* es demasiado. Concretamente, es absurdo desear prohibir la envidia de las posesiones o riquezas de los demás, aunque solo sea porque el sentimiento de la envidia puede suscitar el espíritu de emulación, la ambición y otras consecuencias positivas. (Parece improbable que los fundamentalistas estadounidenses, que desean ver los Diez Mandamientos blasonados en todas las aulas y salas de justicia, casi como una imagen grabada, muestren idéntica hostilidad hacia el espíritu del capitalismo.) Si dios quisiera realmente que las personas quedaran libres de estos pensamientos, debería haberse preocupado de inventar una especie distinta.

Luego está la muy sobresaliente cuestión de lo que los mandamientos *no* dicen. ¿Resulta demasiado contemporáneo reparar en que no se dice nada sobre la protección de los niños ante la crueldad, ni sobre los abusos infantiles, ni sobre la esclavitud, ni sobre el genocidio? ¿O percibir que algunas de estas mismas ofensas casi se recomiendan positivamente es leer «el contexto» con demasiada literalidad? En el versículo 2 del capítulo inmediatamente siguiente dios le dice a Moisés que informe a sus seguidores de las normas bajo las que se puede comprar o vender esclavos (o perforarles la oreja con un punzón) y las reglas que gobiernan la venta de sus hijas. Ello viene seguido por las regulaciones enfermizamente detalladas acerca de la matanza de bueyes y los bueyes que matan, incluyendo los famosos versículos que imponen el «vida por vida, ojo por ojo, diente por diente». El arbitraje de las disputas agrarias se interrumpe por un momento con el abrupto versículo (22:18) «A la hechicera no la dejarás con vida». Durante siglos, esta fue la justificación de la tortura cristiana y la quema de mujeres que no seguían las directrices marcadas. De vez en cuando, hay mandamientos que son morales y que también se expresan con una elocuencia memorable (al menos en la encantadora versión inglesa del rey Jacobo): la máxima «No sigas a la mayoría

para hacer el mal» se la enseñó a Bertrand Russell su abuela y acompañó al anciano hereje durante toda su vida. Sin embargo, murmuramos palabras de simpatía hacia los olvidados y desaparecidos jivitas, cananeos e hititas, que supuestamente también formaban parte de la creación original del Señor, los cuales son expulsados de sus hogares sin piedad para dejar sitio a los desagradecidos y rebeldes hijos de Israel. (Esta supuesta «alianza» es el fundamento de una reivindicación irredentista de Palestina que nos ha reportado infinitos problemas hasta el día de hoy.)

Setenta y cuatro de los ancianos, incluidos Moisés y Aarón, se reunieron entonces cara a cara con dios. Hay varios capítulos enteros dedicados a las más minuciosas estipulaciones sobre las despilfarradoras e inmensas ceremonias sacrificiales y propiciatorias que el Señor espera de su recién adoptado pueblo, pero todo termina hecho pedazos y con la destrucción absoluta de este escenario: Moisés regresa de su reunión privada en la cima de la montaña y descubre que el efecto de haber mantenido un encuentro directo con dios ha desaparecido, al menos en Aarón, y que los hijos de Israel han fabricado un ídolo con sus joyas y baratijas. En ese mismo instante destroza impetuosamente las dos tablas del Sinaí (que, por consiguiente, parecen estar hechas por la mano del hombre y no de dios, y que es preciso rehacer apresuradamente en un capítulo posterior) y ordena lo siguiente:

> «Cíñase cada uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta, y matad cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente.» Cumplieron los hijos de Leví la orden de Moisés, y cayeron aquel día unos tres mil hombres del pueblo.

Es una cifra reducida si la comparamos con los niños egipcios ya masacrados por dios con el fin de que las cosas pudieran llegar siquiera a este punto, pero contribuye a reforzar la argumentación en favor del «antiteísmo». Con ello me refiero a la opinión de que deberíamos alegrarnos de que ninguno de los mitos religiosos contenga verdad alguna, ni lo sean en sí mismos. Tal vez la Biblia sí contenga (de hecho, contiene) cierta justificación para comerciar con seres humanos,

en defensa de la limpieza étnica, la esclavitud, la venta de hijas como prometidas o la matanza indiscriminada, pero no estamos obligados a cumplirla porque lo dispusieran así un grupo de mamíferos humanos rudimentarios e incultos.

No es necesario decir que ninguno de estos truculentos y desorbitados sucesos descritos en el Éxodo tuvieron lugar nunca. Los arqueólogos israelíes son de los más profesionales del mundo, aun cuando a veces en su pericia se haya visto reflejado cierto deseo de demostrar que la «alianza» entre dios y Moisés se basaba en algún fundamento de hecho. Ningún grupo de excavadores o especialistas se ha esforzado jamás tanto, ni con tantas expectativas, como los israelíes que tamizaron las arenas del Sinaí y de Canaán. El primero de ellos fue Yigael Yadin, cuya excavación más famosa fue la de Masada y a quien David Ben Gurión encargó que desenterrara «los acontecimientos principales» que demostrarían la reivindicación israelí de Tierra Santa. Hasta hace muy poco, a sus esfuerzos ostensiblemente politizados se les concedía cierto grado de plausibilidad superficial. Pero después se llevó a cabo un trabajo objetivo y mucho más amplio, presentado sobre todo por Israel Finkelstein, del Instituto de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv, y por su colega Neil Asher Silberman. Ellos consideran que la «Biblia hebrea» o Pentateuco es hermosa y que la historia de la actual Israel es inspiradora, aspectos estos sobre los que prefiero discrepar. Pero su conclusión es definitiva y tanto más encomiable por reafirmar las pruebas antes que el partidismo. No hubo ninguna huida a Egipto, ningún vagar sin rumbo por el desierto (menos aún durante el inverosímil período de cuatro décadas que se menciona en el Pentateuco) y ninguna conquista dramática de la Tierra Prometida.[1] Sencillamente, todo se inventó en una fecha muy posterior y haciendo gala en ello de bastante impericia. Ninguna crónica egipcia menciona tampoco este episodio, ni siquiera de forma tangencial, y Egipto fue en todos los períodos materiales la fuerza acuartelada en Canaán, así como en la región del Nilo. De hecho, gran parte de las pruebas apuntan a lo contrario. La arqueología *sí* confirma la presencia de comunidades judías en Palestina desde hace muchos miles de años (esto puede inferirse, entre otras cosas, de la ausencia de huesos de cerdo en los vertederos y depósitos

de residuos), y sí indica que hubo un «reino de David», si bien bastante modesto; pero pueden descartarse con total garantía y facilidad todos los mitos mosaicos. No creo que esto sea lo que los amargos críticos de la fe califican a veces de una conclusión «reduccionista». El estudio de la arqueología y los textos antiguos puede reportar además un placer inmenso. Y nos sitúa cada vez más cerca de alguna aproximación a la verdad. Por otra parte, también vuelve a plantear la cuestión del antiteísmo. En *El porvenir de una ilusión*, Freud realiza la evidente afirmación de que la religión estaba aquejada de una deficiencia incurable: nacía con demasiada claridad de nuestro deseo de escapar de la muerte o sobrevivir a ella.[2] Esta crítica del optimismo es firme e inapelable, pero no afronta realmente los horrores, las depravaciones y la locura del Antiguo Testamento. A excepción de un antiguo sacerdote que trate de ejercer el poder mediante las ensayadas y demostradas herramientas del terror, ¿quién podría *desear* que esta madeja de fábulas lamentablemente tejida tuviera algún viso de autenticidad?

De acuerdo, los cristianos han estado trabajando en idéntica tentativa optimista de «demostración» desde mucho antes de que la escuela de arqueología sionista empezara a blandir una pala. La Carta de san Pablo a los Gálatas había transmitido a los cristianos como un patrimonio inmutable la promesa realizada por dios a los patriarcas judíos, y en el siglo XIX y principios del XX difícilmente se podía arrojar una cáscara de naranja en Tierra Santa sin que cayera encima de algún ferviente excavador. El general Gordon, el fanático de la Biblia que tiempo después sería asesinado por los mahdíes en Jartum, fue uno de los más destacados. William Albright, de Baltimore, reivindicó continuamente el Jericó de Josué y otros mitos. Algunos de estos excavadores, dadas incluso las primitivas técnicas de la época, pasaron por ser rigurosos en lugar de meros oportunistas. Moralmente rigurosos, además: el arqueólogo y dominico francés Roland de Vaux hizo una afirmación muy arriesgada cuando señaló que «si la fe histórica de Israel no está fundada en la historia, dicha fe es errónea y, por consiguiente, lo es también la nuestra». Una afirmación admirable y honrada en grado sumo, que debemos hacer valer hoy día ante este buen padre.

Mucho antes de que la investigación moderna, la traducción esforzada y las excavaciones arqueológicas hubieran contribuido a iluminarnos, también quedaba al alcance de una persona reflexiva entender que la «revelación» del Sinaí y el resto del Pentateuco eran una ficción mal ensamblada, forzada mucho después de los no sucesos que no consigue describir de forma convincente, ni siquiera plausible. Desde que se instauró el estudio de la Biblia los colegiales inteligentes han incomodado a sus maestros con preguntas inocentes, pero imposibles de responder. El autodidacta Thomas Paine nunca ha sido refutado desde que en sus tiempos, mientras sufría una atroz persecución por parte de los antirreligiosos jacobinos franceses, escribiera para exponer

> que estos libros son espurios, y que Moisés no es su autor; y aún más, que no fueron escritos en la época de Moisés, ni siquiera hasta pasados muchos cientos de años, que son una tentativa de historia de la vida de Moisés y de la época en la que se dice que vivió; y también de épocas anteriores a la suya, escrita por unos impostores verdaderamente ignorantes y estúpidos varios centenares de años después de la muerte de Moisés; pues los hombres escriben en la actualidad episodios de acontecimientos sucedidos, o supuestamente sucedidos, hace varios cientos o miles de años.[3]

En primer lugar, los libros intermedios del Pentateuco (Éxodo, Levítico y Números: el Génesis no hace ninguna mención de él) aluden a Moisés en tercera persona, como cuando se dice «el Señor habló a Moisés». Podría argumentarse que él prefería hablar de sí mismo en tercera persona, aunque esta costumbre se asocia en la actualidad con la megalomanía; pero ello volvería irrisorias citas como la de Números, 12:3, en la que leemos «Moisés era un hombre *muy humilde*, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra». Aparte de lo absurdo que resulta afirmar ser humilde de tal modo que se asegure la superioridad en humildad con respecto a todos los demás, debemos recordar la forma imperiosamente autoritaria y sangrienta en la que en casi todos los demás capítulos se describe cómo se ha comportado Moisés. Esto nos brinda la posibilidad de elegir entre el solipsismo despampanante y la más falsa de las modestias.

Pero tal vez pueda absolverse a Moisés de estas dos acusaciones, puesto que difícilmente habría alcanzado el retorcimiento del Deuteronomio. En este libro hay una descripción del sujeto, luego una presentación del propio Moisés en medio de su discurso, después la reanudación de la narración por parte de quienquiera que sea el narrador, más adelante otro discurso de Moisés y finalmente una descripción de la muerte, entierro y magnificencia del propio Moisés. (Debe suponerse que la descripción del funeral no fue escrita por el hombre cuyo funeral se celebraba, aunque este problema no parece habérsele ocurrido a quienquiera que compusiera el texto.)

Parece estar muy claro que quien escribiera la narración escribía muchos años después. Se nos dice que Moisés alcanzó la edad de ciento diez años y que «no se había apagado su ojo ni se había perdido su vigor», y que después ascendió a la cima del monte Nebo, desde la que podía divisar una amplia vista de la Tierra Prometida en la que jamás llegaría a entrar realmente. El profeta, una vez perdido súbitamente su vigor natural, muere entonces en el país de Moab y es enterrado allí. Nadie sabe, afirma el autor, «*hasta hoy*», dónde se encuentra el sepulcro de Moisés. Se añade que *desde entonces* no ha habido en Israel profeta comparable a Moisés. Estas dos expresiones no tienen ningún sentido si no denotan el paso de un lapso de tiempo considerable. Luego se espera que creamos que un «él» inespecífico enterró a Moisés: si, una vez más, era el propio Moisés quien hablaba en tercera persona, resulta claramente inverosímil; y si era el propio dios quien ofició las exequias, entonces no hay forma de que el autor del Deuteronomio se hubiera enterado. En realidad, el autor se muestra muy poco claro con los detalles de este acontecimiento, lo que podría esperarse si estuviera reconstruyendo algo medio olvidado. Eso mismo es cierto de otros innumerables anacronismos, en los que Moisés habla de acontecimientos que tal vez no hayan ocurrido jamás (el consumo de «maná» en Canaán o la captura del inmenso catre del «gigante» Og, rey de Basán), pero de los que ni siquiera se afirma que hayan sucedido hasta mucho después de su muerte.

La firme probabilidad de que esta interpretación sea la correcta viene reforzada por los capítulos cuarto y quinto del Deuteronomio,

en los que Moisés reúne a sus seguidores y les vuelve a hacer entrega de los mandamientos del Señor. (Esto no representa tanta sorpresa: el Pentateuco contiene dos versiones discrepantes de la creación, dos genealogías distintas de la estirpe de Adán y dos narraciones diferentes del diluvio.) En uno de estos capítulos Moisés aparece hablando extensamente de sí mismo, y en el otro en estilo indirecto. En el capítulo cuarto, el mandamiento que prohíbe crear imágenes se amplía hasta prohibir cualquier «similitud» o «parecido» de cualquier figura, sea humana o animal, para cualquier propósito. En el capítulo quinto, los contenidos de las dos tablas de piedra se repiten aproximadamente con la misma forma que en el Éxodo, pero con una diferencia significativa. En esta ocasión, el autor olvida que el sábado es día santo porque dios creó el cielo y la tierra en seis días y el séptimo descansó. De repente, el sábado es sagrado porque dios sacó a su pueblo de la tierra de Egipto.

De modo que debemos imaginarnos esos hechos que probablemente no sucedieron y tenemos que alegrarnos de que así fuera. En el Deuteronomio, Moisés da orden de que los padres lapiden a sus hijos hasta matarlos por la indisciplina (cosa que parece infringir al menos uno de los mandamientos) y realiza continuamente declaraciones enloquecidas («El hombre que tenga los testículos aplastados o el pene mutilado no será admitido en la asamblea de Yahveh»). En Números se dirige a sus generales tras una batalla y manifiesta su furia por haber dejado vivos a tantos civiles:

> Matad, pues, a todos los niños varones. Y a toda mujer que haya conocido varón, que haya dormido con varón, matadla también. Pero dejad con vida para vosotros a todas las muchachas que no hayan dormido con varón.

No cabe duda de que esto no es lo peor de las incitaciones al genocidio que aparecen en el Antiguo Testamento (los rabinos israelíes discuten solemnemente hasta el día de hoy si la exigencia de exterminar a los amalequitas es un mandamiento en clave para acabar con los palestinos), pero contiene un elemento de lascivia que pone ligeramente de manifiesto cuáles son las recompensas que podía ob-

tener un soldado saqueador. Al menos eso creo yo y eso piensa Thomas Paine, que no escribió para refutar la religión, sino más bien para reivindicar el deísmo ante lo que él consideraba que en los libros sagrados eran aditamentos absurdos. Señaló que era «el mandato de asesinar a los chicos, masacrar a las madres y pervertir a las hijas», lo cual le valió una dolida réplica de uno de los eclesiásticos más famosos de su tiempo, el obispo de Llandaff. El corpulento obispo galés afirmaba con indignación que no estaba en absoluto claro por el contexto que se conservara la vida de las jóvenes con fines inmorales, antes que para realizar trabajos no remunerados. Contra la inocencia ciega de esta naturaleza sería cruel elevar una objeción, de no ser por la sublime indiferencia del venerable clérigo ante el destino de los niños varones e incluso de sus madres.

Podríamos recorrer el Antiguo Testamento libro por libro, deteniéndonos para señalar una frase lapidaria aquí («Es el hombre quien la aflicción engendra —según dice el libro de Job—, como levantan el vuelo los hijos del relámpago») y un versículo elegante allá, pero topando siempre con las mismas dificultades. La gente alcanza edades imposibles y no obstante engendra hijos. Los individuos mediocres se enzarzan en lucha individual o discusiones cuerpo a cuerpo con dios o con sus emisarios, lo cual vuelve a plantear en su conjunto la cuestión de la omnipotencia divina o siquiera el sentido común eclesial, y el suelo está siempre empapado con la sangre de los inocentes. Además, el contexto es claustrofóbicamente reducido y *local*. Ninguno de estos provincianos ni su deidad parecen tener la menor idea de que exista un mundo más allá del desierto, la multitud y los rebaños y los imperativos derivados del modo de subsistencia nómada. Esto, claro está, puede perdonársele a unos paletos provincianos; pero, entonces, ¿qué hay de su supremo guía e iracundo tirano? ¿No estaría él concebido a imagen de ellos, aunque esta no pudiera grabarse?

8

El «Nuevo» Testamento supera la maldad del «Antiguo»

El esfuerzo de releer el Antiguo Testamento resulta a veces pesado pero siempre necesario, ya que a medida que uno avanza empiezan a aparecer algunas premoniciones siniestras. Abraham, otro antepasado de todos los monoteísmos, se dispone a realizar un sacrificio humano en la persona de su primogénito. Y corre el rumor de que «una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo». Poco a poco, estos dos mitos empiezan a converger. Es preciso tener esto en mente cuando nos aproximemos al Nuevo Testamento, porque si se escoge uno cualquiera de los cuatro evangelios y se lee al azar, no hará falta mucho tiempo para descubrir que la finalidad de tal o cual acción o dicho atribuido a Jesús era que se cumpliera tal o cual antigua profecía. (Cuando se habla de la entrada de Jesús en Jerusalén a horcajadas de un asno, Mateo dice en el capítulo 21, versículo 4, que «esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del profeta». Probablemente se refiera a Zacarías 9:9, donde se dice que cuando llegue el Mesías lo hará a lomos de un asno. ¡Los judíos todavía están esperando esta llegada y los cristianos afirman que ya se ha producido!) Si parece extraño que una acción se lleve a cabo deliberadamente con el fin de confirmar una profecía, es porque *es* extraño. Y es necesariamente extraño porque, al igual que el Antiguo Testamento, el «Nuevo» es también una obra de carpintería tosca, ensamblada de manera forzada mucho después de acaecidos los pretendidos acontecimientos y llena de vacilaciones e improvisaciones para presentar los hechos de la forma adecuada. En aras de la concisión, volveré a adherirme a un autor más elocuente que yo y ci-

taré lo que H. L. Mencken afirma irrefutablemente en su *Treatise on the Gods*:

> La cruda realidad es que el Nuevo Testamento, tal como lo conocemos, es una caótica acumulación de documentos más o menos discordantes, algunos de ellos probablemente de origen respetable, pero otros palpablemente apócrifos, y que la mayoría de ellos, los buenos junto con los malos, muestran signos inconfundibles de haber sido manipulados.[1]

Tanto las opiniones de Paine como las de Mencken, los cuales se entregan por diferentes razones a un sincero esfuerzo de lectura de los textos, han sido confirmadas por los estudios bíblicos posteriores, muchos de los cuales se acometieron en primera instancia para demostrar que los textos tenían todavía plenitud de sentido. Pero este es el argumento que ha prevalecido en las mentes de aquellos para quienes lo único necesario es «El Libro». (Uno recuerda al gobernador de Texas, que, cuando le preguntaron si la Biblia debería enseñarse también en español, contestó que «si a Jesús le bastaba el inglés, a mí también me basta». Con razón se llama simples a quienes lo son.)

En 2004, un fascista australiano y actor histriónico llamado Mel Gibson produjo un culebrón de película sobre la muerte de Jesús. El señor Gibson es miembro de una secta católica descabellada y cismática compuesta principalmente por él mismo y su padre, aún más matón que él, y ha afirmado que es una pena que su propia esposa vaya al infierno por no recibir los sacramentos correctos. (Él califica a esta nauseabunda condena como «una declaración institucional».) La doctrina de su secta es explícitamente antisemita y la película no se cansa de hacer recaer la culpa de la crucifixión sobre los judíos. Pese a este evidente fanatismo, que suscitó críticas entre algunos cristianos más moderados, muchas iglesias de la línea «dominante» utilizaron *La pasión de Cristo* de forma oportunista como herramienta de reclutamiento a través de las pantallas. En uno de los actos ecuménicos propagandísticos patrocinados por él, el señor Gibson defendía que su fárrago cinematográfico (que también es un ejercicio de homoerotismo sadomasoquista protagonizado por un actor

con aspecto de haber nacido en Islandia o en Minnesota) era una obra basada en los testimonios de «testigos presenciales». En aquel momento pensé que era extraordinario que un éxito que había costado miles de millones de dólares pudiera descansar abiertamente sobre una afirmación fraudulenta de manera tan patente, pero a nadie pareció movérsele un pelo. Incluso las autoridades judías guardaron en buena medida silencio. Pero luego, algunos de ellos quisieron suavizar este viejo argumento que durante tantos siglos se había traducido en pogromos de Semana Santa contra «los judíos, asesinos de Cristo». (Hubo que esperar nada menos que dos décadas después de la Segunda Guerra Mundial para que el Vaticano retirara formalmente la acusación de «deicidio» que pesaba sobre el pueblo judío.) Y lo cierto es que los judíos solían reivindicar el mérito de la crucifixión. Maimónides describió el castigo del detestable hereje nazareno como uno de los mayores logros de los padres judíos, insistía en que jamás se mencionara el nombre de Jesús a menos que fuera acompañado de una maldición y proclamó que estaba condenado a hervir en heces durante toda la eternidad. ¡Qué gran católico habría sido Maimónides!

Sin embargo, incurrió en el mismo error que los cristianos al suponer que los cuatro evangelios eran de algún modo un registro histórico de acontecimientos. Sus múltiples autores (ninguno de los cuales publicó ningún texto hasta muchas décadas después de la crucifixión) son incapaces de ponerse de acuerdo sobre nada de relevancia. Mateo y Lucas no pueden coincidir sobre la maternidad de la Virgen o la genealogía de Jesús. Se contradicen abiertamente en la «huida a Egipto», de la que Mateo dice que un ángel «se apareció en sueños a José» para decirle que huyera de inmediato y Lucas afirma que los tres se quedaron en Belén hasta «la purificación [...] [de María] según la ley de Moisés», lo cual significaría cuarenta días, y que luego regresaron a Nazaret pasando por Jerusalén. (A propósito, si la huida a Egipto para ocultar a un niño de la campaña de infanticidio de Herodes tiene algún viso de autenticidad, entonces Hollywood y muchos, muchísimos iconografistas cristianos han estado engañándonos. Habría sido muy difícil llevar a un bebé rubio y con los ojos azules al delta del Nilo sin llamar la atención, en lugar de tratar de disimularlo.)

El Evangelio de Lucas afirma que el milagroso alumbramiento se produjo en un año en que el emperador César Augusto ordenó realizar un censo con fines tributarios y que aquello sucedió en una época en la que Herodes reinaba en Judea y Quirino era gobernador de Siria. Esto es lo que más se acerca a una triangulación de fechas históricas que haya intentado hacer jamás un autor bíblico. Pero Herodes murió cuatro años «antes de Cristo» y durante su mandato el gobernador de Siria no fue Quirino. Ningún historiador romano hace mención alguna de ningún censo augusto, pero el cronista judío Josefo señala que sí se realizó uno... sin la gravosa exigencia de que la gente regresara a sus lugares de nacimiento y seis años después del supuesto momento en que tuvo lugar el nacimiento de Jesús. Según todas las evidencias de que disponemos, todo es de manera bastante ostensible una reconstrucción tergiversada y basada en testimonios orales, acometida considerable tiempo después del «hecho». Los escribas ni siquiera se ponen de acuerdo en los elementos mitológicos: discrepan abiertamente sobre el sermón de la montaña, la unción de Jesús, la traición de Judas y la memorable «negación» de Pedro. Lo más asombroso de todo es que sean incapaces de converger en una descripción compartida de la crucifixión o la resurrección. Por consiguiente, la única interpretación que sencillamente tenemos que desechar es la que afirma garantía divina para los cuatro. El libro en el que probablemente se basaron los cuatro, al que los especialistas aluden en tono especulativo denominándolo «Q», ha desaparecido para siempre, lo cual parece un grave descuido por parte del dios que afirma haberlo «inspirado».

Hace setenta años, en Nag Hammadi, Egipto, fue descubierto cerca de un asentamiento cristiano copto muy antiguo un tesoro escondido de «evangelios» abandonados. Aquellos papiros pertenecían a la misma época y tenían la misma procedencia que muchos de los evangelios posteriormente canónicos y «autorizados», y durante mucho tiempo han recibido el nombre colectivo de evangelios «gnósticos». Ese fue el nombre que les asignó un tal Ireneo, uno de los primeros padres de la Iglesia, que los proscribió por considerarlos heréticos. Entre ellos se encuentran los «evangelios» o narraciones de figuras marginales pero relevantes del «Nuevo» Testamento autorizado, como «el

dubitativo Tomás» o María Magdalena. En la actualidad incluyen también el Evangelio de Judas, cuya existencia se conocía desde hacía siglos, pero que en la primavera de 2006 dio a conocer y publicó la National Geographic Society.

Como era de esperar, el libro es en esencia una bagatela espiritualista, pero ofrece una versión de los «acontecimientos» ligeramente más verosímil que el relato oficial. Por una parte, y al igual que sus textos homólogos, mantiene que el supuesto dios del «Antiguo» Testamento es el dios que hay que evitar, una emanación espectral nacida de mentes enfermas. (Esto permite comprender por qué fue prohibido y denunciado con tanta rotundidad: el cristianismo ortodoxo no es nada si no es una reivindicación y conclusión de esa historia del mal.) Como siempre, Judas asiste a la última cena, pero se aparta del guión establecido. Cuando Jesús parece compadecerse de los demás discípulos por el hecho de que sepan tan poco acerca de lo que hay en juego, su discípulo descastado dice con atrevimiento que él sí cree saber cuál es la dificultad a que se enfrentan. «Sé quién eres y de dónde vienes —le dice a su líder—. Eres del reino inmortal de Barbelo.» Este «Barbelo» no es un dios, sino un destino celestial, una madre patria allende las estrellas. Jesús proviene de ese reino celestial, pero no es hijo de ningún dios mosaico. Por el contrario, es una encarnación de Set, el tercer y poco conocido hijo de Adán. Él es quien mostrará el camino de regreso a casa a los setianos. Al reconocer que Judas es al menos un experto menor en este culto, Jesús le lleva a un lado y le premia asignándole el cometido especial de ayudarle a disolver su forma carnal y regresar así a los cielos. También promete enseñarle las estrellas que permitirán a Judas seguirle.

Pese a que suene a ciencia ficción desorbitada, este relato tiene infinitamente más sentido que la maldición eterna depositada sobre Judas por hacer lo que alguien tenía que hacer, lo cual es por otra parte la crónica de una muerte anunciada compuesta con pedantería. También tiene infinitamente más sentido que culpar a los judíos para toda la eternidad. Durante mucho tiempo hubo un encendido debate acerca de cuál de los «evangelios» debía considerarse de inspiración divina. Algunos se inclinaban por uno y otros, por otro; y más de una vida quedó trágicamente segada en el propósito. Nadie

se atrevía a decir que todos eran de cuño humano y habían sido escritos mucho después de finalizado el presunto drama, ni que el «Apocalipsis» de san Juan parece haber conseguido colarse en el canon por el nombre (bastante corriente) de su autor. Pero, como dijo Jorge Luis Borges, si hubiera prevalecido la escuela de los gnósticos de Alejandría, algún Dante posterior habría dibujado con palabras para nuestro deleite una hermosa e hipnótica imagen de las maravillas de «Barbelo». Yo me inclinaría por denominar a este concepto «los esquistos de Borges»: el brío y la imaginación necesaria para visualizar una sección transversal de las ramas y arbustos evolutivos que nos brinda la extraordinaria pero auténtica posibilidad de que en medio de ese laberinto hubiera prevalecido un brote o una línea (o una melodía, o un poema) diferentes. Podría haber añadido que las majestuosas cúpulas, los campanarios y los salmos la habrían consagrado y que unos verdugos bien entrenados se habrían empleado durante días con aquellos que dudaran de la veracidad de Barbelo: empezando por las uñas y abriéndose paso con imaginación a través de los testículos, la vagina, los ojos y las vísceras. En consecuencia, no creer en Barbelo habría sido un signo infalible de que alguien carecía por completo de moral.

El mejor argumento que conozco sobre la muy cuestionable existencia de Jesús es el siguiente. Sus analfabetos discípulos no dejaron ningún registro escrito y, en cualquier caso, no podían haber sido «cristianos» puesto que jamás iban a leer esos libros posteriores en los que los cristianos deben afirmar creer; y, además, no tenían la menor idea de que alguien iba a fundar en algún momento una iglesia partiendo de los anuncios de su señor. (En los evangelios reunidos posteriormente apenas aparece la menor alusión que indique que Jesús quisiera ser el fundador de una iglesia.)

A pesar de todo esto, el revoltijo de profecías del «Antiguo» Testamento indica que el Mesías nacerá en la ciudad de David, la cual parece haber sido ciertamente Belén. Sin embargo, según parece, los padres de Jesús eran de Nazaret, y si tuvieron un hijo lo más probable es que hubiera nacido en aquella ciudad. Por tanto, es necesaria la concurrencia de grandes dosis de inventiva (sobre Augusto, Herodes y Quirino) para construir la historia del censo y desplazar la es-

cena del nacimiento a Belén (en donde, dicho sea de paso, no se menciona ningún «pesebre»). Pero ¿qué necesidad había de hacer esto cuando era mucho más fácil inventar directamente que iba a nacer en Belén? Las propias tentativas de retorcer y alargar la historia pueden ser una demostración inversa de que en verdad *nació* alguien que sería muy relevante mucho después; de tal forma que, *a posteriori*, y para cumplir las profecías, había que manipular hasta cierto punto las evidencias. Pero entonces, mi intención de ser crédulo y tener una mentalidad abierta sobre este asunto queda subvertida por el Evangelio de san Juan, que parece indicar que Jesús no nació en Belén ni fue descendiente del rey David. Si los apóstoles no lo saben o no son capaces de ponerse de acuerdo, ¿qué sentido tiene mi análisis? Sea como fuere, si se puede presuponer y vaticinar su linaje real, ¿por qué tanta insistencia en todas partes sobre su origen aparentemente humilde? Casi todas las religiones, desde el budismo hasta el islam, presentan o bien un profeta humilde o un príncipe que acaba identificándose con los pobres; pero ¿qué otra cosa es esto sino populismo? Difícilmente puede pillarnos por sorpresa que las religiones opten por dirigirse primero a la mayoría, que es pobre, está desconcertada y no tiene educación.

Las contradicciones y faltas de precisión del Nuevo Testamento han llenado muchos libros escritos por especialistas eminentes y jamás han sido explicadas por ninguna autoridad cristiana, a excepción de en los poco convincentes términos de que se trata de una «metáfora» y de «un Cristo de la fe». Esta debilidad nace del hecho de que hasta hace muy poco tiempo los cristianos podían sencillamente quemar o silenciar a todo aquel que formulara preguntas impertinentes. No obstante, los evangelios son útiles para volver a demostrar el mismo asunto que los volúmenes que los preceden, que no es otro que la religión es una invención del ser humano. «La ley fue dada por medio de Moisés —dice san Juan—, pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.» San Mateo intenta conseguir el mismo efecto basándolo todo en uno o dos versículos del profeta Isaías, que le dijo al rey Ajaz, casi ocho siglos antes de la fecha todavía indeterminada del nacimiento de Jesús, que «el Señor mismo va a daros una señal: he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo». Esto ani-

mó a Ajaz a creer que se le concedería la victoria sobre sus enemigos (cosa que no sucedió si este relato se interpreta como una narración histórica). La imagen se altera aún más cuando nos enteramos de que la palabra que suele traducirse como «virgen», es decir, *almah*, significa únicamente «mujer joven». En todo caso, los mamíferos humanos no se reproducen mediante partenogénesis, y aun cuando esta ley pudiera haberse incumplido solo en un caso, eso no demostraría que el bebé que naciera tuviera ningún poder divino. Así pues, y como suele suceder, la religión despierta sospechas porque trata de demostrar demasiadas cosas. Por analogía inversa, el sermón de la montaña imita al de Moisés en el monte Sinaí y la masa de discípulos representa a los judíos que seguían a Moisés adondequiera que fuera; y, por tanto, para todo aquel que no se fije o no le importe que, como diríamos hoy día, la historia se esté «invirtiendo», la profecía se cumple. En un breve pasaje de un único evangelio (del que se aprovecha el cazajudíos Mel Gibson) se nos indica que los rabinos recuerdan a dios en el Sinaí y que *exigen* realmente que la culpa lavada con la sangre de Jesús recaiga sobre todas las generaciones posteriores: una exigencia que, aun cuando se cumpliera, excedería con mucho la autoridad o el poder de dichos rabinos.

Pero el caso de la maternidad de la Virgen es la demostración más fácil posible de la intervención de los seres humanos en la elaboración de una leyenda. Jesús realiza largas proclamas en nombre de su padre celestial, pero jamás menciona que su madre es o sea una virgen, y en reiteradas ocasiones se muestra muy brusco y grosero con ella cada vez que aparece, como hacen las madres judías, para preguntar o ver qué tal le va. Ella parece no recordar en absoluto la visita del arcángel Gabriel ni a los ángeles que acuden a decirle que es la madre de dios. Según todas las versiones, todo lo que hace su hijo le pilla absolutamente por sorpresa, cuando no representa un sobresalto. ¿Qué estará haciendo hablando con los rabinos en el templo? ¿A qué se referirá cuando recuerda de manera cortante que él se dedica a los asuntos de su padre? Uno esperaría que la memoria materna fuera más poderosa, sobre todo tratándose de alguien que ha pasado por la experiencia, única entre todas las mujeres, de descubrirse embarazada sin haber cumplido con los consabidos requisitos previos para alcanzar tan

feliz estado. En este aspecto Lucas incurre incluso en un elocuente lapsus, puesto que habla de «los padres de Jesús» cuando se refiere únicamente a José y María en el momento en que estos visitan el templo para cumplir con el rito de purificación y son saludados por el anciano Simeón, que pronuncia su maravilloso *Nunc dimittis* (otra de mis viejas obras de coro favoritas), que también puede ser un eco deliberado de Moisés vislumbrando la Tierra Prometida, aunque sea ya a una edad extremadamente anciana.

Luego está el extraordinario asunto de la numerosa prole de María. Mateo nos informa (13:55-57) de que Jesús tenía cuatro hermanos y algunas hermanas. El protoevangelio de Santiago, que no es canónico pero tampoco ha sido repudiado, es la narración hecha por un hermano de Jesús, de ese mismo nombre, que evidentemente era muy activo en los círculos religiosos de aquel período. Podría alegarse que María tal vez «concibiera» como *virgo intacta* y tuviera un bebé, el cual sin duda la habría dejado no tan intacta en ese sentido. Pero ¿cómo siguió teniendo hijos con José, un hombre del que solo tenemos noticia en estilo indirecto y con el que no obstante aumentó la sagrada familia hasta tal punto que hasta los «testigos» presenciales lo subrayaron?

Con el fin de resolver este dilema pseudosexual casi imposible de mencionar, vuelve a aplicarse de nuevo la «inversión», en esta ocasión en la época mucho más reciente de los primeros y frenéticos concilios eclesiásticos que establecieron qué evangelios eran «sinópticos» y cuáles «apócrifos». Se estableció que la propia María (de cuyo nacimiento no hay ni una sola versión en ningún libro sagrado) debió de ser fruto de una anterior «concepción inmaculada» que la dejó esencialmente sin tacha. Y se estableció *a posteriori* que, dado que la muerte es pago del pecado y no es posible que ella hubiera pecado, es imposible que hubiese muerto. De ahí el dogma de la «asunción», que por arte de magia afirma que esa misma magia es el instrumento a través del cual ascendió a los cielos y evitó ser sepultada. Es pertinente indicar las fechas de estos edictos magníficamente ingeniosos. La doctrina de la Inmaculada Concepción fue anunciada o descubierta por Roma en 1852, y el dogma de la Asunción en 1951. Decir que algo está «fabricado por el ser humano» no siempre equivale a decir que

es una estupidez. Estas heroicas tentativas de rescate merecen algún crédito, aun cuando veamos que la agujereada nave original se hunde sin dejar rastro. Pero por «inspirada» que pueda ser esta resolución de la Iglesia, significaría un insulto para la deidad afirmar que dicha inspiración haya sido en modo alguno divina.

Del mismo modo que en los textos del Antiguo Testamento cunden las fantasías y la astrología (el sol inmóvil para que Josué pueda llevar a término una masacre en un lugar que jamás ha sido localizado), la Biblia cristiana también está llena de augurios basados en estrellas (sobre todo, la de Belén), brujas y hechiceros. Muchas de las palabras y actos de Jesús son inocuos, sobre todo las «bienaventuranzas», que prodigan fantasías caprichosas sobre las personas sumisas y conciliadoras. Pero muchas son ininteligibles y muestran cierta fe en la magia, algunas son absurdas y traslucen una actitud primitiva hacia la agricultura (esto vale para todas las menciones del arado o la siembra y para las alusiones a la planta de la mostaza o la higuera) y muchas otras son frívolas o rotundamente inmorales. La comparación de los seres humanos con los lirios, por ejemplo, sugiere (junto con otros muchos mandamientos) que el ahorro, la innovación, la vida familiar, etcétera, son puro despilfarro de tiempo. («Así que no os preocupéis del mañana.») Esta es la razón por la que algunos de los evangelios, tanto sinópticos como apócrifos, hablan de que la gente (incluidos los miembros de su familia) decía en aquella época que Jesús debía de estar loco. También había quien señalaba que era un judío sectario bastante riguroso: en Mateo 15:21-28 leemos su desdén hacia una mujer cananea que le suplicaba ayuda para un exorcismo y a la que le dijo bruscamente que él no derrocharía energía con una pagana. (Sus discípulos y la insistencia de la mujer le convencieron finalmente de que se aplacara y expulsara al no demonio.) A mi juicio, un episodio tan idiosincrásico como este es otra razón colateral para pensar que en algún momento de la historia puede haber existido una personalidad semejante. En aquella época vagaron por Palestina muchos profetas trastornados, pero, según se cuenta, este creyó ser dios o el hijo de dios al menos durante un

tiempo. Y eso es lo que ha marcado la diferencia. Supongamos solo dos cosas: que él lo creyó y que también prometió a sus discípulos que les revelaría cuál era su reino antes de que se acabaran sus vidas... y entonces todo menos uno o dos de sus lacónicos comentarios tiene algún sentido. Jamás se ha expuesto con mayor franqueza este aspecto como lo ha hecho en su obra *Mero cristianismo* C. S. Lewis (que recientemente ha resurgido como el apologista cristiano más popular). Decide ocuparse de la aseveración de que Jesús hizo recaer sobre sí los pecados de los demás:

> Ahora bien; a menos que el que hable sea Dios, esto resulta tan absurdo que raya en lo cómico. Todos podemos comprender el que un hombre perdone ofensas que le han sido infligidas. Tú me pisas y yo te perdono, tú me robas el dinero y yo te perdono. Pero ¿qué hemos de pensar de un hombre, a quien nadie ha pisado, a quien nadie ha robado nada, que anuncia que él te perdona por haber pisado a otro hombre o haberle robado a otro hombre su dinero? Necia fatuidad es la descripción más benévola que podríamos hacer de su conducta. Y sin embargo esto es lo que hizo Jesús. Les dijo a las gentes que sus pecados eran perdonados, y no esperó a consultar a las demás gentes a quienes esos pecados habían sin duda perjudicado. Sin ninguna vacilación se comportó como si Él hubiese sido la parte principalmente ofendida por esas ofensas. Esto tiene sentido solo si Él era realmente ese Dios cuyas reglas son infringidas y cuyo amor es herido por cada uno de nuestros pecados. En boca de cualquiera que no fuera Dios, estas palabras implicarían lo que yo no puedo considerar más que una estupidez y una vanidad sin rival en ningún otro personaje de la historia.[2]

Se apreciará que Lewis no da por sentada de ningún modo la evidencia tajante de que Jesús *fuera* realmente un «personaje de la historia», pero pasemos esto por alto. Merece algún tipo de reconocimiento por aceptar la lógica de su afirmación y la moral implícita en ella. Para quienes sostienen que tal vez Jesús haya sido un gran maestro moral sin ser divino (como, por cierto, el deísta Thomas Jefferson reconocía ser), Lewis tiene esta picajosa respuesta:

> Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que fue meramente un hombre y que dijo las cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro moral. Sería un lunático —en el mismo nivel del hombre que dice ser un huevo escalfado— o si no sería el mismísimo demonio. Tenéis que escoger. O ese hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor. Podéis hacerle callar por necio, podéis escupirle o matarle como si fuese un demonio, o podéis caer a sus pies y llamarlo Dios y Señor. Pero no salgamos ahora con insensateces paternalistas acerca de que fue un gran maestro moral. Él no nos dejó abierta esa posibilidad. No quiso hacerlo.[3]

No he seleccionado aquí a un hombre de paja: Lewis es el principal vehículo de propaganda escogido por el cristianismo de nuestro tiempo; y tampoco acepto sus categorías sobrenaturales un tanto montaraces, como diablo o demonio. Menos aún acepto su argumentación, cuyo patetismo llega a desafiar todo calificativo y adopta sus dos falsas alternativas como antítesis excluyentes para luego emplearlas para concluir con un burdo *non sequitur* («Bien: a mí me parece evidente que no era ni un lunático ni un monstruo y que, en consecuencia, por extraño o terrible o improbable que pueda parecer, tengo que aceptar la idea de que Él era y es Dios»).[4] No obstante, sí le atribuyo honestidad y cierta valentía. O los evangelios son en algún sentido literal verdaderos, o todo este asunto es en esencia un fraude y, en ese sentido, tal vez un fraude moral. Bueno, se puede afirmar con certeza y por su mera evidencia que los evangelios casi con seguridad no constituyen una verdad literal. Esto significa que muchas de las «palabras» y enseñanzas de Jesús son testimonios de testimonios de testimonios, lo cual contribuye a explicar su carácter confuso y contradictorio. El más flagrante de ellos, al menos contemplado retrospectivamente y sin duda desde el punto de vista de un creyente, tiene que ver con la inminencia de su segundo advenimiento y su absoluta indiferencia ante la fundación de cualquier tipo de Iglesia temporal. Los obispos de los primeros tiempos de la Iglesia que deseaban haber estado presentes en aquella época pero no estuvieron citaban las *logia* o palabras pronunciadas por Jesús reiteradamente como comentarios de tercera mano solicitados con entusiasmo. Permítaseme poner un ejemplo llamativo. Muchos años después

de que C.S. Lewis hubiera pasado a mejor vida, un joven muy serio llamado Barton Ehrman empezó a examinar sus propios postulados fundamentalistas. Había asistido a las dos academias fundamentalistas cristianas más eminentes de Estados Unidos y los fieles consideraban que era uno de sus adalides. Hablaba griego y hebreo con fluidez (en la actualidad es titular de una cátedra de estudios religiosos), pero finalmente no pudo llegar a reconciliar su fe con sus conocimientos. Quedó estupefacto al descubrir que algunos de los episodios más famosos de Jesús fueron garabateados en el texto canónico mucho después de los hechos, y que tal vez aquello era cierto también en el caso del más célebre de todos.

Este famoso episodio es el de la mujer sorprendida cometiendo adulterio (Juan, 8:3-11). ¿Quién no ha oído hablar o ha leído alguna vez cómo los judíos fariseos, versados en la casuística, llevaron a rastras a esta pobre mujer ante Jesús y le preguntaron si él estaba de acuerdo con el castigo mosaico de la muerte por lapidación? Si no lo estaba, violaba la ley. Si lo estaba, despojaba de sentido su propia prédica. Podemos imaginarnos con facilidad el sórdido afán con el que se abalanzaron sobre la mujer. Su sosegada réplica después de escribir con el dedo en la tierra ha pasado a formar parte de nuestra literatura y nuestra conciencia: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra».

Este episodio se ha hecho famoso incluso en el celuloide. Constituye una aparición en flashback en la farsa de Mel Gibson y es una escena deliciosa en la película *Doctor Zhivago*, de David Lean, en la que Lara acude a ver al sacerdote en un momento de apuro y este le pregunta qué dijo Jesús a la mujer caída. «Ve y no peques más», responde ella. «¿Y lo hizo, niña?», le pregunta el sacerdote con brusquedad. «No lo sé, padre.» «Nadie lo sabe», responde el sacerdote, incapaz de ayudarla en esas circunstancias.

En realidad, nadie lo sabe. Mucho antes de haber leído a Ehrman yo ya tenía algunas preguntas que hacer. Si se supone que el Nuevo Testamento ensalza a Moisés, ¿por qué se menoscaban las horripilantes normas del Pentateuco? El ojo por ojo y diente por diente y la muerte a las brujas pueden parecer brutales y estúpidos, pero si solo los no pecadores tienen derecho a imponer un castigo, entonces,

¿cómo llegaría a determinar alguna vez una sociedad imperfecta la forma de procesar a los infractores? Todos deberíamos ser unos hipócritas. ¿Y qué autoridad tenía Jesús para «perdonar»? Supuestamente, al menos una esposa o un marido de algún lugar de la ciudad se sintió engañado y furioso. ¿Consiste entonces el cristianismo en la pura permisividad sexual? Si es así, se ha malinterpretado gravemente desde el principio. ¿Y qué escribió en el suelo? Una vez más, nadie lo sabe. Además, la historia cuenta que una vez que los fariseos y la multitud se dispersaron (se supone que abochornados), no quedó nadie excepto Jesús y la mujer. En ese caso, ¿quién nos narra lo que él le dijo a ella? Pese a todo esto, a mí me parecía que era una historia bastante bonita.

El profesor Ehrman llega más allá. Plantea algunas preguntas más evidentes. Si la mujer fue «sorprendida en adulterio», lo cual significa en flagrante delito, ¿dónde está entonces su *partenaire*? La ley mosaica esbozada en el Levítico deja claro que ambos deben sufrir lapidación. De repente caí en la cuenta de que lo esencial del atractivo de la historia reside en la temblorosa joven solitaria, abucheada y arrastrada por una multitud de fanáticos hambrientos de sexo, que finalmente encuentra un rostro amigable. Acerca de lo de escribir sobre la arena, Ehrman refiere una vieja tradición que postula que Jesús estaba garabateando las transgresiones conocidas de algunos de los presentes, lo cual desembocó en sonrojos, andares cabizbajos y, finalmente, una marcha apresurada. He descubierto que me encanta esta idea, aun cuando indicara en él cierto grado de curiosidad, lascivia (y anticipación) mundanas que plantea unas dificultades específicas.

Enmarcando todo esto se encuentra el sorprendente hecho de que, como reconoce Ehrman:

> Este episodio no aparece en nuestros manuscritos más antiguos y fiables del Evangelio de Juan; su prosa es muy diferente de la que encontramos en el resto de obras de Juan (incluidas las de los episodios inmediatamente anterior y posterior); y contiene gran cantidad de términos y expresiones que, por otra parte, son ajenas al Evangelio. La conclusión es inevitable: este fragmento no formaba parte originalmente del Evangelio.[5]

Una vez más, he seleccionado mis fuentes con el criterio de buscar «evidencias desinteresadas»: dicho de otro modo, pruebas aportadas por alguien cuyos conocimientos especializados originales y trayectoria intelectual no pretendieran en absoluto poner en cuestión los textos sagrados. Los argumentos en favor de la coherencia, la autenticidad o la «inspiración» bíblicas llevan hechos jirones ya algún tiempo, y esos jirones y rasgaduras no hacen sino quedar aún más patentes a medida que las investigaciones profundizan; así que no se puede inferir ninguna «revelación» en esa dirección. De modo, pues, que los defensores y partidarios de la religión se apoyen exclusivamente en la fe... y ojalá sean lo bastante valientes para reconocer que es eso lo que están haciendo.

9

El Corán se nutre de los mitos judíos y cristianos

Dado que los actos y las «sentencias» de Moisés, Abraham y Jesús están tan poco fundados y son tan inconsistentes, además de a menudo inmorales, debemos mostrar idéntico espíritu indagador con lo que muchos creen que es la última revelación: la del profeta Mahoma y su Corán o «recitación». Aquí encontramos de nuevo en acción al ángel (o arcángel) Gabriel dictando suras o versículos a una persona con escasos estudios o ninguno. Aparecen de nuevo episodios de una inundación similar a la de Noé y mandamientos contra la idolatría. Aquí los judíos son de nuevo los primeros depositarios del mensaje y los primeros en escucharlo y despreciarlo. Y aquí también hay un vasto y dudoso anecdotario sobre las recopilaciones de actos y sentencias verdaderos del profeta, en esta ocasión conocidos como hadices.

El islam es ahora mismo el *más* interesante y el menos interesante de los monoteísmos del mundo. Se asienta sobre sus primitivos predecesores judío y cristiano, escogiendo un fragmento de aquí y un trozo de allá y, por tanto, si aquellos se vienen abajo, este en parte también. Su narración fundacional tiene lugar igualmente en el marco de un espacio asombrosamente reducido y refiere hechos acerca de unas disputas locales extremadamente tediosas. Ninguno de estos documentos originales puede contrastarse con ningún texto hebreo, griego o latino. Casi toda la tradición es oral y toda ella en árabe. De hecho, muchas autoridades coinciden en que el Corán solo es inteligible en dicha lengua, que a su vez está sujeta a infinidad de inflexiones idiomáticas y regionales. Esto nos situaría, en apariencia, ante

la absurda y potencialmente peligrosa conclusión de que dios era monolingüe. Ante mí hay un libro, *Introducing Mohammed*, escrito por dos musulmanes británicos empalagosos hasta el extremo que confían en presentar a Occidente una versión amable del islam. Pese a que su texto es halagador y selectivo, insisten en que «como el Corán es literalmente la Palabra de Dios, solo es verdaderamente el Corán en su texto revelado original. Una traducción no puede ser nunca el Corán, esa inimitable sinfonía, "el auténtico sonido que conmueve a hombres y mujeres". Una traducción solo puede ser una tentativa de evocar del modo más escueto el significado de las palabras contenidas en el Corán. Esta es la razón por la que los musulmanes, sea cual sea su lengua materna, recitan siempre el Corán en el árabe original».[1] A continuación los autores hacen algún comentario muy poco amable sobre la traducción al inglés de N.J. Dawood publicada por Penguin, que me lleva a alegrarme por haber utilizado siempre la versión de Pickthall; pero no me convence en igual medida de que si deseo convertirme a otra religión deba dominar otra lengua. Soy tristemente consciente de que en mi país natal existe una hermosa tradición poética inaccesible para mí porque jamás dominaré la maravillosa lengua conocida como gaélico. Aun cuando dios sea o fuera árabe (una suposición imprudente), ¿cómo esperaba «revelarse» a través de una persona analfabeta que, a su vez, no podía estar seguro de transmitir aquellas palabras inalteradas (y además inalterables)?

Esta cuestión puede parecer secundaria, pero no lo es. Para los musulmanes, el anuncio de la divinidad a una persona iletrada y de extrema humildad tiene un poco el mismo valor que el modesto receptáculo de la Virgen María para los cristianos. También posee el idéntico y valioso mérito de ser absolutamente imposible de verificar o refutar. Como debemos suponer que María hablaba arameo y Mahoma árabe, supongo que podemos dar por hecho que dios es en realidad multilingüe y puede hablar la lengua que quiera. (En ambos casos escogió utilizar al arcángel Gabriel como mediador para transmitir su mensaje.) Sin embargo, sigue siendo asombroso el hecho de que todas las religiones se hayan resistido sin paliativos a cualquier tentativa de traducir sus textos sagrados a lenguas que en palabras del devocionario de Cranmer «comprenda el pueblo». Jamás habría ha-

bido Reforma protestante de no haber sido por la prolongada lucha para que la Biblia se convirtiera en «la Vulgata» y el monopolio sacerdotal quedara, por tanto, roto. Hombres devotos como Wycliffe, Coverdal o Tyndale ardieron vivos incluso por acometer las primeras traducciones. La Iglesia católica jamás se ha recuperado de su abandono del desconcertante ritual latino y la corriente protestante dominante ha sufrido muchísimo a la hora de presentar sus propias biblias con un lenguaje más cotidiano. Algunas sectas místicas judías continúan insistiendo en el hebreo y realizan juegos de palabras cabalísticos hasta con los espacios blancos entre letras, pero también la mayoría de los judíos han abandonado los presuntos rituales inalterables. El hechizo de la clase clerical se ha roto. Solo el islam no ha sido objeto de ninguna reforma y, hasta la fecha, todas las versiones del Corán en lenguas vernáculas deben editarse todavía con el texto paralelo en árabe. Esto debería levantar sospechas incluso en la mente menos despierta.

Las posteriores conquistas musulmanas, asombrosas por su rapidez, alcance y resolución, han dado pábulo a la idea de que estos ensalmos en árabe deben de haber tenido algo que ver con ellas. Pero si se concede valor probatorio a esta pobre victoria terrenal, se debe conceder también a los miembros de la tribu de Josué bañados en sangre o a los cruzados y conquistadores cristianos. Hay una objeción adicional. Todas las religiones se ocupan de silenciar o ejecutar a aquellos que las ponen en duda (y me inclino a considerar que esta recurrente tendencia es un indicio de su debilidad, más que de su fuerza). Sin embargo, ha pasado ya algún tiempo desde que el judaísmo y el cristianismo recurrieran abiertamente a la tortura y la censura. El islam no solo empezó condenando a los escépticos al fuego eterno, sino que todavía se arroga el derecho a hacerlo en casi todos sus dominios y aún predica que dichos dominios pueden y deben ensancharse mediante la guerra. Jamás, en ninguna época, ha habido un intento de poner en cuestión o siquiera investigar las afirmaciones del islam que no haya sido recibido con la máxima dureza y rauda represión. De manera provisional, pues, tenemos derecho a concluir que la aparente unidad y seguridad de un credo es una máscara para ocultar una inseguridad muy profunda y seguramente justificable. Como es na-

tural, no hace falta decir que hay y siempre ha habido sanguinarias enemistades *entre* diferentes escuelas del islam, lo cual se ha traducido en acusaciones de herejía y profanación y en terribles actos de violencia estrictamente entre musulmanes.

He hecho el máximo esfuerzo posible con esta religión, que para mí es tan extraña como para los muchos millones de personas que siempre dudarán de que dios confiara a un no lector (a través de un intermediario) la exigente demanda de «leer». Como ya he dicho, hace mucho tiempo adquirí un ejemplar de la traducción del Corán de Marmaduke Pickthall, a la que fuentes experimentadas de los ulemas, o autoridades religiosas islámicas, han acreditado como la que más se acerca a una versión aceptable en inglés. He asistido a innumerables reuniones, desde plegarias de los viernes en Teherán hasta otras en mezquitas de Damasco, Jerusalén, Doha, Estambul y Washington, D. C., y puedo atestiguar que «la recitación» en árabe tiene ciertamente la aparente capacidad de despertar dicha y también furia entre quienes la escuchan. (Asimismo he asistido a plegarias en Malaisia, Indonesia y Bosnia en las que, entre los musulmanes no hablantes del árabe, hay cierto resentimiento ante el privilegio que concede a los árabes, a la lengua árabe y a los movimientos y regímenes árabes una religión que pretende ser universal.) He recibido en mi propia casa a Sayed Husein Jomeini, nieto del ayatolá y clérigo de la ciudad santa de Qum, y le dejé cuidadosamente mi ejemplar del Corán. Él lo besó, lo comentó extensamente y con veneración y, para enseñarme, escribió en la solapa posterior los versículos que él consideraba que rebatían la reivindicación hecha por su abuelo de que era la máxima autoridad religiosa de este mundo, así como los que echaban por tierra la petición de arrebatar la vida a Salman Rushdie. ¿Quién soy yo para arbitrar en semejante disputa? No obstante, estoy por otros motivos bastante familiarizado con la idea de que un mismo texto puede dar lugar a diferentes mandamientos en distintas personas. No hay ninguna necesidad de exagerar la dificultad de comprensión de las supuestas honduras del islam. Si uno comprende las falacias de una religión «revelada», comprende las de todas.

En veinte años de discusiones a menudo acaloradas en Washington, D. C. solo he sido amenazado en una ocasión con violencia real.

Fue cuando acudí a cenar con algunos funcionarios y partidarios de la Casa Blanca de Clinton. Uno de los presentes, que entonces era un famoso recaudador de fondos y especialista en sondeos, me preguntó por mi reciente viaje a Oriente Próximo. Quería conocer mi opinión sobre por qué los musulmanes eran tan «rematada y condenadamente *fundamentalistas*». Derroché mi repertorio completo de explicaciones añadiendo que solía olvidarse que el islam era un credo relativamente joven y que todavía se encontraba al calor de su seguridad en sí mismo. La crisis de confianza en sí mismo que había asolado al cristianismo occidental no acompañaba a los musulmanes. Añadí que, por ejemplo, aunque había muy pocas o ninguna evidencia histórica de la vida de Jesús, la figura del profeta Mahoma era en contraposición a ella la de una persona con una historia fácil de determinar. El hombre cambió de color con una rapidez que no tenía parangón. Después de gritarme que Jesús había supuesto más para mucha más gente de la que yo pudiera imaginar y que no había palabras para decir lo repugnante que yo era por hablar con tanta indiferencia, cogió impulso con la pierna y pretendió darme una patada que únicamente el decoro (podemos imaginarnos que su cristianismo) evitó que aterrizara en mi espinilla. A continuación le pidió a su esposa que le acompañara porque se marchaban.

Ahora creo que le debo una disculpa o, al menos, media. Aunque sabemos casi con total seguridad que existió una persona llamada Mahoma en un intervalo del espacio y el tiempo bastante reducido, tenemos el mismo problema que en todos los casos anteriores. Las narraciones que refieren sus hechos y sus palabras se recopilaron muchos años después y están inevitablemente corrompidas hasta la incoherencia a causa del interés partidario, las habladurías y el analfabetismo.

La historia resulta bastante familiar aun cuando sea nueva para el lector. Algunos habitantes de La Meca del siglo VII seguían una tradición abrahámica y creían incluso que su santuario, la Kaaba, había sido erigido por Abraham. Se dice que el propio templo fue pervertido por la idolatría (la mayoría de su mobiliario original quedó destruido por fundamentalistas de época posterior, sobre todo por los wahabíes). Mahoma, el hijo de Abdallah, acabó siendo uno de esos

*hunafa** que «se apartó» en busca de consuelo en otro lugar. (El libro de Isaías también insta a los verdaderos creyentes a «alejarse» y mantenerse apartados de los impíos.) Habiéndose retirado a una cueva del desierto en el monte Hira durante el mes del calor o ramadán, estaba «dormido o en trance» (cito la traducción de Pickthall) cuando oyó una voz que le exhortaba a leer. Él replicó en dos ocasiones que no sabía leer y fue instado a hacerlo una tercera vez. Finalmente, al preguntar qué debía leer, se le volvió a ordenar lo mismo en nombre de un dios que «ha creado al hombre de un coágulo». Cuando el ángel Gabriel (que así se identificó) le dijo a Mahoma que él iba a ser el mensajero de Alá y se hubo marchado, Mahoma confió lo sucedido a su esposa Jadiya. A su regreso a La Meca ella le llevó a ver a su primo, un anciano llamado Waraqa ibn Naufal, «que conocía las escrituras de los judíos y los cristianos». Este bigotudo veterano afirmó que el enviado divino que visitó en una ocasión a Moisés había vuelto al monte Hira. A partir de entonces, Mahoma adoptó el modesto título de «siervo de Alá», cuya última palabra significaba simplemente «dios» en árabe.

Las únicas personas que al principio se tomaron el máximo interés por la afirmación de Mahoma fueron los codiciosos guardianes del templo de La Meca, que lo consideraron una amenaza para su negocio de peregrinación, y los estudiosos judíos de Yathrib, una ciudad que se encuentra a trescientos kilómetros de distancia, quienes llevaban proclamando algún tiempo el advenimiento del Mesías. El primer grupo se volvió más amenazante y el segundo más amigable, como consecuencia de lo cual Mahoma realizó la travesía o Hégira a Yathrib, que en la actualidad se conoce como Medina. La fecha de la huida marca el comienzo de la era musulmana. Pero, al igual que sucede con la llegada del nazareno a la Palestina judía, que comenzó con tantos y tan alentadores augurios celestiales, aquello iba a terminar muy mal al descubrir los judíos árabes que debían hacer frente a otra decepción más, cuando no en realidad a otro impostor.

Según Karen Armstrong, una de las analistas del islam más comprensiva (por no decir apologista), los árabes de la época estaban do-

* Plural de *hanif*; en árabe, «monoteísta» o adorador del dios único. *(N. del T.)*

lidos porque habían quedado abandonados al margen de la historia. Dios se había aparecido a los cristianos y a los judíos, «pero no había enviado a los árabes ningún profeta ni escritura alguna en su propia lengua». Así pues, aunque ella no lo formula de este modo, hacía mucho tiempo que se había cumplido el plazo para que alguien fuera objeto de una revelación local. Y, tras haberla recibido, Mahoma no estaba muy dispuesto a permitir que los fieles de otros credos la tildaran de ser una revelación de segunda mano. El registro de su trayectoria en el siglo VII, igual que los libros del Antiguo Testamento, se convierten enseguida en un relato de enconadas disputas entre unos cuantos cientos, o a veces unos cuantos miles, de aldeanos y vecinos ignorantes sobre los que se suponía que el dedo de dios establecía y determinaba el resultado de unas disputas provincianas. Al igual que las sangrías primigenias del Sinaí y de Canaán, de las que tampoco tenemos testimonio firme a través de alguna otra fuente independiente, millones de personas han quedado arrebatadas desde entonces por la naturaleza presuntamente providencial de estas desagradables peleas.

Se plantean algunas preguntas acerca de si el islam es una religión absolutamente independiente. En un principio cumplió con una necesidad que los árabes tenían de poseer un credo diferenciado o especial, y se ha identificado para siempre con su lengua y con sus imponentes conquistas posteriores que, si bien no son tan asombrosas como las del joven Alejandro de Macedonia, transmitieron sin duda la idea de venir respaldadas por una voluntad divina que se perdía en los confines de los Balcanes y el mar Mediterráneo. Pero cuando analizamos el islam, no es mucho más que un conjunto de plagios bastante evidente y mal estructurado que se sirve de libros y tradiciones anteriores a medida que la ocasión parece exigírselo. Por tanto, lejos de haber «nacido bajo la nítida luz de la historia», como manifestó Ernest Renan con tanta generosidad, los orígenes del islam son igual de turbios y aproximados que los de aquellas otras religiones de las que tomó prestados sus elementos. Realiza afirmaciones grandilocuentes sobre sí mismo, invoca en sus fieles la máxima de la sumisión postrada o «rendición» y, por si fuera poco, exige la deferencia y el respeto de los escépticos. No hay en sus enseñanzas nada, absoluta-

mente nada, que pueda siquiera aproximarse a justificar semejante arrogancia y presunción.

El profeta murió aproximadamente en el año 632 de nuestro calendario. El primer relato de su vida quedó fijado por Ibn Ishaq nada menos que ciento veinte años después, cuyo texto original se perdió y solo puede consultarse en su nueva redacción, obra de Ibn Hisham, que murió en el año 834. A estas habladurías y oscuridad se suma el hecho de que no hay ningún relato aceptado por todos de cómo los discípulos del profeta confeccionaron el Corán, ni de cómo sus diferentes sentencias (algunas de ellas anotadas por secretarios) llegaron a codificarse. Y este ya famoso problema se complica más (aún más que en el caso cristiano) por el asunto de su sucesión. A diferencia de Jesús, del que según se cuenta regresó a la tierra muy poco después de morir y al que (*con el debido respeto* a Dan Brown) no se le conocen descendientes, Mahoma fue un general, un político y (aunque a diferencia de Alejandro de Macedonia, sí fue un padre prolífico) no dejó ninguna instrucción acerca de quién debía asumir su sucesión. Las disputas sobre el liderazgo comenzaron casi tan pronto como murió, y así el islam sufrió su primer cisma importante, entre suníes y chiíes, antes incluso de que se hubiera asentado como sistema general. No tenemos por qué tomar partido en el cisma más allá de señalar que al menos una de las escuelas de interpretación debe de estar bastante equivocada. Y la identificación inicial del islam con un califato terrenal, repleto de aspirantes en liza a dicho cargo, la dejaron marcada desde sus mismos comienzos como una religión construida por el ser humano.

Algunas autoridades musulmanas afirman que durante el primer califato de Abu Bakr, inmediatamente posterior a la muerte de Mahoma, cundió la preocupación por si se olvidaban sus palabras, transmitidas de forma oral. Habían muerto en batalla tantos soldados musulmanes que el número de los que habían guardado en su memoria el Corán a buen recaudo se había vuelto alarmantemente pequeño. Se decidió por tanto reunir a todos los testigos vivos, junto con los «pedazos de papel, piedras, hojas de palma, omóplatos, costillas y trozos de cuero» sobre los que se habían garabateado las sentencias, y entregárselas a Zaid ibn Thabit, uno de los primeros secretarios del pro-

feta, para que realizara una recopilación fidedigna. Una vez hecho esto, los creyentes pudieron disponer de algo parecido a una versión autorizada.

Si todo esto fuera cierto, el Corán dataría de una época bastante próxima a la de la propia vida de Mahoma. Pero descubrimos enseguida que no hay certidumbre ni consenso algunos sobre la veracidad de esta historia. Algunos dicen que fue Alí, el cuarto califa y fundador del chiísmo, y no el primero, a quien se le ocurrió la idea. Otros muchos, la mayoría suní, aseveran que quien concretó la decisión fue el califa Uthman, que gobernó desde el año 644 hasta el 656. Informado por uno de sus generales de que había soldados de diferentes provincias combatiendo por versiones discrepantes del Corán, Uthman ordenó a Zaid ibn Thabit que reuniera los diversos textos, los unificara y los transcribiera para componer uno solo. Una vez finalizada esta labor, Uthman ordenó que se enviaran copias normalizadas a Kufa, Basora, Damasco y otros lugares, dejando el ejemplar maestro en Medina. Uthman desempeñó así la función canónica que habían llevado a cabo Ireneo y el obispo Atanasio de Alejandría en la normalización, purga y censura de la Biblia cristiana. Se repasó la lista y entonces algunos textos fueron declarados sagrados y libres de error, mientras que otros se volvieron «apócrifos». Superando al propio Atanasio, Uthman ordenó que todas las ediciones anteriores y rivales fueran destruidas.

Aun suponiendo que esta versión de los hechos fuera correcta, lo que significaría que no existía ninguna posibilidad de que los especialistas determinaran jamás lo que realmente sucedió en la época de Mahoma o siquiera disputaran acerca de ellos, la tentativa de Uthman de abolir la discrepancia fue vana. La lengua árabe escrita tiene dos rasgos que dificultan que un extranjero la aprenda: emplea puntos para diferenciar consonantes como la «b» y la «t» y en su forma original no disponía de ningún signo o símbolo para las vocales breves, que se podían representar mediante diferentes guiones o marcas muy similares a las comas. Estas variaciones favorecieron que se hicieran lecturas sumamente distintas incluso de la versión de Uthman. La escritura árabe no se normalizó a su vez hasta la segunda mitad del siglo IX y, entretanto, un Corán sin puntos y curiosamente sin vocales

arrojaba explicaciones radicalmente distintas de sí mismo, cosa que todavía sucede. Tal vez esto no importara en el caso de la *Ilíada*, pero recordemos que se supone que estamos hablando de la inalterable (y *definitiva*) palabra de dios. Es evidente que existe cierta relación entre la pura debilidad de esta afirmación y la certeza absolutamente fanática con la que se expone. Por poner un ejemplo que difícilmente puede considerarse insignificante, las palabras árabes escritas en el exterior de la mezquita de la Cúpula de la Roca de Jerusalén son diferentes de todas las versiones de las mismas que aparecen en el Corán.

La situación es aún menos firme y más deplorable cuando llegamos a los hadices, esa vasta literatura secundaria generada de forma oral que supuestamente transmite las sentencias y acciones de Mahoma, la historia de la recopilación del Corán y las sentencias de «los acompañantes del profeta». Para que se considere auténtico, cada hadiz debe estar apoyado a su vez por una *isnad* o cadena supuestamente fiable de testimonios. Muchos musulmanes permiten que su actitud hacia la vida cotidiana quede determinada por estas anécdotas: alusiones a que los perros son impuros, por ejemplo, con el único fundamento de que se dice que Mahoma así lo consideraba. (Mi episodio favorito dice lo contrario: se cuenta que el profeta cortó una manga larga de su túnica para no molestar a un gato que dormía sobre ella. En territorio musulmán a los gatos no se les ha prodigado en general el trato atroz que sí les impusieron los cristianos, quienes solían considerarlos parientes satánicos de las brujas.)

Como era de esperar, las seis recopilaciones autorizadas de hadices, que acumulan rumor tras rumor desenrollando la larga bobina de *isnad* («A supo de ello por B, que se lo había escuchado a C, que se enteró de ello por D»), fueron reunidas siglos después de los acontecimientos que pretenden describir. Uno de los seis compiladores más famosos, al-Bujari, murió 238 años después de la muerte de Mahoma. Los musulmanes consideran inusualmente fiable y honesto a al-Bujari, quien parece haberse ganado su fama a pulso, por cuanto dictaminó que de los *trescientos mil* testimonios que acumuló a lo largo de toda una vida dedicada al proyecto, *doscientos mil* de ellos carecían por entero de valor y de respaldo. Una posterior eliminación de tradi-

ciones dudosas e *isnad* cuestionables redujo su grandiosa suma a diez mil hadices. Uno es libre de creer, si así lo decide, que de esta masa informe de testimonios iletrados y medio olvidados el devoto al-Bujari consiguiera seleccionar más de doscientos años después solo las *isnad* puras y no corrompidas que superaran el escrutinio.

Tal vez algunas de estas candidatas a la autenticidad fueran más fáciles de tamizar que otras. El erudito húngaro Ignaz Goldziher, por citar un estudio reciente de Reza Aslan, fue uno de los primeros en demostrar que muchos de los hadices no eran más que «versículos de la Torá y de los evangelios, fragmentos de sentencias rabínicas, antiguas máximas persas, pasajes de la filosofía griega, proverbios indios e incluso una reproducción literal, casi palabra por palabra, del Padrenuestro». En los hadices pueden encontrarse grandes fragmentos de citas bíblicas más o menos literales, incluida la parábola de los trabajadores a quienes se contrata en el último momento y el mandamiento de «que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha», ejemplo este último de que este retazo de pseudoprofundidad sin sentido está presente en dos conjuntos de escrituras reveladas. Aslan apunta que en el siglo IX, cuando los juristas musulmanes estaban tratando de formular y codificar la ley islámica mediante el proceso conocido como *ijtihad*, fueron obligados a clasificar muchos hadices en las siguientes categorías: «mentiras proferidas para obtener ventajas materiales y mentiras proferidas para obtener ventajas ideológicas». Con bastante acierto, el islam reniega efectivamente de la idea de ser un nuevo credo, y menos aún que suponga una cancelación de los anteriores, y utiliza las profecías del Antiguo Testamento y de los evangelios del Nuevo Testamento como una muleta o fondo perpetuo sobre el que apoyarse o del que extraer elementos. A cambio de su modestia y su falta de originalidad, lo único que pide es ser aceptado como la revelación absoluta y definitiva.

Como podría esperarse, presenta muchas contradicciones internas. Suele decirse que afirma que «no hay apremio en la religión» y que se muestra tranquilizadoramente comprensivo con el hecho de que los fieles de otros cultos sean las gentes «del libro» o los «seguidores de una revelación anterior». La idea de ser «tolerado» por un musulmán me resulta tan repulsiva como las demás condescendencias mediante

las que los cristianos católicos y protestantes acordaron «tolerarse» entre sí o hacer extensible la «tolerancia» a los judíos. El mundo cristiano fue tan nauseabundo en este aspecto y durante tanto tiempo que muchos judíos prefirieron vivir bajo el régimen otomano y someterse a pagar tributos especiales o sufrir otras distinciones similares. Sin embargo, la actual referencia coránica a la benévola tolerancia del islam tiene sus reservas, porque algunos de esos mismos «pueblos» y «seguidores» pueden «ser proclives a obrar mal». Y basta un conocimiento superficial del Corán y de los hadices para descubrir otros imperativos, como el siguiente:

> Nadie que muera y encuentre el bien de Alá (en el más allá) desearía regresar a este mundo aunque le concedieran el mundo entero y todo lo que contiene, salvo el mártir, a quien, percibiendo la superioridad del martirio, le gustaría regresar al mundo y volver a morir.

O:

> Dios no perdona que se le asocie; perdona, prescindiendo de esto, a quien quiere. Quien asocia a Dios comete un pecado enorme.

He seleccionado el primero de estos dos violentos fragmentos (entre todo un tesauro de otros muchos desagradables) porque invalida completamente lo que se cuenta que Sócrates dijo en *La apología* de Platón (a la que me referiré más adelante). Y he seleccionado el segundo porque es un préstamo manifiesto y vil de los «Diez Mandamientos».

La probabilidad de que algo de esta retórica de fabricación humana esté «libre de error», por no hablar de que sea «definitiva», queda desacreditada de forma concluyente no solo por sus innumerables contradicciones e incoherencias, sino también por el famoso episodio de los supuestos «versos satánicos» del Corán, a partir de los cuales Salman Rushdie elaboraría con posterioridad un proyecto literario. En esta muy debatida ocasión, Mahoma trataba de conciliar a algunos destacados politeístas de La Meca y experimentó a su debido tiempo una «revelación» que les permitía al fin y al cabo continuar

rindiendo culto a alguna de las deidades locales tradicionales. Más adelante le pareció que tal vez no fuera adecuado y que tal vez se dejó «orientar» inadvertidamente por Satán, que por alguna razón había decidido suavizar momentáneamente su costumbre de combatir a los monoteístas en su propio terreno. (Mahoma no solo creía fervientemente en el propio demonio, sino también en otros demonios menores del desierto, o *djinns*.) Algunas de sus esposas señalaron incluso que el profeta había sido capaz de experimentar una «revelación» que parecía ajustarse a sus necesidades a corto plazo, y a veces se burlaban de él por ello. Más adelante se nos dice, sin que se citen fuentes que debamos creer, que cuando experimentaba revelaciones en público a veces había que sujetarlo por los dolores que sufría y que le zumbaban con fuerza los oídos. Le caían de repente gotas de sudor, incluso en los días más fríos. Algunos críticos cristianos despiadados han señalado que era epiléptico (si bien no aciertan a percibir esos mismos síntomas en el ataque sufrido por Pablo en el camino a Damasco), pero no tenemos necesidad de especular en esa dirección. Basta con reformular la ineludible pregunta de David Hume. ¿Qué es más probable: que un hombre sea utilizado como medio de transmisión de dios para difundir algunas revelaciones ya conocidas o que profiera revelaciones ya conocidas y crea o afirme recibir órdenes de dios para hacerlo? Por lo que respecta a los dolores y los zumbidos, o al sudor, únicamente podemos lamentar el aparente hecho de que la comunicación directa con dios no constituya una experiencia de serenidad, belleza y lucidez.

La existencia física de Mahoma, pese a los débiles testimonios de los hadices, es al mismo tiempo una fuente de fortaleza y de debilidad para el islam. Parece situarlo adecuadamente en el mundo y nos facilita descripciones físicas plausibles del hombre en sí; pero también torna mundano, material y burdo el conjunto de la historia. Podemos estremecernos un poco ante los esponsales de este mamífero con una niña de nueve años y ante el entusiasta interés que mostraba por los placeres de la mesa y por el reparto de los botines tras sus muchas batallas e innumerables matanzas. Por encima de todo (y en esto reside la trampa que el cristianismo ha evitado en buena medida otorgando a su profeta un cuerpo humano pero una naturaleza

no humana), fue bendecido con numerosos descendientes y de ese modo convirtió a su posteridad religiosa en rehén de su posteridad física. Nada es más humano y falible que el principio dinástico o hereditario, y el islam se ha visto sacudido desde sus orígenes por las disputas entre príncipes y pretendientes, todos los cuales afirmaban portar la importante gota de sangre original. Si sumáramos el total de todos aquellos que afirmaban descender del fundador, tal vez su número superaría el de los clavos sagrados y las astillas que pasaron a componer la cruz de tres mil metros de longitud en la que evidentemente, a juzgar por el número de reliquias con forma de astilla, Jesús sufrió tormento. Al igual que sucede con el linaje de las *isnad*, se puede establecer una relación de parentesco directa con el profeta por casualidad si uno conoce y puede pagar al imán local adecuado.

De igual manera, los musulmanes todavía tributan cierto homenaje a esos mismos «versos satánicos» y transitan la senda pagana politeísta abierta mucho antes de que naciera su profeta. Todos los años, en la *hajj*, o peregrinación anual, podemos verlos dar vueltas en torno al santuario de la Kaaba, de forma cúbica, situado en el centro de La Meca y cuidándose de hacerlo siete veces («siguiendo la dirección del sol en torno a la tierra», como formula de un modo curioso y sin duda multicultural Karen Armstrong), para después besar la piedra negra incrustada en el muro de la Kaaba.[2] Este posible meteorito, que sin duda impresionó a los palurdos la primera vez que cayó a la tierra («Los dioses deben estar locos: no, digamos que *dios* está loco»), es un primer paso en el camino hacia otros ritos propiciatorios preislámicos durante los cuales los guijarros deben arrojarse en actitud desafiante hacia una piedra que representa el mal. Los sacrificios animales completan la imagen. Al igual que muchos otros lugares importantes del islam (no todos), La Meca está cerrada para los escépticos, lo cual contradice de algún modo su reivindicación de universalidad.

Suele decirse que el islam se diferencia de los demás monoteísmos por no haber sufrido ninguna «reforma». Esto es al mismo tiempo correcto e incorrecto. Hay versiones del islam (sobre todo la sufí, sumamente detestada por los ortodoxos) que son en esencia espiritua-

les más que literales y que han recogido ciertos elementos de otros cultos. Y como el islam ha evitado incurrir en el error de poseer un papado absoluto capaz de emitir edictos vinculantes (de ahí la proliferación de *fatwas* contradictorias promulgadas por autoridades rivales), no se puede decir a sus fieles que dejen de creer en lo que en otro tiempo sostenían como un dogma. Esto podría ser lo bueno, pero prevalece el hecho de que la afirmación central del islam, la de ser inmejorable y definitiva, es al mismo tiempo absurda e inmutable. Sus muchas sectas enfrentadas y discrepantes, desde la ismaelí hasta la ahmadí, coinciden todas ellas en el sostenimiento permanente de esta afirmación.

Para los judíos y los cristianos, la «Reforma» ha supuesto una mínima disposición a reconsiderar los textos sagrados como si fueran algo que pueda someterse al escrutinio literario y textual (como valientemente propuso, por su parte, Salman Rushdie). Hoy día se reconoce que el número de posibles «Biblias» es enorme y sabemos por ejemplo que el solemne término cristiano «Jehová» es una traducción incorrecta de los espacios entre letras del hebreo «Yahweh», que no se leen. Pero el escolasticismo coránico no ha llevado nunca a cabo un proyecto comparable. No se ha realizado ningún intento riguroso de catalogar las discrepancias entre sus diferentes ediciones y manuscritos, y hasta los esfuerzos más vacilantes de hacerlo han sido acogidos con una ira casi inquisitorial. Un caso pertinente es la obra de Christoph Luxenburg *The Syriac-Aramaic Version of the Koran*, publicada en Berlín en 2000. Luxenburg propone sin ambages que, lejos de ser un mamotreto monolingüe, el Corán se comprende mejor cuando se reconoce que muchos de sus vocablos son siríacos y arameos en lugar de árabes. (El ejemplo más famoso que él aporta tiene que ver con las recompensas del «mártir» en el paraíso: si se vuelve a traducir y a redactar, esta ofrenda celestial consiste en uvas pasas blancas en lugar de vírgenes.) Esta es la misma lengua y la misma región de la que surgió gran parte del judaísmo y el cristianismo: no puede haber duda de que una investigación sin restricciones conduciría a la disipación de mucho oscurantismo. Pero en el preciso instante en que el islam debía estar sumándose a sus predecesores para someterse a reinterpretaciones, existe un consenso «débil» entre casi todas las per-

sonas religiosas según el cual, debido al supuesto respeto que debemos a los fieles, este es el momento adecuado de permitir que el islam reivindique sus demandas tal como se formularon. Una vez más, la fe contribuye a asfixiar la libre investigación y las consecuencias emancipadoras que esta podría comportar.

10

La zafiedad de los milagros y la decadencia del infierno

> Las hijas del gran sacerdote Anio convertían todos los objetos que querían en trigo, en vino o en aceite; Atálida, hija de Mercurio, resucitó varias veces; Esculapio resucitó a Hipólito; Hércules arrancó a Alcestes de la muerte; Hexes volvió al mundo después de haber pasado quince días en los infiernos; Rómulo y Remo fueron hijos de un dios y una vestal; el Palladium cayó desde el cielo en la ciudad de Troya; la cabellera de Berenice se convirtió en una constelación de estrellas [...]. Os desafiamos a que encontréis un solo pueblo en el que no se hayan realizado prodigios increíbles, sobre todo en los tiempos en que casi nadie sabía leer y escribir.
>
> VOLTAIRE,
> «Milagros», en *Diccionario filosófico*

Una antigua leyenda cuenta el escarmiento que recibió un fanfarrón que refería a menudo la historia de un salto auténticamente fabuloso que realizó en una ocasión en la isla de Rodas. Según parecía, nadie había presenciado jamás la proeza de aquel larguísimo salto. Aunque el narrador jamás se cansaba de contar la historia, no podía decirse lo mismo de su público. Por fin, en una ocasión en que tomaba aliento para volver a referir la historia de aquella magnífica proeza, uno de los presentes lo acalló diciendo con brusquedad: «Hic Rhodus, hic salta!» («Aquí está Rodas, ¡salta aquí!»).

De un modo muy parecido al que los profetas, los videntes y los grandes teólogos parecen haber desaparecido, así también la era de los milagros parece yacer en algún lugar de nuestro pasado. Si las personas religiosas fueran listas o estuvieran seguras de sus convicciones, deberían recibir con alegría el eclipse de esta era de fraude y prestidigitación. Pero, una vez más, la fe se desacredita a sí misma demostrando ser insuficiente para satisfacer a los fieles. Todavía se exigen sucesos reales para impresionar a los crédulos. No tenemos ninguna dificultad para percibir esto cuando estudiamos a los brujos, magos y adivinos de culturas antiguas o remotas; evidentemente, fue una persona inteligente la que, primero, aprendió a predecir un eclipse y, luego, a emplear este acontecimiento planetario para impresionar y acobardar a su público. Los antiguos reyes de Camboya averiguaron el día en el que todos los años los ríos Mekong y Bassac empezaban a desbordarse de repente, a confluir y, bajo la terrible presión del agua, parecían invertir en realidad su curso para regresar al lago Tonlé Sap. Relativamente muy poco después, empezó a celebrarse una ceremonia en la que aparecía el líder debidamente escogido por la divinidad y parecía ordenar a las aguas que retrocedieran. En la orilla del mar Rojo Moisés solo pudo quedarse boquiabierto ante una cosa semejante. (En épocas más recientes, el rey Sihanuk de Camboya, amante del espectáculo, explotó este milagro natural con unos efectos considerables.)

Dado todo lo anterior, resulta sorprendente cuán insignificantes parecen ahora algunos de los milagros «sobrenaturales». Al igual que sucede con las sesiones de espiritismo, que ofrecen con cinismo a los parientes de algún difunto parloteos procedentes del más allá, nunca se ha dicho o hecho nada verdaderamente interesante. Sobre la historia del «vuelo nocturno» de Mahoma a Jerusalén (supuestamente, todavía se puede ver en el recinto de la mezquita de al-Aqsa la huella del casco de su caballo, Buraq), sería poco cortés esgrimir la réplica obvia de que los caballos no saben ni pueden volar. Parece más oportuno señalar que las personas, desde el comienzo de sus largos y agotadores viajes a través de la superficie terrestre contemplando durante días los cuartos traseros de una mula, han fantaseado con la idea de acelerar ese tedioso tránsito. Las populares botas de siete leguas pue-

den conferir a su portador un resorte para sus pasos, pero eso es únicamente hacer pequeños ajustes en el mismo problema. Durante miles de años, el verdadero sueño consistió en la envidia de los pájaros (según sabemos hoy, descendientes emplumados de los dinosaurios) y en el ansia de volar. Carros en el cielo, ángeles capaces de deslizarse libremente utilizando las corrientes térmicas... no resulta más que demasiado fácil percibir la raíz del deseo. Así, el profeta habla del deseo de todo campesino que anhela que su bestia de carga pueda levantar el vuelo y sostenerlo. Pero si uno gozara de un poder infinito, se le habría ocurrido que se podría haber elaborado un milagro más sorprendente o menos ramplón. La levitación también desempeña un papel importante en la fantasía cristiana, como corroboran los episodios de la ascensión y la asunción. En aquella época se creía que el cielo era una bóveda y su clima habitual una fuente de augurios o intervenciones divinas. Dada esta concepción del cosmos desoladoramente limitada, el acontecimiento más trivial podía parecer milagroso, mientras que un suceso que nos asombrara de verdad (como que el sol dejara de moverse) podía no obstante aparecer como un fenómeno local.

Si suponemos que un milagro es una alteración *favorable* del orden natural, la última palabra sobre el tema la escribió el filósofo escocés David Hume, que nos concedió libre albedrío sobre esta cuestión. Un milagro es una perturbación o interrupción del curso esperado y establecido de los acontecimientos. Esto podía incluir cualquier cosa, desde que el sol saliera por el oeste hasta que un animal prorrumpiera de repente en la recitación de un versículo. Muy bien; así pues, el libre albedrío también implica una decisión. Si uno cree presenciar semejante cosa, caben dos posibilidades. La primera es que las leyes de la naturaleza hayan quedado suspendidas (en beneficio propio). La segunda es que uno incurra en un error o sufra una falsa ilusión. Por consiguiente, la posibilidad de que sucediera la segunda debería valorarse en relación con la probabilidad de que ocurriera la primera.

Si uno tiene noticia de un milagro a través de una fuente secundaria o terciaria, es preciso calibrar adecuadamente las probabilidades antes de decidir dar crédito a un testigo que afirma haber vis-

to algo que uno no ha visto. Y si a uno le separan del «avistamiento» muchas generaciones y no dispone de una fuente independiente que lo corrobore, las probabilidades deben calibrarse de forma aún más drástica. Una vez más, podríamos apelar al fiable Ockham, que nos advirtió que no multiplicáramos las contingencias sin necesidad. Así pues, permítaseme aportar un ejemplo antiguo y otro moderno: el primero es el de la resurrección del cuerpo y el segundo el de los ovnis.

Pese al maravilloso impacto que causaban, los milagros han disminuido desde los tiempos de la Antigüedad. Además, los más recientes que se nos han ofrecido han sido ligeramente zafios. La llamativa licuefacción anual de la sangre de san Genaro en Nápoles, por ejemplo, es un fenómeno que algún mago competente puede reproducir (y ha reproducido) con facilidad. Los grandes «magos» seculares como Harry Houdini o James Randi han demostrado con solvencia que levitar, caminar sobre el fuego, adivinar la presencia de agua o doblar cucharas son cosas todas ellas que pueden realizarse bajo las condiciones controladas de un laboratorio con el fin de poner al descubierto el fraude y proteger al cliente incauto de ser desplumado. En cualquier caso, los milagros no confirman la verdad de la religión que los practica: supuestamente, Aarón derrotó a los magos del faraón en una competición abierta, pero no negó que ellos también pudieran obrar maravillas. Sin embargo, no se ha confirmado ninguna resurrección desde hace algún tiempo y ningún chamán que presuma de hacerlo ha aceptado reproducir el truco en condiciones comprobables. Así pues, debemos preguntarnos: ¿ha desaparecido el arte de la resurrección, o es que nos basamos en fuentes dudosas?

El Nuevo Testamento es en sí mismo una fuente bastante dudosa. (Uno de los hallazgos más asombrosos del profesor Barton Ehrman es que el relato de la resurrección de Jesús que aparece en el Evangelio de Marcos se añadió al texto muchos años después.) Pero, según el Nuevo Testamento, aquello podía hacerse de forma casi habitual. Jesús lo consiguió en dos ocasiones en los casos de otras personas cuando hizo ponerse en pie tanto a Lázaro como a la hija de Jairo, y nadie parece haber considerado conveniente entrevistar a ninguno de los dos supervivientes para preguntarles por su extraordinaria expe-

riencia. Tampoco nadie parece haber conservado ningún registro de si estos dos individuos «murieron» otra vez o no, ni cómo. Si siguieron siendo inmortales, entonces se habrían sumado a la antigua compañía del «judío errante», a quien los primeros cristianos condenaron a caminar eternamente después de haber visto a Jesús en la Vía Dolorosa, una desgracia impuesta a un mero espectador con el fin de cumplir con la profecía, que de otro modo hubiera quedado incumplida, de que Jesús regresaría en vida de al menos una de las personas que le hubiera visto la primera vez. Jesús se topó con ese infortunado vagabundo el mismo día que fue enviado a la muerte con una repugnante crueldad, momento en el cual, según el Evangelio de Mateo, 27:52-53, «se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos». Parece incoherente, puesto que según parece los cadáveres salieron tanto en el momento de la muerte en la cruz *como* en el de la resurrección, pero está narrado del mismo modo fáctico que un temblor de tierra, la rasgadura del velo del santuario (otros dos sucesos que no llamaron la atención de ningún historiador) y los reverentes comentarios del centurión romano.

Esta presunta frecuencia de la resurrección no hace más que menoscabar la exclusividad de aquel mediante el cual la humanidad recibió el perdón de los pecados. Y no ha habido ni antes ni después ningún culto ni religión, desde el de Osiris hasta el vampirismo o el del vudú, que no se funde en algún tipo de creencia intrínseca en los «muertos vivientes». Hasta el día de hoy, los cristianos no se ponen de acuerdo acerca de si el día del juicio nos devolverá a los viejos restos de un cuerpo que ya ha muerto con nosotros o si nos renovará el equipo haciéndonos adoptar alguna otra forma. Por ahora, tras analizar incluso las afirmaciones realizadas por los fieles, podemos decir que la resurrección no demostraría la veracidad de la doctrina de los muertos vivientes, ni su paternidad, ni la probabilidad de que hubiera otro regreso bajo forma carnal o reconocible. Pero otra vez, también, se está «demostrando» demasiado. La acción de un hombre que se ofrece voluntario para morir por sus congéneres se considera noble de manera universal. La afirmación extra de que no ha muerto

«realmente» convierte al sacrificio en su conjunto en algo amañado y ampuloso. (Así pues, quienes dicen «Cristo murió por mis pecados», cuando en realidad no «murió» en absoluto, están realizando una afirmación que es falsa en sus propios términos.) Dado que no disponemos de testigos fiables ni consistentes sobre el período necesario para acreditar afirmación tan extraordinaria, estamos autorizados finalmente a afirmar que tenemos derecho, cuando no obligación, a respetarnos lo suficiente a nosotros mismos para no creer en todo este asunto. Esto es así a menos que aparezca una evidencia mayor, o hasta que aparezca (cosa que no ha sucedido). Y las afirmaciones excepcionales exigen evidencias excepcionales.

He pasado gran parte de mi vida ejerciendo de corresponsal y hace mucho tiempo me acostumbré a leer relatos de primera mano de los mismísimos acontecimientos que yo había presenciado, escritos por personas en las que por otra parte confiaba, y que no obstante no coincidían con el mío. (En mis tiempos de corresponsal en Fleet Street leí incluso historias impresas y firmadas con *mi propio nombre* que no era capaz de reconocer una vez que los redactores habían acabado con ellas.) Y he entrevistado a algunos de los centenares de miles de personas que afirman haber vivido algún encuentro directo con una nave espacial o con la tripulación de una nave espacial procedente de otra galaxia. Algunos de ellos son tan vívidos y minuciosos (y tan parecidos a otras declaraciones realizadas por otras personas con las que no podían haber cotejado sus notas), que unos cuantos especialistas impresionables han propuesto que les concedamos la presunción de veracidad. Pero aquí viene la evidente razón ockhamiana por la que sería rematadamente erróneo hacerlo. Si el gran número de «contactos» y abducciones está contando siquiera una pizca de verdad, entonces se deduce que sus amigos alienígenas no pretenden mantener en secreto su existencia. Muy bien, en ese caso, ¿por qué nunca se quedan más que el tiempo necesario para tomar una única fotografía individual? Nunca se ha ofrecido un rollo de película sin cortes, y menos aún un pequeño pedazo de algún metal inexistente en la tierra, ni una diminuta muestra de tejido. Y los dibujos de esos seres tienen un parecido antropomórfico coherente con los que suministran los cómics de ciencia ficción. Como viajar desde la constelación

de Alfa Centauri (el lugar de origen predilecto) supondría forzar de algún modo las leyes de la física, hasta la partícula de materia más pequeña sería de una utilidad enorme y produciría un efecto literalmente sísmico. En lugar de lo cual... nada. Es decir, nada salvo el aumento de una nueva y descomunal superstición basada en la creencia en unos textos y fragmentos ocultos que únicamente están a disposición de unos pocos escogidos. Muy bien, ya he visto *esto* otras veces. La única decisión responsable consiste en suspender o retener el juicio hasta que los incondicionales se presenten con algo que no sea pueril sin más.

Hagámoslo extensible hasta la actualidad, donde a veces se dice que hay estatuas de vírgenes o santos que lloran o sangran. Aunque no me resultara fácil presentarle a personas que pueden producir idénticos efectos en su tiempo libre utilizando manteca de cerdo u otros materiales, yo seguiría preguntándome por qué una deidad se conformaba con producir un efecto tan mísero. Según parece, soy una de las poquísimas personas que ha participado alguna vez en el examen de una «causa» de santidad, como las llama la Iglesia católica. En junio de 2001 el Vaticano me invitó a testificar en una audiencia sobre la beatificación de Agnes Bojaxhiu, una ambiciosa monja albanesa que se había hecho famosa bajo el nombre de guerra de «madre Teresa». Aunque el Papa de entonces había abolido el famoso oficio de «abogado del diablo», el requisito para confirmar y canonizar a gran número de «santos» nuevos, la Iglesia todavía estaba obligada a recabar testimonios de personas críticas, y así me encontré yo representando al diablo, por así decirlo, *pro bono*.

Yo ya había contribuido a desenmascarar uno de los «milagros» relacionados con el trabajo de esta mujer. El hombre que la hizo famosa en un principio era un evangelista británico (posteriormente católico), distinguido aunque bastante idiota, llamado Malcolm Muggeridge. Fue su documental para la BBC *Something Beautiful for God* el que en 1969 lanzó al mundo la marca «madre Teresa». El director de fotografía de aquella película era un hombre llamado Ken Macmillan, que había recibido elogios por su labor en la magnífica serie de historia del arte de lord Clark *Civilisation*. Sus conocimientos sobre el color y la iluminación eran de orden superior. He aquí la his-

toria tal como Muggeridge la relató en el libro que acompañaba a la película:

> La Casa de los Moribundos [de la madre Teresa] está tenuemente iluminada por unas pequeñas ventanas en lo alto de las paredes, y Ken [Macmillan] afirmaba categóricamente que allí era imposible grabar. Solo disponíamos de un pequeño foco y era prácticamente imposible conseguir que iluminaran adecuadamente aquel lugar para nosotros. Se decidió que, no obstante, Ken debería probar, pero para asegurarse realizó también algunas tomas en un patio exterior en el que estaban sentados al sol algunos de los internos. En la película procesada, la parte rodada en el interior estaba bañada en una suave luz particularmente hermosa, mientras que la parte rodada en el exterior estaba bastante oscura y desenfocada. [...] Estoy absolutamente convencido de que aquella luz técnicamente inexplicable es, en realidad, la Luz de Bondad a la que el cardenal Newman se refiere en su famoso y bellísimo salmo.

Él concluía que

> Para eso es precisamente para lo que sirven los milagros: para dar a conocer la realidad interior de la creación exterior de Dios. Estoy personalmente convencido de que Ken grabó el primer auténtico milagro fotográfico. [...] Temo haber hablado y escrito sobre ello hasta llegar a aburrir.

En esta última frase sin duda acertaba: cuando hubo terminado, había convertido a la madre Teresa en una figura de fama mundial. Mi aportación consistió en verificar y recoger el testimonio oral directo de Ken Macmillan, el propio director de fotografía. Aquí está:

> Durante el rodaje de *Something Beautiful for God* hubo un momento en que fuimos conducidos hasta un edificio al que la madre Teresa llamaba Casa de los Moribundos. Peter Chafer, el director, dijo: «Ah, bueno, esto está muy oscuro. ¿Crees que podemos sacar algo?». Y en la BBC acabábamos de recibir algunos rollos de una película nueva fabricada por Kodak que no habíamos tenido tiempo de probar antes de salir, de modo que le dije a Peter: «Bueno, podemos ha-

> cer una prueba». Así que grabamos. Y cuando varias semanas después, uno o dos meses, volvimos, nos sentamos en la sala de copiones de los estudios Ealing y aparecen finalmente las tomas de la Casa de los Moribundos. Fue sorprendente. Se veían todos los detalles. Y yo dije: «Es asombroso. Es extraordinario». Y, ya sabe, yo iba a empezar a gritar eso de «tres hurras por Kodak». No obstante, no tuve oportunidad de decirlo porque Malcolm, sentado en la primera fila, se dio media vuelta y dijo: «¡Es la luz divina! Es la madre Teresa. Descubrirás que es la luz divina, chico». Y tres o cuatro días después descubrí que los periodistas de la prensa londinense me llamaban por teléfono diciendo cosas como «Tenemos entendido que acaba de volver de la India con Malcolm Muggeridge y que han sido testigos de un milagro».[1]

Así que... había nacido una estrella. Por esta y mis demás críticas fui invitado por el Vaticano a participar en una reunión a puerta cerrada en una sala que contenía una Biblia, una grabadora, un monseñor, un diácono y un sacerdote, y me preguntaron si podía arrojar alguna luz sobre el asunto de «la sierva de Dios madre Teresa». Pero, aunque parecía que me lo estaban preguntando honestamente, sus colegas de la otra parte del mundo estaban acreditando el necesario «milagro» que permitiría seguir adelante con la beatificación (el preludio de la canonización plena). La madre Teresa murió en 1997. En el primer aniversario de su muerte, dos monjas de la aldea bengalí de Raigunj afirmaron haber colocado una medalla de aluminio de la fallecida (medalla que supuestamente había estado en contacto con su cuerpo muerto) en el abdomen de una mujer llamada Monica Besra. Esta mujer, de la que se decía que estaba aquejada de un tumor uterino de gran tamaño, quedó a continuación bastante restablecida. Se podrá apreciar que Monica es un nombre de mujer católico no muy habitual en Bengala, y por tanto es probable que la paciente y, sin duda, las monjas, fueran ya admiradoras de la madre Teresa. Esta calificación no incluía al doctor Manju Murshed, el director del hospital local, ni al doctor T.K. Biswas y su colega ginecólogo el doctor Ranjan Mustafi. Los tres comparecieron para decir que la señora Besra había sufrido una tuberculosis y un quiste ovárico, y que había sido tratada con éxito de ambas afecciones. El doctor Murshed estaba par-

ticularmente enfadado por las numerosas llamadas que había recibido de la orden de la madre Teresa, las «Misioneras de la Caridad», presionándole para que dijera que la curación había sido un milagro. La propia paciente no era un sujeto muy receptivo para una entrevista, ya que hablaba muy deprisa porque, según decía ella, «de lo contrario podría olvidársele algo», y rogaba que no le formularan preguntas porque podría tener que «recordar». Su marido, un hombre llamado Selku Murmu, rompió su silencio al cabo de un rato para decir que su mujer se había curado con el tratamiento médico ordinario y periódico.[2]

Cualquier supervisor de cualquier hospital de cualquier país podrá decirnos que los pacientes son objeto en ocasiones de asombrosos procesos de recuperación (del mismo modo que, según parece, las personas sanas pueden caer inexplicable y gravemente enfermas). Tal vez quienes deseen acreditar un milagro puedan decir que este tipo de procesos de recuperación no tiene ninguna explicación «natural». Pero ello no significa en absoluto que, por consiguiente, tenga una explicación «sobrenatural». En este caso, sin embargo, no había nada siquiera remotamente sorprendente en el restablecimiento de la señora Besra. Algunos trastornos habituales habían sido tratados con métodos bien conocidos. Se estaban realizando afirmaciones extraordinarias sin aportar siquiera pruebas ordinarias. Pero pronto llegará el día en que en una inmensa y solemne ceremonia se proclame al mundo entero en Roma la santidad de la madre Teresa, alguien cuya intercesión puede superar a la de la medicina. Esto no solo es un escándalo en sí mismo, sino que también pospondrá más el día en que los aldeanos indios dejen de confiar en los curanderos y los faquires. Dicho de otro modo: mucha gente morirá sin necesidad como consecuencia de este falso y despreciable «milagro». Si esto es lo mejor que puede hacer la Iglesia en una época en que los médicos y los periodistas pueden verificar sus afirmaciones, no resulta difícil imaginar qué se amañó en épocas pasadas de ignorancia y temor, cuando los sacerdotes debían hacer frente a menos dudas u oposición.

Una vez más, la navaja de Ockham es pulcra y definitiva. Cuando se nos ofrecen dos explicaciones, debemos descartar la que expli-

ca menos cosas, o no explica nada, o plantea más preguntas de las que responde.

Esto mismo vale para las ocasiones en las que las leyes de la naturaleza quedan aparentemente en suspenso *sin* producir gozo o consuelo aparente. Las catástrofes naturales no son en realidad una violación de las leyes de la naturaleza, sino que más bien forman parte de las inevitables fluctuaciones propias de la misma, si bien se han utilizado siempre para amedrentar a los crédulos con el poder de la desaprobación de dios. Los primeros cristianos, que se desenvolvían en zonas de Asia Menor en las que los terremotos eran y son frecuentes, congregaban a multitudes cuando un templo pagano se derrumbaba y las urgían a convertirse mientras quedara tiempo para hacerlo. La colosal erupción volcánica del Krakatoa a finales del siglo XIX provocó un inmenso viraje hacia el islam entre la aterrorizada población de Indonesia. Todos los libros sagrados hablan con impaciencia de inundaciones, huracanes, rayos y demás augurios. Tras el terrible tsunami de 2005, y después de la inundación de Nueva Orleans en 2006, hombres bastante serios y cultos como el arzobispo de Canterbury se rebajaron a la altura de los campesinos estupefactos cuando se rompían la cabeza en público para interpretar en aquellos hechos cuál era la voluntad de dios. Pero si atendemos a la sencilla suposición, fundada en conocimientos absolutamente ciertos, de que vivimos en un planeta que todavía está enfriándose, que tiene un núcleo incandescente, fallas y grietas en la corteza y un régimen climático turbulento, entonces simplemente no hay ninguna necesidad de ninguna obsesión de este tipo. Todo está ya explicado. No consigo entender por qué los religiosos son tan reacios a reconocerlo: les liberaría de todas las cuestiones banales acerca de por qué dios consiente tanto sufrimiento. Pero, según parece, esta molestia es un pequeño precio que hay que pagar con el fin de mantener vivo el mito de la intervención divina.

La sospecha de que una calamidad también podría ser un castigo es más valiosa aún por cuanto permite elevar infinidad de especulaciones. Después de la inundación de Nueva Orleans, ciudad que cayó presa de la letal combinación de estar construida bajo el nivel del mar y haber sido desatendida por la administración de Bush, me enteré por un rabino veterano de Israel que se trataba de una venganza por la

evacuación de los colonos judíos de la Franja de Gaza, y por el alcalde de Nueva Orleans (que no había desempeñado sus funciones con una valentía excepcional) de que era el veredicto de dios por la invasión de Irak. Aquí uno puede nombrar su pecado favorito, como hicieron los «reverendos» Pat Robertson y Jerry Falwell tras la inmolación del World Trade Center. En aquella ocasión, para encontrar la causa inmediata había que buscarla en la capitulación de Estados Unidos ante la homosexualidad y el aborto. (Algunos antiguos egipcios creían que la sodomía era la causa de los terremotos: imagino que esta interpretación renacerá con singular fuerza cuando la falla de San Andrés cause un próximo estremecimiento bajo la Gomorra de San Francisco.) Cuando finalmente se asentaron los escombros en la Zona Cero de Nueva York, se descubrió que había dos trozos de viga quebrada intactos y en forma de cruz, lo cual desencadenó muchos comentarios de asombro. Como en toda la arquitectura se han empleado siempre vigas transversales, lo sorprendente sería que *no* afloraran este tipo de elementos. Reconozco que yo me habría quedado atónito si los escombros se hubieran reordenado bajo la forma de una estrella de David o de una estrella y una media luna, pero no hay datos de que esto haya sucedido alguna vez en ningún sitio, ni siquiera en los lugares en donde la población local podría quedar impactada por ello. Y recordemos: se supone que los milagros ocurren a instancias de un ser que es omnipotente, además de omnisciente y omnipresente. Uno esperaría que se produjeran resultados más grandiosos de los que suelen producirse.

Así pues, las «evidencias» para sustentar la fe parecen dejar a esta con un aspecto aún más débil del que tendría si se mantuviera erguida por sí misma, en solitario y sin apoyaturas. Lo que se puede afirmar sin pruebas también puede desestimarse sin pruebas. Esto es aún más cierto cuando las «evidencias» ofrecidas son en última instancia tan zafias e interesadas.

El «argumento de autoridad» es el más débil de todos los mecanismos de argumentación. Es débil cuando se afirma de segunda o tercera mano («El Libro dice»), y lo es aún más cuando se afirma de prime-

ra mano, como bien saben todos los niños que han oído decir a su padre «porque lo digo yo» (y como bien saben todos los padres que se han visto reducidos a pronunciar unas palabras que otrora les sonaron tan poco convincentes). Sin embargo, descubrirse afirmando que toda religión está construida por mamíferos corrientes y que no encierra ningún secreto o misterio exige un determinado «salto» de otra naturaleza. Tras la cortina del mago de Oz no hay nada más que un fiasco. ¿Puede ser esto realmente cierto? Como siempre me ha impresionado el peso de la historia y la cultura, sigo formulándome esta pregunta. Entonces, ¿ha sido todo en vano? ¿Los fabulosos esfuerzos de los teólogos y los eruditos? ¿Y los extraordinarios esfuerzos de los pintores, arquitectos y músicos por crear algo perdurable y maravilloso que atestiguara la gloria de dios?

En absoluto. A mí no me importa si Homero era una persona o muchas, o si Shakespeare era un católico clandestino o un agnóstico encubierto. Si se descubriera finalmente que quien mejor ha escrito sobre el amor, tragedias, comedias y obras morales había sido desde el primer momento el conde de Oxford, no sentiría que mi mundo se ha derrumbado, aunque debo añadir que la mera autoría es importante para mí y que si me enterara de que el autor había sido Bacon me entristecería y deprimiría un poco. Shakespeare posee mucha más relevancia moral que el Talmud, el Corán o cualquier narración sobre tremendos combates entre tribus de la Edad del Hierro. Pero se puede aprender y descubrir muchas cosas con el escrutinio de la religión, y a menudo nos encontramos subidos a hombros de autores y pensadores distinguidos que fueron sin duda nuestros superiores intelectuales y, a veces, incluso morales. En su época, muchos de ellos hicieron jirones el disfraz de la idolatría y el paganismo y hasta se expusieron a ser martirizados por las disputas con sus propios correligionarios. Sin embargo, ha llegado un momento de la historia en que hasta un enano como yo puede afirmar saber más (si bien, sin ningún mérito propio) y ver que todavía falta la rasgadura definitiva del disfraz entero. Entre ambos momentos, las ciencias de la crítica textual, la arqueología, la física y la biología molecular han demostrado que los mitos religiosos son explicaciones falsas y artificiales. La pérdida de la fe puede compensarse mediante las maravillas más recientes y

exquisitas que afloran ante nosotros, además de con la inmersión en las obras casi milagrosas de Homero, Shakespeare, Milton, Tolstói o Proust, todas las cuales fueron también «construidas por el hombre» (aunque de vez en cuando uno vuelve a dudar de ello, como en el caso de Mozart). Puedo afirmar esto en mi condición de individuo cuya fe secular se ha visto sacudida y desplazada, no sin dolor.

Cuando era marxista no defendía mis opiniones como artículos de fe, pero sí tenía la convicción de que podría descubrirse una especie de teoría del campo unificado. El concepto de materialismo histórico y dialéctico no era un absoluto ni contenía ningún elemento sobrenatural, pero sí albergaba su elemento mesiánico en la idea de que llegaría un momento final, y sin ninguna duda contaba con sus mártires, sus santos, sus doctrinas y (al cabo de un tiempo) sus papados rivales que se excomulgaban mutuamente. También sufrió sus cismas, sus inquisiciones y sus persecuciones de la herejía. Yo fui miembro de una secta disidente que admiraba a Rosa Luxemburg y León Trotski y puedo afirmar categóricamente que también teníamos nuestros profetas. Cuando Rosa Luxemburg hablaba sobre las consecuencias de la Primera Guerra Mundial parecía casi una combinación de Casandra y Jeremías, y de hecho la magnífica biografía de León Trotski en tres volúmenes obra de Isaac Deutscher se titulaba *El profeta* (en sus tres estadios: armado, desarmado y desterrado). De joven, Deutscher había sido educado para ser rabino y habría sido un talmudista brillante... igual que Trotski. Veamos lo que dice Trotski (adelantándose al Evangelio gnóstico de Judas) sobre el modo en que Stalin se hizo con el poder en el Partido Bolchevique:

> De los doce apóstoles de Cristo, solo Judas salió traidor. Pero si hubiera logrado el poder, habría presentado como traidores a los otros once apóstoles, sin olvidar a los setenta apóstoles menores que menciona san Lucas.

Y veamos ahora lo que sucedió según las espeluznantes palabras de Deutscher cuando las fuerzas pronazis de Noruega obligaron al gobierno a negarle a Trotski el asilo político y a volver a deportarlo una vez más, condenado a vagar por el mundo hasta encontrar la

muerte. El anciano se reunió con el ministro de Asuntos Exteriores noruego Trygve Lie y otros políticos, y entonces:

> Al llegar a este punto Trotski elevó su voz de tal modo que resonó por las salas y los corredores del ministerio: «Este es vuestro primer acto de capitulación ante el nazismo en vuestro propio país. Pagaréis por ello. Os sentís seguros y en libertad de tratar a un exiliado político como os venga en gana. Pero el día está cerca —¡recordadlo!—, el día está cerca en que los nazis os expulsarán de vuestro país, a todos vosotros [...]». Trygve Lie se encogió de hombros al escuchar el extraño vaticinio. Pero menos de cuatro años después el mismo gobierno tuvo efectivamente que huir de Noruega ante la invasión nazi; y mientras los ministros y su anciano rey Haakon aguardaban en la costa, ansiosos y apretados los unos contra los otros, el barco que habría de conducirlos a Inglaterra, recordaron con sobrecogimiento las palabras de Trotski como la maldición de un profeta convertida en realidad.

Trotski poseía un profundo espíritu crítico materialista que le permitió ser clarividente; en modo alguno todas las veces, pero sí de forma asombrosa en algunas de ellas. Y ciertamente poseía un sentido (patente en su emotivo ensayo *Literatura y revolución*) del insaciable anhelo de los pobres y los oprimidos por elevarse sobre el mundo estrictamente material y alcanzar algo trascendente. Durante buena parte de mi vida he compartido esta idea, que aún no he abandonado del todo. Pero llegó un momento en que no podía defenderme de las embestidas de la realidad, y en verdad no deseaba protegerme de ellas. Reconocí que el marxismo contaba con sus glorias intelectuales, filosóficas y éticas, pero vivía en el pasado. Tal vez conservara algo de su etapa heroica, pero había que afrontar la realidad: ya no era ninguna guía para el futuro. Además, el concepto mismo de solución total había desembocado en los sacrificios humanos más atroces y en la invención de justificaciones para los mismos. Aquellos de nosotros que habíamos buscado una alternativa racional a la religión habíamos llegado a un destino análogamente dogmático. ¿Qué otra cosa podía esperarse de algo elaborado por los primos carnales de los chimpancés? Así pues, querido lector, si ha llegado hasta ese punto

y ha visto menoscabada su fe (como confío en que haya sucedido), puedo decirle que hasta cierto punto sé por lo que está pasando. Hay días en que echo de menos mis antiguas convicciones como si se trataran de un miembro amputado. Pero, en términos generales, me siento mejor y no menos radical; y usted también se sentirá mejor, se lo garantizo, cuando abandone las doctrinas y permita que su mente, libre de cadenas, piense por sí misma.

11

«El sello indeleble de su bajo origen»: los corruptos comienzos de la religión

> En lo que atañe a los problemas de la religión, el hombre se hace culpable de un sinnúmero de insinceridades y de vicios intelectuales.
>
> SIGMUND FREUD, *El porvenir de una ilusión*

> En cuanto a los distintos tipos de culto que prevalecían en el mundo romano, el pueblo los consideraba igualmente ciertos; el filósofo, igualmente falsos, y el magistrado, igualmente útiles, de modo que la tolerancia produjo no solo indulgencia mutua, sino incluso concordia religiosa.
>
> EDWARD GIBBON, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*

Según un antiguo adagio popular de Chicago, si uno quiere conservar el respeto por los ediles de la ciudad o el apetito de salchichas, debería cuidarse de no presenciar cómo se acicalan los primeros y cómo se elaboran las segundas. Engels afirmaba que es en la anatomía del ser humano donde reside la clave de la anatomía del simio. Así pues, si observamos el proceso de formación de una religión podemos formular algunas hipótesis sobre los orígenes de aquellas religiones que fueron creadas antes de que la mayoría de la gente supiera leer. Entre una amplia gama de religiones-salchicha decididamente artificiales escogeré el «culto del cargamento» mela-

nesio, la superestrella de la Iglesia pentecostal Marjoe y la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día, comúnmente conocida como los mormones.

Seguramente, a lo largo de la historia a mucha gente se le ha ocurrido una idea: ¿qué pasaría si hay otra vida, pero no hay dios? ¿Qué pasaría si hay dios, pero no hay otra vida? Por lo que sé, el escritor que expresó este problema con la máxima claridad fue Thomas Hobbes en su obra maestra de 1651, *Leviatán*. Recomiendo vivamente la lectura del capítulo 38 de la tercera parte y el capítulo 44 de la cuarta parte, por puro gusto, ya que el profundo conocimiento de Hobbes tanto de las Sagradas Escrituras como de la lengua inglesa es bastante pasmoso. También nos recuerda lo peligroso que es y ha sido siempre pensar siquiera en estas cuestiones. Su brioso e irónico carraspeo es elocuente por sí solo. Cuando reflexionaba sobre la absurda historia de la «caída» de Adán (el primer caso de alguien que haya sido creado libre y a continuación se le cargue con prohibiciones imposibles de cumplir), Hobbes opinaba, sin olvidarse de añadir atemorizado que lo hacía «sometiéndome sin embargo tanto en esto como en toda cuestión cuya determinación depende de las Escrituras», que si Adán fue condenado a muerte por pecar, su muerte debió de haber sido pospuesta, ya que consiguió engendrar una numerosa progenie antes de morir de forma efectiva.

Tras haber sembrado esta subversiva idea (que prohibir a Adán comer de un árbol so pena de muerte y de otro so pena de vivir eternamente es absurdo y contradictorio), Hobbes se vio obligado a imaginar unas Sagradas Escrituras alternativas e incluso castigos y eternidades alternativas. Su argumento consistía en que tal vez las personas no obedecieran las normas de los hombres porque tenían más miedo a la retribución divina que a una muerte atroz en este mundo, pero había detectado el proceso mediante el cual las personas son siempre libres de inventar una religión que se ajuste a sus intereses y que les recompense o les adule. Samuel Butler adaptaría esta idea en su libro *Erewhon Revisited*. En la primera de la serie, *Erewhon*, el señor Higgs visita un remoto país del cual consigue finalmente escapar en globo. A su regreso, dos décadas más tarde, descubre que en su ausencia se ha convertido en un dios llamado «Niño Sol», al que se rinde culto

desde el día que ascendió al cielo. Dos sumos sacerdotes se disponen a celebrar la ascensión, y cuando Higgs les amenaza con dejarlos al descubierto y revelar que es un simple mortal, le dicen: «No debes hacer eso, ya que toda la moral de este país se ciñe en torno a este mito y, si alguna vez se enteran de que no ascendisteis al cielo, se volverán todos unos depravados».

En 1964 apareció una famosa película documental titulada *Este perro mundo*, en la que los directores recogieron numerosas ilusiones y actos de crueldad humanos. Fue la primera ocasión en que se pudo ver con claridad y ante las cámaras cómo se ensamblaba una nueva religión. Tal vez los habitantes de las islas del Pacífico hayan vivido durante siglos aislados del mundo más desarrollado económicamente, pero cuando recibieron la visita de su fatal impacto, muchos de ellos se mostraron lo bastante astutos para comprenderlo de inmediato. Allí llegaban grandes navíos con las velas hinchadas portando tesoros, armas e instrumentos que no podían compararse con nada. Algunos de los isleños menos instruidos hicieron lo que hace mucha gente cuando afronta un fenómeno nuevo y trataron de traducirlo a un discurso inteligible para ellos (algo no muy distinto de lo que hicieron aquellos atemorizados aztecas que, al ver por primera vez en Mesoamérica a soldados españoles a caballo, concluyeron que tenían por enemigos a centauros). Aquellas almas cándidas decidieron que los occidentales eran unos antepasados suyos a los que lloraban desde hacía mucho tiempo y que por fin habían regresado con bienes procedentes del más allá. Esta ilusión no pudo sobrevivir mucho tiempo al encuentro con los colonos, pero posteriormente se observó que en varios lugares los isleños más brillantes tuvieron otra idea mejor. Repararon en que aquellos forasteros construían muelles y embarcaderos, tras lo cual llegaban más embarcaciones y descargaban más bienes. Actuando de forma análoga y mimética, los habitantes del lugar construyeron sus propios embarcaderos y esperaron que también estos atrajeran algunos barcos. Como este modo de actuar era fútil, no consiguió retrasar el avance de los posteriores misioneros cristianos. Cuando hicieron su aparición, les preguntaron dónde estaban los regalos (y enseguida se presentaron con algunas baratijas).

En el siglo xx el «culto del cargamento» reapareció de un modo aún más impresionante y enternecedor. Cuando las unidades de las fuerzas armadas de Estados Unidos construyeron pistas de aterrizaje en el Pacífico para librar la batalla con Japón, descubrieron que eran objeto de una imitación ciega. Los lugareños más entusiastas abandonaron sus ritos cristianos un tanto manidos y dedicaron todas sus energías a la construcción de franjas de tierra para aterrizar que atrajeran aviones cargados. Fabricaron antenas de imitación con bambú. Hicieron y encendieron fogatas para simular las antorchas que guiaban el aterrizaje de los aviones estadounidenses. Y esto todavía sigue sucediendo, lo cual es lo más triste de la secuencia de *Este perro mundo*. En la isla de Tana, un soldado estadounidense fue nombrado redentor. Su nombre, John Frum, parece haber sido también una invención. Pero el regreso del redentor Frum se predicaba y auguraba incluso después de que en 1945 el último militar destinado allí abandonara la isla por aire o por mar y todavía pervive una ceremonia anual que lleva su nombre. En otra isla llamada Nueva Bretaña, adyacente a Papúa Nueva Guinea, el culto guarda una analogía aún más asombrosa. Posee diez mandamientos (las «Diez Leyes»), una trinidad que tiene una presencia en el cielo y otra en la tierra y un sistema ritual de tributos destinado a ganarse la voluntad de estas autoridades. Según creen sus fieles, si el ritual se realiza con la suficiente pureza y el debido fervor, será el preludio de una era de leche y miel. Es triste decir que este resplandeciente futuro se conoce como la «Era de las Empresas» y que hará florecer y prosperar a Nueva Bretaña como si de una empresa multinacional se tratara.

Hay personas que pueden sentirse insultadas al percibir el menor atisbo de comparación en este aspecto, pero ¿acaso no están los libros sagrados del monoteísmo oficial impregnados de ansia por lo material y descripciones admirativas (casi hasta el punto de hacer la boca agua) de la riqueza de Salomón, de los prósperos rebaños y manadas de los fieles o de las recompensas del paraíso para los buenos musulmanes, por no hablar de los muchos, muchísimos relatos morbosos de saqueos y botines? Jesús, es cierto, no manifiesta ningún interés personal por la riqueza, pero sí nombra como alicientes para seguirle los tesoros del cielo e incluso las «mansiones». ¿Es que ya no es cierto

que todas las religiones de todos los tiempos han mostrado un afilado interés por la acumulación de bienes materiales en el mundo real?

La sed de dinero y comodidades terrenales es únicamente un subtexto de la soporífera historia de Marjoe Gortner, el «prodigio infantil» de la charlatanería evangélica estadounidense. Bautizado grotescamente por sus padres con el nombre de «Marjoe» (una estúpida fusión de los nombres de María y José en inglés), el joven señorito Gortner fue arrojado al púlpito a la edad de cuatro años, vestido con un repelente traje de pequeño lord Fauntleroy* e instruido para decir que había recibido el mandato divino de predicar. Si protestaba o lloraba, su madre lo metía debajo del grifo o le aplastaba un cojín en la cara teniendo siempre cuidado, según refiere él, de no dejarle marcas. Adiestrado como una foca circense, muy pronto atrajo el interés de las cámaras y, a la edad de seis años, ya oficiaba ceremonias matrimoniales de personas adultas. Su fama se propagó y muchos acudieron en masa para ver al milagroso niño. Según sus estimaciones recaudó tres millones de dólares en «donaciones», suma de la cual no se destinó nada a su educación o su futuro. A los diecisiete años se rebeló contra sus despiadados y cínicos padres y se «marginó» en la contracultura californiana de los primeros años de la década de 1960.

En la inmortal pantomima infantil navideña *Peter Pan* hay un momento culminante en el que el hada Campanilla parece que va a morirse. La resplandeciente luz con la que se la representa en escena empieza a apagarse y solo existe un modo de vencer esta penosa situación. Un actor avanza hacia el proscenio de la sala y pregunta a todos los niños: «¿Creéis en las hadas?». Si contestan confiados «¡Sííí!», entonces la tenue luz empezará de nuevo a brillar. ¿Quién puede poner una objeción a esto? Nadie quiere desbaratar la fe de los niños en la magia (ya habrá tiempo para infinidad de decepciones posteriores) y nadie les espera en la salida pidiéndoles con la voz quebrada que hagan una aportación a las huchas de la Iglesia de la Salvación de Campanilla. Los sucesos con los que se aprovecharon de Marjoe tenían el

* Protagonista de *El pequeño lord Fauntleroy*, obra de la escritora británica Frances Eliza Burnett (1849-1924). *(N. del T.)*

contenido intelectual de la escena de Campanilla cruelmente combinado con la ética del Capitán Garfio.

Aproximadamente una década después, el señor Gortner llevó a cabo la mejor venganza posible por su infancia robada y vacía y decidió hacer un favor al público en general con el fin de compensar su deliberado fraude. Invitó a un equipo de filmación a seguirle mientras fingía «volver» a predicar el Evangelio y se tomó la molestia de explicar cómo iba recurriendo a todos los trucos. Así es como se induce a las madres (era un chico bien parecido) a desprenderse de sus ahorros. Así es como se programa la música para producir un efecto extático. Ahora es cuando se habla de cómo Jesús te visita en persona. Aquí vemos cómo se dibuja uno en la frente con tinta invisible la forma de una cruz para que, de repente, aparezca cuando empieces a transpirar. Ahora es cuando te abalanzas sobre la presa. Cumple su promesa y va indicando al director de la película con antelación lo que es capaz de conseguir y conseguirá, y luego sale al auditorio para representarlo con una convicción absoluta. La gente llora y chilla, se desvanece, sufre convulsiones y es presa de ataques en los que grita el nombre de su redentor. Hombres y mujeres cínicos, toscos y rudos aguardan al instante psicológico propicio para pedir dinero y empiezan a contarlo con regocijo antes incluso de que la farsa de «servicio religioso» haya concluido. De vez en cuando se ve el rostro de algún niño pequeño agarrado a la carpa instalada y contemplando espantado e inquieto cómo sus padres se contorsionan, gimen y se desprenden de su bien ganada paga. Nosotros sabemos, desde luego, que todo este tinglado del evangelismo estadounidense era simplemente eso: un timo despiadado dirigido por los personajes secundarios del «Cuento del Bulero» de Chaucer. (Para vosotros, infelices, la fe. Nosotros nos quedamos con el dinero.) Y así es como debió de haber sido cuando se vendían abiertamente indulgencias en Roma y cuando en cualquier mercadillo de la cristiandad se podía conseguir una buena suma por un clavo o una astilla de la cruz de Cristo. Pero ver desenmascarado el delito por alguien que es al mismo tiempo una víctima y un beneficiario es en todo caso bastante sorprendente incluso para un no creyente empedernido. Después de saber esto, ¿cómo se puede perdonar? La película *Marjoe* obtuvo un Oscar de la Academia en

1972 y no ha supuesto absolutamente ninguna diferencia. Los molinos de los telepredicadores continúan moliendo y los pobres continúan financiando a los ricos, del mismo modo que los rutilantes templos y palacios de Las Vegas fueron construidos con el dinero de aquellos que perdieron, en lugar de con el de quienes ganaron.

En su cautivadora novela *Niños en el tiempo*, Ian McEwan nos presenta a un personaje narrador desconsolado a quien la tragedia reduce a un estado casi inerte en el que durante gran parte del día ve la televisión con la mirada perdida. Al ver la forma en que sus iguales permiten ser manipulados y humillados (se prestan voluntariamente a ello), acuña una expresión para referirse a quienes consienten ser testigos del espectáculo. Es, determina él, «la pornografía del demócrata». No es esnob señalar el modo en que las personas exhiben su credulidad y su instinto gregario, así como su deseo o tal vez su necesidad de mostrarse crédulo y ser engañado. Se trata de un problema antiguo. Tal vez la credulidad sea una forma de inocencia, intrínsecamente inocua incluso; pero proporciona una firme incitación a que los pícaros y los inteligentes exploten a sus hermanos y hermanas y es, por tanto, uno de los grandes puntos débiles de la humanidad. No es posible hacer ninguna descripción honrada del auge y persistencia de la religión, ni de la buena acogida de los milagros y las revelaciones, sin hacer referencia a este hecho pertinaz.

Si los discípulos del profeta Mahoma confiaron en cerrar la puerta a cualquier futura «revelación» tras la inmaculada concepción del Corán es porque no tuvieron en cuenta al fundador de lo que hoy día es uno de los cultos que con mayor rapidez crece en el mundo. Y no previeron (¿cómo iban a hacerlo siendo mamíferos, como eran?) que el profeta de este ridículo credo se modelaría a sí mismo según el de ellos. La Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día (a los que llamaremos a partir de ahora mormones) fue fundada por un oportunista con talento que, pese a formular su texto en términos abiertamente plagiarios del cristianismo, proclamó «Yo seré un nuevo Mahoma para esta generación» y adoptó como lema de combate las palabras «O el al-Koran o la espada», que pensaba que había aprendido del is-

lam. Era demasiado ignorante para saber que si utilizas la palabra *al* no es preciso emplear otro artículo determinado, pero luego sí se pareció a Mahoma en que solo fue capaz de extraer préstamos de las biblias de otras personas.

En marzo de 1826 un tribunal de Bainbridge, en Nueva York, declaró a un hombre de veintiún años culpable de ser «un alborotador y un impostor». Aquello debió haber sido lo último que escucháramos de Joseph Smith, que en el juicio reconoció haber estafado a los ciudadanos organizando expediciones enloquecidas para buscar oro, así como haber afirmado poseer poderes oscuros o «nigrománticos». Sin embargo, al cabo de cuatro años ya era de nuevo noticia en los periódicos locales (todos los cuales pueden consultarse todavía), esa vez adoptando el papel de descubridor del «Libro del Mormón». Se aprovechó de dos ventajas locales que la mayoría de los embaucadores y charlatanes no poseían. En primer lugar, actuaba en el mismo entorno devoto y febril que dio lugar a los shakers,* al anteriormente citado George Miller que predecía reiteradamente el fin del mundo y a otros autoproclamados profetas estadounidenses. Esta tendencia local llegó a ser tan llamativa que la región acabó por conocerse como el «Burned-Over-District»,** en honor al fervor con que se había entregado a una manía religiosa tras otra. En segundo lugar, actuaba en una zona en la que, a diferencia de las grandes extensiones de la recién inaugurada Norteamérica, sí poseía vestigios de una historia antigua.

Una civilización india vencida y derrotada había heredado un considerable número de túmulos funerarios, que cuando fueron profanados de forma arbitraria y no profesional revelaron contener no solamente huesos, sino también artefactos muy trabajados de piedra,

* Secta religiosa del siglo XVIII, derivada inicialmente de una rama radical de cuáqueros estadounidenses. Su nombre, «agitadores», procede de la adopción de prácticas rituales de los camisardos franceses consistentes en cantar, gritar, sacudirse convulsivamente y retorcerse. Vivían en comunidades dedicadas a la producción de manufacturas y al perfeccionamiento espiritual. *(N. del T.)*

** En inglés, «Región quemada» o «devastada». Se refiere a la zona comprendida entre los grandes lagos y el norte y el oeste del estado de Nueva York en torno al río Genesee. *(N. del T.)*

cobre y plata labrada. En la extensión de veinte kilómetros de la granja infraexplotada a la que la familia Smith llamaba su hogar había ocho de estos yacimientos. Había también dos escuelas o facciones igualmente absurdas que mostraron un fascinado interés por estas cuestiones: la primera era la de los buscadores de oro y descubridores de tesoros, que ejercieron presión con sus varas mágicas, sus cristales y sus porquerías disecadas en busca de lucro; y la segunda, la de quienes confiaban encontrar el lugar en que descansaba una tribu perdida de Israel. La inteligencia de Smith estribó en ser miembro de ambos grupos y en sumar a la codicia la antropología mal concebida.

Resulta casi bochornoso leer la historia real de la impostura y casi igual de bochornosamente fácil desenmascararla. (Quien mejor lo ha relatado ha sido el doctor Fawn Brodie, cuyo libro *No Man Knows My History*, publicado en 1945, fue una iniciativa honesta llevada a cabo por un historiador profesional para realizar la interpretación más amable posible de los «sucesos» relevantes.) En pocas palabras, Joseph Smith anunció que había recibido la visita (en tres ocasiones, como mandan los cánones) de un ángel llamado Moroni. El susodicho ángel le informó de que existía un libro «escrito sobre planchas de oro» en el que se exponían los orígenes de los habitantes del subcontinente norteamericano, además de las verdades del Evangelio. Había, además, dos guijarros mágicos, inspirados en el pectoral del Urim y el Tummim del Antiguo Testamento, que le permitirían al propio Smith traducir el antedicho libro. Tras muchos esfuerzos, se llevó a casa todo este material el 21 de septiembre de 1827, aproximadamente dieciocho meses después de la condena por estafa. A continuación, se puso a realizar la traducción.

Los «libros» resultantes eran casualmente un diario escrito por profetas de la Antigüedad, empezando por Nefi, hijo de Lefi, que había huido de Jerusalén aproximadamente el año 600 a.C. y había viajado a América. A su posterior deambular y el de su numerosa progenie acompañaron infinidad de batallas, maldiciones y aflicciones. ¿Cómo es que los libros resultaban ser casualmente eso? Smith se negaba a enseñarle las planchas doradas a nadie afirmando que cuando las vieran los ojos de otro, este encontraría la muerte. Pero se topó con un problema que resultará familiar a los estudiosos del islam. Te-

nía mucha facilidad de palabra como polemista y narrador, como atestiguan numerosas descripciones de su persona. Pero era analfabeto, al menos en el sentido de que sabía leer muy poco y no sabía escribir. Por consiguiente, fue necesario un escriba para que anotara su inspirado dictado. Este escriba fue en un primer momento su esposa Emma y, después, cuando hicieron falta más manos, un desafortunado vecino llamado Martin Harris. Cuando oyó a Smith citar las palabras de Isaías 29, versículos 11-12, referentes al mandato reiterado de «leer», Harris hipotecó su granja para contribuir en la tarea y se trasladó a vivir con los Smith. Él se sentaba a un lado de una manta colgada que atravesaba la cocina y Smith se sentaba al otro con sus guijarros de traducción y entonaba el texto a través de la misma. Por si hiciera falta dar a esta escena un toque más alegre, Harris fue advertido de que si trataba de vislumbrar las planchas o de mirar al profeta caería fulminado al instante.

La señora Harris no se creía nada de esto, harta ya de la ingenuidad de su marido. Le robó las primeras ciento dieciséis páginas y retó a Smith a reproducirlas, puesto que, dado su poder de revelación, era capaz de hacerlo. (Este tipo de mujeres resolutivas aparecen con demasiada poca frecuencia en la historia de la religión.) Después de una semanas muy malas, el ingenioso Smith contraatacó con otra revelación. No podía reproducir el original, que en ese momento debía de estar en manos del diablo y ser susceptible de una interpretación de «versos satánicos». Pero el Señor, que todo lo prevé, había suministrado mientras tanto algunas planchas más pequeñas; de hecho, las auténticas planchas de Nefi, que referían una historia bastante similar. Con un esfuerzo infinito se reanudó la traducción con nuevos escribas tras la manta, como exigía la ocasión; y cuando hubo concluido, todas las planchas doradas originales fueron transportadas al cielo, en donde según parece continúan estando hasta la fecha de hoy.

Los defensores de los mormones afirman a veces, como también hacen los musulmanes, que aquello no puede haber sido fraudulento, ya que toda esa labor de engaño habría sido demasiado para un pobre hombre analfabeto. Pero los musulmanes tienen a su favor dos elementos muy valiosos: no tenemos noticia de que Mahoma fuera condenado públicamente nunca por fraude ni por haber practicado

la nigromancia, y el árabe es una lengua un tanto opaca incluso para los extranjeros que lo hablan con cierta fluidez. Sin embargo, sabemos que el Corán se compuso en parte con libros y relatos anteriores, y en el caso de Smith es una tarea igualmente sencilla, aunque tediosa, descubrir que veinticinco mil palabras del Libro del Mormón proceden directamente del Antiguo Testamento. Estas palabras pueden encontrarse sobre todo en los capítulos de Isaías disponibles en *View of the Hebrews: The Ten Tribes of Israel in America*, de Ethan Smith. Este libro, muy popular en su tiempo y obra de un creyente chiflado que afirma que los indios americanos procedían de Oriente Próximo, parece haber espoleado en primera instancia al otro Smith en su búsqueda de oro. Otras dos mil palabras del Libro del Mormón están tomadas del Nuevo Testamento. De los trescientos cincuenta «nombres» que aparecen en el libro, más de un centenar de ellos proceden directamente de la Biblia y otro centenar más son casi tan plagiados que no se nota la diferencia. (El gran Mark Twain lo calificó a las mil maravillas como «cloroformo impreso», pero yo le acuso de golpear demasiado flojo al blanco, puesto que el libro contiene de hecho «El Libro de Éter».)[1] Las palabras «y sucedió entonces» pueden encontrarse al menos en doscientas ocasiones, lo que hay que reconocer que ejerce un efecto soporífero. Estudios bastante recientes han desvelado que todos y cada uno de los demás «documentos» mormones son, en el mejor de los casos, una mezcolanza frágil y, en el peor, una lamentable falsificación, como el doctor Brodie se vio obligado a señalar cuando en 1973 reeditó y actualizó su excelente libro.

Al igual que Mahoma, Smith podía recibir revelaciones divinas en plazos muy breves y sencillamente solían favorecerle (sobre todo cuando, igual que Mahoma, buscaba una nueva joven y quería tomarla como esposa adicional). En consecuencia, se extralimitó y tuvo un final violento, no sin haber excomulgado antes a casi todos los pobres hombres que habían sido sus primeros discípulos y que habían sido intimidados para tomar sus palabras al dictado. Aun así, esta historia plantea algunas preguntas fascinantes relacionadas con lo que sucede cuando una jerigonza declarada se convierte ante nuestros propios ojos en una religión.

El profesor Daniel Dennett y sus partidarios han levantado contra sí mismos un buen número de críticas por dar una explicación de la religión como «ciencia natural». Según Dennett, sin necesidad de recurrir a lo sobrenatural podemos rechazarla al mismo tiempo que aceptamos que siempre ha habido personas para quien «la fe en la fe» es algo bueno en sí mismo. Los fenómenos pueden explicarse en términos biológicos. En tiempos primitivos, ¿acaso no es posible que quienes creían en la cura del chamán tuvieran por ello una moral más adecuada y, por tanto, una oportunidad ligera pero significativamente mayor de *curarse* de verdad? Dejando a un lado los «milagros» y demás paparruchas, ni siquiera la medicina moderna rechaza esta idea. Y si nos trasladamos al terreno de lo psicológico, parece posible que las personas puedan encontrarse mejor creyendo en algo que no creyendo en nada, por falso que ese algo pueda ser.[2]

Algo de esto será siempre objeto de disputa entre los antropólogos y otros científicos, pero lo que me interesa y siempre me ha interesado es lo siguiente: ¿creen también los predicadores y los profetas, o ellos solo «creen en la fe»? ¿Piensan alguna vez para sí que es demasiado fácil? ¿Y racionalizan la trampa diciendo *a*) que si esos desdichados no le escucharan estarían aún peor, o *b*) que si a los mismos desdichados no les hace ningún bien, tampoco puede hacerles ningún daño? En su famoso estudio de la religión y la magia *La rama dorada*, sir James Frazer sugiere que el aprendiz de hechicero se siente mejor si *no* comparte las ilusiones de la congregación ignorante. Como poco, si se toma la magia en sentido literal es mucho más probable que cometa algún error que ponga fin a su carrera.[3] Es mejor, con diferencia, ser un cínico, fingir el conjuro y decirse a sí mismo que al fin y al cabo todo el mundo se siente mejor. Smith evidentemente parece un cínico más, por cuanto jamás fue más feliz que cuando utilizaba su «revelación» para reclamar la autoridad suprema, para justificar la idea de que la comunidad debería entregarle sus propiedades o para acostarse con todas las mujeres disponibles. Este tipo de gurús y líderes cultuales aparecen a diario. Smith debió de haber pensado sin duda que era demasiado sencillo conseguir que unos ingenuos desdichados como Martin Harris creyeran todo lo que él les decía, sobre todo cuando estaban tan ansiosos por echar un simple

vistazo a ese apetecible tesoro escondido. Pero ¿llegó un momento en que él también creyó que tenía efectivamente un destino y estaba dispuesto a morir para demostrarlo? Dicho de otro modo: ¿fue un charlatán todo el tiempo o latió algo en algún lugar de su interior? El estudio de la religión me hace pensar que, aunque no puede funcionar de ningún modo sin fraude grande o pequeño, esta sigue siendo una cuestión fascinante y hasta cierto punto abierta.

En la zona de Palmyra, en Nueva York, hubo en aquella época decenas de hombres con una educación incompleta, sin escrúpulos, ambiciosos y fanáticos como Smith, pero solo uno de ellos consiguió «despegar». Ello se debe a dos posibles razones. En primer lugar, y según todas las versiones, incluidas las de sus enemigos, Smith poseía un gran encanto natural, autoridad y facilidad de palabra: lo que Max Weber denominó el elemento «carismático» del liderazgo. En segundo lugar, en aquella época había una gran cantidad de personas ansiosas de tierras y de empezar una nueva vida en el Oeste, lo cual confería una inmensa fuerza latente a la idea de que un nuevo líder (sin hablar ya de un nuevo libro sagrado) les augurara una «Tierra Prometida». Las andanzas de los mormones en Missouri, Illinois y Utah y las masacres que sufrieron e infligieron de pasada dieron cuerpo y vigor a la idea de martirio y exilio; y a la idea de los «gentiles», como desdeñosamente llamaban a los no creyentes. Constituye un gran episodio de la historia y puede leerse con respeto (en contraste con la vulgar invención de su origen). Sí tiene, no obstante, dos manchas indelebles. La primera es la pura obviedad y crudeza de sus «revelaciones», que, primero Smith y posteriormente sus sucesores, improvisaron sobre la marcha haciendo gala de un gran oportunismo. Y la segunda es su repugnante y burdo racismo. Los predicadores cristianos de toda clase habían justificado la esclavitud hasta la guerra de Secesión estadounidense, e incluso después, bajo el presunto amparo bíblico de que, de los tres hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet), Cam había recibido una maldición y fue entregado a la servidumbre. Pero Joseph Smith llevó esta desagradable fábula mucho más lejos despotricando en su «Libro de Abraham» con la idea de que las razas de tez morena de Egipto habían heredado dicha maldición. También, en la batalla inventada de «Cumora», un lugar convenientemente situado para la

ocasión cerca de donde el propio Smith había nacido, los «nefitas» (a quienes se describe como «apuestos» y de tez clara) lucharon contra los «lamanitas», cuyos descendientes fueron castigados con la pigmentación oscura de su piel por apartarse de dios. A medida que la crisis de la esclavitud fue agravándose en Estados Unidos, Smith y sus aún menos fiables discípulos predicaron contra los abolicionistas en una Missouri prebélica. Afirmaron con solemnidad que durante la batalla decisiva entre Dios y Lucifer había habido un tercer grupo en el cielo. Este grupo, según explicaban, había tratado de mantenerse neutral. Pero tras la derrota de Lucifer habían sido obligados a descender al mundo y se les impuso «encarnarse en el execrable linaje de Canaán; y de ahí surgió la raza negra o africana». Así pues, cuando el doctor Brodie escribió su libro por primera vez, en la Iglesia mormona no se permitía a ningún negro estadounidense alcanzar siquiera la simple condición de diácono, y menos aún el sacerdocio. Tampoco se permitía a los descendientes de Cam asistir a los ritos sagrados del templo.

Si hay algo que demuestra que la religión es una invención humana es el modo en que los mormones más ancianos resolvieron esta dificultad. Interpelados por la llaneza de las palabras de uno de sus libros sagrados y el creciente desprecio y aislamiento que se les impuso, los mormones hicieron lo que habían hecho cuando su afición a la poligamia hizo recaer sobre la mismísima Utah de dios un castigo federal. Recibieron una «revelación» más y, aproximadamente en la época de la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1965, dios les indicó que, después de todo, las personas negras también eran seres humanos.

Debe decirse en favor de los «Santos del Último Día» (estas presuntuosas palabras se añadieron en 1833 al nombre original de Smith, «Iglesia de Jesucristo») que abordaron frontalmente una de las grandes dificultades de toda religión revelada. Se trata del problema de qué hacer con aquellos que nacieron antes de esa «revelación» en exclusiva, o con quienes murieron sin tener la oportunidad de participar de sus maravillas. Los cristianos solían resolver este problema diciendo que tras la crucifixión Jesús descendió al infierno, donde se piensa que salvó o convirtió a los muertos. De hecho, hay un exqui-

sito pasaje en el *Infierno* de Dante en el que acude a redimir el espíritu de grandes hombres como Aristóteles, que supuestamente llevaban consumiéndose allí muchos siglos hasta que él llegó a salvarlos. (En otra escena menos ecuménica de ese mismo libro, el profeta Mahoma aparece destripado con un nauseabundo detalle.) Los mormones han mejorado esta solución bastante anticuada con otra sin mucha imaginación. Han confeccionado una gigantesca base de datos genealógica almacenada en un inmenso silo de Utah y se ocupan de llenarla con los nombres de todas las personas cuyo nacimiento, boda y muerte han sido registrados desde que hay archivos de ello. Resulta muy útil si uno quiere buscar su propio árbol genealógico, y siempre que no ponga objeción a que sus antepasados se vuelvan mormones. Todas las semanas, en ceremonias especiales celebradas en los templos mormones, las congregaciones se reúnen y reciben una determinada cuota de nombres de difuntos por los que «rogar» en su iglesia. Este bautismo retroactivo de los muertos me parece bastante inofensivo, pero el Comité Judío Estadounidense se indignó cuando se descubrió que los mormones habían adquirido los archivos de la «solución final» nazi y que estaban bautizando con diligencia a lo que por una vez podía llamarse verdaderamente una «tribu perdida»: los judíos asesinados en Europa. Pese a su enternecedora eficacia, este ejercicio parecía de mal gusto. Tengo simpatía por el Comité Judío Estadounidense, pero en todo caso creo que los seguidores del señor Smith deberían felicitarse aunque sea por haber dado con la solución tecnológica más ingenua para un problema que se ha resistido a recibirla a lo largo de todos los tiempos, desde el primer momento en que el hombre inventó la religión.

12

Una coda: cómo terminan las religiones

Puede resultar igualmente útil e instructivo echar un vistazo al final de las religiones o de los movimientos religiosos. Los milleristas, por ejemplo, ya no existen. Y no volveremos a oír hablar del dios Pan más que en el tono más vestigial y nostálgico, ni de Osiris, ni de ninguno de los miles de dioses que en otro tiempo mantuvieron a personas en situación de franca esclavitud. Pero debo confesar una leve simpatía, que he tratado en vano de reprimir, por Sabbatai Sevi, el más imponente de los «falsos Mesías». A mediados del siglo XVII polarizó a comunidades judías enteras de todo el Mediterráneo y el Levante europeo (y hasta de lugares tan remotos como Polonia, Hamburgo o incluso Amsterdam, la ciudad que repudió a Spinoza) con su afirmación de que era el escogido para devolver a los exiliados a Tierra Santa e iniciar la era de la paz universal. Su clave para la revelación residía en el estudio de la cábala (de moda otra vez desde hace poco gracias a una mujer del mundo del espectáculo estrafalariamente conocida como Madonna), y su aparición fue celebrada con desenfreno en sus asentamientos por las congregaciones judías, desde Esmirna hasta Salónica, Constantinopla y Alepo. (Como los rabinos de Jerusalén ya habían pasado antes por las inconveniencias de las afirmaciones mesiánicas prematuras, fueron más escépticos.) Mediante la utilización del cálculo cabalístico que convertía su propio nombre en un equivalente de «Mosiach» o «Mesías» a partir de un anagrama hebreo, tal vez se convenció a sí mismo, y sin duda convenció a los demás, de que él era el esperado. En palabras de uno de sus discípulos:

> El profeta Nathan de Gaza anunció y Sabbatai Sevi predicó que quienes no enmendaran sus pasos no contemplarían el consuelo de Sión y Jerusalén, y que serían condenados a penar y al desprecio eterno. Y hubo arrepentimiento, un arrepentimiento como jamás se ha visto desde que se creó el mundo y hasta el día de hoy.

Esto no era terror «millerista» en bruto. Los especialistas y eruditos discutieron la cuestión con vehemencia y por escrito y, en consecuencia, disponemos de un buen registro de los acontecimientos. Estaban presentes todos los elementos de una verdadera profecía (falsa). Los fieles de Sabbatai nombraron a su equivalente de Juan el Bautista, un rabino carismático llamado Nathan de Gaza. Los enemigos de Sabbatai lo describieron como un epiléptico y un hereje y lo acusaron de quebrantar la ley. Dichos enemigos, a su vez, fueron lapidados por los partidarios de Sabbatai. Las asambleas y congregaciones religiosas estallaron en cólera y se lanzaron unas contra otras. En un viaje para anunciarse en Constantinopla, la embarcación de Sabbatai fue azotada por la tempestad y él reprendió a las aguas; y cuando fue encarcelado por los turcos su prisión se iluminó con llamas sagradas y dulces fragancias (o no, según las muchas versiones discrepantes). Haciéndose eco de una disputa cristiana muy violenta, los defensores del rabino Nathan y de Sabbatai sostenían que sin fe, el conocimiento de la Torá y la realización de buenas obras serían vanas. Sus oponentes afirmaban que la Torá y las buenas obras eran lo principal. El drama era tan completo en todos los aspectos que hasta los rabinos de Jerusalén obstinadamente contrarios a Sabbatai preguntaron en cierto momento que se les dijera si se había atribuido algún milagro o señal comprobable al presuntuoso que estaba contaminando a los judíos de alegría. Hombres y mujeres vendieron todo lo que tenían y se prepararon para seguirle hasta la Tierra Prometida.[1]

Las autoridades imperiales otomanas tenían en aquella época mucha experiencia en ocuparse de desórdenes civiles entre minorías confesionales (estaban exactamente en el proceso de arrebatar Creta a los venecianos) y se comportaron con mucha mayor cautela de la que se supone que demostraron los católicos. Entendían que si Sabbatai iba

a proclamar que su reino estaba por encima del de cualquier otro rey, por no hablar de reclamar una gran extensión de su provincia en Palestina, entonces era un contendiente secular, además de religioso. Pero cuando llegó a Constantinopla, lo único que hicieron fue encerrarlo. El ulema, o autoridad religiosa musulmana, fue igualmente astuto. Recomendaron que no se ejecutara a este turbulento individuo para que sus entusiasmados fieles no «crearan otra religión».

El guión estuvo casi completo cuando un antiguo discípulo de Sabbatai, un tal Nehemiah Kohen, acudió a visitar a la guardia del gran visir en Edirne y denunció a su antiguo señor por prácticas inmorales y heréticas. Convocado a comparecer en el palacio del visir, y con el permiso para realizar el camino desde la cárcel acompañado de una procesión de seguidores salmodiando, se le preguntó al Mesías sin rodeos si aceptaría someterse al juicio de lo sobrenatural. Los arqueros de la corte le utilizarían como diana, y si el cielo desviaba las flechas se le declararía auténtico. Si se negaba a soportar la prueba, sería empalado. Si prefería rechazar de plano el dilema, podría afirmar que era un auténtico musulmán y se le permitiría conservar la vida. Sabbatai Sevi hizo lo que casi cualquier mamífero corriente habría hecho: realizó la profesión de fe habitual en el único dios existente y en su enviado y se le concedió una sinecura. Posteriormente fue deportado a una región del imperio que era casi un *Judenrein*, en la frontera entre Albania y Montenegro, y allí expiró, supuestamente, en el Yom Kippur de 1676, exactamente a la hora de la oración de la noche, cuando se dice que Moisés exhaló su último aliento. Su tumba, muy buscada, jamás ha sido identificada de forma concluyente.

Sus seguidores menos rigurosos se escindieron de inmediato en varias facciones. Hubo quienes se negaron a creer en aquella conversión o apostasía. Otros sostenían que él se había convertido a la fe musulmana únicamente para ser un Mesías aún mayor. Hubo quienes opinaban que tan solo había adoptado un disfraz. Y, por supuesto, estaban también los que afirmaban que había ascendido a los cielos. Sus auténticos discípulos adoptaron la doctrina de la «ocultación», algo que, no debe sorprendernos, supone la fe en que el Mesías, invisible para nosotros, no ha muerto en absoluto, sino que espera el

momento en que la humanidad esté preparada para su suntuoso regreso. (La «ocultación» es también el término empleado por los chiíes devotos para describir la actual y prolongada situación del Duodécimo Imán o «Mahdi»: un niño de cinco años que, según parece, desapareció de la vista de los seres humanos en el año 873.)

De modo que la religión de Sabbatai Sevi se acabó y sobrevive únicamente en la pequeña secta sincrética de Turquía conocida como «dönme», que oculta su lealtad a los judíos bajo un manto exterior de práctica ritual islámica. Pero si su fundador hubiera sido condenado a muerte todavía estaríamos oyendo hablar de ella y de las rebuscadas excomuniones mutuas, lapidaciones y cismas a las que sus seguidores se habrían entregado a continuación. Lo que a día de hoy más se parece a esto es la secta hasídica conocida como «habad», el movimiento Lubavitcher liderado antiguamente (y, según algunos, todavía) por Menachem Schneerson. Se confiaba en que la muerte de este hombre en Brooklyn en 1994 diera lugar a una era de redención, lo cual dista mucho de haber sucedido. Ya en 1983 el Congreso de Estados Unidos estableció un «día» oficial en memoria de Schneerson. Exactamente igual que todavía existen sectas judías que sostienen que la «solución final» nazi fue un castigo por vivir exiliados de Jerusalén, así también hay quien mantiene la política de los tiempos del gueto de situar en las puertas a un vigilante cuya misión consiste en alertar a los demás si llega inesperadamente el Mesías. («Es un trabajo fijo», se cuenta que comentó en tono defensivo uno de estos vigilantes.) Al analizar las religiones que no llegaron del todo a serlo y podrían haberlo sido, tal vez experimentemos un ligero sentimiento de patetismo, si no fuera por el estruendo continuo de los demás sermoneadores, todos los cuales afirman que es *su* Mesías, y no el de ningún otro, al que hay que esperar con veneración y servilismo.

13

¿Sirve la religión para que las personas se comporten mejor?

Poco más de un siglo después de que Joseph Smith cayera víctima de la violencia y la histeria que contribuyó a desatar, se alzó otra voz profética en Estados Unidos. Un joven pastor negro llamado Martin Luther King empezó a predicar que su pueblo, los herederos de la misma esclavitud que Joseph Smith y todas las demás iglesias cristianas habían aprobado con tanta calidez, debía ser libre. Resulta bastante imposible incluso para un ateo como yo leer sus sermones o ver grabaciones de sus discursos sin sentir una emoción profunda como la que a veces puede arrancar lágrimas auténticas. La «Carta desde la cárcel de Birmingham» del doctor King, escrita en respuesta a un grupo de clérigos cristianos blancos que le habían instado a guardar la compostura y tener «paciencia» (en otras palabras, a recordar cuál era su sitio), es un modelo de argumentación y contraargumentación. Con su frialdad cortés y su espíritu generoso todavía emana la insaciable convicción de que no se debe tolerar nunca más la obscena injusticia del racismo.

Los tres volúmenes de la magnífica biografía del doctor King escrita por Taylor Branch se titulan sucesivamente *Parting the Waters*, *Pillar of Fire* y *At Canaan's Edge*. Y la retórica con la que King se dirigía a sus seguidores estaba concebida para evocar la historia que ellos mejor conocían: la que comienza cuando Moisés le dice al faraón «Deja salir a mi pueblo». En todos sus discursos, uno tras otro, animaba a los oprimidos y exhortaba y avergonzaba a sus opresores. Poco a poco, la abochornada dirección religiosa del país se puso de su lado. El rabino Abraham Heschel preguntó: «¿En qué lugar de Estados

Unidos escuchamos hoy una voz como la de los profetas de Israel? Martin Luther King representa una señal de que Dios no ha abandonado a los Estados Unidos de América».

Si tomamos como referencia el relato mosaico, lo más inquietante de todo fue el sermón que King pronunció la última noche de su vida. Su esfuerzo por modificar la opinión pública y convencer a las obstinadas administraciones de Kennedy y Johnson estaba casi concluido y se encontraba en Memphis, Tennessee, para apoyar una larga y dura huelga llevada a cabo por los trabajadores del saneamiento de la ciudad, en cuyas pancartas aparecían únicamente las palabras «Soy un hombre». En el púlpito del templo Mason pasó revista a la prolongada lucha de los años recientes y a continuación dijo: «Pero ya no me preocupa». Se hizo un silencio, y luego prosiguió: «Porque he llegado a la cima de la montaña. Y no me importa. Como a cualquier persona, me gustaría vivir una larga vida. La longevidad tiene su lugar. Pero no me preocupa eso ahora. Solo quiero hacer la voluntad de Dios. Y él me ha permitido subir a la cima de la montaña. Y he observado desde allí. Y he *visto* la Tierra Prometida. Y puede que no llegue a ella con vosotros, pero quiero que *sepáis*, *esta noche*, que nosotros, como pueblo, ¡llegaremos a la Tierra Prometida!». Ninguno de los presentes aquella noche lo ha olvidado jamás; y me atrevería a afirmar que lo mismo puede decirse de todo aquel que ve la película que con tanto acierto ha plasmado ese trascendental momento. El segundo mejor modo de experimentar esta sensación en diferido es escuchar cómo Nina Simone cantó aquella misma fatídica semana «The King of Love Is Dead». El drama en su conjunto tiene capacidad para combinar ciertos elementos procedentes de Moisés en el monte Nebo con la agonía del huerto de Getsemaní. El efecto apenas queda debilitado, ni siquiera cuando descubrimos que aquel era uno de sus sermones favoritos, que lo había pronunciado en varias ocasiones con anterioridad y que podía volver a meterse en ese texto cuando la ocasión lo requería.

Pero los ejemplos que King extrajo de los libros de Moisés eran, por suerte para todos nosotros, metáforas y alegorías. Su predicación más imperiosa era la de la no violencia. En su versión de la historia no había ningún castigo violento ni ningún derramamiento de san-

gre genocida. Tampoco hay crueles mandatos sobre lapidación de niños ni quema de brujas. A su pueblo perseguido y despreciado no se le prometía el territorio de otros, ni se le incitaba a ejercer el pillaje y el crimen en otras tribus. Ante la provocación y la brutalidad sin fin, King rogaba a sus seguidores que se convirtieran en lo que durante algún tiempo fueron auténticamente: los tutores morales de Estados Unidos y, más allá de sus orillas, del mundo entero. De hecho, perdonó a su asesino de antemano: el único detalle que hubiera vuelto las últimas palabras que pronunció en público impecables y perfectas habría sido una declaración a tal efecto. Pero la diferencia entre él y los «profetas de Israel» no podía haber quedado más clara de ningún otro modo. Si la población hubiera sido izada en brazos desde la cuna para escuchar la historia de la *Anábasis* de Jenofonte y el largo, penoso y peligroso viaje de los griegos hacia la victoriosa contemplación del mar, esta alegoría habría servido igualmente. Según parece, no obstante, «El Libro» era el único punto de referencia que todo el mundo tenía en común.

El reformismo cristiano surgió originalmente de la capacidad de sus defensores de contraponer al Antiguo Testamento, el Nuevo. Los libros judíos antiguos tan apresuradamente redactados presentaban un dios malhumorado, implacable, sangriento y provinciano, que tal vez resultara más escalofriante cuando estaba de buen humor (el clásico atributo de un dictador). Mientras que los libros apresuradamente redactados de los últimos dos mil años contenían asideros para la esperanza y referencias a la mansedumbre, el perdón, los corderos, las ovejas, etcétera. La diferencia es más aparente que real, puesto que únicamente en los comentarios atribuidos a Jesús encontramos alguna mención al infierno y la condena eterna. El dios de Moisés impondría con rudeza las matanzas, las plagas e incluso el exterminio sobre sus tribus, incluida su favorita; pero cuando la tumba se cernía sobre sus víctimas prácticamente todo se acababa en ellos, a menos que se acordara de maldecir a las generaciones posteriores. No fue hasta el advenimiento del Príncipe de la Paz cuando hemos oído hablar de la manida idea del castigo y el tormento posterior de los muertos. Augurado en un principio en los sermones de Juan el Bautista, el hijo de dios se revela como aquel que condenará a los deso-

bedientes al fuego eterno si no acatan directamente sus palabras más dulces. Esto ha abastecido de textos a los sádicos clericales desde el principio, y en las invectivas del islam aparece con un realismo que parece salirse de las páginas. En ningún momento el doctor King, que en una ocasión fue fotografiado en una librería esperando tranquilamente a un médico mientras llevaba todavía clavado en el pecho el cuchillo con el que le había agredido un loco, insinuó siquiera que quienes le hirieran y vilipendiaran serían objeto de ninguna venganza o castigo, ni en este mundo ni en el próximo, a excepción de las consecuencias derivadas de su propia necedad, egoísmo y brutalidad. Y en mi humilde opinión, expresó ese llamamiento incluso con unos modales mucho más corteses de los que merecían aquellos a quienes iba dirigido. Así pues, bajo ningún punto de vista real, en contraposición al nominal, era él cristiano.

Esto no desmerece lo más mínimo su condición de gran predicador, como tampoco lo hace el hecho de que fuera un mamífero como el resto de nosotros y plagiara tal vez su tesis doctoral y sintiera una notable afición por la bebida y por mujeres bastante más jóvenes que su esposa. Dedicó lo que le quedaba de su última noche a la disipación orgiástica, cosa por la que no le culpo. (Estos hechos, que desde luego perturban a los fieles, son bastante más alentadores por cuanto demuestran que un perfil moral alto no es un requisito para realizar grandes hazañas morales.) Pero si, como a menudo se hace, hay que utilizar su ejemplo para demostrar que la religión tiene un efecto ennoblecedor y liberador, analicemos entonces la premisa más general.

Al tomar como ejemplo la memorable historia de los estadounidenses negros deberíamos advertir, en primer lugar, que los esclavos no eran cautivos de ningún faraón, sino de varios estados y sociedades cristianas que durante muchos años llevaron a cabo un «comercio» triangular entre la costa occidental de África, el litoral oriental norteamericano y las capitales de Europa. Esta descomunal y atroz industria estaba bendecida por todas las iglesias y durante mucho tiempo no despertó absolutamente ninguna protesta religiosa. (Su equivalente, el comercio de esclavos en el Mediterráneo y en el norte de África, estaba refrendado explícitamente por el islam y se realizaba en su nombre.) En el siglo XVIII unos cuantos disidentes meno-

nitas y cuáqueros de Estados Unidos empezaron a exigir que se aboliera, como también hicieron algunos librepensadores como Thomas Paine. Cavilando sobre el modo en que la esclavitud corrompía y embrutecía a los amos en igual medida que explotaba y torturaba a los esclavos, Thomas Jefferson escribió: «De hecho, cuando pienso que Dios es justo, siento miedo por mi país». Fue una afirmación tan incoherente como memorable: dadas las maravillas de un dios que era asimismo justo, a largo plazo no debería haber mucho por lo que echarse a temblar. En cualquier caso, el Todopoderoso se las arregló para tolerar aquella situación mientras nacían y morían bajo el látigo varias generaciones más y hasta que la esclavitud dejó de ser tan provechosa y el Imperio británico empezó a desvincularse de ella.

Este fue el acicate para la recuperación del abolicionismo. A veces adoptaba forma cristiana, de manera más notable en el caso de William Lloyd Garrison, el gran orador y fundador de *The Liberator*. El señor Garrison era un hombre espléndido bajo cualquier punto de vista, pero probablemente sea una suerte que no se obedeciera ninguno de sus primeros consejos religiosos. Basó su reivindicación inicial en el peligroso versículo de Isaías que insta a los fieles a «apartarse» y «salir de allí» (este es también el fundamento teológico del presbiterianismo fundamentalista y fanático de Ian Paisley en Irlanda del Norte). A juicio de Garrison, la Unión y la Constitución de Estados Unidos eran «un pacto con la muerte» y deberían ser ambas destruidas: de hecho, fue él quien reclamó la secesión antes de que lo hicieran los confederados. (Posteriormente descubrió la obra de Thomas Paine y fue menos un predicador y por tanto un abolicionista más eficaz, además de uno de los primeros defensores del sufragio femenino.)[1] Fue el esclavo fugitivo Frederick Douglass, autor de su conmovedora y mordaz *Vida de un esclavo americano escrita por él mismo*, quien se abstuvo de utilizar un lenguaje apocalíptico y, por el contrario, exigió que Estados Unidos *hiciera honor* a las promesas universalistas contenidas en su Declaración de Independencia y en su Constitución. El fiero John Brown, que también empezó siendo un temible y despiadado calvinista, hizo lo mismo. Más tarde, en su vida, tenía obras de Paine en su campamento, admitió a los librepensadores en su diminuto pero influyente ejército y hasta redactó y publicó una nueva

«Declaración» en defensa de los esclavos hecha a imagen y semejanza de la de 1776. Esto fue en la práctica una demanda mucho más revolucionaria, así como más realista y, como reconoció el propio Lincoln, allanó el camino para la Proclamación de la Emancipación de los negros. Douglass fue un tanto ambiguo con respecto a la religión, acerca de la cual señaló en su *Vida* que los cristianos más devotos eran los esclavistas más feroces. La verdad obvia que ello encerraba quedaba subrayada cuando se produjo realmente la secesión y la Confederación adoptó la expresión latina *Deo Vindice* o, en realidad, «Con Dios de nuestro lado». Como apuntó Lincoln en su muy ambiguo segundo discurso de investidura, ambos bandos de la disputa efectuaban dicha afirmación, al menos en sus púlpitos, exactamente igual que ambos eran adictos a citar en voz muy alta y con mucha convicción otras palabras de los textos sagrados.

El propio Lincoln vacilaba a la hora de reclamar la autoridad de ese modo. De hecho, es bien conocido que en un determinado momento dijo que este tipo de invocaciones a la divinidad eran erróneas, ya que la cuestión radicaba más bien en tratar de estar del lado de dios. Presionado para promulgar de inmediato una Proclamación de la Emancipación de los negros en una reunión de cristianos celebrada en Chicago, siguió considerando que ambas caras de la argumentación venían avaladas por la fe y afirmó: «No obstante, los nuestros no son tiempos de milagros y supongo que todo el mundo sabrá que no espero recibir una revelación directa».[2] Aquello fue una clara evasiva, pero cuando finalmente se armó de valor para promulgar dicha proclamación dijo a quienes seguían indecisos que se había prometido a sí mismo hacerlo... a cambio de que dios concediera la victoria en Antietam a las fuerzas de la Unión. Aquel día se registró en territorio estadounidense el mayor número de muertos de toda su historia. De modo que es posible que Lincoln quisiera de algún modo santificar y justificar aquella espantosa carnicería. Habría sido un acto bastante noble si uno no se parara a pensar que, siguiendo idéntica lógica, si esa misma carnicería hubiera concluido con victoria de signo contrario... ¡la liberación de los esclavos habría quedado postergada! Y también dijo: «Me temo que los soldados rebeldes rezan con mucho más fervor que nuestras tropas y confían en que Dios favo-

rezca a su bando; porque uno de nuestros soldados que había sido tomado prisionero dijo que nada le pareció tan desalentador como la aparente sinceridad de aquellos con quienes estuvo mientras rezaban». Si los de los uniformes grises hubieran tenido un poquito más de suerte en el campo de batalla de Antietam, el presidente podría haberse preocupado por si dios desertaba por completo de la causa antiesclavista.

No conocemos las creencias religiosas íntimas de Lincoln. Le gustaba hacer referencia a Dios Todopoderoso, pero jamás fue miembro de ninguna Iglesia y los clérigos se opusieron de forma radical a sus primeras candidaturas. Su amigo Herndon sabía que había leído atentamente a Paine, a Volney y a otros librepensadores y se había formado la opinión de que en privado era un no creyente categórico. Parece improbable. Sin embargo, también sería inexacto afirmar que era cristiano. Hay muchas evidencias que avalan la opinión de que era un escéptico atormentado con cierta tendencia al deísmo. Como quiera que fuese, lo máximo que puede decirse en favor de la religión en el grave asunto de la abolición de la esclavitud es que muchos cientos de años después y habiéndose impuesto y pospuesto el asunto hasta que el interés egoísta condujo a una horripilante guerra, consiguió finalmente deshacer una pequeña parte del daño y la desgracia que en primera instancia había infligido.

Eso mismo puede decirse de la época de King. Tras la reconstrucción, las iglesias del sur regresaron a sus viejas costumbres y bendijeron a las nuevas instituciones de la segregación y la discriminación. No fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la extensión de la descolonización y la propagación de los derechos humanos cuando volvió a alzarse la voz en favor de la emancipación. En respuesta a ello, se afirmaba otra vez con rotundidad (en territorio estadounidense y en la segunda mitad del siglo XX) que Dios no quería que los descendientes discrepantes de Noé se mezclaran. Esta estupidez cavernícola tenía consecuencias en el mundo real. El difunto senador Eugene McCarthy me dijo que en una ocasión había instado al senador Pat Robertson, padre del actual profeta televisivo, a apoyar determinada legislación poco estricta en defensa de los derechos civiles. «Claro que me gustaría ayudar a las personas de color —fue su

respuesta—, pero la Biblia dice que no puedo.» La única definición que «el Sur» daba de sí mismo era que era blanco y cristiano. Eso es exactamente lo que confirió al doctor King su ascendencia moral, ya que podía vencer con sus prédicas a los sureños reaccionarios. Pero la pesada carga jamás habría recaído sobre él si, para empezar, la religiosidad no hubiera estado tan profundamente afianzada. Como muestra Taylor Branch, muchos de los miembros del círculo más cercano y del séquito de King eran comunistas y socialistas laicos que llevaban varias décadas abonando el terreno para la aparición de un movimiento en defensa de los derechos civiles y contribuyendo a formar valientes voluntarios como la señora Rosa Parks para que se incorporaran a una meticulosa estrategia de desobediencia civil generalizada; y estas vinculaciones «ateas» iban a utilizarse continuamente contra King, sobre todo desde el púlpito. De hecho, una consecuencia de su campaña fue la de producir el «contragolpe» de la cristiandad blanca de derechas, que todavía es una fuerza muy poderosa por debajo de la línea Mason-Dixon.*

Cuando en 1517 el tocayo del doctor King clavó sus tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg y proclamó con firmeza «Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa», marcó una pauta para la valentía intelectual y moral. Pero Martín Lutero, que inició su vida religiosa terriblemente atemorizado por un arrebato de iluminación casi frontal, pasó a convertirse en un fanático y un perseguidor por derecho propio clamando criminalmente contra los judíos, aullando sobre los demonios y solicitando a los principados alemanes que aplastaran a los pobres rebeldes. Cuando el doctor King ocupó el estrado en el monumento conmemorativo al señor Lincoln y modificó el curso de la historia, también adoptó una posición que efectivamente le había sido impuesta. Pero lo hizo en calidad de humanista concienzudo, y nadie podría utilizar jamás su nombre para justificar la opresión o la crueldad. Por esa razón su legado perdura todavía y tiene muy poco que ver con la teología que profesaba. No era necesario

* Originalmente, frontera estadounidense entre Maryland y Pensilvania. Antes de la guerra de Secesión era considerada, junto con el río Ohio, la línea divisoria entre los estados esclavistas del Sur y los estados liberados del Norte. *(N. del T.)*

recurrir a ninguna fuerza sobrenatural para defender la causa contra el racismo.

Por consiguiente, cualquiera que utilice el legado de King para justificar el papel de la religión en la vida pública debe aceptar todos los corolarios que parece llevar consigo. Hasta un vistazo somero a todos los datos revelará, en primer lugar, que persona a persona, los librepensadores, agnósticos y ateos estadounidenses salen mejor parados. Las posibilidades de que una opinión *secular* o librepensadora impulsara a alguien a denunciar una injusticia absoluta eran muy altas. Las posibilidades de que la fe religiosa impulsara a alguien a adoptar una postura contra la esclavitud y el racismo eran bastante reducidas desde el punto de vista estadístico. Pero las posibilidades de que la creencia religiosa de alguien le llevara a defender la esclavitud y el racismo eran desde el punto de vista estadístico extremadamente *altas*, y este último hecho nos ayuda a comprender por qué la victoria de la simple justicia tardó tanto tiempo en producirse.

Por lo que sé, hoy día no hay ningún país en el mundo en el que se practique todavía la esclavitud sin que la justificación proceda del Corán. Esto nos retrotrae a la respuesta que dieron en los primeros días de la República a Thomas Jefferson y John Adams. Estos dos esclavistas fueron a visitar al embajador de Trípoli en Londres para preguntarle con qué derecho él y sus potentados camaradas bereberes se atrevían a apresar y vender a las tripulaciones y pasajeros estadounidenses de los barcos que cruzaban el estrecho de Gibraltar. (En la actualidad se calcula que entre 1530 y 1780 más de 1.250.000 europeos fueron transportados por esta vía marítima.) Según informó Jefferson en el Congreso:

> El embajador nos respondió que se basaba en las Leyes del Profeta, que estaban escritas en su Corán, que todas las naciones que no hubieran respetado su autoridad eran pecadoras, que era su deber y su obligación hacer la guerra a aquellas cada vez que pudieran encontrarlas y esclavizar a todos los que pudieran tomar como prisioneros.[3]

El embajador Abdrahaman pasó a señalar el precio que se exigía por el rescate, el precio de las garantías contra el secuestro y, finalmente,

pero no por ello menos importante, la comisión personal que él debía cobrar por estos trámites. (Una vez más, la religión deja traslucir las interesadas conveniencias del ser humano.) Según parece, tenía bastante razón en lo que decía sobre el Corán. La octava sura, revelada en Medina, se ocupa extensamente de los botines de guerra justificados y se centra continuamente en los «castigos del fuego» que aguardan a aquellos que sean derrotados por los creyentes. Fue precisamente esta sura la que utilizaría solo dos siglos después Sadam Husein para justificar el asesinato masivo y la desposesión de la población del Kurdistán.

Hay otro grandioso episodio histórico que suele presentarse como si llevara implícito cierta relación entre fe religiosa y consecuencias éticas: la emancipación de la India del régimen colonial. Al igual que con la heroica batalla del doctor King, la verdadera historia nos enseña que sucede más bien lo contrario.

Tras el debilitamiento crítico del Imperio británico en la Primera Guerra Mundial, y más concretamente tras la conocida matanza de manifestantes indios en la ciudad de Amritsar en abril de 1919, quedó bien patente hasta para quien entonces controlaba el subcontinente que el gobierno de Londres se acabaría más pronto que tarde. Ya no era una cuestión de «si» se acababa, sino de «cuándo». De no haber sido así, una campaña de desobediencia pacífica no habría tenido ninguna posibilidad de triunfar. Así pues, Mohandas K. Gandhi (conocido a veces como «el Mahatma» por respeto a su condición de anciano hinduista) estaba en cierto modo empujando una puerta ya abierta. No hay demérito en ello, pero son precisamente sus convicciones religiosas las que convierten su legado en algo dudoso en lugar de en algo santo. Planteemos la cuestión de forma sucinta: él pretendía que la India volviera a ser una sociedad «espiritual» primitiva y estructurada en torno a las aldeas, hizo mucho más difícil la posibilidad de compartir el poder con los musulmanes y estaba bastante dispuesto a ejercer hipócritamente la violencia cuando pensaba que podía beneficiarle.

La cuestión de la independencia india en su conjunto se entrelazó con la cuestión de la unidad: ¿renacería el antiguo protectorado

británico como un solo país, con las mismas fronteras e integridad territorial y seguiría llamándose no obstante la India? A esto, una determinada facción inquebrantable de musulmanes respondía que no. Bajo el gobierno británico habían gozado de cierta protección en tanto que minoría numerosa, por no decir privilegiada, y no estaban dispuestos a canjear esta situación por la de convertirse en una gran minoría de un Estado dominado por el hinduismo. Por tanto, el hecho descarnado de que la principal fuerza en favor de la independencia, el Partido del Congreso, estuviera dominado por un hindú destacado volvía muy difícil la conciliación. Se podría replicar, y de hecho yo replicaría, que la intransigencia musulmana habría desempeñado un papel destructivo en cualquier caso. Pero la labor de persuadir a los musulmanes de a pie para que abandonaran el Partido del Congreso y se unieran a la separatista «Liga Musulmana» fue mucho más fácil gracias a las prolongadas charlas de Gandhi sobre el hinduismo y a las ostentosas y largas horas que dedicaba a prácticas cultuales y a ocuparse de su rueca.

Esta rueca, que todavía aparece como emblema en la bandera india, fue el símbolo del rechazo de Gandhi a la modernidad. Decidió vestirse con harapos elaborados por él mismo, con sandalias, llevar un bastón y mostrar hostilidad hacia la maquinaria y la tecnología. Hablaba extasiado sobre las aldeas indias, en las que el ritmo milenario de los animales y las cosechas determinaría cómo se viviría la vida humana. Millones de personas habrían muerto de hambre absurdamente si hubieran seguido su consejo y seguirían rindiendo culto a las vacas (inteligentemente calificadas por los sacerdotes como «sagradas» para que los pobres y los ignorantes no las mataran y se comieran su único capital en las épocas de sequía y hambrunas). Gandhi merece reconocimiento por su crítica al sistema de castas hindú, según el cual los estratos inferiores de la humanidad vivían condenados a un ostracismo y un desdén que en algunos aspectos era aún más cruel y absoluto que la esclavitud. Pero precisamente en el momento en que lo que más necesitaba la India era un líder nacionalista laico moderno, tenía por el contrario a un faquir y un gurú. El quid de este desagradable descubrimiento afloró en 1941, cuando el ejército imperial japonés conquistó Malaisia y Birmania y se encontraba en las fronteras

de la propia India. Creyendo (erróneamente) que esto auguraba el fin del gobierno británico, Gandhi escogió este instante para boicotear el proceso político y proclamar su famoso llamamiento para que los británicos «abandonasen la India». Añadía que debían abandonarla «a Dios o a la anarquía», lo cual, dadas las circunstancias, habría significado más o menos lo mismo. Quienes atribuyen ingenuamente a Gandhi un pacifismo deliberado y coherente tal vez deseen preguntar si aquello no equivalía a dejar que los imperialistas japoneses entablaran la lucha en su lugar.

Entre las muchas consecuencias negativas de la decisión de Gandhi y el Partido del Congreso de abandonar las negociaciones se encontraba la oportunidad que brindaba a los seguidores de la Liga Musulmana de «permanecer» en los ministerios que ya controlaban y, por tanto, de reforzar sus posiciones negociadoras cuando poco después llegara el momento de la independencia. Su insistencia en que la independencia adoptara la forma de una mutilación o amputación en la que el Punjab Occidental y Bengala Oriental quedaran separadas del territorio nacional principal se volvió incontenible. Las espantosas consecuencias de ello se prolongan hasta nuestros días, cuando en 1971 hubo nuevos derramamientos de sangre entre musulmanes, con la aparición de un partido nacionalista hindú muy violento y una confrontación en Cachemira que todavía es la candidata con más posibilidades a desencadenar una guerra termonuclear.

Siempre quedaba una alternativa bajo la forma de la actitud laica adoptada por Nehru y Rajagopalachari: la de que canjearían la promesa británica de independencia inmediata tras la guerra a cambio de una alianza común de la India y Gran Bretaña contra el fascismo. Así, fue de hecho Nehru y no Gandhi quien condujo a su país hacia la independencia, incluso al desagradable precio de la separación. Durante décadas, una hermandad sólida entre laicistas e izquierdistas británicos e indios había diseñado argumentos en favor de la liberación de la India y había ganado la discusión. Nunca hubo ninguna necesidad de que una figura religiosa oscurantista impusiera su personalidad en el proceso y lo retrasara y distorsionara. Todo el asunto había concluido *sin necesidad de dicha suposición*. Uno desea a diario que Martin Luther King hubiera seguido viviendo y continuara aportando su

presencia y su sabiduría a la política estadounidense. Sobre «el Mahatma», que fue asesinado por miembros de una secta fanática hindú que le acusaba de no ser lo *bastante* devoto, uno desea que hubiera vivido más, aunque solo fuera para ver el daño que había causado (si bien es un alivio que no viviera para imponer su ridículo programa de hilado con rueca).

El argumento de que la fe religiosa mejora a las personas o que contribuye a civilizar la sociedad es un argumento que la gente suele esgrimir cuando ha agotado el resto de su defensa. Muy bien, parecen decir, dejemos de insistir en el Éxodo (por ejemplo), o en la virginidad de María o incluso en la resurrección, o en la «huida nocturna» desde La Meca a Jerusalén. Pero ¿dónde irían a parar las personas si no tuvieran fe? ¿Acaso no se abandonarían a todo tipo de licencias y egoísmos? ¿No es verdad, como es bien sabido que señaló en una ocasión G.K. Chesterton, que si la gente deja de creer en dios no es que no crea en nada, sino que cree en cualquier cosa?

Lo primero que debe decirse es que la conducta virtuosa de un creyente no representa en absoluto una prueba de que lo que cree sea verdadero, y que de hecho ni siquiera es un argumento en defensa de la verdad. Si aceptamos este argumento, entonces yo actuaría de forma más caritativa si creyera que el señor Buda nació de una hendidura hecha en el costado de su madre. Pero ¿acaso no haría esto depender mi impulso caritativo de algo bastante endeble? Por esa misma razón, tampoco digo que si sorprendo a un sacerdote budista robando todos los donativos depositados por el pueblo llano en su templo entonces el budismo quede desautorizado. Y en cualquier caso, nos olvidamos de cuán contingente es todo esto. De los miles de posibles religiones del desierto que hubo, así como de los millones de especies potenciales que hubo, una rama resultó echar raíces y brotar. Tras atravesar diferentes mutaciones judías hasta adquirir su forma cristiana, fue adoptada finalmente por razones políticas por el emperador Constantino y se convirtió en un credo oficial que en última instancia adquirió una forma codificada y normativa partiendo de sus muchos, caóticos y contradictorios libros. Por lo que respecta al islam, se con-

virtió en la ideología de una conquista que tuvo mucho éxito y fue adoptada por dinastías gobernantes victoriosas, fue codificado y establecido a su vez y promulgado como la ley de la tierra. Al igual que podría haber sucedido con Lincoln en Antietam, habrían bastado una o dos victorias militares de signo contrario para que en Occidente no fuéramos rehenes de las disputas locales que se produjeron en Judea y en Arabia y no hubiera quedado registro alguno de los hechos. Podríamos haber acabado siendo fieles incondicionales de otra fe absolutamente distinta, tal vez de algún culto hindú, azteca o confucionista, en cuyo caso se nos seguiría diciendo no obstante que, fuera estrictamente cierto o no, contribuía de cualquier manera a enseñar a los niños la diferencia entre lo bueno y lo malo. Dicho de otra forma, creer en dios es en cierto modo manifestar cierta *voluntad* de creer en algo. Mientras que rechazar la creencia no significa en modo alguno no profesar la fe en nada.

En una ocasión presencié cómo el ya fallecido profesor A.J. Ayer, el famoso humanista y reputado autor de *Lenguaje, verdad y lógica*, debatía con un tal obispo Butler. El moderador era el filósofo Bryan Magee. El intercambio de opiniones se produjo de forma bastante cortés hasta que el obispo, al oír a Ayer afirmar que no conocía ningún tipo de evidencia en favor de la existencia de ningún dios, explotó para decir: «Entonces no entiendo por qué no lleva usted una vida de inmoralidad desatada».

En ese instante, «Freddie», que era como sus amigos le llamaban, abandonó su habitual cortesía engolada y exclamó: «Debo decir que creo que esa es una insinuación completamente monstruosa». Ahora bien, Freddie había quebrantado ciertamente la mayoría de los mandamientos relativos al código sexual tal como fue dado a conocer en el Sinaí. Era, en cierto modo, un hombre famoso en virtud de ello. Pero fue un excelente profesor, un padre adorable y un hombre que dedicó gran parte del tiempo libre de que disponía a defender los derechos humanos y la libertad de expresión. Decir que la suya era una vida inmoral sería hacer una parodia de la verdad.

De los muchos escritores que ilustraron este mismo aspecto de un modo diferente, escogeré a Evelyn Waugh, que profesaba el mismo credo que el obispo Butler y se esforzó al máximo para que sus no-

velas argumentaran en defensa de las actuaciones de la gracia divina. En su novela *Retorno a Brideshead* realiza una observación muy aguda. Los dos protagonistas, Sebastian Flyte y Charles Ryder, el primero de los cuales es heredero de una añeja aristocracia católica, reciben la visita del padre Phipps, que cree que todos los jóvenes deben mostrarse apasionadamente interesados por el críquet. Cuando se desengaña de esta idea, mira a Charles «con una expresión que desde entonces he observado varias veces en los religiosos, una expresión de inocente sorpresa al comprobar que quienes se exponen a los peligros del mundo aprovechan muy poco sus variados consuelos».

Vuelvo a examinar, por tanto, la pregunta del obispo Butler. ¿Acaso no le estaba diciendo en realidad a Ayer a su ingenuo modo que si se desprendía de las restricciones impuestas por la doctrina *él mismo* se inclinaría por llevar «una vida de inmoralidad desenfrenada»? Naturalmente, uno confía en que no. Pero existen abundantes evidencias empíricas que avalan esta idea. Cuando los sacerdotes se portan mal, se portan ciertamente muy mal y cometen delitos que harían empalidecer a un pecador corriente. Uno preferiría atribuirlo a su represión sexual antes que a las doctrinas que predican, pero resulta que una de las doctrinas reales que predican es la represión sexual... por consiguiente, la relación es inevitable y desde los primeros tiempos de la religión los miembros legos de las iglesias han inventado toda una letanía de chistes populares al respecto.

La vida del propio Waugh estaba bastante más teñida de ofensas contra la castidad y la sobriedad que la de Ayer (únicamente parecía reportarle menos felicidad al primero que al último) y, en consecuencia, solían preguntarle cómo reconciliaba su conducta privada con sus creencias públicas. Su respuesta se hizo famosa: pidió a sus amigos que se imaginaran cuánto peor habría sido si *no* fuera católico. Para alguien que creía en el pecado original, aquello debió de significar darle la vuelta a la tortilla, pero cualquier examen de la vida real de Waugh demuestra que sus elementos más perversos nacían precisamente de su fe. No nos preocupemos por los tristes excesos de la bebida y la infidelidad conyugal: en una ocasión envió un telegrama de boda a una mujer divorciada amiga suya que volvía a casarse en el que le decía que su noche de bodas ahondaría en la soledad de Jesús en el

Calvario y significaba un escupitajo en el rostro de Cristo. Apoyó los movimientos fascistas de España y Croacia y la abyecta invasión de Abisinia por parte de Mussolini, ya que todos ellos gozaban del apoyo del Vaticano, y en 1944 escribió que únicamente el Tercer Reich se interponía ahora entre Europa y la barbarie. Estas deformidades de uno de mis autores predilectos no afloraban a pesar de su fe, sino debido precisamente a ella. No cabe duda de que hubo actos íntimos caritativos y de contrición, pero dichos actos podrían haber sido llevados a cabo del mismo modo por una persona sin ningún tipo de fe. Para no buscar más allá de Estados Unidos, el magnífico coronel Robert Ingersoll, que fue el principal defensor del ateísmo hasta su muerte, en 1899, volvía loco a sus oponentes porque era una persona de una gran generosidad, un padre y esposo atento y fiel, un oficial gallardo y el poseedor de lo que Thomas Edison calificó, exagerándolo de un modo perdonable, como «todos los atributos de un hombre perfecto».

Desde que vivo en Washington he sido bombardeado con obscenas y amenazantes llamadas telefónicas de musulmanes que juraban castigar a mi familia por no dar apoyo a una campaña de mentiras, odio y violencia contra Dinamarca, un país democrático. Pero cuando mi esposa se dejó inadvertidamente una importante suma de dinero en efectivo en el asiento trasero de un taxi, el taxista sudanés se tomó muchas molestias y corrió con bastantes gastos para averiguar a quién pertenecía aquello y viajar en coche hasta mi casa para devolverlo intacto. Cuando cometí el vulgar error de ofrecerle el diez por ciento del dinero, dejó tajantemente claro, pero con mucha serenidad, que no perseguía recompensa alguna por cumplir con su deber islámico. ¿Con cuál de estas dos versiones de la fe es con la que debemos quedarnos?

En algunos aspectos, la pregunta no tiene respuesta posible en última instancia. Prefiero seguir teniendo el estante de libros de Evelyn Waugh tal como está y comprender que no se pueden tener las novelas sin los tormentos y las maldades de su autor. Y si todos los musulmanes se comportaran como el hombre que se desprendió del salario de más de una semana para hacer lo correcto, me darían bastante igual las extrañas exhortaciones del Corán. Si busco ejemplos de con-

ducta buena o excelente en mi propia vida, no quedo sobrecogido por tener muchos entre los que elegir. En una ocasión sí me quité tiritando de miedo el chaleco antibalas en Sarajevo para dejárselo a una mujer aún más asustada a la que estaba ayudando a escoltar hasta un lugar seguro (no soy el único que ha sido un ateo atrincherado). En aquel momento sentí que era lo menos que podía hacer por ella, igual que la mayoría. La gente que tiraba bombas y disparaba eran cristianos serbios, pero resulta... que ella también.

A finales de 2005 estaba yo en el norte de Uganda, en un centro de rehabilitación de niños secuestrados y esclavizados en el territorio del pueblo acholi, que vive en la orilla septentrional del Nilo. Estaba rodeado de chicos (y algunas chicas) apáticos, con la mirada ausente y curtidos. Sus historias eran desoladoramente parecidas. Cuando tenían entre ocho y trece años habían sido arrebatados de sus escuelas o sus hogares por una milicia impasible compuesta inicialmente a su vez de niños raptados. Una vez llevados al monte, se les «iniciaba» en el uso de la fuerza mediante uno de dos métodos (o con los dos). O bien tenían que participar en un asesinato con el fin de «ensuciarse» e implicarse, o bien tenían que someterse a una prolongada y brutal tanda de azotes, a menudo de hasta trescientos. («Los niños que han sentido la crueldad —decía uno de los ancianos del pueblo acholi—, saben muy bien cómo infligirla.») La desgracia ocasionada por este ejército de desdichados convertidos en zombis excedía toda posibilidad de cálculo. Había arrasado aldeas, producido una vasta población de refugiados, cometido crímenes horrendos como mutilaciones o destripamientos y (con un toque especial de maldad) había seguido raptando niños para que los acholi se cuidaran de no tomar represalias si no querían matar o herir a uno de los «suyos».

El nombre de la milicia era Ejército de Resistencia del Señor (LRA, «Lord's Resistance Army») y estaba encabezado por un hombre llamado Joseph Kony, un antiguo monaguillo convencido de que quería someter toda la región al gobierno de los Diez Mandamientos. Bautizaba utilizando aceite y agua, oficiaba ceremonias salvajes de castigo y purificación y protegía a sus seguidores de la muerte. La suya era una prédica fanática del cristianismo. Según parece, el centro de rehabilitación en el que yo me encontraba también estaba di-

rigido por una organización fundamentalista cristiana. Después de haber salido al monte y haber visto las obras del LRA, me puse a conversar con el hombre que intentaba reparar los daños. ¿Cómo sabía él, le pregunté, cuál de las dos organizaciones era la que profesaba una fe más sincera? Cualquier otra institución secular o financiada por el Estado podía hacer lo que hacía él, ajustar prótesis de miembros y ofrecer protección y «consuelo»; pero para ser Joseph Kony había que tener auténtica fe.

Para mi sorpresa, no eludió la pregunta. Era verdad, decía, que la autoridad de Kony nacía en parte de su pasado en una familia sacerdotal cristiana. También era verdad que las personas eran propensas a creer que él podía hacer milagros invocando el mundo de los espíritus y prometiendo a sus acólitos que eran inmortales. Algunos de quienes habían escapado seguían jurando incluso haber visto obrar maravillas a aquel hombre. Lo único que podía hacer un misionero era tratar de mostrar a las personas un rostro distinto del cristianismo.

Me impresionó la franqueza de aquel hombre. Podría haber empleado algunas otras estrategias defensivas. Evidentemente, Joseph Kony dista mucho de ser la «corriente principal» cristiana. Al menos, quienes le financian y le suministran armamento son los cínicos musulmanes del régimen sudanés, que le utilizan para crear problemas al gobierno de Uganda, que a su vez ha apoyado a los grupos rebeldes de Sudán. Según parece, en pago por este apoyo Kony empezó en un primer momento a denunciar la crianza e ingesta de cerdos, lo cual hace pensar, a menos que al hacerse mayor se haya convertido en un fundamentalista judío, en cierta compensación a sus superiores. A su vez, estos criminales sudaneses han estado llevando a cabo durante años una guerra de exterminio no solo contra los cristianos y los animistas del sur de Sudán, sino también contra los musulmanes no árabes de la provincia de Darfur. Tal vez el islam no haga distinción oficial alguna entre razas y naciones, pero los carniceros de Darfur son musulmanes árabes y sus víctimas son musulmanes africanos. El Ejército de Resistencia del Señor no es más que un elemento secundario, una especie de versión cristiana de los jemeres rojos en este horror más general.

Podemos encontrar un ejemplo aún más gráfico en el caso de Ruanda, que en 1992 ofreció al mundo un nuevo sinónimo de genocidio y sadismo. Esta antigua colonia belga es el país más cristiano de África y presume de contar con la proporción per cápita más elevada de iglesias, donde el 65 por ciento de los ruandeses profesan el catolicismo y otro 15 por ciento está adscrito a diferentes sectas protestantes. Las palabras «per cápita» adquirieron un halo macabro en 1992 cuando, incitadas por el Estado y por la Iglesia, las milicias racistas del «poder hutu» se abalanzaron al toque de una señal sobre sus vecinos tutsis y cometieron una matanza en masa.

Aquel no era ningún atávico ataque de derramamiento de sangre, sino una versión africana de la Solución Final ejecutada con frialdad. La primera advertencia de ello se produjo en 1987, cuando un visionario católico con el nombre en apariencia campechano de Little Pebbles («Piedrecitas») empezó a presumir de que escuchaba voces y veía visiones, las cuales provenían de la Virgen María. Dichas voces y visiones eran perturbadoramente sangrientas, predecían la matanza y el apocalipsis, pero también, en contrapartida, el regreso de Jesucristo el Domingo de Pascua de 1992. La Iglesia católica investigó unas apariciones de María en la cima de una colina llamada Kibeho y proclamó que eran fidedignas. La esposa del presidente de Ruanda, Agathe Habyarimana, quedó particularmente extasiada por estas visiones y mantuvo una estrecha relación con el obispo de Kigali, la capital de Ruanda. Este hombre, monseñor Vincent Nsengiyumva, fue también miembro del comité central del partido único gobernante del presidente Habyarimana, el Movimiento Nacional Revolucionario para el Desarrollo (NRMD, National Revolutionary Movement for Development). Este partido, junto con otros órganos del Estado, tenía afición por hacer redadas en busca de cualquier mujer a la que descalificaran por considerarla «prostituta» y animar a los activistas católicos a destrozar cualquier establecimiento en el que se vendieran anticonceptivos. Con el paso del tiempo se corrió la voz de que la profecía se cumpliría y que las «cucarachas», la minoría tutsi, recibirían pronto lo que se les avecinaba.

Cuando llegó finalmente el apocalíptico año de 1994 y comenzaron las matanzas premeditadas y coordinadas, muchos tutsis ate-

morizados y hutus disidentes cometieron la imprudencia de tratar de refugiarse en las iglesias. Esto facilitó considerablemente la tarea de los *interahamwe* o escuadrones de la muerte del gobierno y el ejército, que sabían dónde encontrarlos y podían fiarse de que los sacerdotes y monjas señalaran dónde se escondían. (Esta es la razón por la que tantas fosas comunes fotografiadas se encuentran en tierras consagradas, y también por la que varios clérigos y monjas se sientan en el banquillo de los juicios en curso por el genocidio ruandés.)[4] El famoso padre Wenceslas Munyeshkyaka, por ejemplo, una figura destacada de la catedral de la Sagrada Familia en Kigali, abandonó clandestinamente el país con la ayuda de sacerdotes franceses, pero desde entonces se le ha acusado de genocidio por proporcionar listas de civiles a los *interahamwe* y por la violación de jóvenes refugiadas. No es en modo alguno el único clérigo que ha debido hacer frente a acusaciones similares. Para que no se piense que él era un sacerdote granuja «aislado», tenemos noticia de otro miembro de la jerarquía ruandesa, el obispo de Gikongoro, más conocido también como monseñor Agustín Misago. Citemos un detallado relato de estos atroces acontecimientos:

> Al obispo Misago solía describírsele como un simpatizante del poder hutu; había sido acusado públicamente de impedir el acceso a los tutsis a los refugios, de criticar a colegas de la clerecía que ayudaban a las «cucarachas» y de pedir a un emisario vaticano que se encontraba de visita en Ruanda en junio de 1994 que le dijera al Papa «que buscara un lugar para los sacerdotes tutsis porque el pueblo ruandés ya no los quería». Es más, el 4 de mayo de aquel mismo año, poco después de la última aparición mariana en Kibeho, el obispo se presentó allí mismo con una brigada de policía y le dijo a un grupo de noventa escolares tutsis retenidos en espera de su matanza que no se preocuparan, ya que la policía los protegería. Tres días después, la policía participó en la masacre de ochenta y dos de esos niños.

Escolares «retenidos en espera de su matanza»... ¿Recuerdan acaso la condena del Papa por este imborrable crimen y por la complicidad de la Iglesia en él? Seguramente no, puesto que jamás se realizó semejante comentario. Paul Rusesabagina, el héroe de la película

Hotel Ruanda, recuerda al padre Wenceslas Munyeshyaka referirse incluso a su propia madre, una tutsi, como una «cucaracha». Pero eso no le impidió que antes de ser detenido en Francia la Iglesia francesa le permitiera reanudar sus «obligaciones pastorales». Por lo que respecta al obispo Misago, después de la guerra había en el Ministerio de Justicia ruandés quien creía que también debería ser acusado. Pero, como manifestó uno de los funcionarios del ministerio, «el Vaticano es demasiado poderoso y le gusta demasiado poco disculparse como para que nosotros vayamos por ahí enfrentándonos a los obispos. ¿Ha oído usted hablar de la infalibilidad?».

Como mínimo, esto impide sostener que la religión hace que las personas se comporten de forma más amable o civilizada. Cuanto peor es el infractor, más devoto resulta ser. Se puede añadir que algunos de los trabajadores dedicados a la ayuda humanitaria más entregados a su labor son también creyentes (si bien resulta que los mejores que he conocido eran seglares que no trataban de hacer proselitismo de ningún credo). Pero las posibilidades de que una persona que comete delitos lo haga «apoyándose en una fe» eran casi del ciento por ciento, mientras que las posibilidades de que una persona de fe estuviera de lado de la humanidad y la honradez eran casi tantas como las de acertar al lanzar una moneda. Si extendemos esto de forma retrospectiva al conjunto de la historia, las posibilidades de acertar acaban pareciéndose más a las de una predicción astrológica que resulta ser cierta por casualidad. Ello se debe a que las religiones jamás habrían arrancado, y menos aún prosperado, de no haber sido por la influencia de hombres tan fanáticos como Moisés, Mahoma o Joseph Kony; mientras que la caridad y la ayuda humanitaria, aunque puedan atraer a creyentes bondadosos, son herederas de la Edad Moderna y de la Ilustración. Antes de ese momento, la religión no se propagaba mediante el ejemplo, sino que era un método auxiliar de otros más anticuados: los de la guerra santa y el imperialismo.

Yo era un prudente admirador del difunto papa Juan Pablo II, que bajo cualquier punto de vista era una persona valiente y rigurosa capaz de hacer gala tanto de valor moral como de fortaleza física. En su país de origen colaboró con la resistencia antinazi cuando era joven, y posteriormente se esforzó mucho para contribuir a su emancipa-

ción del régimen soviético. Su papado fue en algunos aspectos asombrosamente conservador y autoritario, pero demostró estar abierto a la ciencia y la investigación (salvo cuando se hablaba del virus del sida) y hasta en su dogma sobre el aborto realizaba algunas concesiones a una «actitud ética» desde la que empezaba a predicar, por ejemplo, que la pena capital era casi siempre un error. A su muerte, el papa Juan Pablo II fue elogiado entre otras cosas por la cantidad de disculpas que había pedido. Entre ellas no se encontraba, como debía haber sucedido, un desagravio por el aproximadamente un millón de personas pasadas por la espada en Ruanda. Sin embargo, sí hubo una disculpa a los judíos por los siglos de antisemitismo cristiano, una disculpa al mundo musulmán por las Cruzadas, otra disculpa a los cristianos ortodoxos del Este por las muchas persecuciones que Roma había desatado contra ellos, y un acto de contrición muy general sobre la Inquisición. Esto parecía afirmar que en el pasado la Iglesia había estado fundamentalmente equivocada y a menudo se había comportado de forma criminal, pero que ahora había purgado sus pecados mediante la confesión y estaba lista otra vez para ser infalible acerca de todo.

14

No existe la solución «oriental»

La crisis de la religión organizada en Occidente y las innumerables formas con las que la moral religiosa ha conseguido de forma efectiva caer muy *por debajo* de la media humana han llevado siempre a algunos «buscadores» en pos de una solución más blanda al este de Suez. De hecho, en una ocasión me sumé a estos adeptos y acólitos potenciales poniéndome una túnica naranja y asistiendo al *ashram* de un famoso gurú de Poona (o Pune), en las deliciosas colinas que rodean Bombay. Adopté esta modalidad de *sannyas* con el fin de colaborar en la realización de un documental para la BBC, de modo que puede usted poner en cuestión mi objetividad si lo desea, pero en aquella época la BBC poseía un criterio de imparcialidad y mi misión consistía en asimilar todo lo que pudiera. (Un día de estos, después de haber sido a lo largo de mi vida anglicano, haberme educado en una escuela metodista, haberme convertido a la ortodoxia griega por la vía del matrimonio, haber sido reconocido como una encarnación por los seguidores de Sai Baba y habiéndome vuelto a casar un rabino, estaré en condiciones de acometer la actualización del libro *Las variedades de la experiencia religiosa*, de William James.)

El gurú en cuestión se llamaba Bhagwan Sri Rajneesh. «Bhagwan» significa sencillamente «dios» o «divino», y «Sri» significa «santo». Era un hombre con unos ojos enormes y enternecedores, una sonrisa llena de embrujo y un sentido del humor sencillo, si bien un tanto lascivo. Su sibilante voz, que solía propagarse a través de un micrófono con el volumen bajo en el *dharshan* de primera hora de la mañana, ejercía unos efectos ligeramente hipnóticos. Aquello servía un poco para aliviar las perogrulladas igualmente hipnóticas de sus

discursos. Tal vez haya usted leído el imponente ciclo narrativo de Anthony Powell *Una danza para la música del tiempo*. En él, un profeta misterioso llamado Trelawney mantiene unido a su grupo de iluminados a pesar de diversos contratiempos insalvables. Estos iniciados no se reconocen mutuamente por la singularidad de su túnica, sino mediante el intercambio de confesiones. Al encontrarse, el primero debe entonar: «La Esencia de Todo es el Dios de lo verdadero». La réplica adecuada a esto es: «La Visión de las Visiones cura la Ceguera de la Vista». Así se desarrolla el protocolo espiritual. Desde la altura de las rodillas de Bhagwan (había que permanecer sentado con las piernas cruzadas), no oí nada que fuera más profundo que esto. Se hacía más énfasis en el amor, en su sentido eterno, que en el círculo del doctor Trelawney; y se hacía sin duda más énfasis en el sexo en su sentido más inmediato. Pero, en su conjunto, la instrucción era inocua. O lo habría sido, de no haber sido por un letrero que había en la entrada de la carpa en la que predicaba Bhagwan. Este pequeño letrero jamás dejaba de irritarme. Decía: «Dejen en la puerta los zapatos y la mente». Junto a él había una pila de zapatos y sandalias, y en mi trascendente condición pude casi imaginar un montón de mentalidades abandonadas y vacías alrededor de esta breve sentencia literalmente descerebrada. Intenté incluso formular una sucinta parodia de un koan del budismo zen: «¿Qué reflexión se puede hacer tras haberse deshecho de la mente?».

Para el visitante o turista fuera de sí de gozo, el *ashram* ofrecía la apariencia externa de ser un elegante centro turístico espiritual en el que se podía parlotear sobre el más allá en un entorno exótico y suntuoso. Pero, como descubrí muy pronto, en el interior del recinto sagrado operaba un principio de funcionamiento más siniestro. Muchas personalidades dolidas y consternadas llegaban a Poona buscando consejo y consuelo. Varias de ellas llevaban una vida muy desahogada (entre los clientes o peregrinos se encontraba un miembro lejano de la familia real británica) y se les instaba desde el primer momento, como se hace en tantos otros cultos, a desprenderse de todas sus posesiones materiales. La prueba de la eficacia de este consejo podía verse en la flota de automóviles Rolls-Royce que había al cuidado de Bhagwan, llamada a ser la colección más grande del mundo.

Tras este trasquilón relativamente rápido, los iniciados eran trasladados a sesiones «de grupo» en las que empezaba de verdad el asunto desagradable.

La película de Wolfgang Dobrowolny *Ashram*, rodada en secreto por un antiguo fiel y adaptada para mi documental, muestra el «pícaro» término *kundalini* bajo una nueva luz. En una escena representativa, una joven es despojada de su ropa y rodeada por hombres que le gritan llamando la atención sobre todos sus defectos físicos y psíquicos, hasta que ella se lamenta llorando y pidiendo disculpas. En ese momento es abrazada, consolada y se le dice que ahora ya tiene «una familia». Sollozando en el tono aliviado de un masoquista, ingresa humildemente en el clan. (No queda en absoluto claro qué ha tenido que hacer para que le devuelvan la ropa, pero escuché algunos testimonios verosímiles y asquerosos a este respecto.) En otras sesiones en las que los hombres son protagonistas falta poco para que las cosas terminen con los huesos rotos o con la vida de alguien: jamás se volvió a ver a un principito alemán de la casa de Windsor y su cuerpo fue incinerado de forma apresurada sin pasar por el engorro de tener que hacerle la autopsia.*

Me han dicho en tono respetuoso y turbado que «el organismo de Bhagwan es alérgico a ciertas cosas» y no mucho después de mi estancia allí abandonó el *ashram* y a continuación decidió, según parece, no volver a utilizar aquel marco terrenal. Nunca averigüé lo que le sucedió a la colección de Rolls-Royce, pero sus acólitos recibieron algún tipo de mensaje para volver a reunirse en la pequeña ciudad de Antelope, en Oregón, en los primeros meses de 1983. Y eso hicieron, aunque ahora menos comprometidos con una actitud pacífica y relajada. Los habitantes del lugar quedaron desconcertados al descubrir que se estaba erigiendo en el barrio un complejo fortificado que contaba con unas fuerzas de seguridad adustas y vestidas con túnica naranja. Según parecía, se intentaba dejar «espacio» para el nuevo *ashram*. En un singular episodio se descubrió que alguien estaba vertiendo tóxicos contaminantes sobre los productos alimenticios de

* Se refiere al príncipe Christian de Hannover, conocido en el entorno de la comunidad religiosa como «Vimalkirti». *(N. del T.)*

un supermercado de Antelope. Finalmente, la comunidad se deshizo y se disolvió en medio de graves acusaciones, y de vez en cuando me he cruzado con refugiados con la mirada perdida salidos de la prolongada y engañosa tutela de Bhagwan. (Él se ha reencarnado en «Osho», en cuyo honor se publicaba hasta hace unos cuantos años una revista en papel cuché pero absurda. Tal vez queden todavía algunos seguidores suyos.)

El sueño de la razón produce monstruos, se dice muchas veces. El inmortal Francisco de Goya nos dejó un aguafuerte bajo este título en su serie *Los caprichos*, en el que un hombre sumido en un sueño profundo es atormentado por murciélagos, búhos y otros moradores de las tinieblas. Pero hay un extraordinario número de personas que parece creer que la mente y la capacidad de raciocino, lo único que nos distingue de nuestros parientes animales, es algo de lo que se debe desconfiar e incluso anular, siempre que sea posible. La búsqueda del nirvana y la disolución del intelecto prosiguen. Y allá donde se lleve a cabo, produce en el mundo real un efecto similar al del Kool-Aid.

«Hágame uno con todo.» Así empieza el chiste de la humilde petición que hace un budista a un vendedor de perritos calientes. Pero cuando el budista le entrega un billete de veinte dólares al vendedor a cambio de su panecillo bien untado de todo pasa un buen rato esperando recibir el cambio. Cuando finalmente lo reclama, se le informa de que «el cambio solo proviene del interior». Toda esta retórica es demasiado fácil de parodiar, como la del cristianismo misionero. En la antigua catedral anglicana de Calcuta hice una visita en una ocasión a la estatua del obispo Reginald Heber, que abarrotó los libros de salmos de la Iglesia de Inglaterra con versos como estos:

Qué importa que las brisas tropicales
acaricien otra isla de Ceilán
en la que cualquier perspectiva agrada
y solo el hombre es un rufián
Qué importa si con amorosa ternura
los regalos de Dios quedan arrumbados

y los infieles en su ceguera
se postran ante la piedra y la madera

La razón por la que muchos occidentales han acabado profesando las religiones aparentemente más seductoras de Oriente es en parte una reacción a los aires de superioridad de viejos bobalicones como este. De hecho, Sri Lanka (el nombre actual de la maravillosa isla de Ceilán) es un lugar repleto de atractivos. Sus habitantes destacan por su amabilidad y generosidad: ¿cómo se atrevió el obispo Heber a calificarlos de rufianes? Sin embargo, en la actualidad Sri Lanka es un país casi absolutamente arruinado y desfigurado por la violencia y la represión, y las fuerzas contendientes son principalmente budistas e hinduistas. El problema comienza con el propio nombre del Estado: «Lanka» es el antiguo nombre cingalés de la isla y el prefijo «Sri» significa simplemente «santo» en el sentido budista del término. Esta nueva denominación colonial supuso que los tamiles, que son principalmente hinduistas, se sintieran de inmediato excluidos. (Ellos prefieren llamar a su tierra «Eelam».) No pasó mucho tiempo hasta que este tribalismo étnico, reforzado por la religión, devastó la sociedad.

Aunque personalmente creo que la población tamil tiene un razonable motivo de queja contra el gobierno central, no se puede perdonar a la dirección de su guerrilla haber liderado mucho antes que Hezbollah y al-Qaeda la repugnante táctica del asesinato suicida. Esta técnica bárbara, que también utilizaron para asesinar a un presidente electo de la India, no justifica los pogromos regidos por los budistas contra los tamiles, ni el asesinato a manos de un sacerdote budista del primer presidente electo de la Sri Lanka independiente.

Cabe la posibilidad de que algunos lectores de estas páginas queden estupefactos al conocer la existencia de asesinos y sádicos hinduistas y budistas. ¿Acaso se imaginaba vagamente que los orientales dedicados a la contemplación, a seguir una dieta vegetariana y a ocuparse en rutinas meditativas son inmunes a este tipo de tentaciones? Se puede argumentar incluso que el budismo no es en absoluto una «religión» en el sentido en que nosotros utilizamos este término. En todo caso, se dice que Buda perdió en Sri Lanka un diente; y en una ocasión asistí a una ceremonia en la que los sacerdotes hacían una cu-

riosa exhibición pública de este objeto encerrado en un cubículo de oro. El obispo Heber no mencionaba los huesos en su estúpido salmo y tal vez se debía a que los cristianos siempre se han congregado para rendir culto a los huesos de supuestos santos y los han guardado en espeluznantes relicarios en sus iglesias y catedrales. Como quiera que sea, en aquella ceremonia propiciatoria digna del culto al ratoncito Pérez no experimenté la menor sensación de paz y dicha interior. Al contrario, me di cuenta de que si yo fuera tamil tendría muchísimas posibilidades de ser descuartizado.

La especie humana es una especie animal que no presenta muchas variaciones, y es inútil y vano imaginar que un viaje, por ejemplo, al Tíbet, nos revelará una armonía absolutamente distinta con la naturaleza o con la eternidad. El Dalai Lama, pongamos por caso, es absoluta y fácilmente reconocible para cualquier individuo secular. Exactamente del mismo modo que un príncipe secular, él afirma no solo que el Tíbet debería ser independiente del dominio chino (una exigencia «absolutamente perfecta», si se me permite utilizar una construcción inglesa cotidiana), sino que él es un monarca hereditario designado por el propio cielo. ¡Qué oportuno! Las sectas disidentes de su culto son perseguidas; su régimen unipersonal en un enclave hinduista es absoluto; realiza declaraciones absurdas sobre el sexo y la alimentación y, cuando está de viaje por Hollywood para buscar quien le financie, unge con la condición de sagrados a donantes como Steven Segal y Richard Gere. (De hecho, hasta el señor Gere lloriqueó un poco cuando el señor Segal fue investido como *tulku* o persona de elevada iluminación. Debe de ser irritante quedar descartado por una puja superior en semejante subasta espiritual.) Reconoceré que el actual lama «Dalai» o sagrado es un hombre de cierto atractivo y presencia, como reconoceré también que la actual reina de Inglaterra es una persona con más integridad que la mayoría de sus predecesores, pero esto no invalida la crítica de la monarquía hereditaria, y los primeros visitantes extranjeros que fueron al Tíbet quedaron francamente consternados ante un dominio feudal y unos castigos espantosos que mantenían a la población en situación de servidumbre permanente bajo una élite monástica parasitaria.

¿Cómo se podría demostrar fácilmente que la fe «oriental» era idéntica a las suposiciones imposibles de verificar de la religión «occidental»? Veamos una afirmación tajante de «Gudo», un monje budista japonés muy famoso de la primera mitad del siglo XX:

> En mi condición de propagador del budismo enseño que «todos los seres sintientes tienen la naturaleza de Buda» y que «en el Dharma hay igualdad, no seres superiores, ni inferiores». Además, enseño que «todos los seres sintientes son hijos míos». Una vez adoptadas estas palabras y grabadas en letra de oro como fundamento de mi fe, descubrí que coinciden de manera absoluta con los principios del socialismo. Así fue como me convertí en un creyente en el socialismo.

Aquí lo encontramos otra vez: una premisa infundada de que alguna «fuerza» externa indefinida tiene una mente propia y la ligera pero amenazadora insinuación de que todo aquel que discrepe de ello está de algún modo oponiéndose a la voluntad sagrada o paterna. Extraigo este fragmento del ejemplar libro de Brian Victoria *Zen at War*, que describe cómo la mayoría de los budistas japoneses decidieron que Gudo acertaba en lo general pero erraba en lo particular. Ciertamente se consideraba niños a las personas, como hacen todos los credos, pero en realidad era el fascismo y no el socialismo lo que Buda y el *dharma* exigían de ellos.

El señor Victoria es un budista fiel y afirma ser también (eso es cosa suya) un sacerdote. Se toma su fe muy en serio, desde luego, y sabe mucho sobre Japón y los japoneses. Su estudio de la cuestión demuestra que el budismo japonés se convirtió en un criado fiel, incluso en un defensor, del imperialismo y el asesinato masivo, y que lo hizo no tanto porque fuera japonés, sino porque era budista. En 1938 miembros destacados de la secta nichiren fundaron un grupo dedicado al «budismo al estilo imperial». Afirmaban lo siguiente:

> El budismo al estilo imperial se sirve de la infinita verdad del Sutra del Loto para revelar la majestuosa esencia del sistema político nacional. Exaltar el verdadero espíritu del budismo mahayana es una enseñanza que apoya venerablemente la tarea del emperador. A esto es a lo que se refería el gran fundador de nuestra secta, Nichiren Sho-

> shu, cuando aludía a la unidad divina del soberano y de Buda. [...] Por ello, la principal imagen de adoración del budismo al estilo imperial no es el Buda Shakyamuni que apareció en la India, sino su majestad el emperador, cuyo linaje se extiende más allá de diez mil generaciones.

Por enfermizas que puedan resultar este tipo de efusiones, quedan al margen de toda crítica. Al igual que la mayoría de las profesiones de fe, consiste en *suponer* directamente lo que hay que demostrar. Así, una afirmación desnuda va seguida de las palabras «por ello», como si toda la tarea lógica se hubiera llevado a cabo al hacer la afirmación. (Tampoco son fruto de una deducción lógica todas las afirmaciones del Dalai Lama, que casualmente no defiende la carnicería imperialista pero acogió con visible alegría las pruebas nucleares realizadas por el gobierno indio.) Los científicos han acuñado una expresión para referirse a las hipótesis que son decididamente inútiles siquiera para aprender de algún error. Se refieren a ellas como hipótesis «ni siquiera falsas». La mayor parte del denominado discurso espiritual es de esta naturaleza.

Se apreciará, además, que en la imagen de esta escuela del budismo hay otras escuelas budistas igual de «contemplativas» que viven en el error. Esto es precisamente lo que un antropólogo de la religión esperaría encontrar en algo que, dado que ha sido inventado, está condenado a ser cismático. Pero ¿con qué fundamento puede un fiel del Buda Shakyamuni argumentar que sus compatriotas de pensamiento japoneses vivían en el error? Desde luego, no utilizando razonamientos ni evidencias, que son bastante ajenos a quienes hablan de la «infinita verdad del Sutra del Loto».

Una vez que los generales japoneses consiguieron que sus zombis obedientes del zen fueran absolutamente dóciles, las cosas fueron de mal en peor. La China continental se convirtió en un campo de exterminio y todas las sectas principales del budismo japonés se reunieron bajo la siguiente proclamación:

> Venerando el régimen imperial de preservar Oriente, los súbditos del Japón imperial son portadores del destino humanitario de mil

> millones de personas de color. [...] Creemos que ha llegado el momento de realizar un cambio importante en el curso de la historia de la humanidad, que ha girado en torno a los caucasianos.[1]

Esto recuerda a la línea adoptada por el sintoísmo, otra pseudorreligión que goza de apoyo estatal, de que los soldados japoneses cayeron realmente por la causa de la independencia de Asia. Todos los años se suscita una célebre polémica acerca de si los dirigentes civiles y espirituales de Japón deben visitar el santuario de Yakasuni, que oficialmente enaltece al ejército de Hiro-Hito. Todos los años, millones de chinos, coreanos y birmanos protestan diciendo que Japón no era enemigo del imperialismo en Oriente, sino una forma más reciente y maliciosa del mismo, y que el santuario de Yakasuni es un monumento al horror. No obstante, qué interesante resulta percibir que los budistas japoneses de la época consideraban que la participación de su país en el eje nazi/fascista era una manifestación de teología de la liberación. O, como la dirección budista unificada de la época lo formulaba:

> Con el fin de establecer la paz eterna en el Asia oriental, despertando la magnánima benevolencia y compasión del budismo, a veces somos transigentes y a veces somos contundentes. Ahora no nos queda otra elección que ejercer la benévola contundencia de «matar a uno con el fin de que sobrevivan muchos» (*issatsu tasho*). Esto es algo que aprueba el budismo mahayana únicamente con el máximo de los rigores.

Ningún defensor de la «guerra santa» o la «cruzada» podría haberlo dicho mejor. La frase de la «paz eterna» es particularmente sobresaliente. Al final del atroz conflicto que Japón había desencadenado, fueron los sacerdotes budistas y sintoístas quienes reclutaban y formaban a los fanáticos bombarderos suicidas o *Kamikaze* («viento divino») garantizándoles que el emperador era un «Rey Sagrado y Timón de Oro», una de las cuatro auténticas manifestaciones del monarca budista ideal, y un *Tathagata* o «ser plenamente iluminado» del mundo material. Y como «el Zen contempla con la misma indiferencia la vida y la muerte», ¿por qué no abandonar las cuitas de este

mundo y adoptar una política de postración a los pies de un dictador homicida?

Este truculento asunto también contribuye a apuntalar mi acusación general según la cual considero que la «fe» es una amenaza. Debería permitírseme que yo continuara desarrollando mis estudios e investigaciones en una casa y que los budistas hicieran girar su rueca en otra. Pero el desdén por el intelecto tiene un curioso modo de *no* ser pasivo. Una de dos: o quienes se muestran ingenuamente crédulos se convierten en presa fácil de otros menos escrupulosos que buscan «dirigirlos» e «inspirarlos», o aquellos cuya credulidad ha llevado a su sociedad al estancamiento pueden buscar una solución no en el examen de conciencia honesto, sino culpando a los demás de su atraso. Ambas cosas sucedieron en la sociedad «espiritual» más consagrada.

Aunque muchos budistas se arrepienten ahora de aquel deplorable intento de demostrar su superioridad, ningún budista ha sido capaz desde entonces de manifestar que el budismo está equivocado en sus premisas. Un credo que desprecia la mente y la libertad individual, que predica la sumisión y la resignación y que considera que la vida es una cosa tan pasajera y desgraciada está mal equipado para la autocrítica. Quienes acabaron aburriéndose de las religiones de la «Biblia» convencionales y buscan «iluminación» mediante la disolución de sus facultades críticas en cualquier tipo de nirvana deberían prestar más atención a una advertencia. Tal vez piensen que abandonan el dominio del desdeñable materialismo, pero todavía se les sigue pidiendo que pongan a dormir la razón y que se despojen tanto de su mente como de los zapatos.

15

La religión como pecado original

En realidad, hay aspectos en los que la religión no solo es amoral, sino positivamente inmoral. Y estos delitos y faltas no deben buscarse en la conducta de sus fieles (que a veces puede ser ejemplar), sino en sus preceptos originales.

Estos delitos son los siguientes:

- Presentar una imagen falsa del mundo para los ingenuos y los crédulos.
- La doctrina del sacrificio de sangre.
- La doctrina de la expiación.
- La doctrina de la recompensa y/o el castigo eternos.
- La imposición de tareas y normas imposibles.

Ya nos hemos ocupado del primer aspecto. Se sabe desde hace mucho tiempo que todos los mitos de creación de todos los pueblos son falsos, y que recientemente han sido sustituidos por explicaciones infinitamente superiores y más majestuosas. A su lista de disculpas, la religión debería añadir sencillamente una disculpa por endilgar parches artificiales y mitos populares a las personas confiadas y por tardar tanto tiempo en reconocer que lo habían hecho. Se percibe cierta reticencia para hacer este reconocimiento, puesto que podría hacer estallar la visión del mundo religiosa en su conjunto; pero cuanto más se demore, más abyecta será la negación.

Sacrificios de sangre

Antes de que apareciera el monoteísmo, los altares de la sociedad primitiva apestaban a sangre, gran parte de ella humana y alguna incluso infantil. La sed de ella, al menos en su variante animal, todavía nos acompaña. Los judíos devotos intentan criar actualmente la «vaca roja» pura e inmaculada que se menciona en el capítulo 19 del libro de Números, la cual, si se sacrifica de nuevo siguiendo el ritual preciso y meticuloso, provocará el regreso de los sacrificios humanos en el Tercer Templo y acelerará el fin de los tiempos y la llegada del Mesías. Tal vez esto parezca sencillamente absurdo, pero mientras escribo estas palabras un grupo de agricultores cristianos obsesionados con esta idea trata de ayudar a sus colegas fundamentalistas empleando técnicas de cría especiales (prestadas o robadas de la ciencia moderna) para criar una bestial «Vaca Roja» en Nebraska. Mientras tanto, en Israel los judíos fanáticos de la Biblia también intentan criar en una «burbuja» pura y libre de contaminación un niño que cuando alcance la mayoría de edad tendrá el privilegio de degollar a esa vaca. En condiciones ideales, esto debería llevarse a cabo en la Explanada de las Mezquitas, la inoportuna sede de los santos lugares musulmanes; pero, en todo caso, el auténtico lugar en el que supuestamente Abraham blandió el cuchillo sobre el cuerpo vivo de su propio hijo. En el mundo cristiano y musulmán se producen otros degollamientos y destripamientos sacramentales a diario, ya sea para celebrar la Pascua o la fiesta del Eid.

Esta última, que alaba la disposición de Abraham para realizar el sacrificio humano de su hijo, es común a todos los monoteísmos y proviene de sus antepasados primitivos. No hay forma de suavizar el evidente sentido de esta escalofriante historia. El preludio tiene que ver con una serie de vilezas y decepciones, desde la seducción de Lot por parte de sus hijas hasta el matrimonio de Abraham con su hermanastra, el nacimiento de Isaac de Sara cuando Abraham tenía cien años y muchos otros delitos y faltas toscos e increíbles. Afligido tal vez por los remordimientos, pero en todo caso creyendo seguir los dictados de dios, Abraham se aviene a asesinar a su hijo. Recoge las astillas, tiende al muchacho atado sobre ellas (mostrando así que co-

nocía el procedimiento) y toma el cuchillo para matar al chico como a un animal. En el último instante posible, su mano se detiene; no ha sido dios, según parece, sino un ángel, y desde las nubes se le alaba por demostrar su inquebrantable disposición para asesinar a un inocente con el fin de expiar sus pecados. En recompensa a su fidelidad, se le augura una larga posteridad en la abundancia.

No mucho después de esto (aunque la narración del Génesis no resulta muy ilustrativa en lo tocante al tiempo) fallecía su esposa Sara a la edad de ciento veintisiete años, y su respetuoso marido encuentra una sepultura para ella en una cueva de la ciudad de Hebrón. Habiéndola sobrevivido hasta alcanzar la excelente edad de ciento setenta y cinco años, y tras haber engendrado mientras tanto a otros seis hijos, Abraham es enterrado finalmente en la misma cueva. Hasta el día de hoy, las personas religiosas se matan entre sí y matan a los hijos de los demás por el derecho a la propiedad exclusiva de este agujero ilocalizable e imposible de identificar en una montaña.

Durante la revuelta árabe de 1929 hubo una terrible matanza en la que fueron asesinados sesenta y siete judíos residentes en Hebrón. Muchos de ellos eran lubavitchers, que consideran que todos los no judíos son inferiores desde el punto de vista racial, y que se habían trasladado a Hebrón porque creían en el mito del Génesis, si bien esto no es excusa para el pogromo. La ciudad, que hasta 1967 se encontraba al otro lado de la frontera de Israel, fue tomada aquel año a bombo y platillo por las fuerzas israelíes e incorporada al territorio de Cisjordania. Los colonos judíos bajo la dirección de un rabino particularmente violento y repelente llamado Moshe Levinger empezaron a «regresar» y a construir en lo alto de la ciudad una fortificación llamada Kiryat Arba, así como algunos asentamientos más reducidos en su interior. Entre los habitantes principalmente árabes, los musulmanes siguieron afirmando que el meritorio Abraham se había mostrado dispuesto a asesinar de verdad a su hijo, pero tan solo por *su* religión, y no por la de los judíos. Esto es lo que significa «sumisión». Cuando visité aquel lugar descubrí que la supuesta gruta de los Patriarcas o cueva de Machpela contaba con accesos independientes y lugares de oración separados para los dos grupos en liza que reclamaban el derecho a conmemorar esta atrocidad en su propio nombre.

Poco antes de mi llegada se había cometido otra atrocidad. Un fanático doctor israelí llamado Baruch Goldstein había entrado en la cueva y, tras descolgarse el arma automática que se le había permitido portar la descargó sobre la congregación musulmana. Mató a veintisiete feligreses e hirió a otros muchos antes de ser aplastado y morir apaleado. Resultaba que muchas personas ya sabían que el doctor Goldstein era peligroso. Mientras sirvió como médico en el ejército israelí había anunciado que no trataría a pacientes no judíos, como los árabes israelíes, sobre todo en sabbat. Según parece, muchos tribunales religiosos israelíes han confirmado que al negarse a hacerlo estaba obedeciendo la ley rabínica; de manera que un modo sencillo de descubrir a un asesino inhumano era apreciar que le guiaba un respeto sincero y literal a las instrucciones divinas. Desde entonces, los judíos más obstinadamente observantes han levantado santuarios en su nombre; y de los rabinos que condenaron su acción no todos lo hicieron en términos inequívocos. La maldición de Abraham continúa envenenando Hebrón, pero el mandato divino de realizar sacrificios de sangre envenena toda nuestra civilización.

Expiación

Los sacrificios humanos anteriores, como los de los aztecas u otras ceremonias que nos repugnan, eran habituales en el mundo antiguo y adoptaban la forma de asesinato propiciatorio. Se suponía que la ofrenda de una virgen, de un niño o de un prisionero aplacaba a los dioses; una vez más, no es muy buena publicidad de las cualidades morales de la religión. El «martirio» o sacrificio deliberado de uno mismo puede considerarse bajo un prisma ligeramente distinto, si bien en la India los británicos lo castigaban tanto por razones imperiales como cristianas cuando lo practicaban los hinduistas en forma de *suttee* o «suicidio» insinuado con persistencia a las viudas. Los «mártires» que en un acto de exaltación religiosa desean matar a otros además de a sí mismos reciben una consideración muy distinta: el islam se opone abiertamente al suicidio *per se*, pero parece no poder decidir si debe condenar o recomendar la acción de un *shahid* valiente.

De todos modos, la idea de expiación *vicaria* como las que tanto perturbaron incluso a C. S. Lewis representa un refinamiento adicional de la antigua superstición. De nuevo nos encontramos a un padre manifestando su amor por someter a un hijo a la muerte mediante tormento, pero en esta ocasión el padre no trata de impresionar a dios. *Es* dios, y trata de impresionar a los seres humanos. Formúlese usted la pregunta: ¿qué moral subyace a lo siguiente? Me hablan de un sacrificio humano que tuvo lugar hace dos mil años, sin que fuera mi deseo y en unas circunstancias tan horrendas que, en caso de haber estado presente y haber podido ejercer alguna influencia, me habría sentido obligado a tratar de impedirlo. Como consecuencia de este crimen, mis múltiples pecados son perdonados y puedo esperar gozar de vida eterna.

De momento pasemos por alto todas las contradicciones entre las narraciones del episodio original y supongamos que es esencialmente cierto. ¿Qué consecuencias tiene? No son tan tranquilizadoras como aparentan ser a primera vista. Para empezar, para poder obtener el beneficio de esta maravillosa ofrenda tengo que aceptar que soy *responsable* de los azotes, las burlas y la crucifixión, algo en lo que no tuve arte ni parte, y aceptar que cada vez que declino esta responsabilidad, o que peco de palabra u obra, incremento la agonía del mismo. Además, se me exige que crea que la agonía era *necesaria* con el fin de compensar un delito anterior en el que tampoco tomé parte: el pecado de Adán. Es inútil objetar que Adán parece haber sido creado con una insatisfacción y curiosidad insaciables y que después se le prohíbe saciarlas: todo esto se dispuso mucho antes de que el propio Jesús hubiera nacido. Por consiguiente, mi culpa en el asunto se considera «original» e ineludible. No obstante, se me asigna en todo caso una voluntad libre con la que rechazar la oferta de la redención vicaria. Sin embargo, en caso de que haga valer esta opción debo afrontar una eternidad de tormentos mucho más atroces que cualquiera de los sufridos en el Calvario, o que cualquiera de aquellos otros con los que se amenazó a los primeros que escucharon los Diez Mandamientos.

El relato no se vuelve más fácil de seguir por el hecho de descubrir necesariamente que Jesús *deseaba* y *tenía* que morir, o que acudió

a Jerusalén en Pascua con el fin de hacerlo, o que todos los que participaron en su asesinato estaban haciendo la voluntad de dios sin saberlo y cumpliendo antiguas profecías. (En ausencia de la versión gnóstica, esto convierte en algo lamentablemente inexplicable que Judas, que se supone que llevó a cabo el acto curiosamente redundante de identificar a un predicador muy famoso ante aquellos que llevaban buscándolo mucho tiempo, sufriera semejante oprobio. Sin él, no habría habido ningún «Viernes Santo», que es como los cristianos lo llaman con ingenuidad incluso cuando no tienen un ánimo vengativo.)

Hay una acusación (presente solo en uno de los cuatro evangelios) de que los judíos que condenaron a Jesús pidieron que su sangre recayera «sobre sus cabezas» durante las futuras generaciones. No es un problema que afecte solo a los judíos o a los católicos preocupados por la historia del antisemitismo cristiano. Supongamos que el sanedrín judío *hubiera* hecho realmente ese llamamiento, como Maimónides pensaba que hizo y debía hacer. ¿Cómo podría mantenerse de algún modo vinculado a las futuras generaciones? Recordemos que el Vaticano no afirmó que fueran *algunos judíos* los que mataron a Cristo, sino que quienes habían ordenado su muerte fueron *los judíos* y que el pueblo judío en su conjunto era portador de una responsabilidad colectiva. Parece estrafalario que la Iglesia no consiguiera abandonar la acusación de «deicidio» judío generalizado hasta hace muy poco. Pero la clave de su reticencia puede encontrarse con facilidad. Si se reconoce que los descendientes de los judíos no están implicados, resulta muy duro sostener que cualquier otra persona que no estuviera allí presente tampoco estaba implicada. Como suele suceder, una grieta en el tejido amenaza con romper toda la tela (o en convertirla en algo tejido y fabricado sencillamente por el hombre, como la vergüenza del sudario de Turín). En resumen: la colectivización de la culpa es intrínsecamente inmoral, como la religión se ha visto obligada a reconocer de vez en cuando.

El castigo eterno y las tareas imposibles

Cuando era niño, el episodio del huerto de Getsemaní del Evangelio me atraía mucho porque su «irrupción» en la acción y su llanto humano hacía que me preguntara si algo de aquel fabuloso drama podía ser al fin y al cabo cierto. Jesús pregunta de hecho. «¿*Tengo* que seguir con esto?». Es una pregunta impresionante e inolvidable y hace mucho que decidí que de buena gana apostaría mi alma por la idea de que la única respuesta correcta a ella es «no». No podemos esperar, como si fuéramos campesinos atemorizados de la Antigüedad, cargar todos nuestros delitos en un chivo inocente y después arrojar al desventurado animal al desierto. Hay una expresión cotidiana bastante sensata que trata con desprecio la idea de ser un «chivo expiatorio». Y la religión nos convierte de forma muy acusada en chivos expiatorios. Yo pago tus deudas, amor mío, si tú has sido imprudente; y si yo fuera un héroe como Sidney Carton en *Historia de dos ciudades* podría incluso cumplir tu condena u ocupar tu lugar en el patíbulo. Ningún hombre experimenta amor tan grande. Pero no puedo absolverte de tus responsabilidades. Sería inmoral por mi parte ofrecerlo e inmoral por tu parte aceptarlo. Y si se nos hace esa misma oferta desde otra época y otro mundo, a través de intermediarios y acompañada de incentivos, pierde toda su grandeza y se degrada en fantasías ilusorias o, peor aún, en una combinación de chantaje y soborno.

Blaise Pascal, cuya teología no carece de cierta sordidez, dejó incómodamente patente que todo esto era una degeneración absoluta rayana en el mero regateo. Su famosa «apuesta» lo plantea de forma un tanto charlatana: ¿qué tiene uno que perder? Si uno cree en él y se equivoca, ¿qué más da? En una ocasión escribí una réplica a este astuto texto de cobertura de apuestas que adoptaba dos formas. La primera era una versión de la hipotética respuesta de Bertrand Russell a una pregunta también hipotética: ¿qué diría usted si muriera y fuera llevado ante su Creador? ¿Cuál sería su respuesta? «Yo diría, ¡Oh Dios!, no nos diste suficientes pruebas». Mi respuesta: Imponderable señor, en virtud de parte de la fama que se te atribuye, no de toda, supongo que preferirías a un no creyente honrado y convencido antes

que el fingimiento hipócrita e interesado de una fe falsa o los humeantes tributos de unos altares sangrientos. Pero no estaría tan seguro.

Pascal me recuerda a los hipócritas y los impostores que abundan en la racionalización talmúdica judía. No realices ningún trabajo el sabbat, pero paga a algún otro para que lo haga. Si uno obedece la letra de la ley, ¿a quién le importa? El Dalai Lama nos dice que se puede visitar a una prostituta siempre que sea otro el que la pague. Los musulmanes chiíes ofrecen «matrimonios temporales» vendiendo a los hombres la autorización para tomar una esposa durante una o dos horas profesando los votos habituales para después divorciarse de ella cuando han terminado. La mitad de los espléndidos edificios de Roma jamás se habrían erigido si la venta de indulgencias no hubiera sido tan lucrativa: la propia basílica de San Pedro se financió mediante una única ofrenda especial de este tipo. El actual Papa, el otrora Joseph Ratzinger, atrajo hace poco a los jóvenes católicos a un festival ofreciendo a quienes asistieran cierta «remisión del pecado».

Este patético espectáculo moral no sería necesario si las reglas originales fueran tales que se pudieran obedecer. Pero a los edictos totalitarios que comienzan con la revelación emanada de una autoridad absoluta, se imponen mediante el miedo y se fundan en un pecado que habría sido cometido hace mucho tiempo, se suman normas que a menudo son inmorales e imposibles al mismo tiempo. El principio esencial del totalitarismo consiste en promulgar leyes que sean *imposibles de obedecer*. La tiranía resultante es aún más impresionante si puede imponerse mediante una casta o partido privilegiado que vigila con mucho celo la detección del error. A lo largo de su historia la mayor parte de la humanidad ha vivido bajo una u otra modalidad de esta estupefaciente dictadura y una gran parte de ella todavía continúa viviendo así. Permítaseme aportar unos cuantos ejemplos de reglas que deben pero no pueden obedecerse.

El mandamiento del Sinaí que prohibía a las personas *pensar* siquiera en codiciar bienes constituye el primer indicio. El Nuevo Testamento vuelve a hacerse eco de él en el mandamiento que afirma que un hombre que piensa en una mujer de forma incorrecta ya ha cometido realmente adulterio. Y es casi igualado por la actual prohibición musulmana, y anteriormente cristiana, que impide prestar di-

nero obteniendo un interés. Todos ellos, en sus diferentes formas, tratan de imponer restricciones imposibles sobre la iniciativa humana. Solo pueden cumplirse de una de dos maneras posibles. La primera es mediante el azote y la mortificación continuos de la carne acompañados por una incesante lucha con los pensamientos «impuros», que se hacen realidad en cuanto son nombrados, o incluso imaginados. De ello se derivan confesiones histéricas de culpa, falsos propósitos de enmienda y sonoras y violentas denuncias de otros pecadores y reincidentes: un estado policial espiritual. La segunda solución es la hipocresía organizada, donde se rebautiza a los alimentos prohibidos con el nombre de otra cosa, o donde una donación a las autoridades religiosas sirve para alquilar un reservado, o donde la ostentación de la ortodoxia servirá para comprar algo de tiempo, o donde el dinero se puede ingresar en una cuenta y después recuperarse en otra, tal vez con un ligero incremento porcentual y de forma no usurera. A esto podríamos denominarlo «república bananera espiritual». Muchas teocracias, desde la Roma medieval hasta la actual Arabia Saudí wahabí, han conseguido ser al mismo tiempo estados policiales espirituales *y* repúblicas bananeras espirituales.

Esta objeción sirve incluso para algunos de los preceptos más nobles y fundamentales. La orden «Ama a tu prójimo» es dulce y sin embargo severa: es un recordatorio de nuestras obligaciones para con los demás. La orden «ama a tu prójimo *como a ti mismo*» es demasiado radical y demasiado enérgica para poder obedecerla, como también lo es la instrucción muy difícil de interpretar de amar a los demás «como yo os he amado». La constitución de los seres humanos impide que se preocupen por los demás tanto como por ellos mismos: eso sencillamente no se puede hacer (como cualquier «creador» inteligente habría comprendido muy bien tras estudiar su propio diseño). Instar a los seres humanos a ser sobrehumanos so pena de muerte y tortura es instar a una terrible autodegradación y al reiterado e inevitable fracaso a la hora de respetar las reglas. ¡Menuda mueca burlona, además, en el rostro de quienes aceptan los donativos en efectivo que se hacen para sustituirlo! La denominada Regla de Oro, a veces identificada innecesariamente con una leyenda popular sobre el rabino Hillel de Babilonia, simplemente nos anima a tratar a los demás como

hubiéramos deseado que nos trataran ellos. Este precepto sobrio y racional que podemos enseñar a cualquier niño con su innato sentido de la justicia (y que es anterior a todas las «bienaventuranzas» y parábolas de Jesús) queda perfectamente al alcance de cualquier ateo y cuando se infringe no exige masoquismo e histeria, ni sadismo e histeria. Se aprende de forma gradual, integrada en la lenta y dolorosa evolución de la especie y, una vez captado, jamás se olvida. Bastará la conciencia ordinaria sin necesidad de que lo respalde ninguna cólera celestial.

Por lo que se refiere a las normas más fundamentales, solo es preciso consultar una vez más el argumento del diseño. La gente desea enriquecerse y prosperar, y aunque pueden muy bien prestar o incluso regalar dinero a algún amigo o pariente que lo necesite y no pedir a cambio nada más que se lo devuelvan en algún momento o que les den las gracias, no adelantarán dinero a un absoluto desconocido sin esperar algún interés a cambio. Por una bonita casualidad, la codicia y la avaricia son los acicates del desarrollo económico. Nadie que haya estudiado este tema desde David Ricardo hasta Karl Marx o Adam Smith ha dejado de ser consciente de este hecho. «No es la benevolencia» del panadero, señalaba Smith con su sagaz estilo escocés, la que nos procura el pan nuestro de cada día, sino su propio interés por cocerlo y venderlo. En cualquier caso, podemos optar por ser altruistas (lo que quiera que esto signifique), pero por definición no se nos puede *obligar* a ser altruistas. Tal vez fuéramos mejores mamíferos si no estuviéramos «hechos» así, pero nada puede ser sin duda más absurdo que tener un «creador» que luego te prohíbe el instinto que él mismo instiló en ti.

«Libre albedrío», responden los casuistas. Tampoco hay que obedecer las leyes que prohíben el asesinato o el robo. Bueno, uno puede estar genéticamente programado para hacer gala de determinadas dosis de agresividad, odio y gula, y no obstante también lo bastante evolucionado para tener cautela antes de dejarse llevar por cualquier impulso. Si nos entregáramos siempre a todos y cada uno de nuestros instintos más básicos, la civilización habría sido imposible y no existiría escritura con la que proseguir esta discusión. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que un ser humano, hombre o mujer, de pie

o tumbado, ve que su mano llega justo hasta los genitales. Resulta útil sin duda para protegerse de agresores primitivos una vez que nuestros antepasados decidieron asumir el riesgo de ponerse en pie y exponer sus vísceras a las agresiones, y es al mismo tiempo un privilegio y una provocación negada a la mayoría de los cuadrúpedos (algunos de los cuales pueden compensarlo aproximando el hocico al mismo lugar al que nosotros podemos llegar con los dedos y las palmas de las manos). Ahora bien: ¿quién concibió la regla de que esta fácil aposición entre lo manual y lo genital estuviera prohibida, incluso como pensamiento? Por decirlo más claramente, ¿quién ordenó que *se debe* tocar (por otros motivos que no tengan nada que ver con el sexo ni la reproducción) pero también que *no se debe*? Ni siquiera parece haber aquí ninguna auténtica autoridad de las escrituras, y sin embargo casi todas las religiones han convertido esta prohibición en algo casi absoluto.

Podríamos escribir todo un libro dedicado únicamente a la grotesca historia de la religión y el sexo y al sagrado pánico al acto procreador y a los impulsos y necesidades asociados a él, desde la emisión de semen hasta la efusión de sangre menstrual. Pero un modo adecuado de condensar toda esta fascinante historia puede ser formular una única pregunta provocativa.

16

¿Es la religión una modalidad de abuso de menores?

> Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello? Responde sinceramente.
>
> IVÁN A ALIOSHA, en *Los hermanos Karamazov*

Cuando reflexionamos acerca de si la religión ha «causado más perjuicio que bien» (sin que esto quiera decir nada *en absoluto* acerca de su veracidad o autenticidad), nos enfrentamos a una cuestión imponderablemente vasta. ¿Cómo podríamos llegar a saber cuántos niños llevan una vida deteriorada desde el punto de vista físico y psicológico a causa de la inculcación obligatoria de la fe? Esto es casi tan difícil de determinar como el número de sueños y visiones religiosas y espirituales que resultaron ser «auténticas», las cuales para poseer un mínimo valor deberían ponderarse frente a todos los casos no registrados u olvidados que resultaron no serlo. Pero podemos estar seguros de que la religión siempre ha confiado en aprovecharse de las mentes no formadas e indefensas de los jóvenes y ha hecho todo lo posible por asegurarse este privilegio estableciendo alianzas con los poderes seculares del mundo material.

Uno de los grandes ejemplos de terrorismo moral de nuestra literatura es el sermón pronunciado por el padre Arnall en *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce. Este repugnante y anciano sacerdote prepara a Stephen Dedalus y a los demás jóvenes «a su cargo» para un retiro espiritual en honor de san Francisco Javier (el hombre que llevó la Inquisición a Asia y cuyos huesos todavía veneran quienes optan por venerar huesos). Decide impresionarles con una larga y retorcida descripción del castigo eterno, como las que la Iglesia solía imponer cuando todavía tenía seguridad en sí misma para hacerlo. Es imposible citar toda la perorata, pero hay dos elementos particularmente vívidos que tienen interés en relación con la naturaleza de la tortura y la naturaleza del tiempo. Es fácil detectar que las palabras del sacerdote están destinadas *precisamente* a atemorizar a los niños. En primer lugar, las imágenes son intrínsecamente ingenuas. En el apartado de las torturas, el propio diablo hace que una montaña se desmenuce como si estuviera hecha de cera. Se evocan todo tipo de enfermedades escalofriantes y se explota el miedo infantil a que un dolor semejante pudiera prolongarse para siempre. Cuando llega el momento de esbozar una unidad de tiempo, vemos a un niño en la playa jugando con los granos de arena y a continuación la magnificación infantil de las unidades («Papá, ¿qué pasaría si hubiera un millón de millones de millones de pitillones de gatitos? ¿Ocuparían el mundo entero?») para después, añadiendo aún más multiplicaciones, evocar las hojas verdes de la naturaleza e invocar las pieles, plumas y escamas de los animales domésticos. Durante siglos, las personas adultas se han dedicado a asustar así a los niños (y a atormentarles, pegarles y también violarlos, como queda patente en el recuerdo de Joyce y en el recuerdo de infinidad de otros muchos).

También es fácil detectar las demás sandeces y crueldades inventadas por las personas religiosas. La idea de la tortura es tan antigua como la maldad de la humanidad, que es la única especie con la imaginación suficiente para suponer el daño que puede ocasionar cuando se le inflige a otro. No podemos culpar a la religión de este impulso, pero podemos condenarla por institucionalizar y refinar la práctica. Los museos de la Europa medieval desde Holanda hasta la Toscana están abarrotados de instrumentos y mecanismos con los que los santos varones trabajaban con devoción para averiguar cuánto tiempo se podía

mantener vivo a alguien al que se estaba abrasando. No es necesario entrar en más detalles, pero también existen libros religiosos de introducción a este arte y guías para detectar la herejía mediante el dolor. A quienes no eran lo bastante afortunados para que se les permitiera participar en el «auto de fe» (que es como se denominaba a una sesión de tortura) se les daba rienda suelta para fantasear con todas las escabrosas pesadillas que pudieran y a infligirlas de palabra con el fin de mantener al ignorante en un estado de temor permanente. En una era en la que se podía disfrutar de muy pocos entretenimientos, un buen acto público de quema en la hoguera, descuartizamiento o desmembramiento en la rueda de tortura solía ser todo el esparcimiento que los piadosos podían ofrecer. Nada avala la naturaleza artificial de la religión de un modo tan obvio como la mente enferma que concibió el infierno, a menos que sea la mentalidad profundamente limitada que no ha conseguido describir el cielo salvo como un lugar de comodidad terrenal, tedio eterno o (como pensaba Tertuliano) gozo permanente con la tortura de los demás.

Los infiernos precristianos también eran muy desagradables y su invención apelaba al mismo ingenio sádico. Sin embargo, en algunos de los primeros de los que tenemos noticia (sobre todo, el hinduista) se permanecía durante un tiempo limitado. Un pecador, por ejemplo, podía ser condenado a pasar un determinado número de años en el infierno, en donde cada día equivalía a 6.400 años humanos. Si alguien daba muerte a un sacerdote, la condena impuesta por ello era de 149.504 millones de años. A partir de ese momento se le permitía ir al nirvana, lo cual parece significar la aniquilación. Los cristianos tuvieron que buscar un infierno contra el que no hubiera recurso posible. (Y la idea se puede plagiar fácilmente: en una ocasión oí a Louis Farrakhan, el líder de la herética Nación del Islam integrada únicamente por negros, arrancar un estruendoso rugido de la multitud en el Madison Square Garden. Arrojando baba contra los judíos gritó: «Y no lo olvidéis; cuando es Dios quien os envía a los hornos... ¡es PARA SIEMPRE!».)

La obsesión por los niños y por el estricto control sobre su educación ha formado parte de todos los sistemas de autoridad absoluta. Tal vez fuera realmente un jesuita el primero del que se cuenta que

afirmó «Entregadme al niño hasta que tenga diez años y yo os devolveré al hombre»; pero la idea es mucho más antigua que la escuela de Ignacio de Loyola. El adoctrinamiento de los jóvenes tiene a menudo el efecto contrario, como bien sabemos por el destino de muchas ideologías seculares; pero parece que las personas religiosas correrán este riesgo para imprimir la suficiente propaganda en el chico o la chica medios. ¿Qué otra cosa podríamos esperar que hicieran? Si la instrucción religiosa no estuviera autorizada hasta que los niños hubieran alcanzado la madurez, viviríamos en un mundo muy distinto. Los padres que profesan creencias religiosas están divididos en este aspecto, puesto que confían de forma natural en compartir con su prole las maravillas y delicias de la Navidad y demás fiestas (y para contribuir a amansar a los indisciplinados también pueden hacer buen uso de dios, además de otras figuras secundarias como Papá Noel). Pero veamos lo que pasaría si en la primera adolescencia el niño se alejara para abrazar incluso otras creencias, cuando no otros cultos. En ese caso los padres proclamarían que ese culto se estaba aprovechando del inocente. Todos los monoteísmos formulan o solían formular precisamente por esta razón una prohibición rotunda contra la apostasía. En *Memorias de una joven católica*, Mary McCarthy recuerda la impresión que sufrió al enterarse por un predicador jesuita que su abuelo protestante, protector y amigo suyo, estaba condenado al castigo eterno porque había sido bautizado de forma incorrecta. Como era una niña inteligente y precoz, no dejaría que el asunto se le pasara hasta haber conseguido que la madre superiora consultara a las más altas autoridades y descubriera un vacío jurídico en los escritos del obispo Atanasio, que sostenía que solo se condenaba a los herejes si rechazaban la Iglesia verdadera con plena conciencia de lo que estaban haciendo. Su abuelo, pues, era lo bastante inconsciente de cuál era la verdadera Iglesia como para eludir el infierno. Pero ¡vaya un sufrimiento al que someter a una niña de once años! Y pensemos solo en el número de niños no tan curiosos que aceptaron esta malvada enseñanza sin ponerla en duda. Quienes mienten así a los pequeños están extremadamente enfermos.[1]

Se pueden aducir dos ejemplos más: uno de enseñanza inmoral y otro de práctica inmoral. La enseñanza inmoral tiene que ver con el

aborto. Dada mi condición de materialista, creo que se ha demostrado que un embrión es un organismo y una entidad independiente, y no meramente (como algunos defendían) un bulto añadido al cuerpo o en el cuerpo del organismo femenino. Solían ser las feministas quienes decían que no era más que un apéndice, o incluso un tumor (esto se argumentaba en serio). Esa insensatez parece haberse frenado. Una de las consideraciones que la han frenado es la fascinante y conmovedora imagen proporcionada por el ecógrafo, y otra la supervivencia de bebés «prematuros» con el peso de una pluma que han alcanzado «viabilidad» fuera del útero materno. Esta es otra forma más mediante la cual la ciencia puede hacer causa común con el humanismo. Del mismo modo que ningún ser humano con una facultad moral media podría mostrarse indiferente cuando ve que se pega una patada en el estómago a una mujer, así tampoco podría dejar de sentirse aún más escandalizado si la mujer en cuestión estuviera embarazada. La embriología corrobora la moral. Aun cuando se utilicen con un tono politizado, las palabras «niño no nacido» describen una realidad material.

Sin embargo, esto no hace más que abrir el debate en lugar de cerrarlo. Puede haber muchas circunstancias en las que no sea deseable llevar a término un feto. O la naturaleza o dios parecen valorar este hecho, puesto que un número muy alto de embarazos son, por así decirlo, «abortados» debido a malformaciones y se conocen cortésmente como «espontáneos». Por triste que sea, este resultado seguramente es menos desgraciado que el gran número de niños que habrían nacido con malformaciones, deficiencias o muertos, o cuyas cortas vidas habrían sido un tormento para sí mismos y para otros. Por consiguiente, al igual que sucede con la evolución en general, en el útero encontramos un microcosmos de naturaleza y evolución en sí mismas. En primer lugar comenzamos siendo diminutas formas anfibias, hasta que poco a poco desarrollamos los pulmones y el cerebro (cultivamos y nos deshacemos de una mata de pelo ahora inútil), y luego nos esforzamos por salir al exterior y respirar aire puro tras una transición un tanto dificultosa. De este modo, el sistema es bastante despiadado al eliminar a aquellos que jamás tuvieron muchas posibilidades de sobrevivir en primera instancia: nuestros antepasados de la sabana no habrían

sobrevivido tampoco si hubieran tenido varios niños enfermizos y holgazanes a los que proteger de los depredadores. Aquí la analogía de la evolución tal vez no sea tanto la de la «mano invisible» de Adam Smith (un concepto del que siempre he desconfiado) como el modelo de «destrucción creativa» de Joseph Schumpeter, mediante el cual nos acostumbramos a una determinada proporción de actos fallidos naturales teniendo en cuenta lo despiadada que es la naturaleza y remontándonos a los remotos prototipos de nuestra especie.[2]

Así pues, no todas las concepciones desembocan, o desembocaron siempre, en nacimientos. Y desde que la mera lucha por la existencia empezó a amainar, la ambición de la inteligencia humana se ha cifrado en aumentar el control sobre la tasa de reproducción. Las familias que viven a merced de la simple naturaleza y su inevitable exigencia de profusión vivirán atadas a un ciclo que no es mucho mejor que el ciclo animal. El mejor modo de adquirir ciertas dosis de control es mediante la profilaxis, por la que se ha luchado sin descanso desde las épocas de las que disponemos de datos y que en nuestros días se ha vuelto relativamente segura e indolora. La segunda mejor solución, si es necesaria (y a veces puede ser deseable por otras razones), es la interrupción del embarazo: un recurso rechazado del que muchos se lamentan aun cuando se haya llevado a cabo por estricta necesidad. Todos los seres pensantes reconocen en esta cuestión un doloroso conflicto de derechos e intereses y se esfuerzan por alcanzar cierto equilibrio. La única proposición que es absolutamente inútil, tanto desde el punto de vista moral como práctico, es la asilvestrada afirmación de que los espermatozoides y los óvulos son todos ellos vidas potenciales a las que no se debe impedir fusionarse y que, cuando llevan unidas aunque sea unos instantes, ya tienen alma y deben estar protegidas por la ley. Según este criterio, un dispositivo intrauterino que impide que el embrión se implante en la pared del útero es un arma homicida, y un embarazo ectópico (el catastrófico accidente que hace que el óvulo empiece a crecer en el interior de la trompa de Falopio) es una vida humana en lugar de un óvulo ya fracasado que, además, representa una grave amenaza para la vida de la madre.

El clero se ha opuesto de raíz y en todos sus desarrollos a todos y cada uno de los pasos encaminados al esclarecimiento de esta discu-

sión. La tentativa de educar siquiera a las personas en la posibilidad de ejercer la «planificación familiar» fue anatematizada desde el principio y sus primeros defensores y maestros fueron detenidos (como John Stuart Mill), encarcelados o desposeídos de su trabajo. Hace tan solo unos años, la madre Teresa denunció que la contracepción era el equivalente moral del aborto, lo cual «lógicamente» significaba (dado que ella consideraba que el aborto era un asesinato) que un condón o una píldora eran también armas homicidas. Ella era un poco más fanática todavía que su Iglesia, pero aquí podemos ver de nuevo que el enardecimiento y el dogmatismo son los enemigos morales de lo bueno. Nos exigen que creamos en lo imposible y practiquemos lo inviable. Quienes, además de a los nacidos, utilizan a los niños no nacidos como meros objetos de manipulación en su doctrina han echado por tierra todo el asunto de hacer extensible la protección a los no nacidos y la expresión de un sesgo favorable hacia la vida.

Por lo que se refiere a la práctica inmoral, es difícil imaginar nada más grotesco que la mutilación de los genitales infantiles. No es fácil imaginarse nada más incompatible con el argumento del diseño. Debemos suponer que un dios diseñador prestaría especial atención a los órganos reproductores de sus criaturas, que tan esenciales son para la continuidad de la especie. Pero desde el principio de los tiempos los rituales religiosos han insistido en arrancar a los niños de la cuna y aplicar piedras afiladas o cuchillos en sus partes pudendas. En algunas sociedades animistas y musulmanas son los bebés femeninos los que peor lo pasan con la escisión de los labios vaginales y el clítoris. Esta práctica se demora a veces hasta la adolescencia y, tal como hemos descrito antes, se acompaña con la infibulación o sutura de la vagina dejando únicamente una pequeña abertura que permita el paso de la sangre y la orina. El objetivo es evidente: aniquilar o aplacar el instinto sexual y eliminar la tentación de experimentar el sexo con algún hombre, excepto con aquel a quien la joven sea entregada (y que tendrá el privilegio de desgarrar esos hilos en la espantosa noche nupcial). Mientras tanto, a ella se le enseñará que la visita mensual de la sangre es una maldición (todas las religiones han manifestado pavor

ante ella, y muchas continúan prohibiendo que las mujeres con la menstruación asistan a los servicios religiosos) y que ella es un receptáculo impuro.

En otras culturas, sobre todo en la «judeocristiana», en lo que se insiste es en la mutilación de los pequeños varones. (Por alguna razón, las niñas pueden ser judías sin padecer ninguna alteración genital: es inútil buscar coherencia en las alianzas que las personas creen haber establecido con dios.) Aquí los motivos originales parecen ser de dos índoles distintas. El derramamiento de sangre en el que se insiste en las ceremonias de circuncisión es muy probablemente un resto simbólico de los sacrificios animales y humanos que eran rasgo habitual del paisaje empapado en sangre del Antiguo Testamento. Al adherirse a esta práctica, los padres ofrecían el sacrificio de una parte de su hijo en representación de la totalidad de él. Las objeciones que aluden a que eso significa cierta injerencia en algo que dios debió de haber diseñado con atención (el pene humano) se vencieron mediante el dogma inventado de que Adán nació circunciso y a imagen y semejanza de dios. De hecho, algunos rabinos sostienen que Moisés también nació circunciso, aunque esta afirmación puede derivarse del hecho de que su circuncisión no se menciona en ningún lugar del Pentateuco.

La segunda finalidad formulada de manera muy ambigua por Maimónides era la misma que para las niñas: la máxima aniquilación posible de la vertiente placentera de la relación sexual. Aquí tenemos lo que el sabio nos dice en su *Guía de perplejos*:

> También creo que uno de los motivos de la circuncisión es minorar la cohabitación y mitigar el órgano, a fin de restringir su acción dejándolo en reposo lo más posible. Se ha pretendido que la circuncisión tenía como finalidad acabar lo que la naturaleza había dejado imperfecto. [...] ¿Cómo las cosas de la Naturaleza podrían ser imperfectas al extremo de precisar un acabamiento de origen externo, tanto más cuando *el prepucio tiene su utilidad para el miembro en cuestión*? Pero tal precepto no tiene como objetivo remediar una imperfección física. El fin verdadero es el dolor corporal. [...] Que la circuncisión atenúa la incontinencia y hasta disminuye la voluptuosidad es cosa que no admite duda, porque si desde el nacimiento se hace sangrar a ese miembro, quitándole la cobertura, quedará indudablemente debilitado.

Maimónides no parece excesivamente impresionado por la promesa (realizada a Abraham en Génesis 17) de que la circuncisión le llevará a tener una vasta progenie a la edad de noventa y nueve años. La decisión de Abraham de circuncidar a sus esclavos y a todos los varones de su casa fue un asunto colateral, o tal vez fruto del entusiasmo, puesto que esos no judíos no formaban parte de la alianza. Pero sí circuncidó a su hijo Ismael, que entonces tenía trece años. (Ismael solo tuvo que separarse de su prepucio; su hijo menor, Isaac, descrito curiosamente en Génesis 22 como el «único» hijo de Abraham, fue circuncidado cuando tenía ocho días, si bien posteriormente se ofreció en sacrificio la totalidad de su persona.)

Maimónides también sostenía que la circuncisión sería un instrumento para reforzar la solidaridad étnica e hizo particular énfasis en la necesidad de realizar la operación cuando los varones son bebés, mejor que cuando hayan alcanzado la madurez:

> La primera [razón] es que si se dejara crecer al niño, se correría el riesgo de que no la practicara; la segunda [es que] no sufre tanto como sufriría un adulto, porque su miembro es tierno y él tiene todavía una imaginación débil, dado que una persona mayor se figura terrible y cruel, antes de que suceda, lo que su fantasía se forja anticipadamente; [la tercera es que] el padre no tiene todavía un gran amor al hijo en el momento de su nacimiento, porque la forma imaginativa que en él produce el amor del hijo no se ha consolidado todavía en él. [...] Si, pues, se aplaza dos o tres años la circuncisión, ello tendría como consecuencia descuidarla en razón del afecto y cariño hacia el niño. Pero, a raíz de su nacimiento, esa forma imaginativa es muy tenue, sobre todo en el padre, a quien tal precepto se prescribe.[3]

Dicho en términos corrientes: Maimónides es plenamente consciente de que, de no haber sido supuestamente ordenada por dios, esta espantosa práctica produciría un rechazo natural en beneficio del niño hasta en el padre más devoto (solo especifica el padre). Pero reprime este sentimiento en aras de la ley «divina».

En época más reciente se han aducido argumentos más pseudolaicos en favor de la circuncisión masculina. Se ha afirmado que el resultado es más higiénico para los varones y, por tanto, más saludable

para las mujeres, por cuanto les ayuda a evitar, por ejemplo, el cáncer cervical. La medicina ha reventado estas afirmaciones, o ha desvelado, además, que se trata de problemas que pueden solucionarse igualmente «distendiendo» el prepucio. La escisión absoluta ordenada inicialmente por dios como tributo de sangre por la promesa de futura matanza de los cananeos queda desenmascarada hoy día como lo que es: la mutilación de un niño desvalido con el objetivo de desbaratar su futura vida sexual. La relación entre barbarie religiosa y represión sexual no podía ser más evidente que cuando queda «marcada en la carne». ¿Quién puede contabilizar el número de vidas que se han vuelto desgraciadas de este modo, sobre todo desde que los médicos cristianos empezaron a adoptar en sus hospitales la antigua costumbre judía? ¿Y quién puede soportar leer los manuales y las historias de la medicina en las que se recoge con esmero el número de bebés varones que murieron a causa de una infección a partir del octavo día, o que sufrieron disfunciones o malformaciones flagrantes e insoportables? Los datos de infecciones por sífilis y de otro tipo contraídas a partir del contacto con dientes putrefactos o como consecuencia de otras imprudencias rabínicas, o por torpes hendiduras en la uretra o, a veces, en una vena, son sencillamente atroces. ¡Y se permite esta práctica en Nueva York en 2006! Si no estuvieran implicadas la religión y su arrogancia, ninguna sociedad sana permitiría esta amputación cavernícola, ni tampoco que se practicara ningún tipo de cirugía en los genitales sin el consentimiento pleno e informado de la persona afectada.

También hay que culpar a la religión de las terribles consecuencias del tabú de la masturbación (que proporcionó asimismo a los ingleses del período victoriano otra excusa más para la circuncisión). Durante décadas se ha aterrorizado en su adolescencia a millones de chicos y jóvenes con el consejo supuestamente «médico» que les prevenía contra la ceguera, las crisis nerviosas y la locura que sufrirían si recurrían a la autocomplacencia. Los adustos sermones de los clérigos, abarrotados de insensateces acerca de que el semen era una fuente de energía irreemplazable y finita, han presidido la educación de muchas generaciones. Robert Baden-Powell redactó todo un obsesivo tratado sobre el tema, que utilizaba para reforzar el fornido cristianismo de su movimiento boy scout. Hasta el día de hoy, esta estu-

pidez pervive en las páginas web islámicas que se proponen asesorar a los jóvenes. De hecho, parece que los ulemas han estado estudiando minuciosamente esos mismos textos desautorizados escritos por Samuel Tissot y otros autores que con tan nocivos efectos solían esgrimir sus antecesores cristianos. Idéntica desinformación inverosímil y malintencionada ofrece sobre todo Abd al-Aziz bin Baz, el desaparecido gran muftí de Arabia Saudí cuyas advertencias contra el onanismo se repiten en muchas páginas web musulmanas. Esta práctica perturbará el sistema digestivo, nos advierte, dañará la vista, inflamará los testículos, corroerá la médula espinal (¡«el lugar donde se origina el esperma»!) y producirá temblores y convulsiones. Tampoco quedarán ilesas las «glándulas cerebrales», con su correspondiente disminución del cociente intelectual y la postrera demencia. Por último, y para continuar atormentando con la culpa y la preocupación a millones de jóvenes sanos, el muftí les dice que su semen se volverá claro e insípido y les impedirá ser padres más adelante. Las páginas web de la Inter-Islam and Islamic Voice reutilizan estas paparruchas como si no hubiera ya suficiente represión e ignorancia entre los varones jóvenes del mundo musulmán, a los que se suele mantener aislados de la compañía femenina, enseñar a despreciar a sus madres y hermanas y someter a una embrutecedora recitación memorística del Corán. Tras haberme topado con los productos de este sistema «educativo» en Afganistán y otros lugares, no puedo hacer otra cosa que reiterar que su problema no es tanto que deseen vírgenes como que *son* vírgenes: su desarrollo emocional y psíquico ha quedado atrofiado de forma irreparable en el nombre de dios y como consecuencia de esta alienación y deformación ha quedado amenazada la seguridad de otras muchas personas.

La inocencia sexual, que puede resultar encantadora en un joven si no se prolonga de manera innecesaria, es positivamente corrosiva y repulsiva en un adulto maduro. Una vez más, ¿cómo calcularemos el daño infligido por los ancianos lascivos y las solteronas histéricas a los que se ha designado guardianes clericales para vigilar a los inocentes en las escuelas y orfanatos? La Iglesia católica en concreto está teniendo que responder a esta pregunta de la forma más dolorosa, estimando el valor monetario de los abusos a menores en términos de

indemnizaciones. Ya se han concedido miles de millones de dólares, pero no se puede valorar económicamente a las generaciones de chicos y chicas a las que aquellos en quienes ellos mismos y sus padres confiaban introdujeron en el sexo de la forma más alarmante y desagradable. El «abuso de menores» es en realidad un necio y patético eufemismo para referirse a lo que ha estado sucediendo: estamos hablando de la violación y tortura sistemática de niños, asistidos e inducidos por una jerarquía que deliberadamente trasladó a los agresores más flagrantes a parroquias en las que pudieran sentirse más seguros. Dado lo que ha salido a la luz en época reciente en ciudades modernas, no podemos sino estremecernos al pensar lo que sucedería en los siglos en los que la Iglesia quedaba al margen de toda crítica. Pero ¿qué esperaba la gente que sucediera cuando los vulnerables estuvieran bajo el control de aquellos a los que, siendo ellos mismos unos inadaptados y unos invertidos, se exigía que se declararan hipócritamente célibes? ¿Y de aquellos a los que se enseñaba a afirmar en tono grave, como un artículo de fe, que los niños eran «diablillos» o «extremidades» de Satán? A veces, la frustración resultante se manifiesta a través de los horrendos excesos del castigo corporal, que ya es bastante malo en sí mismo. Pero cuando las inhibiciones artificiales se derrumban realmente, como hemos visto que sucede, se traducen en una conducta que ningún vulgar pecador por masturbación o fornicación podría contemplar siquiera sin espanto. Esto no es obra de unos cuantos delincuentes que hay entre los pastores, sino el fruto de una ideología que trataba de establecer el control clerical mediante el control del instinto sexual e incluso de los órganos sexuales. Al igual que el resto de la religión, pertenece a la atemorizada infancia de nuestra especie. La respuesta de Aliosha a la pregunta de Iván acerca de la tortura sagrada de un niño consistió en decir («en voz baja») «No, no me prestaría». Nuestra respuesta, desde la repugnante ofrenda original del indefenso niño Isaac en la pira hasta los abusos y represión actuales, debe ser la misma; pero no debemos pronunciarla tan bajo.

17

Adelantarse a una objeción: el «ataque» desesperado contra el laicismo

Si no puedo demostrar de forma concluyente que la utilidad de la religión pertenece al pasado, ni que sus libros fundacionales son fábulas obvias, ni que es una imposición fabricada por el ser humano, ni que ha sido enemiga de la ciencia y de la investigación, ni que ha subsistido en gran medida a base de mentiras y miedo, ni que ha sido cómplice de la ignorancia y la culpa, así como de la esclavitud, el genocidio, el racismo y la tiranía, casi con seguridad puedo afirmar que la religión es hoy día plenamente consciente de estas críticas. También es plenamente consciente de la evidencia más abundante que nunca en relación con los orígenes del cosmos y el origen de las especies, que la circunscriben a la marginalidad, cuando no a la irrelevancia. Al desarrollar la argumentación he tratado de ir abordando la mayoría de las objeciones basadas en la fe a medida que se plantean; pero queda un argumento que no podemos evitar.

Cuando ya se ha dicho lo peor sobre la Inquisición, la caza de brujas, las Cruzadas, las conquistas imperiales islámicas y los horrores del Antiguo Testamento, ¿no es cierto que los regímenes laicos y ateos han cometido delitos que, en este orden de cosas, son al menos igual de detestables, cuando no peores? ¿Y acaso el corolario no concluye que, una vez liberados del fervor religioso, los hombres actuarán de la forma más desatada y abandonada posible? En *Los hermanos Karamazov* Dostoievski se mostraba extremadamente crítico con la religión (y vivía bajo un régimen despótico santificado por la Iglesia) y también caracterizó a su personaje Smerdiakov como una figura vanidosa, crédula y necia; pero la máxima de Smerdiakov según la cual

«si Dios no existe, tampoco existe la virtud», resuena comprensiblemente en aquellos que contemplan retrospectivamente la Revolución rusa bajo el prisma del siglo XX.

Podríamos llegar más lejos y afirmar que el totalitarismo laico nos ha suministrado de hecho el súmmum de la maldad humana. Los ejemplos más habituales (los de los regímenes de Hitler y Stalin) nos muestran con pasmosa claridad lo que puede suceder cuando los seres humanos usurpan el papel de los dioses. Cuando consulto con mis amigos ateos y laicos, descubro que esta se ha convertido en la objeción más común y frecuente con la que se topan entre las personas religiosas. El asunto merece una respuesta detallada.

Para empezar con un comentario un tanto facilón, resulta curioso descubrir cómo las personas de fe buscan defenderse ahora diciendo que no son peores que los fascistas, los nazis o los estalinistas. Uno esperaría que la religión hubiera conservado un mayor sentido de la dignidad. Yo no diría que las filas del laicismo y el ateísmo estén precisamente atestadas de comunistas o fascistas, pero cabe aceptar el argumento de que, exactamente igual que los individuos laicos y los ateos han soportado tiranías clericales y teocráticas, los creyentes también han tenido que soportar tiranías paganas y materialistas. Pero esto sería únicamente constatar las diferencias.

Probablemente, la palabra «totalitario» fue utilizada por primera vez por el marxista disidente Victor Serge, que había quedado horrorizado por la siega del estalinismo en la Unión Soviética. Lo popularizó la intelectual judía laica Hannah Arendt, que había escapado del infierno del Tercer Reich y escribió *Los orígenes del totalitarismo*. Es un concepto útil porque entre todas las formas «ordinarias» de despotismo diferencia las que exigen simplemente la obediencia de sus súbditos y los sistemas absolutos que demandan que los ciudadanos se conviertan en súbditos plenos y entreguen su vida privada y su personalidad entera al Estado o al líder supremo.

Si aceptamos esta última definición, entonces el primer aspecto que debemos señalar es igualmente un asunto fácil. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad la idea de un Estado total o absoluto estuvo íntimamente ligada a la religión. Un barón o un rey podían obligarle a uno a pagar los impuestos o a servir en su ejército,

y por lo general conseguía disponer de sacerdotes cerca para recordarnos que era nuestra obligación; pero los despotismos verdaderamente escalofriantes eran aquellos que también buscaban el contenido de nuestro corazón o nuestra cabeza. Si analizamos las monarquías orientales de China, la India o Persia, los imperios de los aztecas o los incas, o las cortes medievales de España, Rusia o Francia, encontramos casi de manera invariable que aquellos dictadores eran también dioses o jefes de las respectivas iglesias. Se les debía algo más que mera obediencia: toda crítica hacia ellos era profana por definición y millones de personas vivían y morían bajo el miedo más profundo a un gobernante que podía escogerlos para un sacrificio o condenarlos a su antojo a un castigo eterno. La menor infracción (de un día sagrado, de un objeto sagrado o de una ordenanza sobre la sexualidad, la alimentación o el sistema de castas) podría suponer una desgracia. El principio totalitario, que a menudo suele representarse como «sistemático», está íntimamente ligado también al capricho. Las normas podían cambiar o ampliarse en cualquier momento y los gobernantes tenían la ventaja de saber que sus súbditos nunca podían estar seguros de si estaban obedeciendo la última prescripción o no. Hoy día valoramos las pocas excepciones de la Antigüedad, como la Atenas de Pericles, con todas sus deformaciones, precisamente porque hubo muy pocos momentos en los que la humanidad no viviera en el temor permanente a un faraón, un Nabucodonosor o un Darío cuya menor insinuación se convertía en ley sagrada.

Esto era válido incluso cuando el derecho divino de los déspotas empezó a dejar paso a algunas versiones de la modernidad. La idea de que hubiera un Estado utópico en la tierra, modelado tal vez a imagen y semejanza de algún ideal celestial, es muy difícil de borrar y ha llevado a las personas a cometer terribles delitos en nombre de dicho ideal. Una de las primeras tentativas de crear una sociedad paradisíaca de esta naturaleza diseñada según la pauta de la igualdad humana fue el Estado socialista totalitario establecido por los misioneros jesuitas en Paraguay. Consiguió aunar el máximo de igualitarismo con el máximo de falta de libertad y solo pudo mantenerse vigente mediante el terror más absoluto. Aquello debería haber sido una advertencia para quienes querían perfeccionar la especie humana. Sin em-

bargo, el del perfeccionamiento de la especie, que es donde reside la auténtica raíz y la fuente del impulso totalitario, es en esencia un impulso religioso.

George Orwell, el ateo y asceta cuyas novelas nos brindaron una imagen imborrable de cómo sería auténticamente la vida en un Estado totalitario, no tenía ninguna duda al respecto. «Desde el punto de vista totalitario —escribió en 1946 en «La defensa de la literatura»—, la historia es algo que se crea más que se aprende. *Un Estado totalitario es una teocracia* y su casta dominante, para mantener su posición, tiene que creerse infalible.» (Se apreciará que escribió esto un año en el que, tras haber combatido durante más de una década contra el fascismo, apuntaba sus armas mucho más contra los simpatizantes del comunismo.)

Para formar parte del modo de pensar totalitario no es preciso llevar uniforme, garrote ni fusta. Tan solo es necesario *desear* la sumisión propia y disfrutar con la sumisión ajena. ¿Qué otra cosa es un sistema totalitario sino un sistema en el que la vil glorificación del líder absoluto se equipara a la entrega de toda privacidad e individualidad, sobre todo en asuntos sexuales, y a la denuncia y el castigo («por su propio bien») de quienes los transgreden? Tal vez el factor sexual sea el decisivo, por cuanto la mente más roma puede captar lo que Nathaniel Hawthorne plasmó en *La letra escarlata*: la estrecha relación existente entre represión y perversión.

En los primeros tiempos de la historia de la humanidad el principio totalitario era el principio dominante. La religión estatal suministraba una respuesta completa y «total» a todas las preguntas, desde cuál era la posición que uno ocupaba en la jerarquía social hasta las normas que regían la alimentación y el sexo. Esclavo o no, el ser humano era una propiedad y la vanguardia intelectual era el refuerzo del absolutismo. La proyección más ingeniosa de Orwell de la idea totalitaria, el delito del «crimen de pensamiento», era un lugar común. Un pensamiento impuro, o más aún, herético, podía llevarle a uno a ser desollado vivo. Ser acusado de posesión demoníaca o de mantener contacto con el Maligno equivalía a ser condenado por ello. El primer descubrimiento de Orwell de lo espantoso de esta situación se produjo en los primeros años de su vida, cuando fue encerrado en

una escuela hermética regentada por sádicos cristianos en la que no se podía saber cuándo había uno quebrantado las normas. Cualquier cosa que uno hiciera y pese a las muchas precauciones que adoptara, los pecados de los que uno no era consciente siempre le acababan delatando.

Él consiguió abandonar aquella odiosa escuela (quedando traumatizado de por vida, como también han quedado millones de niños), pero, según la visión totalitaria religiosa, en este mundo no se puede escapar del pecado original, la culpa y el dolor. Siempre nos esperan infinidad de castigos incluso después de morir. Según los totalitaristas religiosos verdaderamente extremistas, como Juan Calvino, que tomó prestada su detestable doctrina de Agustín, antes incluso de haber nacido pueden estar aguardándonos ya infinidad de castigos. Hace mucho tiempo se escribió que las almas serían escogidas o «elegidas» cuando llegara el momento de separar a las ovejas de los carneros. No es posible formular ninguna apelación contra esta sentencia fundamental, y ninguna buena obra ni profesión de fe puede salvar a aquel que no ha tenido la fortuna suficiente de resultar escogido. La Ginebra de Calvino era un Estado totalitario prototípico y el propio Calvino un sádico, un torturador y un asesino que quemó vivo a Servet (uno de los grandes pensadores e interpeladores de la época). La desdicha secundaria inducida en los seguidores de Calvino, obligados a malgastar su vida preocupándose por si habían sido «elegidos» o no, queda bien recogida en *Adam Bede*, de George Eliot, en una antigua sátira plebeya inglesa contra las demás sectas, desde la de los Testigos de Jehová hasta la de los Hermanos de Plymouth, que se atrevían a afirmar que ellos se encontraban entre los elegidos y que solo ellos sabían el número exacto de aquellos que serían arrancados de la hoguera:

Somos los pocos escogidos, los puros, y todos los demás están condenados.
Para vosotros hay sitio de sobra en el infierno; no queremos el cielo abarrotado.

Tengo un inofensivo tío de espíritu débil cuya vida quedó arruinada y se volvió desgraciada precisamente así. Tal vez Calvino no pa-

rezca una figura muy lejana, pero quienes solían concentrar y utilizar el poder en su nombre todavía se encuentran entre nosotros y actúan bajo el nombre de presbiterianos y baptistas. La necesidad de prohibir y censurar libros, de acallar a los disidentes, de condenar a quienes no son como nosotros, de invadir la esfera privada y de invocar una salvación exclusiva representa la esencia misma del totalitarismo. El fatalismo del islam, que cree que todo está preestablecido de antemano por Alá, guarda ciertas semejanzas en su tajante negación de la libertad y la autonomía humanas, además de en su arrogante e insoportable creencia de que su fe ya contiene todo lo que cualquiera podría necesitar saber en cualquier momento.

Por consiguiente, cuando en 1950 acabó por publicarse la magnífica antología antitotalitaria del siglo XX, sus editores descubrieron que solo podría tener un título. La llamaron *The God That Failed*. Yo conocí superficialmente y trabajé a veces para uno de aquellos dos hombres: para el socialista británico Richard Crossman. Como escribió en su introducción al libro:

> Al intelectual le importan relativamente poco las comodidades materiales; lo que más le importa es la libertad espiritual. La fuerza de la Iglesia católica siempre ha residido en que exige sacrificar esa libertad inflexiblemente y condena el orgullo espiritual como un pecado mortal. El comunista principiante que somete su alma al derecho canónico legislativo del Kremlin sentía algo parecido al alivio que el catolicismo también brinda al intelectual, cansado y preocupado por el privilegio de gozar de la libertad.

El único libro que nos ha advertido de antemano contra todo esto, con más de treinta años de antelación, fue un breve pero brillante volumen publicado en 1919 y titulado *Teoría y práctica del bolchevismo*. Mucho antes de que Arthur Koestler y Richard Crossman hubieran empezado a explorar el naufragio de forma retrospectiva, se predijo el desastre en su conjunto en unos términos que todavía suscitan la admiración por su clarividencia. El mordaz analista de la nueva religión era Bertrand Russell, cuyo ateísmo le proporcionó una visión de futuro a largo plazo muy superior a la de muchos ingenuos

«socialistas cristianos» que afirmaban percibir en Rusia los comienzos de un nuevo paraíso en la tierra. También fue mucho más perspicaz que la clase dominante cristiana anglicana de su Inglaterra natal, cuyo diario de referencia, el *Times* londinense, adoptó el punto de vista de que la Revolución rusa podía explicarse mediante *Los protocolos de los sabios de Sión*. Esta repugnante invención de la policía secreta rusa ortodoxa se reimprimió bajo el sello de Eyre y Spottiswoode, los editores oficiales de la Iglesia anglicana.

Con estos antecedentes en lo relativo a la sumisión y promulgación de la dictadura en la tierra y del control absoluto sobre la otra vida, ¿cómo plantó cara la religión a los totalitaristas «laicos» de nuestro tiempo? Deberíamos pasar revista primero, por orden, al fascismo, el nazismo y el estalinismo.

El fascismo, modelo y precursor del nacionalsocialismo, fue un movimiento que creía en una sociedad orgánica y corporativa presidida por un líder o guía. (Las «fasces», símbolo de los «cónsules» o garantes de la ley de la antigua Roma, eran un manojo de bastones atados con una cinta de cuero que representaba la unidad y la autoridad.) Nacidos de la pobreza y la humillación de la Primera Guerra Mundial, los movimientos fascistas defendían los valores tradicionales frente al bolchevismo y respetaban y defendían el nacionalismo y la piedad. Tal vez no sea una coincidencia que surgieran en primer lugar y de forma más entusiasta en países católicos, y sin duda no lo es que la Iglesia católica simpatizara por lo general con la idea del fascismo. La Iglesia no solo consideraba al comunismo un enemigo mortal, sino que también encontraba a su antiguo enemigo judío en las filas más veteranas del partido de Lenin. Benito Mussolini apenas había alcanzado el poder en Italia cuando el Vaticano firmó con él un tratado oficial, conocido como Acuerdos de Letrán de 1929. Según las cláusulas de dicho acuerdo, el catolicismo se convertía en la única religión reconocida en Italia, con el monopolio del poder sobre asuntos como los nacimientos, los matrimonios, la muerte y la educación, y a cambio instaba a sus seguidores a votar al partido de Mussolini. El papa Pío XI describió a Il Duce («el líder») como «un hombre en-

viado por la providencia». Las elecciones no iban a ser una característica de la vida italiana durante mucho tiempo, pero en todo caso la Iglesia provocó la disolución de los partidos católicos centristas laicos y contribuyó a patrocinar un pseudopartido político llamado Acción Católica que fue emulado en varios países. En todo el sur de Europa, la Iglesia fue un aliado fiable para la instauración de regímenes fascistas en España, Portugal y Croacia. Al general Franco en España se le permitió denominar a su invasión del país y a la aniquilación de la República instaurada democráticamente con el título honorífico de La Cruzada. El Vaticano apoyó o se negó a criticar la grandilocuente tentativa de Mussolini de recrear un pastiche del Imperio romano mediante las invasiones de Libia, Abisinia (la actual Etiopía) y Albania: estos territorios estaban habitados o bien por no cristianos, o bien por cristianos orientales de una facción incorrecta. Entre las justificaciones ofrecidas para el uso de gases venenosos y otras horripilantes medidas en Abisinia, Mussolini añadió incluso la perseverancia de sus habitantes en la herejía del monofisismo: un dogma incorrecto de la encarnación que había sido condenado por el papa León I y el Concilio de Calcedonia en el año 451.

En Europa Central y del Este la imagen no era mucho mejor. El golpe militar de la extrema derecha en Hungría encabezado por el almirante Horthy fue calurosamente refrendado por la Iglesia, como también lo fueron otros movimientos fascistas similares en Eslovaquia y Austria. (El régimen de Eslovaquia, títere de los nazis, estaba dirigido por un hombre ordenado sacerdote que se llamaba padre Tiso.) El cardenal de Austria proclamó su entusiasmo cuando Hitler asumió el poder de su país en la época del Anschluss.

En Francia, la extrema derecha adoptó el lema «Meilleur Hitler Que Blum»; dicho de otro modo: mejor tener un dictador racista alemán que un judío socialista francés elegido democráticamente. Organizaciones fascistas católicas como Action Française de Charles Maurras y Croix de Feu lanzaron una campaña violenta contra la democracia francesa y no ocultaron su malestar, que se derivaba del modo en que Francia había venido degradándose desde la absolución en 1899 del capitán judío Alfred Dreyfus. Cuando se produjo la ocupación de Francia, estas fuerzas colaboraron con entusiasmo en

las redadas y asesinatos de judíos franceses, así como en la deportación de otro gran número de franceses para que realizaran trabajos forzados. El régimen de Vichy cedió al clericalismo borrando de la moneda nacional el lema de 1789 («Liberté, Égalité, Fraternité») y sustituyéndolo por la máxima del ideal cristiano: «Famille, Travail, Patrie». Hasta en un país como Inglaterra, en el que las simpatías hacia el fascismo distaban mucho de prevalecer, consiguieron atraer un público en círculos respetables mediante la participación de intelectuales católicos como T. S. Eliot y Evelyn Waugh.

En la vecina Irlanda, los Camisas Azules del general O'Duffy (que envió voluntarios a combatir junto a Franco en España) eran poco menos que un feudo de la Iglesia católica. Nada menos que en abril de 1945, ante las noticias de la muerte de Hitler, el presidente Eamon de Valera se puso su chistera, pidió la carroza y acudió a la embajada alemana en Dublín para presentar oficialmente sus condolencias. Este tipo de actitudes supusieron que varios estados dominados por los católicos, desde Irlanda hasta España y Portugal, no pudieran ser candidatos al ingreso en las Naciones Unidas cuando se fundó esta organización. La Iglesia ha hecho esfuerzos para disculparse por todo esto, pero su complicidad con el fascismo es una marca imborrable en su historia y no fue tanto un compromiso a corto plazo o precipitado como una alianza activa que no se rompió hasta *después* de que el propio período fascista hubiera pasado a la historia.

El caso de la entrega de la Iglesia al nacionalsocialismo alemán es considerablemente más complejo, pero no mucho más edificante. Pese a compartir dos principios importantes con el movimiento de Hitler (los del antisemitismo y el anticomunismo), el Vaticano comprendía que el nazismo representaba también un reto para sí mismo. En primer lugar, era un fenómeno casi pagano que a largo plazo pretendía sustituir el cristianismo por ritos de sangre pseudonórdicos y mitos raciales siniestros basados en la ilusión de superioridad aria. En segundo lugar, propugnaba una actitud de exterminio hacia los enfermos, los incapacitados y los dementes y empezó a aplicar esta política bastante pronto no a los judíos, sino a los alemanes. Para mérito de la Iglesia, debe decirse que sus púlpitos alemanes denunciaron estos atroces sacrificios selectivos eugenésicos desde una fecha muy temprana.

Pero si los principios éticos hubieran sido la guía, el Vaticano no habría tenido que dedicar los siguientes cincuenta años a tratar de explicar en vano su deleznable pasividad e inacción, o a disculparse por ambas. Tal vez decir «pasividad» e «inacción» suponga en realidad una elección inadecuada de los términos. Decidir no hacer nada es intrínsecamente adoptar una política y tomar una decisión, y por desgracia es fácil documentar y explicar el alineamiento de la Iglesia en términos de una *realpolitik* que no buscaba la derrota del nazismo, sino la acomodación en él.

El auténtico *primer* acuerdo diplomático asumido por el gobierno de Hitler se consumó el 8 de julio de 1933, pocos meses después de la toma del poder, y adoptó la forma de un tratado con el Vaticano. A cambio de la cesión a la Iglesia del control indiscutible de la educación de los niños católicos en Alemania, de abandonar la propaganda nazi contra los abusos infligidos en las escuelas y orfanatos católicos y de otros privilegios, la Santa Sede dio instrucciones de que se disolviera el Partido de Centro Católico y ordenó apresuradamente que los católicos se abstuvieran de participar en ninguna actividad política sobre cualquier asunto que el régimen decidiera calificar de prohibido. En la primera reunión de su gabinete después de la firma de esta capitulación, Hitler anunció que estas nuevas circunstancias serían «especialmente relevantes en la lucha contra el judaísmo internacional». No se equivocaba con ello. En realidad, podría habérsele disculpado por no creer en su suerte. Los veintitrés millones de católicos que vivían en el Tercer Reich, muchos de los cuales habían exhibido gran valentía individual al luchar contra el auge del nazismo, habían sido destruidos y castrados como fuerza política. Su propio Santo Padre les había dicho efectivamente que le entregaran todo al peor César de la historia de la humanidad. A partir de entonces, los archivos parroquiales quedaron a disposición del Estado nazi con el fin de que determinara quién era y quién no era lo suficientemente «puro desde el punto de vista racial» para sobrevivir a una incesante persecución bajo las leyes de Nuremberg.

Otra espantosa y no menos importante consecuencia de esta claudicación moral fue el paralelo desmoronamiento moral de los protestantes alemanes, que trataron de adelantarse a los católicos para

obtener una posición especial haciendo pública su adaptación al *Führer*. No obstante, ninguna de las iglesias protestantes llegó tan lejos como la jerarquía católica al ordenar una celebración anual del cumpleaños de Hitler el 20 de abril. Siguiendo instrucciones del Papa, con motivo de esta feliz ocasión el cardenal de Berlín transmitía habitualmente «las más calurosas felicitaciones al *Führer* en el nombre de los obispos y las diócesis de Alemania», aclamaciones que iban acompañadas de «las fervorosas plegarias que los católicos de Alemania dirigen al cielo en sus altares». La orden se obedecía y se llevaba a cabo fielmente.

Para ser justo, esta vergonzosa tradición no fue inaugurada hasta 1939, año en que hubo un cambio de Papa. Y, para ser justo de nuevo, el papa Pío XI siempre había albergado los recelos más profundos hacia el régimen de Hitler y su evidente capacidad para causar el mal más radical. (Durante la primera visita de Hitler a Roma, por ejemplo, el Santo Padre se marchó con ostentación fuera de la ciudad camino del lugar de reposo papal en Castelgandolfo.) Sin embargo, este Papa débil y renqueante fue vencido continuamente a los puntos a lo largo de la década de 1930 por su secretario de Estado, Eugenio Pacelli. Tenemos buenas razones para pensar que al menos una encíclica papal, que trasluce un atisbo de preocupación por el maltrato que recibían los judíos en Europa, fue elaborada por Su Santidad pero eliminada por Pacelli, que tenía en mente adoptar una estrategia distinta. Hoy día conocemos a Pacelli como el papa Pío XII, que en febrero de 1939 accedió al cargo tras la muerte de su anterior superior. Cuatro días después de ser elegido por el Colegio Cardenalicio, Su Santidad redactó la siguiente carta dirigida a Berlín:

> ¡Al Ilustre Herr Adolf Hitler, Führer y Canciller del Reich Alemán! Al comienzo de nuestro pontificado, Nos desearíamos garantizarle que permanecemos fieles al bienestar espiritual del pueblo alemán confiado a vuestra dirección. [...] Durante los muchos años que Nos pasamos en Alemania, hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano para establecer unas relaciones armoniosas entre la Iglesia y el Estado. Ahora que las responsabilidades de nuestra misión pastoral han incrementado nuestras posibilidades, oramos con mucho más fervor

> para alcanzar dicho objetivo. Que la prosperidad del pueblo alemán y su progreso en todos los ámbitos llegue, con la ayuda de Dios, a buen término.[1]

Al cabo de seis años de este diabólico y necio mensaje, el otrora próspero y civilizado pueblo de Alemania podía mirar a su alrededor y apenas podía ver algo más que un ladrillo amontonado sobre otro cuando el impío Ejército Rojo barría el camino hacia Berlín. Pero menciono esta coyuntura por otro motivo. Se supone que los creyentes sostienen que el Papa es el vicario de Cristo en la tierra y el guardián de las llaves de san Pedro. Desde luego, son libres de creer tal cosa y de creer que dios decide cuándo poner fin al mandato de un Papa o (lo que es más importante) de inaugurar el mandato de otro. Esto implicaría creer que la muerte de un Papa antinazi y la ascensión de otro pronazi unos cuantos meses antes de la invasión de Polonia por parte de Hitler y del inicio de la Segunda Guerra Mundial es asunto de la voluntad divina. Al estudiar la guerra, tal vez uno pueda aceptar que el 25 por ciento de las SS estaban integradas por católicos practicantes y que ningún católico fue siquiera amenazado con la excomunión por estar implicado en crímenes de guerra. (Joseph Goebbels *sí* fue excomulgado, pero eso había sucedido mucho antes y, al fin y al cabo, él lo había propiciado por la ofensa de casarse con una protestante.) Los seres humanos y las instituciones son imperfectas, no cabe duda. Pero no existe prueba más evidente ni más vívida de que las instituciones sagradas son un producto humano.

La connivencia se prolongó incluso después de la guerra, cuando se hizo desaparecer en Sudamérica a criminales nazis a través de la denominada «línea de las ratas». Fue el propio Vaticano, con su capacidad para proporcionar pasaportes, documentos, dinero y contactos, el que organizó la red de fugas y dispuso también la necesaria protección y socorro en el otro extremo. Por nefasto que esto haya sido por sí solo, también comportaba otra colaboración con las dictaduras de extrema derecha del Hemisferio Sur, muchas de las cuales estaban estructuradas siguiendo el modelo fascista. Torturadores y asesinos fugitivos como Klaus Barbie solían encontrar segundas carreras

profesionales como siervos de dichos regímenes, los cuales gozaron también de una relación de apoyo sólida por parte del clero católico local hasta que empezaron a desmoronarse en las últimas décadas del siglo XX. La relación de la Iglesia con el fascismo y el nazismo sobrevivió en realidad al propio Tercer Reich.

Muchos cristianos dieron su vida para proteger a sus colegas de culto en esta noche oscura del siglo, pero la posibilidad de que lo hicieran a petición de algún sacerdote es casi insignificante desde el punto de vista estadístico. Esta es la razón por la que honramos la memoria de los muy pocos creyentes, como Dietrich Bonhoeffer y Martin Niemoller, que actuaron únicamente de acuerdo con los dictados de su conciencia. Hasta la década de 1980 al papado le costó encontrar un candidato a la santidad en el contexto de la «solución final», e incluso en ese momento pudo detectar tan solo a un sacerdote un tanto ambiguo que, tras un largo historial de antisemitismo político en Polonia, se había comportado con nobleza en Auschwitz. Un candidato anterior, un simple austríaco llamado Franz Jagerstatter, fue por desgracia considerado no apto. Él se había negado de hecho a unirse al ejército de Hitler sobre la base de que estaba bajo órdenes superiores de amar a su prójimo, pero mientras estaba en prisión esperando ser ejecutado recibió la visita de sus confesores, que le contaron que debía obedecer la ley. La izquierda laica en Europa sale mucho mejor parada que todo esto en la lucha contra el nazismo, aun cuando muchos de sus miembros creyeran que al otro lado de los montes Urales existía un paraíso para los trabajadores.

A menudo se olvida que el trío del Eje incluía a otro miembro, el Imperio de Japón, cuyo jefe de Estado no solo era una persona religiosa, sino una verdadera deidad. Si la abominable herejía de creer que el emperador Hiro-Hito era dios fue denunciada desde algún púlpito o por algún prelado alemán o italiano, es un hecho que he sido incapaz de descubrir. En el sagrado nombre de este mamífero absurdamente sobrevalorado se saquearon y esclavizaron inmensas extensiones de China, Indochina y el océano Pacífico. También en su nombre se torturó y sacrificó a millones de japoneses adoctrinados. El culto a este rey-dios era tan imponente y tan desatado que se creía que todo el pueblo japonés recurriría al suicidio si su persona se vie-

ra amenazada al final de la guerra. En consecuencia, se decidió que podía «quedarse», pero que a partir de ese momento tendría que afirmar que solo era un emperador, tal vez con un toque divino, pero no un dios estrictamente hablando. Esta deferencia hacia la fuerza de la opinión religiosa debe llevar implícito el reconocimiento de que la fe y el culto pueden lograr que la gente se comporte verdaderamente muy mal.

Por consiguiente, quienes invocan la tiranía «laica» en contraposición a la religión confían en que olvidemos dos cosas: la relación entre las iglesias cristianas y el fascismo y la capitulación de las iglesias ante el nacionalsocialismo. No solo lo digo yo: ha sido reconocido por las propias autoridades religiosas. Su mala conciencia sobre esta cuestión queda bien ilustrada por un rastro de mala fe que todavía tenemos que combatir. En páginas web y propaganda religiosas uno se puede topar con una afirmación supuestamente realizada por Albert Einstein en 1940:

> Como era un amante de la libertad, cuando llegó la revolución a Alemania me dirigí a las universidades para defenderla, sabiendo que siempre habían presumido de su devoción a la causa de la verdad; pero no, las universidades fueron silenciadas de inmediato. Después me dirigí a los grandes redactores de los periódicos, cuyas encendidas editoriales habían proclamado en días pasados su amor a la libertad; pero ellos, al igual que las universidades, fueron silenciados al cabo de pocas semanas. [...] Solo la Iglesia se plantó con firmeza en medio de la senda de la campaña de Hitler para erradicar la verdad. Jamás sentí ningún interés especial por la Iglesia, pero ahora siento un gran afecto y admiración por ella porque la Iglesia en solitario ha tenido la valentía y la perseverancia para defender la verdad intelectual y la libertad moral. Así pues, me veo obligado a confesar que ahora elogio sin reservas lo que en otro tiempo desprecié.[2]

Publicado originalmente en la revista *Time* (sin ningún tipo de atribución comprobable), esta presunta afirmación fue citada en una ocasión en un programa de ámbito nacional del famoso portavoz y clé-

rigo católico estadounidense Fulton Sheen y aún continúa en circulación. Como ha señalado el comentarista William Waterhouse, no suenan a palabras de Einstein en absoluto. Para empezar, contiene una retórica demasiado florida. No hace mención alguna a la persecución de los judíos. Y nos presenta al impasible y prudente Einstein como si fuera idiota, ya que afirma haber «despreciado» algo por lo que anteriormente tampoco «sintió jamás ningún interés especial». Hay otra dificultad más, ya que la afirmación no aparece nunca en ninguna antología de textos escritos o comentarios orales de Einstein. Finalmente, Waterhouse consiguió encontrar una carta inédita en los Archivos Einstein de Jerusalén en la que en 1947 el anciano se lamentaba de haber realizado en una ocasión un comentario elogioso de algunos «eclesiásticos» (*no* «iglesias») que a partir de entonces se exageró hasta el punto de volverlo irreconocible.

Todo aquel que quiera saber lo que Einstein *sí* dijo en los primeros tiempos de la barbarie de Hitler puede buscarlo. Por ejemplo:

> Confío en que las condiciones de prosperidad regresen a Alemania y que en el futuro no se conmemore simplemente de vez en cuando a sus grandes hombres como Kant y Goethe, sino que los principios que impartieron prevalezcan también en la vida pública y en la conciencia general.

Queda bastante claro con esto que él inscribió su «fe», como siempre, en la tradición de la Ilustración. Quienes pretendan tergiversar las palabras del hombre que nos brindó una teoría alternativa del cosmos (así como las de aquellos que permanecieron callados o aún peor mientras sus compatriotas judíos estaban siendo deportados y exterminados) dejan traslucir los escozores de su mala conciencia.

Si pasamos ahora al estalinismo soviético y chino, con su exorbitante culto a la personalidad y su depravada indiferencia hacia la vida y los derechos humanos, no podemos confiar en encontrar demasiadas intersecciones con religiones preexistentes. Para empezar, la Iglesia ortodoxa rusa había sido el pilar principal de la autocracia zarista,

mientras que se consideraba al propio zar como el jefe formal de la fe y un tanto superior a un ser meramente humano. En China, las iglesias cristianas se identificaban abrumadoramente con las «concesiones» extranjeras arrancadas por las potencias imperiales, que en primera instancia fueron algunas de las causas principales de la revolución. Con esto no pretendemos justificar o disculpar la matanza de sacerdotes y monjas ni la profanación de iglesias (del mismo modo que no deberíamos disculpar la quema de iglesias y el asesinato de clérigos en España durante la batalla de la República española contra el fascismo católico), pero la prolongada vinculación de la religión con el poder secular corrupto ha supuesto que la mayoría de las naciones tengan que atravesar al menos por una fase anticlerical, desde Cromwell pasando por Enrique VIII, la Revolución francesa o el Risorgimento italiano; y en las condiciones de guerra y colapso que se dieron en Rusia y China estos interludios fueron excepcionalmente brutales. (Yo añadiría, no obstante, que ningún cristiano riguroso debería confiar en la restauración de la religión *tal como era* en ninguno de los dos países: la Iglesia de Rusia fue la protectora del régimen de servidumbre y autora de los pogromos antijudíos, y en China los misioneros y los comerciantes y propietarios de concesiones más avariciosos eran cómplices en el delito.)

Lenin y Trotski fueron sin duda unos ateos convencidos de que las ilusiones de la religión podían erradicarse mediante medidas políticas y que, mientras tanto, las propiedades obscenamente suntuosas de la Iglesia podrían expropiarse y nacionalizarse. Entre las filas bolcheviques, al igual que entre las jacobinas de 1789, también había quien consideraba que la revolución era una especie de religión alternativa con vinculaciones con los mitos de la redención y el mesianismo. Para Iósiv Stalin, que se había educado para el sacerdocio en un seminario de Georgia, todo este asunto era en última instancia una cuestión de poder. «¿Cuántas divisiones acorazadas tiene el Papa?», preguntó tontamente, como es bien sabido. (La verdadera respuesta a este zafio sarcasmo era: «Más de las que crees».) Stalin repitió entonces con pedantería la rutina papal de hacer que la ciencia se ajustara al dogma, a base de insistir en que el chamán y el charlatán Trofim Lisenko había desentrañado la clave de la genética y prome-

tía cosechas extraordinarias de verduras sometidas a estimulación especial. (Como consecuencia de esta «revelación» murieron de trastornos abdominales persistentes millones de inocentes.) Cuando su régimen adquirió un tinte más nacionalista y estatista, este César al que se encomendaban debidamente todos los asuntos se ocupó de mantener al menos una Iglesia títere que pudiera adherir su tradicional atractivo al suyo propio. Esto fue especialmente cierto durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se abandonó la «Internacional» como himno ruso y fue sustituido por una especie de cantoral propagandística con la que se había derrotado a Bonaparte en 1812 (esto en una época en la que los «voluntarios» de varios estados fascistas europeos estaban invadiendo territorio ruso bajo el estandarte sagrado de una cruzada contra el comunismo «ateo»). En un pasaje muy poco mencionado de *Rebelión en la granja*, Orwell hace que el cuervo Moisés, defensor a graznidos durante mucho tiempo de la existencia de un cielo más allá del firmamento, regrese a la granja y predique a las criaturas más crédulas después de que Napoleón haya vencido a Bola de Nieve. Esta analogía con la manipulación de Stalin de la Iglesia ortodoxa rusa fue, como siempre, bastante literal. (Los estalinistas polacos de posguerra habían recurrido en buena medida a esa misma táctica legalizando una organización católica ficticia llamada Pax Christi y asignándole escaños en el Parlamento de Varsovia, para satisfacción de otros compañeros de viaje comunistas católicos como Graham Greene.) La propaganda antirreligiosa en la Unión Soviética adquirió el tinte materialista más banal: la capilla de Lenin tenía vidrieras, mientras que en el museo oficial del ateísmo se ofrecía el testimonio de un astronauta ruso que no había visto ningún dios en el espacio exterior. Esta estulticia manifestaba al menos tanto desprecio por los palurdos crédulos como cualquier otro icono capaz de obrar maravillas. Como dijo el gran premio Nobel polaco Czesław Miłosz en su obra antitotalitaria clásica *El pensamiento cautivo*, publicada por primera vez en 1953:

> He conocido algunos cristianos, muchos de los cuales fueron amigos míos —polacos, franceses o españoles—, que en materia política se adherían estrictamente a la ortodoxia staliniana, haciendo tan

> solo algunas reservas interiores que les permitían creer en una intervención rectificadora de Dios después de la ejecución de las sentencias sangrientas por los plenipotenciarios de la Historia. Llevaban el razonamiento bastante lejos: el desarrollo histórico se cumple según leyes inmutables que existen por la voluntad de Dios: una de esas leyes es la lucha de clases; el siglo XX es el de la lucha victoriosa del proletariado, dirigido en sus combates por el Partido Comunista; como Stalin es el jefe del Partido Comunista, es el ejecutor de la ley histórica, lo que quiere decir que actúa según la voluntad de Dios y que se le debe obediencia; la renovación de la humanidad solo es posible según los preceptos aplicados a través de toda Rusia, y por esto un cristiano no puede ponerse en contra de la única idea —cruel, es cierto— que creará en el planeta entero un tipo humano superior. Este razonamiento suelen emplearlo en sus sermones eclesiásticos que son instrumentos dóciles del Partido. «Cristo es el hombre nuevo. El hombre nuevo es el hombre soviético. Por lo tanto, Cristo es el hombre soviético», declaró el patriarca rumano Justiniano Marina.

Hombres como Marina fueron sin duda detestables y patéticos; detestables y patéticos al mismo tiempo, pero eso no es peor en principio que los innumerables pactos alcanzados entre la Iglesia y el imperio, la Iglesia y la monarquía, la Iglesia y el fascismo y la Iglesia y el Estado, todos los cuales se justificaban mediante la necesidad de que los fieles establecieran alianzas temporales en aras de fines «más nobles» al tiempo que se rendían al César (la palabra de la que procede «zar») aun cuando este fuera «ateo».

A un politólogo o un antropólogo no le resultaría muy difícil reconocer lo que los editores y colaboradores del libro *The God That Failed* formularon con una prosa laica tan inmoral: en unas sociedades que ellos consideraban saturadas de fe y superstición, los absolutistas comunistas no negaban tanto la religión cuanto pretendían *sustituirla*. Esta elevación de líderes infalibles que eran una fuente de infinita munificencia y bendición; la búsqueda permanente de individuos herejes y cismáticos; la momificación de dirigentes fallecidos como iconos y reliquias; los morbosos juicios públicos que provocaban confesiones increíbles sirviéndose de la tortura... nada de esto era muy difícil de interpretar en términos tradicionales. Ni tampoco la histe-

ria durante las épocas de epidemias y hambrunas en las que las autoridades desplegaban una búsqueda enloquecida de cualquier culpable menos el verdadero. (La magnífica Doris Lessing me contó en una ocasión que abandonó el Partido Comunista cuando descubrió que los inquisidores de Stalin habían desvalijado los museos del zarismo y la ortodoxia rusa y habían reutilizado los viejos instrumentos de tortura.) Ni tampoco la incesante invocación de un «Futuro Luminoso», cuya llegada justificaría algún día todos los delitos y disolvería todas las pequeñas dudas. «Extra ecclesiam, nulla salus», como solía decir la antigua fe. «Dentro de la revolución, todo. Fuera de la revolución, nada», como le gustaba subrayar a Fidel Castro. De hecho, en las proximidades de Castro apareció una singular mutación conocida como «teología de la liberación», un oxímoron, según la cual los sacerdotes e incluso algunos obispos adoptaron liturgias «alternativas» que consagraban la absurda idea de que Jesús de Nazaret era en realidad un socialista al corriente del pago de sus cuotas. Mediante una combinación de buenas y malas razones (el arzobispo Romero de El Salvador fue un hombre valiente y de principios, del mismo modo que algunos clérigos nicaragüenses de «comunidades de base» no lo fueron), el papado la catalogó como una herejía. Ojalá hubiera condenado el fascismo y el nazismo con el mismo tono resuelto e inequívoco.

En muy pocos casos, como el de Albania, el comunismo trató de extirpar por completo la religión y proclamar un Estado enteramente ateo. Esto solo desembocó en el culto más extremo a seres humanos mediocres, como el dictador Enver Hoxha, y en bautismos y ceremonias secretas que revelaron el distanciamiento absoluto del pueblo llano con respecto a su régimen. En la argumentación laica moderna no hay nada que insinúe siquiera la posible prohibición de la observancia religiosa. Sigmund Freud estaba bastante en lo cierto cuando en *El porvenir de una ilusión* describía el impulso religioso como algo esencialmente imposible de erradicar hasta que la especie humana venza su miedo a la muerte y su tendencia al pensamiento ilusorio, o a menos que ambas cosas sucedan. Ninguna de ambas circunstancias parece muy probable. Todo lo que los totalitarismos han demostrado es que cuando se reprime el impulso religioso, la nece-

sidad de rendir culto a algo puede adoptar formas más monstruosas incluso. Esto no necesariamente es un piropo para nuestra tendencia a rendir culto.

En los primeros meses de este siglo hice una visita a Corea del Norte. Allí, contenida en un cuadrilátero de territorio hermético cercado por el mar o por unas fronteras casi impenetrables, hay una tierra absolutamente entregada a la adulación. Todos y cada uno de los instantes conscientes del ciudadano (el súbdito) están consagrados a ensalzar al Ser Supremo y a su Padre. En todas las escuelas resuena eso mismo; todas las películas, óperas y obras teatrales están dedicadas a ello; todos los programas de radio y emisiones televisivas se han rendido a ello. También sucede eso con los libros, las revistas y los artículos periodísticos, en todos los acontecimientos deportivos y en todos los centros de trabajo. Siempre me he preguntado cómo sería tener que cantar alabanzas imperecederas; ahora lo sé. Tampoco se ha olvidado al diablo: el siempre vigilante mal de los extranjeros y los no creyentes es rechazado con una atención perpetua, que incluye momentos diarios dedicados a los rituales en el lugar de trabajo donde se inculca el odio al «otro». El Estado norcoreano nació aproximadamente en la misma época en que se publicó *1984*, y cualquiera podría casi creer que el santo padre del Estado, Kim Il-sung, recibió un ejemplar de la novela y le preguntaron si sería capaz de ponerla en práctica. Sin embargo, ni siquiera Orwell se habría atrevido a hacer que en la novela el nacimiento del Gran Hermano viniera acompañado por presagios y signos milagrosos, como por ejemplo aves que saludaran el glorioso evento emitiendo voces humanas. Tampoco el Partido Interior de Airstrip One,* perteneciente a Oceanía, dedicó miles de millones de los tan escasos dólares en una época de una hambruna atroz a demostrar que el ridículo mamífero Kim Il-sung y su patético hijo mamífero Kim Jong-il eran dos encarnaciones de la misma persona. (Según esta versión de la herejía aria tan condenada por Atanasio, Corea del Norte es única por cuanto su jefe de Estado es un hombre muerto: Kim Jong-il es el jefe del partido y del ejército, pero

* Nombre que en la novela *1984* de George Owell recibe Inglaterra, perteneciente a Oceanía, una de las tres grandes potencias en guerra permanente. *(N. del T.)*

la presidencia la ejerce a perpetuidad su difunto padre, lo cual convierte al país en una necrocracia o mausoleocracia, además de en un régimen al que solo le falta un personaje para tener una Trinidad.) En Corea del Norte no se habla de la otra vida porque no se fomenta la idea de deserción en ninguna dirección, pero contra ello tampoco se afirma que los dos Kim seguirán dominándole a uno una vez que esté muerto. Los estudiosos del tema pueden apreciar con facilidad que lo que tenemos en Corea del Norte no es tanto una forma extrema de comunismo (este término apenas se menciona en mitad de las tormentas de entrega extática) como una forma refinada pero envilecida de confucionismo y culto a los antepasados.

Cuando abandoné Corea del Norte, lo que hice con una mezcla de alivio, ira y compasión tan fuertes que todavía puedo evocarla, estaba abandonando un estado totalitario y también religioso. Desde entonces he hablado con muchas de las valientes personas que tratan de socavar desde dentro y desde fuera este régimen atroz. Permítaseme reconocer de antemano que algunos de los más valientes de estos resistentes son fundamentalistas cristianos anticomunistas. Uno de esos hombres valientes concedió una entrevista hace no mucho tiempo en la que era lo bastante honesto para decir que fue muy difícil predicar la idea de un salvador para las pocas personas aterrorizadas y medio muertas de hambre que habían conseguido huir de su Estado-prisión. La idea de que existe un redentor infalible y todopoderoso, decían, les resultaba demasiado familiar. Lo máximo que podían pedir, por el momento, era un tazón de arroz, un poco de exposición a una cultura un poco más amplia y liberarse un poco del espantoso estruendo del fervor obligatorio. Quienes han tenido la suerte suficiente de llegar hasta Corea del Sur o Estados Unidos, tal vez se vean confrontados por otro Mesías más. El delincuente habitual y evasor de impuestos Sun Myung Moon, jefe indiscutible de la Iglesia de la Unificación, es uno de los patrocinadores del tinglado del «diseño inteligente». Una figura destacada de este llamado movimiento y un hombre que nunca deja de otorgar a su hombre-dios gurú el adecuado nombre de «Padre» es Jonathan Wells, el autor de una irrisoria diatriba antievolucionista titulada *The Icons of Evolution*. Como el propio Wells señala de un modo enternecedor, «las palabras del Padre,

mis estudios y mis oraciones me convencieron de que debía dedicar mi vida a aniquilar el darwinismo, exactamente igual que muchos de mis camaradas unificacionistas ya han dedicado su vida a aniquilar el marxismo. Cuando el Padre me seleccionó (junto con aproximadamente una docena de seminaristas) para ingresar en un programa de doctorado en 1978, acepté la oportunidad de luchar que se me brindaba». Es poco probable que el libro del señor Wells llegue siquiera a merecer una nota a pie de página en la historia de las paparruchas, pero tras haber visto cómo funciona la «paternidad» en las dos Coreas, me hago una idea de lo que el Burned-Over District del norte del estado de Nueva York debió de haber sido y parecido cuando los creyentes campaban a sus anchas.

Hasta en su modalidad más sumisa la religión tiene que reconocer que lo que está proponiendo es una solución «total», según la cual la fe debe ser hasta cierto punto ciega y en la que todas las facetas de la vida pública y privada deben estar sometidas a la supervisión permanente de una instancia superior. Esta vigilancia y sometimiento continuos, reforzados por lo general por el miedo bajo la forma de venganza infinita, no hace aflorar nunca las mejores cualidades de los mamíferos. No cabe duda de que la emancipación de la religión tampoco produce siempre los mejores mamíferos. Tomemos dos ejemplos destacados: uno de los científicos más grandes y más inteligentes del siglo XX, J. D. Bernal, fue un abyecto incondicional de Stalin y desperdició gran parte de su vida defendiendo los crímenes de su líder. H. L. Mencken, uno de los mejores escritores satíricos sobre religión, era demasiado entusiasta de Nietzsche y defendió una forma de «darwinismo social» que incluía la eugenesia y el desprecio de los débiles y los enfermos. También sentía cierta debilidad por Adolf Hitler y escribió una crítica imperdonablemente indulgente de *Mi lucha.*[3] El humanismo ha cometido muchos delitos por los que debe disculparse. Pero puede disculparse por ellos y enmendarlos dentro de sus propios márgenes y sin tener que sacudir ni poner en cuestión los fundamentos de ningún sistema de creencias inalterable. Los sistemas totalitarios, cualquiera que sea la forma exterior que puedan adoptar, son fundamentalistas y, como diremos ahora, están «basados en la fe».

En su magistral análisis del fenómeno totalitario Hannah Arendt no estaba adoptando una actitud meramente tribal cuando concedió un lugar especial al antisemitismo. La idea de que un grupo de personas, ya se defina como nación o como religión, pueda ser condenada eternamente y sin ninguna posibilidad de apelación fue (y es) en esencia una idea totalitaria.[4] Resulta espantosamente fascinante que Hitler empezara siendo un propagador de este prejuicio trastornado y que Stalin acabara siendo víctima y defensor de él al mismo tiempo. Pero la religión había mantenido vivo el virus durante siglos. A san Agustín le entusiasmaba positivamente el mito del judío errante y el exilio de los judíos en general porque lo consideraba una prueba de la justicia divina. Los judíos ortodoxos no son inocentes en este aspecto. Al afirmar ser los «elegidos» de una alianza exclusiva y especial con el Todopoderoso, despertaron el odio y la desconfianza y dieron muestras de su propia forma de racismo. Sin embargo, fueron sobre todo los judíos laicos quienes fueron y son odiados por los totalitaristas, de modo que no tiene sentido que se despierte el sentimiento de «culpar a la víctima». Hasta casi el siglo XX la orden de los jesuitas se negaba en sus estatutos a acoger a un hombre a menos que pudiera demostrar que no había en él nada de «sangre judía» desde hacía varias generaciones. El Vaticano predicaba que todos los judíos heredaron la responsabilidad del deicidio. La Iglesia francesa soliviantó a la muchedumbre contra Dreyfus y «los intelectuales». El islam nunca ha perdonado a «los judíos» que se encontraran con Mahoma y decidieran que no era el auténtico enviado. Por haber subrayado en sus libros sagrados la importancia del origen tribal, dinástico y racial, la religión debe asumir la responsabilidad de haber transmitido durante generaciones una de las ilusiones más primitivas de la humanidad.

La relación entre religión, racismo y totalitarismo también puede encontrarse en la otra dictadura más odiosa del siglo XX: el vil sistema del apartheid de Sudáfrica. No se trataba solo de la ideología de un clan que hablara holandés dedicado a obligar a realizar trabajos forzados a unos pueblos con un tono de pigmentación diferente en la piel; era también una forma de calvinismo en activo. La Iglesia Reformada Holandesa predicaba como un dogma que la Biblia prohibía que los negros y los blancos se mezclaran, y menos aún que coexistieran

en condiciones de igualdad. El racismo es totalitarista por definición: marca a su víctima a perpetuidad y le niega el derecho a un retazo siquiera de dignidad o privacidad, incluso al derecho elemental a hacer el amor, casarse o tener hijos con una persona amada de la tribu «equivocada» sin que la ley invalide ese amor... Y así fue la vida de millones de personas que vivían en el «Occidente cristiano» de nuestro tiempo. El gobernante Partido Nacional, que también estaba muy infectado por el antisemitismo y se había puesto del lado del bando nazi en la Segunda Guerra Mundial, confiaba en los desvaríos del púlpito para justificar su sangriento mito de un «Éxodo» bóer que les concedía derechos exclusivos sobre una «tierra prometida». En consecuencia, una permutación afrikáner del sionismo dio lugar a un Estado atrasado y despótico en el que los derechos de todas las demás personas quedaron abolidos y en el que la supervivencia final de los propios afrikáners se veía amenazada por la corrupción, el caos y la brutalidad. En ese momento los plácidos ancianos de la Iglesia tuvieron una revelación que permitía el abandono gradual del apartheid. Pero esto jamás puede permitir que se perdone el mal que la religión causó mientras todavía se sentía lo suficientemente fuerte para infligirlo. Si la sociedad sudafricana se salvó de la barbarie absoluta y el estallido interno, debe atribuirse al mérito de muchos cristianos y judíos laicos y a numerosos militantes ateos y agnósticos del Congreso Nacional Africano.

El siglo pasado ha sido testigo de muchas otras improvisaciones sobre la vieja idea de que una dictadura podía ocuparse de algo más que de problemas seculares o cotidianos. Comprenden desde las variantes ligeramente ofensivas e insultantes (la Iglesia ortodoxa griega bautizó a la junta militar que usurpó el poder en 1967, con sus viseras y sus cascos de acero, como «una Grecia para los griegos cristianos») hasta el «Angka» absolutamente esclavizante de los jemeres rojos de Camboya, que hundía su autoridad en templos y leyendas prehistóricas. (El anteriormente mencionado rey Sihanuk, su en ocasiones amigo y en ocasiones enemigo que se buscó un refugio de playboy bajo la protección de los estalinistas chinos, también era proclive a considerarse un rey-dios cuando le venía bien.) Entre medias se encuentra el sha de Irán, que afirmaba ser «la sombra de dios», además

de «la luz de los arios», y que reprimió a la oposición laica y tuvo un cuidado extremo de presentarse a sí mismo como el guardián de los santuarios chiíes. Su megalomanía vino seguida por uno de sus primos cercanos, la herejía jomeinista del *velayet-i-faqui* o control social absoluto por parte de los ulemas (que también presentan a su difunto líder como su fundador y afirman que sus santas palabras nunca pueden revocarse). En el mismo extremo puede encontrarse el puritanismo primigenio de los talibanes, que se dedicaron a buscar nuevas cosas que prohibir (todo, desde la música hasta el papel reciclado, ya que podría contener una diminuta mota de pulpa de papel procedente de un Corán desechado) y nuevos métodos de castigo (el enterramiento de homosexuales vivos). La alternativa a estos grotescos fenómenos no es la quimera de la dictadura laica, sino la defensa del pluralismo laico y del derecho a *no* creer y a *no* ser obligado a creer. Esta defensa se ha convertido hoy día en una responsabilidad imperiosa e ineludible: en una cuestión de supervivencia.

18

Una tradición superior: la resistencia de la razón

> Soy, pues, uno de los escasos ejemplos en este país, no del hombre que abjuró de la creencia religiosa, sino del que nunca la ha tenido. [...] Este aspecto de mi primera educación tuvo, sin embargo, incidentalmente una mala consecuencia, que merece noticia. Al inculcarme mi padre una opinión contraria a la del mundo, creyó necesario dármela como opinión que no era prudente confesar ante él. Esta enseñanza de reservar mis ideas para mí en aquella temprana edad no fue aprendida sin cierta desventaja moral.
>
> JOHN STUART MILL, *Autobiografía*

> *Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraie.*
> (El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta.)
>
> BLAISE PASCAL, *Pensamientos*

El libro de los Salmos puede resultar engañoso. El famoso comienzo del salmo 121, por ejemplo («Alzo los ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi auxilio?») se presenta en la traducción inglesa como una afirmación, pero en la versión original adopta la forma de una pregunta: ¿de dónde va a venir la ayuda? (No hay cuidado: la insustancial respuesta es que los creyentes serán inmunes a todo peligro y su-

frimiento.) Quienquiera que fuese el salmista, evidentemente quedó lo bastante satisfecho con el lustre y la orientación del salmo 14 para repetirlo casi palabra por palabra en el salmo 53. Ambas versiones comienzan con la misma afirmación de que «Dice en su corazón el insensato: "¡No hay Dios!"». Por la razón que sea, esta anodina observación se considera lo bastante relevante para ser reutilizada a lo largo de todos los apólogos religiosos. Lo único que podemos dar por seguro en esta afirmación, por otra parte sin sentido, es que incluso en aquella remota época debió de haber existido constancia de la falta de fe (no solo de la herejía y la reincidencia, sino de la ausencia declarada de fe). Dado que en aquel entonces el gobierno de la fe indiscutible y brutalmente punitiva era absoluto, tal vez solo podría haber sido un loco quien *no* mantuviera esta conclusión firmemente enterrada en lo más profundo de sí mismo, en cuyo caso sería interesante saber cómo el salmista conocía su existencia. (En los hospitales psiquiátricos soviéticos se encerraba a los disidentes porque experimentaban «ilusiones reformistas», ya que se suponía que era bastante natural y razonable que todo aquel que estuviera lo suficientemente loco para proponer reformas había perdido todo sentido de la supervivencia.)

A nuestra especie jamás se le agotarán los locos, pero me atrevería a decir que ha habido al menos tantos idiotas crédulos que han profesado la fe en dios como imbéciles y bobalicones que han concluido lo contrario. Sería inmodesto por mi parte sugerir que la proporción es favorable a la inteligencia y la curiosidad de los ateos, pero se da el caso de que algunos seres humanos siempre han reparado en la improbabilidad de la existencia de dios, en el mal causado en su nombre, en la verosimilitud de que sea una invención del ser humano y en la existencia de creencias y explicaciones alternativas menos nocivas. No podemos conocer los nombres de todos estos hombres y mujeres, ya que en toda época y lugar han estado sometidos a una despiadada aniquilación. Por idéntico motivo, tampoco podemos saber cuántas personas aparentemente devotas eran en realidad no creyentes clandestinos. Todavía en los siglos XVIII y XIX, en sociedades relativamente libres como las de Gran Bretaña y Estados Unidos, ateos tan convencidos y prósperos como James Mill o Benjamin Franklin consideraban acon-

sejable mantener en secreto su opinión. Así, cuando leemos las glorias de la pintura y la arquitectura devotas «cristianas», o de la astronomía y la medicina «islámicas», estamos hablando de avances de la civilización y la cultura (algunos de ellos anticipados por los aztecas y los chinos) que tienen tanto que ver con la «fe» como sus antepasados con los sacrificios humanos y el imperialismo. Y salvo en casos muy excepcionales, no disponemos de ningún instrumento para saber cuántos de estos arquitectos, pintores y científicos mantenían a buen recaudo sus pensamientos más íntimos del escrutinio de los piadosos. Galileo podría haber seguido trabajando con su telescopio con toda tranquilidad si no hubiera cometido la imprudencia de reconocer que aquello tenía consecuencias cosmológicas.

La duda, el escepticismo y la falta de fe declarada han adoptado siempre en esencia la misma forma que adoptan hoy. Siempre hubo comentarios sobre el orden natural que llamaron la atención sobre la ausencia o no necesaria existencia de un motor primordial. Siempre hubo comentarios sagaces sobre el modo en que la religión reflejaba los deseos o los designios humanos. Nunca fue tan difícil entender que la religión era una causa de odio y de conflicto, y que su persistencia dependía de la ignorancia y la superstición. Los autores satíricos y los poetas, además de los filósofos y los hombres de ciencia, fueron capaces de señalar que si los triángulos tuvieran dioses, sus dioses tendrían tres lados, exactamente igual que los dioses tracios tenían el cabello rubio y los ojos azules.

Tal vez lo que mejor ejemplifique el choque original entre nuestra capacidad de raciocinio y cualquier forma de fe organizada sea el juicio de Sócrates en el 399 a.C., si bien ya debió de haberse producido en la mente de muchas personas con anterioridad. No me importa en absoluto que no tengamos certeza absoluta de que Sócrates existiera. Los datos sobre su vida y sus palabras proceden de fuentes secundarias; casi igual, pero no tanto, como los libros de la Biblia judía y cristiana y los hadices del islam. Sin embargo, la filosofía no tiene ninguna necesidad de semejante demostración, ya que no se ocupa de la sabiduría «revelada». Por casualidad disponemos de algunos relatos plausibles de esa vida en cuestión (un soldado estoico que recuerda un poco a Schweijk en su aspecto; una esposa con mal hu-

mor; cierta tendencia a sufrir ataques de catalepsia)... y nos pueden servir. Atendiendo a las palabras de Platón, que tal vez fuera un testigo presencial, podemos aceptar que durante cierto período de paranoia y tiranía en Atenas, Sócrates fue acusado de impiedad y supo que tendría que pagar con su vida. Las nobles palabras de *Apología de Sócrates* también dejan patente que no se preocupó por salvarse afirmando algo en lo que no creyera, como un hombre que se exculpara al afrontar un interrogatorio. Aun cuando no fue de hecho un ateo, con bastante razón se le consideró peligroso por su defensa de la libertad de pensamiento e investigación sin límites y por su negativa a dar su aprobación a cualquier dogma. (Esta es para mí todavía la definición de una persona culta.) Según Platón, este gran ateniense se contentaba con cumplir con los ritos convencionales de la ciudad, testificó diciendo que el oráculo délfico le había dado instrucciones de convertirse en un filósofo y, en el lecho de muerte, condenado a beber cicuta, habló de otra posible vida en el más allá en la que quienes habían confundido el mundo a base de sofistería continuarían llevando todavía una existencia de idea pura. Pero aun así, se acordó, como siempre, de matizar sus palabras añadiendo que aquello podría perfectamente no ser así. Como siempre, valía la pena plantearse la pregunta. La filosofía empieza allá donde termina la religión, exactamente igual que, por analogía, la química empieza allá donde se agota la alquimia y la astronomía ocupa el lugar de la astrología.

Además, de Sócrates podemos aprender cómo discutir dos elementos que son de la máxima importancia. El primero es que la conciencia es innata. El segundo es que la fe dogmática puede ser derrotada y satirizada fácilmente a manos de aquel que simule adoptar sus prédicas tal como se expresan.

Sócrates creía que tenía un *daimon*, un oráculo o guía interior, con cuya sensata opinión valía la pena contar. Todo el mundo menos los psicópatas tienen esta sensación en mayor o menor medida. Adam Smith describía a un socio permanente con el que mantenía una conversación inaudible, que actuaba como un inspector y un escrutador. Sigmund Freud escribió que la voz de la razón era débil, pero muy persistente. C. S. Lewis trató de demostrar demasiadas cosas a base de opinar que la presencia de una conciencia indicaba la chispa divina. La

jerga actual describe la conciencia, no del todo mal, como aquello que nos hace comportarnos bien cuando nadie nos observa. En cualquier caso, Sócrates se negó en redondo a decir nada de lo que no estuviera moralmente convencido. A veces, si sospechaba que se inclinaba demasiado hacia la casuística o a complacer a la multitud, interrumpía bruscamente su discurso a medias. Dijo a sus jueces que durante su alocución final su «oráculo» no le había insinuado en ningún momento que se detuviera. Quienes creen que la existencia de la conciencia es una demostración de algún designio piadoso están presentando un argumento que sencillamente no se puede refutar, ya que no existe ninguna evidencia a su favor ni en su contra. El caso de Sócrates, no obstante, demuestra que los hombres y mujeres con auténtica conciencia tendrán a menudo que reafirmarla ante la fe.

Se enfrentaba a la muerte, pero aun condenado, tenía la posibilidad de suavizar la sentencia si decidía apelarla. En un tono casi insultante se ofreció a pagar una multa insignificante antes que hacerlo. Al no haber ofrecido a sus iracundos jueces ninguna alternativa más que la pena capital, pasó a exponer por qué el asesinato a manos de ellos no significaba nada para él. La muerte no le producía ningún miedo: o bien era descanso perpetuo, o bien la posibilidad de la inmortalidad e incluso de comunión con grandes griegos como Orfeo y Homero, que habían fallecido antes que él. En ese afortunado caso, señaló con sequedad, uno podría incluso desear morir una y otra vez. No debe importarnos que ya no exista el oráculo délfico, ni que Orfeo y Homero sean personajes mitológicos. Lo importante es que Sócrates se mofaba de sus acusadores con sus propias armas diciendo de hecho: no tengo certeza de la existencia de la muerte ni de los dioses, pero estoy todo lo seguro que puedo estarlo de que *vosotros* tampoco lo sabéis.

Parte de las consecuencias antirreligiosas de Sócrates y de sus amables pero incansables preguntas pueden intuirse a partir de una obra teatral escrita y representada en vida suya. *Las nubes*, escrita por Aristófanes, nos presenta a un filósofo llamado Sócrates que dirige una escuela de escepticismo. A un agricultor de las cercanías se le ocurren todas las preguntas estúpidas que plantean los fieles. Para empezar, si no existe ningún Zeus, ¿quién trae la lluvia para regar las cosechas? Invitando al hombre a que utilice su cabeza durante un segundo, Só-

crates señala que si Zeus pudiera hacer la lluvia, llovería o podría llover cuando en el cielo no hubiera nubes. Como esto no sucede, sería más prudente concluir que las nubes son la causa de la lluvia. Muy bien, dice el campesino, pero entonces, ¿quién lleva las nubes hasta la posición adecuada? Debe de ser sin duda Zeus. No es así, afirma Sócrates, que le habla del viento y el calor. Bien, en ese caso, replica el anciano campesino, ¿de dónde proviene el rayo que castiga a los perjuros y a otros malhechores? La luz, se le indica gentilmente, no parece discriminar entre justos e injustos. De hecho, se ha advertido a menudo que azota los templos del propio Zeus del Olimpo. Esto basta para vencer al agricultor, aunque posteriormente abjura de su impiedad y prende fuego a la escuela con Sócrates en su interior. Son muchos los librepensadores que han recorrido este mismo camino, o que se han escapado de él por muy poco. Todas las confrontaciones importantes acerca del derecho a la libertad de pensamiento, de expresión y de investigación han adoptado la misma forma: la de una tentativa religiosa de reafirmar la mentalidad literal y limitada sobre la irónica e indagadora.

En esencia, el argumento de la fe empieza y termina con Sócrates, y si uno lo desea puede adoptar el punto de vista de que los fiscales de la ciudad hacían bien en proteger a la juventud ateniense de estas perturbadoras especulaciones. Sin embargo, no se puede sostener que recurriera a mucha ciencia para plantar cara a la superstición. Uno de sus acusadores alegaba que llamaba al sol un trozo de roca y a la luna un trozo de tierra (la última de las cuales habría sido cierta), pero Sócrates eludió la acusación afirmando que ese era un problema de Anaxágoras. De hecho, este filósofo jonio había sido acusado anteriormente por afirmar que el sol era un trozo de roca incandescente y la luna un trozo de tierra, pero no fue tan perspicaz como Leucipo y Demócrito, que proponían que todo estaba compuesto de átomos en continuo movimiento. (También es posible, dicho sea de paso, que Leucipo no existiera, pero nada importante varía tanto si existió realmente como si no.) Lo importante de la brillante escuela «atomista» es que consideraba que la cuestión de la primera causa u origen era esencialmente irrelevante. En aquella época, hasta ahí era hasta donde cualquier mente podía razonablemente llegar.

Esto dejaba sin resolver el problema de los «dioses». Epicuro, que asumió la teoría atomista de Demócrito, apenas podía dejar de creer en «su» existencia, pero le resultaba imposible convencerse de que los dioses desempeñaran algún papel en los asuntos humanos. Para empezar, ¿por qué iban «ellos» a molestarse con el tedio de la existencia humana, y menos aún con el del gobierno humano? Ellos evitaban el dolor innecesario y los seres humanos procuran hacer lo mismo. Así pues, no hay por qué temer a la muerte, y entretanto todas las tentativas de interpretar las intenciones de los dioses, como estudiar las vísceras de los animales, son un absurdo desperdicio de tiempo.

En algunos aspectos, el más atractivo y delicioso de los fundadores de la antirreligión es el poeta Lucrecio, que vivió en el siglo I a.C. y admiraba sobremanera la obra de Epicuro. En respuesta a la recuperación del antiguo culto por parte del emperador Augusto, compuso un ingenioso y brillante poema titulado *De rerum natura*, o *De la naturaleza de las cosas*. Esta obra quedó prácticamente destruida por los fanáticos cristianos de la Edad Media y solo nos ha quedado un manuscrito copiado, de modo que tenemos la suerte de saber incluso que una persona que escribía en la época de Cicerón (que publicó el poema por primera vez) y Julio César había conseguido mantener viva la teoría atómica. Lucrecio se adelantó a David Hume al afirmar que la posibilidad de una futura aniquilación no era peor que la contemplación de la nada de la que procedíamos; y también se adelantó a Freud al ridiculizar la idea de disponer de antemano ritos funerarios y monumentos conmemorativos, todos los cuales manifestaban el vano e inútil deseo de estar presente de algún modo en el propio funeral. Coincidiendo con Aristófanes, pensaba que el clima se explicaba sin recurrir a otras cosas y que la naturaleza, «limpia de todos los dioses», hacía el trabajo que los necios y los egocéntricos imaginaban inspirado por la divinidad u ordenado en torno a sus insignificantes personas:

¿quién igualmente hacerlos que rueden todos los cielos
y toda la tierra a dar fruto templar con célicos fuegos,
o en todo lugar estar preparado en todo momento
a hacer con nubes tiniebla y la haz sacudir con estruendo

del cielo serena, o rayos aún arrojar y sus templos
mismos tal vez derrocar y ya retirado a desierto,
con saña ensayar su venablo, que a veces deja a perversos
de lado y quita la vida a quien mal ni mérito ha hecho?

El atomismo fue brutalmente perseguido a lo largo y ancho de toda la Europa cristiana durante muchos siglos bajo el no poco razonable fundamento de que ofrecía una explicación mucho mejor del mundo natural que la ofrecida por la religión. Pero, como si se tratara de una tenue hebra de pensamiento, la obra de Lucrecio consiguió perdurar en unas cuantas mentes eruditas. Tal vez sir Isaac Newton fuera creyente (en toda clase de pseudociencia, además de en el cristianismo), pero cuando se dispuso a establecer sus *Principia* incluyó en los primeros bocetos noventa y nueve versos de *De rerum natura*. Aunque la obra de Galileo de 1623 *Il Saggiatore* no hace reconocimiento explícito de Epicuro, se basaba tanto en sus teorías atómicas que sus amigos y sus críticos por igual se referían a él como un libro epicúreo.

En vista del terror impuesto por parte de la religión sobre la ciencia y el estudio durante los primeros siglos de cristianismo (Agustín sostenía que los dioses paganos sí existían, pero únicamente como diablos, y que la tierra tenía menos de seis mil años), y del hecho de que a la mayoría de las personas inteligentes les parecía prudente exhibir en público su conformidad, no debe sorprendernos que la recuperación de la filosofía se manifestara originalmente en términos casi devotos. A aquellos que seguían las diferentes escuelas de filosofía autorizadas en Andalucía durante su breve período de prosperidad (una síntesis de aristotelismo, judaísmo, cristianismo e islamismo), se les permitía especular sobre la dualidad de la verdad y un posible equilibrio entre razón y revelación. Este concepto de «doble verdad» fue presentado por los seguidores de Averroes, pero recibió la firme oposición de la Iglesia por razones obvias. A Francis Bacon, que escribió sus obras durante el reinado de la reina Isabel I, le gustaba decir, tal vez inspirándose en la aseveración de Tertuliano de que cuanto mayor es la estupidez, más fuerte es la creencia en ella, que la fe alcanza su cota máxima cuando sus enseñanzas son menos asimilables por la razón. Pierre Bayle, que escribió unas décadas más

tarde, era muy aficionado a exponer con gran detalle cuanto la razón podía decir contra cualquier creencia ortodoxa y concluir luego que «tanto mayor es el triunfo de la fe creyendo, a pesar de todo». Podemos estar prácticamente seguros de que no hizo esto solo para eludir el castigo. Estaba a punto de alborear la época en que la ironía exigiera demasiado a las mentes literales y fanáticas y las confundiera.

Pero esto no iba a suceder sin muchas venganzas y acciones defensivas por parte de las mentes literales y fanáticas. Durante un breve pero espléndido período del siglo XVII, la incondicional y pequeña nación de Holanda fue la tolerante anfitriona de muchos librepensadores como Bayle (que se trasladó allí para estar a salvo) y René Descartes (que también se trasladó allí por idéntico motivo). Además, fue el lugar en que, un año antes de la comparecencia de Galileo ante la Inquisición, nació el magnífico Baruch Spinoza, hijo de judíos españoles y portugueses que habían emigrado inicialmente a Holanda para librarse de las persecuciones. El 27 de julio de 1656, los ancianos de la sinagoga de Amsterdam hicieron la siguiente *cherem*, condena o *fatwa* de su obra:

> Por la decisión de los ángeles, y el juicio de los santos, excomulgamos, expulsamos, execramos y maldecimos a Baruch de Spinoza, con la aprobación del Santo Dios y de toda esta Santa comunidad, ante los Santos Libros de la Ley con sus 613 prescripciones, con la excomunión con que Josué excomulgó a Jericó, con la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos y con todas las execraciones escritas en la Ley. Maldito sea de día y maldito sea de noche; maldito sea cuando se acuesta y maldito sea cuando se levanta; maldito sea cuando sale y maldito sea cuando regresa. Que el Señor no lo perdone. Que la cólera y el enojo del Señor se desaten contra este hombre y arrojen sobre él todas las maldiciones escritas en el Libro de la Ley. El Señor borrará su nombre bajo los cielos y lo expulsará de todas las tribus de Israel abandonándolo al Maligno con todas las maldiciones del cielo escritas en el Libro de la Ley.

Esta maldición múltiple concluía con una orden que exigía a todos los judíos evitar todo contacto con Spinoza y abstenerse de leer

«nada escrito o transcrito por él» so pena de ser castigado. (Por cierto, «la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos» remite al muy edificante episodio bíblico en el que Eliseo, disgustado con unos niños que se mofaban de él por su calvicie, pidió a dios que enviara dos osos para que los descuartizaran. Cosa que, según cuenta la historia, los osos hicieron obedientemente. Tal vez Thomas Paine no se equivocara al decir que no podía creer en ninguna religión que escandalizara la mente de un niño.)

El Vaticano y las autoridades calvinistas de Holanda aprobaron efusivamente esta histérica condena judía y se sumaron a la erradicación de las obras de Spinoza en toda Europa. ¿Acaso aquel hombre no había puesto en duda la inmortalidad del alma y había demandado la separación de Iglesia y Estado? ¡Abajo con él! A este hereje ridiculizado se le reconoce hoy día la obra filosófica más original de todos los tiempos sobre la distinción mente/cuerpo, y sus reflexiones sobre la condición humana han proporcionado más consuelo real a personas reflexivas que ninguna religión. La discusión acerca de si Spinoza era o no un ateo continúa: ahora resulta extraño que tuviéramos que discutir si el panteísmo es un ateísmo o no. Según sus propios y manifiestos términos, es en realidad un teísmo, pero la definición que daba Spinoza de un dios que se manifestaba a lo largo y ancho de todo el mundo natural se acerca mucho a la definición de un dios *religioso* sin existencia. Y si existe una deidad cósmica dominante y preexistente que forma parte de su creación, entonces no queda sitio para un dios que interviene en los asuntos humanos; y menos aún para un dios que toma partido en feroces guerras aldeanas entre diferentes tribus de judíos y árabes. Para empezar, ningún texto puede haber sido escrito o inspirado por él, ni puede ser propiedad particular de una secta o tribu. (Uno se acuerda de la pregunta que formularon los chinos cuando hicieron su aparición los primeros misioneros cristianos. Si dios se había revelado, ¿cómo es que ha permitido que pasen tantos siglos sin informar a los chinos? «Busca el conocimiento, aunque sea en China», dijo el profeta Mahoma, dando a entender inadvertidamente que la mayor civilización del mundo de aquella época se encontraba auténticamente en el borde exterior de su conciencia.) Al igual que Newton y Galileo se basaron en Demócrito y Epicuro, descubrimos

a Spinoza proyectado en la mente de Einstein, que respondió a una pregunta de un rabino afirmando con rotundidad que él solo creía en «el dios de Spinoza», y en absoluto en un dios «que se preocupa por los destinos y los actos de los seres humanos».[1]

Spinoza desjudaizó su nombre cambiándolo por el de Benedicto, sobrevivió veinte años al anatema de Amsterdam y murió como consecuencia de la inhalación de vidrio pulverizado con un estoicismo radical y perseverando siempre en la conversación serena y racional. La suya fue una carrera dedicada a fabricar y pulir lentes para telescopios y usos médicos, una adecuada actividad científica para alguien que enseñó a los seres humanos a ver con mayor agudeza. «A menudo quizá sin saberlo —escribió Heinrich Heine—, todos nuestros modernos filósofos miran a través de las lentes que pulió Baruch Spinoza.»[2] Los poemas de Heine serían arrojados posteriormente a una pira por chicos nazis balbucientes que creían que ni siquiera un judío asimilado podría haber sido un verdadero alemán. Los judíos atemorizados y atrasados que condenaron al ostracismo a Spinoza habían desechado una joya más valiosa que toda su tribu: el cuerpo de su hijo más valeroso fue robado tras su muerte y sometido seguramente a otros rituales de profanación.

Spinoza había anticipado algo de esto. En su correspondencia escribió la palabra *Caute!* (en latín, «ten cuidado») y colocó un capullo de rosa debajo. Este no fue el único aspecto *sub rosa* de su obra: dio un nombre falso al impresor de su famoso *Tractatus* y dejó en blanco la página dedicada al autor. Su obra prohibida (gran parte de la cual tal vez no habría sobrevivido a su muerte de no haber sido por la valentía y la iniciativa de un amigo) siguió habitando clandestinamente en los escritos de otros autores. En el importante *Dictionnaire* de 1697 de Pierre Bayle se mereció la entrada más extensa. *El espíritu de las leyes*, obra de Montesquieu en 1748, se consideraba tan en deuda con la prosa de Spinoza que su autor fue obligado por las autoridades religiosas de Francia a repudiar a este monstruo judío y a realizar una declaración pública anunciando su fe en un creador (cristiano). La gran *Encyclopédie* francesa que acabó definiendo la Ilustración, dirigida por Denis Diderot y d'Alembert, contiene una extensísima entrada sobre Spinoza.

«nada escrito o transcrito por él» so pena de ser castigado. (Por cierto, «la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos» remite al muy edificante episodio bíblico en el que Eliseo, disgustado con unos niños que se mofaban de él por su calvicie, pidió a dios que enviara dos osos para que los descuartizaran. Cosa que, según cuenta la historia, los osos hicieron obedientemente. Tal vez Thomas Paine no se equivocara al decir que no podía creer en ninguna religión que escandalizara la mente de un niño.)

El Vaticano y las autoridades calvinistas de Holanda aprobaron efusivamente esta histérica condena judía y se sumaron a la erradicación de las obras de Spinoza en toda Europa. ¿Acaso aquel hombre no había puesto en duda la inmortalidad del alma y había demandado la separación de Iglesia y Estado? ¡Abajo con él! A este hereje ridiculizado se le reconoce hoy día la obra filosófica más original de todos los tiempos sobre la distinción mente/cuerpo, y sus reflexiones sobre la condición humana han proporcionado más consuelo real a personas reflexivas que ninguna religión. La discusión acerca de si Spinoza era o no un ateo continúa: ahora resulta extraño que tuviéramos que discutir si el panteísmo es un ateísmo o no. Según sus propios y manifiestos términos, es en realidad un teísmo, pero la definición que daba Spinoza de un dios que se manifestaba a lo largo y ancho de todo el mundo natural se acerca mucho a la definición de un dios *religioso* sin existencia. Y si existe una deidad cósmica dominante y preexistente que forma parte de su creación, entonces no queda sitio para un dios que interviene en los asuntos humanos; y menos aún para un dios que toma partido en feroces guerras aldeanas entre diferentes tribus de judíos y árabes. Para empezar, ningún texto puede haber sido escrito o inspirado por él, ni puede ser propiedad particular de una secta o tribu. (Uno se acuerda de la pregunta que formularon los chinos cuando hicieron su aparición los primeros misioneros cristianos. Si dios se había revelado, ¿cómo es que ha permitido que pasen tantos siglos sin informar a los chinos? «Busca el conocimiento, aunque sea en China», dijo el profeta Mahoma, dando a entender inadvertidamente que la mayor civilización del mundo de aquella época se encontraba auténticamente en el borde exterior de su conciencia.) Al igual que Newton y Galileo se basaron en Demócrito y Epicuro, descubrimos

a Spinoza proyectado en la mente de Einstein, que respondió a una pregunta de un rabino afirmando con rotundidad que él solo creía en «el dios de Spinoza», y en absoluto en un dios «que se preocupa por los destinos y los actos de los seres humanos».[1]

Spinoza desjudaizó su nombre cambiándolo por el de Benedicto, sobrevivió veinte años al anatema de Amsterdam y murió como consecuencia de la inhalación de vidrio pulverizado con un estoicismo radical y perseverando siempre en la conversación serena y racional. La suya fue una carrera dedicada a fabricar y pulir lentes para telescopios y usos médicos, una adecuada actividad científica para alguien que enseñó a los seres humanos a ver con mayor agudeza. «A menudo quizá sin saberlo —escribió Heinrich Heine—, todos nuestros modernos filósofos miran a través de las lentes que pulió Baruch Spinoza.»[2] Los poemas de Heine serían arrojados posteriormente a una pira por chicos nazis balbucientes que creían que ni siquiera un judío asimilado podría haber sido un verdadero alemán. Los judíos atemorizados y atrasados que condenaron al ostracismo a Spinoza habían desechado una joya más valiosa que toda su tribu: el cuerpo de su hijo más valeroso fue robado tras su muerte y sometido seguramente a otros rituales de profanación.

Spinoza había anticipado algo de esto. En su correspondencia escribió la palabra *Caute!* (en latín, «ten cuidado») y colocó un capullo de rosa debajo. Este no fue el único aspecto *sub rosa* de su obra: dio un nombre falso al impresor de su famoso *Tractatus* y dejó en blanco la página dedicada al autor. Su obra prohibida (gran parte de la cual tal vez no habría sobrevivido a su muerte de no haber sido por la valentía y la iniciativa de un amigo) siguió habitando clandestinamente en los escritos de otros autores. En el importante *Dictionnaire* de 1697 de Pierre Bayle se mereció la entrada más extensa. *El espíritu de las leyes*, obra de Montesquieu en 1748, se consideraba tan en deuda con la prosa de Spinoza que su autor fue obligado por las autoridades religiosas de Francia a repudiar a este monstruo judío y a realizar una declaración pública anunciando su fe en un creador (cristiano). La gran *Encyclopédie* francesa que acabó definiendo la Ilustración, dirigida por Denis Diderot y d'Alembert, contiene una extensísima entrada sobre Spinoza.

No deseo repetir el burdo error que los apologistas cristianos han cometido. Ellos dedicaron un esfuerzo inmenso e innecesario a demostrar que los sabios que escribieron antes de Cristo eran realmente profetas y prefiguraciones de su venida. (Todavía en el siglo XIX, William Ewart Gladstone despilfarró páginas y páginas de papel tratando de demostrar esto en el caso de los antiguos griegos.) No afirmo en modo alguno que los filósofos del pasado sean antepasados putativos del ateísmo. Sin embargo, sí afirmo rotundamente que debido a la intolerancia religiosa no podemos saber cuáles eran sus convicciones más íntimas, y hemos estado muy cerca de que se nos impidiera enterarnos de lo que escribieron para que se leyera. Incluso Descartes, un individuo relativamente conformista al que le pareció aconsejable vivir en el más distendido ambiente de Holanda, propuso un breve epitafio para su propia lápida: «El que se ocultó bien, vivió bien».

En los casos de Pierre Bayle y Voltaire, por ejemplo, no es fácil determinar si eran de verdad irreligiosos o no. Su método ciertamente solía ser irreverente y satírico, y ningún lector aferrado a una fe acrítica podría salir de sus obras sin haber visto esa fe gravemente sacudida. Esas mismas obras fueron los éxitos de ventas de su tiempo e impidieron que las nuevas clases alfabetizadas siguieran creyendo en cosas como la verdad literal de los episodios bíblicos. Bayle, en concreto, ocasionó un inmenso pero saludable alboroto cuando analizó los hechos de David, el supuesto «salmista», y los presentó como la trayectoria de un bandolero sin escrúpulos. También señaló que era absurdo creer que la fe religiosa era la causa de que la gente se comportara mejor, o que la falta de fe hiciera que se comportara peor. Una vasta acumulación de experiencias observables atestiguaron en favor de esa opinión de sentido común, y la descripción de ellas hecha por Bayle es la razón por la que ha sido ensalzado o denostado por ateísmo indirecto y subrepticio. Pero acompañó o escoltó todo esto con muchas más afirmaciones ortodoxas, las cuales probablemente permitieron que su famosa obra gozara de una segunda edición.[3] Voltaire equilibró su salvaje ridiculización de la religión con algunos gestos piadosos y propuso entre sonrisas que su tumba (cuánto parlotearon todos estos hombres sobre las escenas de sus propios funerales) estuviera construida de tal modo que una mitad quedara dentro de la igle-

sia y la otra mitad fuera. Pero en una de sus apologías más famosas de las libertades civiles y los derechos de conciencia Voltaire también había visto a su cliente Jean Calas deshecho en la rueda de tortura, molido a mazazos y después colgado por la «ofensa» de tratar de convertir al protestantismo a alguien de su familia. Ni siquiera un aristócrata como él podía sentirse seguro, como bien sabía por haber visto el interior de la Bastilla. Al menos, que no se nos olvide esto.

Immanuel Kant creyó durante algún tiempo que todos los planetas estaban habitados y que el carácter de sus poblaciones mejoraba cuanto más lejos de nosotros estuvieran. Pero aun cuando partiera de este fundamento cósmico enternecedor y bastante limitado, fue capaz de elaborar argumentos convincentes contra cualquier presentación teísta que se basara en la razón. Demostró que el viejo argumento del diseño, uno de los favoritos permanentes tanto entonces como ahora, podría tal vez extenderse para postular un arquitecto, pero no un creador. Refutó la prueba cosmológica de la existencia de dios (según la cual la existencia de uno mismo debe suponer otra existencia necesaria) diciendo que únicamente era una reformulación del argumento ontológico. Y desbarató el argumento ontológico poniendo en cuestión la ingenua noción de que si dios podía concebirse como idea o afirmarse como un predicado, entonces debía poseer en consecuencia la cualidad de la existencia. Esta tradicional bobada queda refutada de forma involuntaria por Penelope Lively en su muy engalanada novela *Moon Tiger.* Al describir a su hija Lisa como una «niña embotada», no obstante se deleita con las preguntas vagas pero desbordantes de imaginación de la niña:

> —¿Existen los dragones? —preguntó.
> Yo le dije que no existían.
> —¿Han existido alguna vez?
> Yo le dije que las evidencias apuntaban lo contrario.
> —Pero si existe una palabra que es «dragón» —dijo ella—, entonces deben de haber existido dragones alguna vez.

¿Quién no ha protegido a un inocente ante las evidencias refutatorias de semejante ontología? Pero, por el bien del argumento, y dado

que no disponemos de toda nuestra vida para gastarla simplemente en crecer, cito aquí a Bertrand Russell: «Kant objeta que existencia *no* es un predicado. Cien táleros imaginados, dice, tienen todos los mismos predicados que cien táleros reales». He expuesto las evidencias refutatorias de Kant en orden inverso al que él lo hace para llamar la atención sobre el argumento, registrado por la Inquisición en Venecia en 1573, de un hombre llamado Matteo de Vincenti, que opinó sobre la doctrina de la «presencia real» de Cristo en la misa: «Es absurdo tener que creer en estas cosas; son paparruchas. Preferiría creer que llevo dinero en el bolsillo».[4] Kant no conocía la existencia de este predecesor suyo del pueblo llano, y cuando pasó a ocuparse del más reconfortante tema de la ética tal vez no sabía que su «imperativo categórico» tenía ecos de la Regla de Oro del rabino Hillel. El principio de Kant nos anima a «obrar siempre de manera que podamos convertir la máxima de nuestra conducta en ley universal». Con esta síntesis de lo que es el interés mutuo y la solidaridad no se requiere en absoluto ninguna autoridad sobrenatural a la que obedecer. ¿Y por qué debería haberla? La honradez humana no se deriva de la religión. La precede.

Tiene gran interés observar cuántas grandes mentes del período de la Ilustración del siglo XVIII pensaban de forma similar, se entrecruzaban y se cuidaban mucho también de expresar sus opiniones con suma cautela, o de circunscribirlas todo lo posible a un pequeño círculo de simpatizantes cultos. Uno de mis casos predilectos sería el de Benjamin Franklin, quien, aunque no descubrió exactamente la electricidad, fue sin duda uno de los que contribuyó a desvelar sus principios y aplicaciones prácticas. Entre estas últimas se encontraba el pararrayos, que acabaría por resolver para siempre la pregunta de si dios intervenía para castigarnos mediante súbitos fogonazos aleatorios. En la actualidad no hay campanario ni minarete que no presuma de tener uno. Al anunciar al público su invento, Franklin escribió:

> Dios ha permitido en su magnanimidad para con la humanidad que por fin se descubriese el sistema de defender las viviendas contra las calamidades de los rayos. El método para lograrlo consiste en lo siguiente...[5]

A continuación pasa a presentar con detalle el material casero necesario para obrar el milagro (hilo de cobre, una aguja de coser, «unas cuantas grapas pequeñas»).

Esto hace gala de una absoluta conformidad exterior con la opinión recibida, pero está adornado con un diminuto pero evidente guiño en las palabras «por fin». Uno puede optar, claro está, por creer que Franklin quería decir sinceramente todas y cada una de las palabras que dijo y que deseaba que la gente creyera que él daba crédito al Todopoderoso transigiendo después de todos aquellos años y cediendo finalmente el secreto. Pero el eco de Prometeo cuando roba el fuego a los dioses es demasiado evidente para pasarlo por alto. Y los prometeanos de aquellos tiempos todavía tenían que ser prudentes. El laboratorio de Joseph Priestley en Birmingham, el virtual descubridor del oxígeno, quedó destrozado por una turba de gentes de orientación conservadora al grito de «por la Iglesia y por el Rey», y él tuvo que trasladar sus convicciones unitaristas al otro lado del Atlántico para empezar a trabajar de nuevo. (Nada es perfecto en estos episodios: Franklin se tomó un interés tan fuerte por la francmasonería como Newton por la alquimia, y hasta Priestley era un fiel creyente en la teoría del flogisto. Recordemos que estamos analizando la infancia de nuestra especie.)

Edward Gibbon, que fue rechazado por lo que había descubierto acerca del cristianismo durante la elaboración de su inmensa obra *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, envió un ejemplar anticipado a David Hume, que le advirtió de que tendría problemas, cosa que sucedió. Hume recibió como huésped en Edimburgo a Benjamin Franklin y viajó a París para reunirse con los editores de la *Encyclopédie*. Aquellos hombres, ampulosamente irreligiosos en ocasiones, quedaron decepcionados al principio cuando su meticuloso huésped escocés comentó la ausencia de ateos y, por tanto, la posible ausencia de cosa semejante al ateísmo. Tal vez a ellos les hubiera gustado más Hume si hubieran leído sus *Diálogos sobre la religión natural*, escritos aproximadamente una década más tarde.

Basándose en un diálogo ciceroniano en el que el propio Hume adopta aparente y cautelosamente el papel de Filón, los argumentos tradicionales de la existencia de dios se limitan un poco mediante la disponibilidad de evidencias y razonamientos más modernos. Inspi-

rándose tal vez en Spinoza (a gran parte de cuya obra se accedía todavía a través de fuentes indirectas), Hume sugería que la profesión de fe en un ser supremo absolutamente sencillo y omnipresente era en realidad una profesión de ateísmo encubierta, porque semejante ser no podía poseer nada que pudiéramos calificar con sensatez como una mente o una voluntad. Además, si «él» posee ciertamente semejantes atributos, entonces las viejas preguntas de Epicuro seguirían todavía sin respuesta:

> ¿Es que quiere evitar el mal y es incapaz de hacerlo? Entonces, es que es impotente. ¿Es que puede, pero no quiere? Entonces es malévolo. ¿Es que quiere y puede? Entonces, ¿de dónde proviene el mal?[6]

El ateísmo se abre camino por este falso dilema como la navaja de Ockham. Hasta para un creyente es absurdo imaginarse que dios le debería una explicación. Pero, en todo caso, un creyente se entrega a la tarea imposible de interpretar la voluntad de una persona desconocida y, con ello, hace recaer estas preguntas esencialmente absurdas sobre sí mismo. No obstante, mantengamos esa suposición y veamos dónde nos lleva y sobre qué podremos aplicar nuestra inteligencia, que es lo único de que disponemos. (La respuesta de Hume a la ineludible pregunta acerca del origen de todas las criaturas presagia la de Darwin al decir que en realidad evolucionan: las eficientes sobreviven y las ineficientes desaparecen.) Al final optó, como Cicerón, por dividir la diferencia entre el deísta Cleantes y el escéptico Filón. Esto podría haberse calificado como jugar sobre seguro, algo que Hume solía hacer, o tal vez reflejara el aparente atractivo del deísmo en la época anterior a Darwin.

Hasta el gran Thomas Paine, amigo de Franklin y Jefferson, repudió la acusación de ateísmo que temía hacer recaer sobre sí. De hecho, para hacer una vindicación de dios se dedicó a exponer los crímenes y horrores del Antiguo Testamento, además de los absurdos mitos del Nuevo. Ninguna deidad noble y magnánima, afirmaba él, se habría responsabilizado de semejantes estupideces y atrocidades.[7] *Age of Reason*, de Paine, representa casi la primera ocasión en que se manifestó abiertamente ese franco desdén hacia la religión organi-

zada. Produjo un impacto tremendo en todo el mundo. Sus amigos y coetáneos estadounidenses, animados en parte por él a declarar la independencia frente a los usurpadores de la casa de Hannover y su particular Iglesia anglicana, consiguieron mientras tanto una proeza extraordinaria que no tenía precedentes: redactar una constitución republicana que no hacía mención alguna de dios y que aludía únicamente a la religión cuando garantizaba que siempre se mantendría separada del Estado. Casi todos los fundadores de Estados Unidos murieron sin que ningún sacerdote les acompañara junto al lecho, como también hizo Paine, a quien los fanáticos religiosos que pedían que aceptara que Cristo era su salvador molestaron mucho en sus últimas horas. Al igual que David Hume, declinó todos esos consuelos y su memoria ha sobrevivido al calumnioso rumor de que suplicó reconciliarse con la Iglesia en el último momento. (El mero hecho de que los piadosos busquen este tipo de «arrepentimientos» en el lecho de muerte, aparte de que después se los inventen, dice mucho sobre la mala fe de quienes viven en la fe.)

Charles Darwin nació en vida de Paine y Jefferson, y su obra consiguió finalmente vencer las limitaciones de la ignorancia bajo las que tuvo que trabajar sobre los orígenes de las plantas y animales, así como de otros fenómenos. Pero hasta Darwin, cuando empezó su investigación como botánico e historiador de la naturaleza, estaba bastante seguro de que actuaba de un modo coherente con los designios de dios. Él quería ser clérigo. Y cuantos más descubrimientos hizo, más trató de «cuadrarlos» con la fe en una inteligencia superior. Al igual que Edward Gibbon, suscitó una polémica por adelantado acerca de su publicación y (no tanto como Gibbon) hizo algunos comentarios para protegerse y defenderse. De hecho, al principio debatió mucho consigo mismo, como algunos bobalicones del «diseño inteligente» de hoy día tienen por costumbre hacer. Enfrentado a los incontestables hechos de la evolución, ¿por qué no afirmar que estos demuestran cuánto más grande es dios de lo que ya pensábamos que era? El descubrimiento de leyes naturales «engrandecería nuestra idea del poder del Creador omnisciente». No del todo convencido de ello interiormente, Darwin temía que sus primeros escritos sobre la selección natural significaran el fin de su buena reputación, algo equivalente a «con-

fesar un asesinato». También percibía que, si descubría alguna vez que la adaptación se acomodaba al entorno, tendría que confesar algo aún más alarmante: la ausencia de una primera causa o diseño grandioso.

A lo largo de toda la primera edición de *El origen de las especies* pueden encontrarse síntomas de esta ocultación en clave y entre líneas a la antigua usanza. No aparece nunca el término «evolución», mientras que la palabra «creación» sí se utiliza con frecuencia. (Es fascinante que sus primeros cuadernos de apuntes de 1837 recibieran el título provisional de *La transmutación de las especies*, casi como si Darwin empleara el arcaico lenguaje de la alquimia.) La portadilla del volumen definitivo de *El origen de las especies* llevaba un comentario, tomado significativamente del, en apariencia, respetable Francis Bacon acerca de la necesidad de estudiar no solo la palabra de dios, sino también su «obra». En *El origen del hombre* Darwin se sintió capacitado para llevar las cosas un poco más lejos, pero aun así aceptó algunas modificaciones propuestas por su fiel y amada esposa Emma. Solo en su autobiografía, cuya publicación no estaba prevista, y en algunas cartas dirigidas a amigos, reconoció que ya no tenía fe. Su conclusión «agnóstica» vino determinada tanto por su vida como por su obra: había sufrido la pérdida de muchos seres queridos y no logró reconciliarlas con ningún dios afectuoso, y menos aún con las enseñanzas cristianas relativas al castigo eterno. Al igual que tantas otras personas brillantes, tenía cierta propensión a ese solipsismo que o bien alumbra la fe, o bien la quiebra, y que se imagina que al universo le preocupa el destino de uno. Esto, no obstante, convierte su rigor científico en algo más digno de elogio y propio de ser equiparado al de Galileo, puesto que no nació de ninguna otra intención previa que la de averiguar la verdad. No importa que esta intención incluyera la falsa y decepcionante expectativa de que dicha verdad resonaría finalmente *ad maiorem dei gloriam*.

Tras su muerte, Darwin también fue vilipendiado públicamente con las invenciones de un cristiano desquiciado que afirmaba que el magnífico, honrado y atormentado investigador había dirigido los ojos entreabiertos en sus últimos instantes de vida hacia la Biblia. Hubo de pasar algún tiempo hasta que se descubrió al patético mentiroso al que esto parecía una iniciativa noble.

Cuando sir Isaac Newton fue acusado de plagio científico, del cual es bastante probable que fuera culpable, reconoció de forma comedida (lo que también era un plagio) que en su trabajo se había aprovechado de ir «a hombros de gigantes». En la primera década del siglo XXI esto no podría resultar más que mínimamente gracioso. Yo puedo utilizar un simple ordenador portátil cuando y como lo desee para ponerme al corriente de la vida y obra de Anaxágoras, Erasmo, Epicuro y Wittgenstein. Lo mío no es sumergirse en una biblioteca escasa de textos a la luz de las velas y pasar apuros para ponerme en contacto con personas de otras épocas o sociedades con similares preocupaciones. Ni tampoco es (salvo cuando el teléfono suena alguna vez y escucho voces roncas condenándome a muerte, al infierno o a ambas cosas) el miedo permanente a que algo que escriba pueda significar el final de mi carrera, el exilio o el mal para mi familia, la deshonra eterna para mi nombre entre los impostores y mentirosos religiosos o la dolorosa elección entre retractarse o morir torturado. Disfruto de una libertad y un acceso al conocimiento que habría sido inimaginable para los pioneros. Al volver la vista atrás con la perspectiva del tiempo, no puedo evitar, por tanto, reparar en que los gigantes en los que yo me apoyo, y en cuyos descomunales hombros me encaramo, tenían por necesidad todos ellos un poco frágiles las altísimas y (muy poco) evolucionadas articulaciones de las rodillas. Solo un miembro de esta categoría de gigantes y genios habló alguna vez con franqueza y sin miedo aparente o exceso de cautela. Cito por consiguiente, una vez más, a Albert Einstein, un personaje al que tanto se ha deformado. Se dirige a un corresponsal que está preocupado por otra más de esas muchas tergiversaciones:

> Era mentira, por supuesto, lo que leíste sobre mis convicciones religiosas, una mentira que se repite de forma sistemática. No creo en un Dios personal y nunca he negado este extremo, sino que lo he manifestado claramente. Si hay algo en mí que se pueda calificar de religioso es la admiración infinita por la estructura del mundo hasta donde nuestra ciencia puede revelárnosla.[8]

Años más tarde, respondió a otra pregunta afirmando:

> No creo en la inmortalidad del individuo, y considero que la ética es una preocupación exclusivamente humana que no está respaldada por ninguna autoridad sobrehumana.[9]

Estas palabras nacen de una mentalidad, o de un hombre, célebre con razón por su prudencia, su mesura y sus escrúpulos, y cuya pura genialidad había puesto al descubierto una teoría que en manos equivocadas tal vez no solo habría arrasado este mundo, sino también todo su pasado y la posibilidad misma de que tuviera algún futuro. Dedicó la mayor parte de su vida a hacer una grandiosa negación del papel del profeta punitivo, prefiriendo en su lugar difundir el mensaje de la Ilustración y el humanismo. Abiertamente judío y exiliado, difamado y perseguido como consecuencia de ello, conservó lo que pudo de la ética del judaísmo y rechazó la mitología bárbara del Pentateuco. Tenemos más motivos de agradecimiento hacia él que hacia todos los rabinos que han plañido o plañirán a lo largo de la historia. (Cuando le ofrecieron ser el primer presidente del Estado de Israel, Einstein declinó la oferta debido a sus muchos reparos acerca del giro que estaba adoptando el sionismo. Aquello supuso todo un alivio para David Ben Gurión, que había preguntado muy nervioso a su gabinete: «¿Qué vamos a hacer si dice que sí?».)

Envuelta en las ropas de luto de una viuda, se dice que la mayor de todas las victorianas llamó a su primer ministro para preguntarle si podía ofrecerle una prueba incontestable de la existencia de dios. Benjamin Disraeli vaciló un poco ante su reina, la mujer a la que había convertido en emperatriz de la India, y contestó: «Los judíos, señora». A este genio pero supersticioso político mundano le parecía que la supervivencia del pueblo judío y su admirable y tenaz adhesión a sus rituales y narraciones antiguas demostraba el trabajo de una mano invisible. En realidad, sus palabras representan un cambio de opinión sobre la marcha. En el preciso instante en que hablaba, el pueblo judío emergía tras dos diferentes tipos de opresión. La primera y más evidente era la creación de los guetos en los que las autoridades cristianas fanáticas e ignorantes les habían impuesto vivir. Esto está

demasiado bien documentado para requerir que me extienda sobre ello. Pero la segunda opresión venía impuesta por ellos mismos. Napoleón Bonaparte, por ejemplo, había suprimido con ciertas reservas las leyes discriminatorias contra los judíos. (Seguramente esperaba recibir apoyo económico de ellos, cosa que no sucedió.) Pero cuando sus ejércitos invadieron Rusia, los rabinos instaron a su rebaño a cerrar filas con el mismo zar que había estado difamándolos, azotándolos, desplumándolos y asesinándolos. Mejor este despotismo que acosaba a los judíos, decían, que el tufo a la impía Ilustración francesa. Esta es la razón por la que el estúpido y pesado melodrama en que vivía la sinagoga de Amsterdam era y sigue siendo tan importante. Hasta en un país de mentalidad tan abierta como Holanda los ancianos habían preferido hacer causa común con los antisemitas cristianos y demás oscurantistas antes que permitir que el más exquisito de sus miembros empleara libremente su inteligencia.

Así pues, cuando cayeron los muros de los guetos, el colapso liberó de los rabinos tanto a quienes vivían en ellos como a «los gentiles». A ello siguió un florecimiento del talento como pocas veces se ha visto en otra época. Una población anteriormente idiotizada pasó a realizar inmensas aportaciones a la medicina, la ciencia, la jurisprudencia, la política y las artes. Todavía se dejan sentir aquellos ecos: basta mencionar a Marx, Freud, Kafka y Einstein, si bien Isaac Babel, Arthur Koestler, Billy Wilder, Lenny Bruce, Saul Bellow, Philip Roth, Joseph Heller y muchos otros son también producto de esta doble emancipación.

Si hubiera que citar un día absolutamente trágico para la historia de la humanidad, sería el acontecimiento que ahora se conmemora con la insulsa y fastidiosa fiesta conocida como Hanuká. Por una vez, en lugar de que el cristianismo plagiara al judaísmo, los judíos copiaron desvergonzadamente a los cristianos en la patética esperanza de una celebración que coincide con la Navidad, que a su vez es la anexión cuasi cristiana de un solsticio nórdico pagano iluminado originalmente por la aurora boreal, con sus leños ardientes, su acebo y su muérdago. He aquí el destino hasta el que nos ha llevado el «multiculturalismo» banal. Pero no fue nada remotamente multicultural lo que indujo a Judas Macabeo a volver a consagrar el Templo de Jeru-

salén en el 165 a.C. y a establecer la fecha que los tiernos celebrantes de la Hanuká conmemoran ahora con tanta vacuidad. Los macabeos, que fundaron la dinastía Hasmonea, estaban restaurando por la fuerza el fundamentalismo mosaico entre los muchos judíos de Palestina y de otros lugares que se habían sentido atraídos por el helenismo. Estos auténticos multiculturalistas prematuros se habían aburrido de «la ley», se habían sentido ofendidos por la circuncisión, se habían interesado por la literatura griega, se habían sentido atraídos por los ejercicios físicos e intelectuales del gimnasio y se habían vuelto bastante adeptos a la filosofía. Percibían la atracción ejercida por Atenas, aun cuando fuera a través de Roma y del recuerdo de la época de Alejandro, y les inquietaba el temor y la superstición absoluta impuestos por el Pentateuco. Como es lógico, a los incondicionales del viejo templo les parecían demasiado cosmopolitas, y debió de haber sido fácil acusarlos de «doble lealtad» cuando aceptaban tener un templo de Zeus en el lugar en el que los altares humeantes y sangrientos solían propiciar la voluntad de la adusta deidad de antaño. Como fuere, cuando el padre de Judas Macabeo vio un judío a punto de realizar una ofrenda helénica en el antiguo altar no perdió tiempo para correr a asesinarlo. Durante los años siguientes de «revuelta» macabea, muchos judíos asimilados fueron asesinados, circuncidados a la fuerza o ambas cosas, y las mujeres que habían coqueteado con la nueva bendición helénica sufrieron ofensas aún peores. Como los romanos finalmente prefirieron a los violentos y dogmáticos macabeos antes que a los no tan militarizados ni fanáticos judíos cuyas togas resplandecían bajo el sol del Mediterráneo, el escenario estaba preparado para la precaria connivencia entre el sanedrín ultraortodoxo y de atuendo antiguo y el gobernador imperial. Esta lúgubre relación desembocó al final en el cristianismo (otra herejía judía más) y, por tanto, ineluctablemente en el nacimiento del islam. Podíamos habernos librado de todo esto.

No cabe duda de que seguiría habiendo mucha tontería y mucho solipsismo. Pero tal vez la relación entre Atenas, la historia y la humanidad no habría quedado tan maltrecha, o habría sido el pueblo judío el portador de la filosofía en lugar de serlo de ese monoteísmo árido, o las escuelas de la Antigüedad y su sabiduría no habrían aca-

bado por parecernos tan prehistóricas. En una ocasión me senté en la oficina de la *knesset* del difunto rabino Meir Kahane, un racista demagogo feroz entre cuyos partidarios podía encontrarse al loco doctor Baruch Goldstein y a otros colonos israelíes violentos. La campaña de Kahane contra los matrimonios mixtos y en favor de la expulsión de Palestina de todos los no judíos le valió el desdén de muchos israelíes y judíos de la diáspora, que comparaban su programa con el de las leyes de Nuremberg en Alemania. Kahane despotricaba un poco ante ellos diciendo que podría quedarse todo aquel árabe que se convirtiera al judaísmo mediante una prueba estrictamente *halaká* (una concesión, hay que reconocer, que Hitler no habría autorizado), pero entonces se aburrió y descalificó a sus oponentes judíos como simple chusma «helenizada». (Hasta hoy, la palabra maldita de los judíos ortodoxos para referirse a un hereje o un apóstata es *apikoros*, que significa «discípulo de Epicuro».) Y estaba en lo cierto en el sentido formal: su fanatismo tenía poco que ver con la «raza» y mucho con la «fe». Al husmear en toda esta barbarie malsana he sentido una auténtica punzada pensando en el mundo de luz y color que perdimos hace tanto tiempo y en las pesadillas en blanco y negro de estos lóbregos y rectos antepasados. El hedor de Calvino, Torquemada y Bin Laden proviene de la sombra encorvada y caliginosa de los matones del partido Kach que patrullan las calles en busca de quebrantamientos del sabbat y contactos sexuales no autorizados. Para volver a utilizar la metáfora de los esquistos de Burgess, aquella era una rama venenosa que debiera haberse quebrado hace mucho tiempo, o a la que deberíamos haber dejado secarse antes de que infectara cualquier brote sano con su ADN basura. Pero todavía vivimos bajo su sombra perniciosa y ominosamente letal. Y los niños judíos celebran la Hanuká para no sentirse excluidos de los escabrosos mitos de Belén, que ahora están siendo contestados tan duramente con la propaganda más estridente de La Meca y Medina.

19

En conclusión: la necesidad de una nueva Ilustración

> El verdadero valor de un ser humano no viene determinado por su grado de posesión, supuesto o real, de la verdad, sino más bien por la honestidad de su esfuerzo en pos de alcanzarla. No es la posesión de la verdad, sino más bien la búsqueda de la misma, lo que ensancha su capacidad y donde puede hallarse su siempre creciente perfectibilidad. La posesión nos convierte en sujetos pasivos, indolentes y orgullosos. Si Dios ocultara toda la verdad en su mano derecha y en su izquierda no escondiera más que el firme y diligente impulso para perseguirla, y se me brindara la oportunidad de escoger únicamente entre una de las dos, tomaría con toda humildad su mano izquierda, aun con la condición de errar siempre y eternamente en el proceso.
>
> GOTTHOLD LESSING, *Anti-Goeze* (1778)

> «El Mesías no va a venir... ¡y ni siquiera va a llamar!»
>
> Éxito musical israelí de 2001

El gran Lessing lo expresó con mucha delicadeza en el transcurso de su intercambio de ataques con el predicador fundamentalista Goeze. Y su adecuado recato hacía que pareciera como si tuviera, o pudiera tener, alguna posibilidad de elección al respecto. Ateniéndonos a los hechos, nosotros no tenemos la posibilidad de «escoger» entre verdad

o fe. Solo tenemos derecho a decir acerca de quienes *sí* afirman conocer la verdad de la revelación que se engañan a sí mismos y tratan de engañar o de intimidar a los demás. Desde luego, para la mente es mejor y más saludable «escoger» en todo caso la senda del escepticismo y la indagación, ya que únicamente mediante el continuo ejercicio de estas facultades podemos esperar lograr algo. Mientras que las religiones, tal como sagazmente las define Simon Blackburn en su estudio de *La República* de Platón, son tan solo «filosofías fosilizadas» o filosofía despojada de preguntas. «Escoger» el dogma y la fe antes que la duda y el experimento es rechazar el fruto maduro y tender la mano con avaricia al Kool-Aid.

Tomás de Aquino escribió en una ocasión un documento sobre la Trinidad y, considerándolo humildemente uno de sus logros más redondos y elaborados, lo dejó sobre el altar de Notre Dame para que el propio dios pudiera examinar la obra y, tal vez, honrar al «doctor angelical» con una opinión. (En esto Aquino cometió el mismo error que cometen quienes, convertidas en monjas, ocultan su aseo en los conventos bajo una lona durante las abluciones: tenían la impresión de que un dispositivo tan modesto desviaría la mirada de dios de las formas femeninas desnudas, pero olvidaban que en virtud de su omnisciencia y omnipotencia él supuestamente podía «verlo» todo, en cualquier lugar y en cualquier momento, y olvidaban además que podía «ver» sin duda a través de los muros y techos del convento sin sentirse siquiera contrariado por el escudo protector de lona. Suponemos que las monjas en realidad estaban impidiéndose contemplar sus propios cuerpos, o los de las demás.)

Como quiera que fuera, Tomás de Aquino descubrió más adelante que dios realmente había echado un vistazo detenido a su tratado (lo cual le convirtió en el único autor de la historia que afirmó de sí mismo semejante distinción) y unos monjes y novicias turbados lo descubrieron levitando desbordante de felicidad por el interior de la catedral. Tengan la seguridad de que contamos con testigos presenciales de este acontecimiento.

Cierto día de primavera del año 2006, el presidente Ahmadineyad de Irán participó acompañado de su gabinete en una procesión a un lugar situado entre la capital, Teherán, y la ciudad santa de Qom en la

que se encuentra un pozo. Se dice de dicho pozo que es la cisterna en la que se refugió el Duodécimo Imán, o imán «oculto» o «escondido», en el año 873, a la edad de cinco años, para no volver a ser visto jamás hasta que su muy esperada e implorada reaparición asombre y redima al mundo. Al llegar al lugar, Ahmadineyad tomó un manuscrito de papel y lo arrojó por la abertura para poner al día a la persona oculta de los progresos realizados por Irán en la fisión termonuclear y el enriquecimiento de uranio. Uno habría dicho que dondequiera que se encontrara el imán, estaría ya al tanto de estos avances, pero de algún modo tenía que ser el pozo el que actuara como buzón de esa carta perdida. Podríamos añadir que el presidente Ahmadineyad había regresado hacía poco de las Naciones Unidas, en donde había pronunciado un discurso que fue recogido ampliamente tanto por la radio y la televisión, así como contemplado «en directo» por un numeroso público. En todo caso, a su regreso a Irán contó a sus partidarios que mientras dirigía su alocución había sido bañado por una resplandeciente luz verde (el verde es el color predilecto del islam), y que las emanaciones de esta luz divina habían mantenido a todos los asistentes a la Asamblea General inmóviles y en silencio. Como este fenómeno se circunscribió exclusivamente a él (según parece, solo él lo sintió), lo interpretó como una señal más del inminente regreso del Duodécimo Imán, por no decir un refrendo adicional de su ambición por ver que la República Islámica de Irán, sumida como estaba en la mendicidad, la represión, el estancamiento y la corrupción, es en todo caso una potencia nuclear. Pero, al igual que Tomás de Aquino, no se fiaba de que el Duodécimo Imán o imán «escondido» fuera capaz de examinar documentos a menos que se le pusieran, como hizo él, directamente delante de sus narices.

Después de haber presenciado con frecuencia ceremonias y procesiones chiíes, a mí no me sorprendió enterarme de que, tanto en su forma como en su liturgia, están tomadas en parte del catolicismo. Doce imanes, uno de ellos actualmente «en ocultación» y a la espera de reaparecer o volver a despertar. Un culto frenético al martirio, sobre todo tras la agonizante muerte de Husein, que fue abandonado y traicionado en las áridas y amargas llanuras de Kerbala. Procesiones de penitentes y gentes que se mortifican inunda-

das de dolor y culpa y se dirigen al lugar en que su sacrificado líder fue abandonado. A la fiesta que más se parece la masoquista celebración chií de la Ashura es a la de Semana Santa, en la cual se portan por las calles de España hábitos, cruces, capirotes y antorchas. Pero una vez más se demuestra que la religión monoteísta es un plagio de una habladuría sobre una habladuría de una ilusión sobre una ilusión que se remonta mucho tiempo atrás a la invención de unos cuantos fiascos.

Otra forma de expresarlo consiste en decir que, mientras escribo estas páginas, una versión de la Inquisición está a punto de dar con un arma nuclear. Bajo el anquilosado gobierno de la religión, la magnífica, ingeniosa y sofisticada civilización de Persia ha ido perdiendo su pulso a ritmo constante. Sus escritores, artistas e intelectuales están principalmente en el exilio o han sido ahogados por la censura; sus mujeres son un bien más y una presa sexual; la mayoría de sus jóvenes no han completado su educación y carecen de empleo. Tras un cuarto de siglo de teocracia, Irán todavía exporta las mismas cosas que exportaba cuando los teócratas se hicieron con el poder: pistacho y alfombras. La modernidad y la tecnología la han pasado de largo, excepto para el singular logro de la nuclearización.

Esto sitúa la confrontación entre fe y civilización en un terreno absolutamente nuevo. Hasta hace relativamente poco tiempo, quienes adoptaban la senda clerical tenían que pagar un alto precio por ello. Sus sociedades entrarían en declive, sus economías se replegarían, sus mejores mentes se echarían a perder o se irían a otra parte, y ellos, por consiguiente, se verían superados por sociedades que habían aprendido a amansar o aislar el impulso religioso. Un país como Afganistán sencillamente se descompondría. Siendo esto ya bastante malo por sí solo, empeoró el 11 de septiembre de 2001, cuando desde Afganistán se dio la sagrada orden de adueñarse de dos famosos logros del modernismo (el rascacielos y el avión a reacción) y utilizarlos para la inmolación y el sacrificio humano. La fase posterior, anunciada con claridad en sermones enardecidos, iba a ser el momento en el que los nihilistas apocalípticos coincidieran con el armamento de Armagedón. Los fanáticos sustentados por la fe no podían diseñar nada tan útil o hermoso como un rascacielos

o un avión a reacción. Pero, avanzando en su larga historia de plagios, podían tomar prestada o robar estas cosas para utilizarlas como una negación.

Este libro ha estado dedicado a la discusión más antigua de la historia de la humanidad, pero casi todas las semanas que he dedicado a escribirlo me he visto obligado a hacer una interrupción para participar en los debates tal como estaban desarrollándose en ese momento. Esos debates solían adoptar formas desagradables: no abandonaba el escritorio normalmente para departir con algún viejo jesuita habilidoso en Georgetown, sino que más bien me apresuraba a mostrar solidaridad ante la embajada de Dinamarca, un pequeño país democrático del norte de Europa cuyas otras embajadas estaban ardiendo por la aparición de unas cuantas caricaturas en un periódico de Copenhague. Esta última confrontación resultó particularmente deprimente. La turba islámica estaba violando la inmunidad diplomática y profiriendo amenazas de muerte contra civiles, pese a que la respuesta de Su Santidad el Papa y del arzobispo de Canterbury fue la de condenar... ¡las caricaturas! En mi profesión hubo cierta prisa por ver quién se sometía antes, por informar sobre las imágenes en liza sin llegar a mostrarlas realmente. Y vivimos en una época en la que los medios de comunicación han acabado alimentándose casi exclusivamente de imágenes. Se oyeron voces eufemísticas sobre la necesidad de mostrar «respeto», pero conozco a un buen número de los editores implicados y puedo afirmar con certeza que el principal motivo de la «contención» era simplemente el miedo. En otras palabras, unos cuantos matones y fanfarrones religiosos podían, por así decirlo, impugnar la tradición de libertad de expresión en el mismísimo corazón del territorio occidental. Y en el año 2006... ¡con esas! Al innoble motivo del miedo debemos añadir la práctica moralmente perezosa del relativismo: ningún grupo de personas no religiosas que amenazara con la violencia y la ejerciera habría obtenido una victoria tan fácil, ni habría sido excusada con tanta rapidez (no es que ellos ofrecieran ninguna).

Entonces de nuevo, otro día, uno abría el periódico y leía que el estudio más importante sobre la oración que se haya emprendido en toda la historia había vuelto a revelar que no existía ningún tipo de

correlación entre la oración «intercesora» y el restablecimiento de los enfermos. (Bueno, quizá había *alguna* correlación: los enfermos que sabían que se estaban elevando oraciones por ellos tenían más complicaciones postoperatorias que aquellos otros que no lo sabían, aunque yo no diría que esto demostrara nada.) Además, un grupo de científicos pacientes y entregados a su trabajo había localizado en un remoto lugar del océano Ártico canadiense varios esqueletos de un enorme pez que, hace 375 millones de años, exhibía los rasgos precursores de unos dedos, protomuñecas, codos y hombros. El Tiktaalik, así llamado a propuesta de la población nunavut local, se suma al *Archaeopterys*, una forma de transición entre los dinosaurios y las aves, como uno de los llamados eslabones perdidos que se buscan desde hace tanto tiempo y que contribuyen a ilustrarnos acerca de nuestra verdadera naturaleza. Entretanto, los roncos defensores del «diseño inteligente» asediarían otro consejo escolar exigiendo que se enseñaran bobadas a los niños. En mi cabeza, este contraste de acontecimientos empezó a adoptar las características de una carrera: un diminuto paso adelante del conocimiento y la razón; un inmenso bandazo de las fuerzas de la barbarie; la gente que *sabe* que tiene razón y que desea instaurar, como expresó en una ocasión Robert Lowell en otro contexto, «un reino de piedad y hierro».[1]

La religión alardea incluso de contar con una rama específica dedicada al estudio del fin. Se llama a sí misma «escatología» y cavila sin cesar sobre la desaparición de todas las cosas terrenales. Este culto a la muerte se resiste a amainar, aun cuando tenemos toda clase de razones para pensar que las «cosas terrenales» son lo único que tenemos o vamos a tener jamás. Pero a nuestro alcance y desde nuestra perspectiva se despliega todo un universo por descubrir y esclarecer, el cual es un placer en sí mismo estudiar, que proporciona a un individuo medio acceso a ideas que ni siquiera Darwin o Einstein albergaron y que nos ofrece la promesa de avances casi milagrosos en los campos de la salud, la energía y el intercambio pacífico entre culturas diferentes. Sin embargo, millones de personas de todas las distintas sociedades siguen prefiriendo los mitos de la caverna, la tribu y los sacrificios de sangre. El desaparecido Stephen Jay Gould escribió generosamente que la ciencia y la religión pertenecen a «*magisteria* que

no se solapan». Con toda seguridad, no se solapan; pero esto no significa que no sean antagónicos.

A la religión se le han agotado las justificaciones. Gracias al telescopio y el microscopio, ya no ofrece ninguna explicación de nada importante. Allá donde en otro tiempo solía ser capaz de *impedir* la aparición de rivales mediante la imposición absoluta de una visión del mundo, hoy día solo puede obstaculizar y retrasar (o tratar de hacer retroceder) los progresos constatables que hemos realizado. En ocasiones, es cierto, los reconoce con astucia. Pero es para brindarse a sí misma una alternativa entre la irrelevancia y la obstrucción, la impotencia o la respuesta categórica y, ante semejantes alternativas, está programada para escoger la peor de las dos. Entretanto, interpelada por las imágenes jamás soñadas del interior de nuestro córtex en evolución, de los confines más remotos del universo conocido o de las proteínas y ácidos que constituyen nuestra naturaleza, la religión ofrece o bien la aniquilación en nombre de dios o, además, la falsa promesa de que si aplicamos un cuchillo a nuestros prepucios, rezamos mirando en la dirección adecuada o ingerimos trocitos de barquillo, estaremos «salvados». Es como si alguien, cuando se le ofreciera una deliciosa y aromática fruta de otra temporada, madurada en un invernadero cuidadosa y esforzadamente concebido, arrojara la carne y la pulpa y royera el hueso con aire taciturno.

Sobre todo necesitamos una Ilustración renovada que se fundamente en la proposición de que el objeto de estudio adecuado de la humanidad es el hombre y la mujer. Esta Ilustración no necesitará depender, como sus etapas predecesoras, de los heroicos avances de unas pocas personas con mucho talento y excepcionalmente valientes. Está al alcance de una persona media. El estudio de la literatura y la poesía, tanto por sí mismas como para adentrarse en las eternas preocupaciones éticas de las que se ocupa, puede deponer fácilmente el escrutinio de unos textos sagrados de los que se ha demostrado que están corrompidos y que constituyen una amalgama de materiales diversos. El desarrollo de la investigación científica sin límites y la facilidad de acceso a nuevos hallazgos para miles de personas mediante herramientas electrónicas sencillas revolucionarán nuestros conceptos de investigación y desarrollo. Y lo más importante: el divorcio de

la vida sexual y el temor, de la vida sexual y la enfermedad y de la vida sexual y la tiranía pueden tratar de emprenderse por fin mediante el requisito único de que desterremos del discurso a todas las religiones. Y todo esto y mucho más, por primera vez en la historia, está a la vista, cuando no al alcance, de todo el mundo.

No obstante, solo los utopistas más ingenuos pueden creer que esta nueva civilización humana avanzará en línea recta en una especie de ensueño de «progreso». Primero tenemos que superar nuestra prehistoria y huir de las nudosas garras que acechan para arrastrarnos de nuevo a las catacumbas, los altares hediondos y los placeres culpables de la sumisión y la abyección. «Conócete a ti mismo», decían los griegos proponiendo con discreción los consuelos de la filosofía. Para aguzar la mente para este proyecto se ha vuelto necesario también conocer al enemigo... y disponerse a combatirlo.

Notas

2. *La religión mata*

1. La madre Teresa fue entrevistada por Daphne Barak, y sus comentarios sobre la princesa Diana pueden encontrarse en *Ladies' Home Journal*, abril de 1996.

2. Los detalles del asesinato de Yusra al-Azami en Belén pueden encontrarse en «Gaza Taliban?», editorial, *New Humanist*, 121:1 (enero de 2006), http://www.newhumanist.org.uk/volume121issuel_comments.php?id=1860_0_40_0_C. Véase también Isabel Kershner, «The Sheikh's Revenge», *Jerusalem Report*, 20 de marzo de 2006.

3. Sobre la carta de Abu Musab al-Zarqawi a Osama bin Laden, véase http://www.state.gov/p/nea/rls/31694.htm.

4. Sobre la historia de los cadetes conversos de la Academia del Ejército del Aire y de MeLinda Morton, véanse Faye Fiore y Mark Mazzetti, «School's Religious Intolerance Misguided, Pentagon Reports», *Los Angeles Times*, 23 de junio de 2005, p. 10; Laurie Goodstein, «Air Force Academy Staff Found Promoting Religion», *New York Times*, 23 de junio de 2005, p. A12; David Van Biema, «Whose God Is Their Co-Pilot?», *Time*, 27 de junio de 2005, p. 61; y United States Air Force, *The Report of the Headquarters Review Group Concerning the Religious Climate at the U.S. Air Force Academy*, 22 de junio de 2005, http://www.afmil/shared/media/document/AFD-051014-008.pdf.

5. Sobre la postura de James Madison acerca de la constitucionalidad de la adopción de una religión por parte del gobierno o para desempeñar cargos públicos, véase Brooke Allen, *Moral Minority: Our Skeptical Founding Fathers*, Ivan R. Dee, Chicago, 2006, pp. 116-117.

6. Sobre Charles Stanley y Tim LaHaye, véase Charles Marsh, «Wayward Christian Soldiers», *New York Times*, 20 de enero de 2006.

4. *Un comentario sobre la salud, para la cual puede ser peligrosa la religión*

1. Sobre el sermón del obispo Cifuentes, véase la producción de la BBC-TV *Panorama*, emitida el 27 de junio de 2004.

2. La cita de *Foreign Policy* procede de Laura M. Kelley y Nicholas Eberstadt, «The Muslim Face of AIDS», *Foreign Policy*, julio-agosto de 2005, http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id = 3081. (La versión española puede consultarse en www.fp.es.org/el-sida-en-el-islam, correspondiente al número de agosto-septiembre de 2005 de la edición en español.)

3. Sobre las críticas de Daniel Dennett a la religión, véase su obra *Breaking the Spell: Religion as a Natural Phenomenon*, Viking Adult, Nueva York, 2006 (hay trad. cast.: *Romper el hechizo: la religión como un fenómeno natural*, trad. de Felipe de Brigard, Katz Barpal Editores, Madrid, 2007).

4. Para la cita de Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins, véase su obra *Glorious Appearing: The End of Days*, Tyndale House, Wheaton, Illinois, 2004, pp. 250 y 260.

5. Los comentarios de Pervez Hoodbhoy sobre las pruebas nucleares paquistaníes pueden encontrarse en *Free Inquiry*, primavera de 2002.

5. *Las aseveraciones metafísicas de la religión son falsas*

1. E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage, Nueva York, 1966, p. 12 (hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., trad. de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989).

2. El comentario del padre Copleston procede de su *History of Philosophy*, vol. III, Search Press, Kent, Inglaterra, 1953 (hay trad. cast.: *Historia de la filosofía*, 2 vols., trad. de Juan Carlos García Borrón), Ariel, Barcelona, 2007, vol. 2).

6. *El argumento del diseño*

1. Sobre la evolución del ojo y por qué contradice el diseño inteligente, véase Michael Shermer, *Why Darwin Matters: The Case Against Intelligent Design*, Times Books, Nueva York, 2006, p. 17. El subrayado aparece en el original. Véase también Richard Dawkins, *Climbing Mount Improbable*, W.W. Norton, Nueva York, 1996, pp. 138-197 (hay trad. cast.: *Escalando el monte Improbable*, trad. de Joandomènec Ros, Tusquets, Barcelona, 1998).

2. Para el estudio de la «complejidad irreductible» de la Universidad de Oregón, véase Jamie T. Bridgham, Sean M. Carroll y Joseph W. Thornton, «Evolution of Hormone-Receptor Complexity by Molecular Exploitation», *Science*, 312:5.770 (7 de abril de 2006), pp. 97-101.

3. Para la cita de Stephen Jay Gould sobre los esquistos de Burgess, véase su obra *Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History*, W.W. Norton, Nueva York, 1989, p. 323 (hay trad. cast.: *La vida maravillosa: Burgess Shale y la naturaleza de la historia*, trad. de Joandomènec Ros, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 331-332).

4. Para el estudio de la Universidad de Chicago sobre el genoma humano, véase Nicholas Wade, «Still Evolving, Human Genes Tell New Story», *New York Times*, 7 de marzo de 2006.

5. La afirmación de Voltaire («Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer») procede de su artículo «À l'auteur du livre des trois imposteurs», *Epîtres*, n.° 96 (1770).

6. El comentario de Sam Harris acerca de que Jesús nació de una virgen puede encontrarse en su obra *The End of Faith: Religion, Terror, and the Future of Reason*, W.W. Norton, Nueva York, 2005 (hay trad. cast.: *El fin de la fe: la religión, el terror y el futuro de la razón*, trad. de Loreto Félix Díaz Buendía, Paradigma, Madrid, 2007).

7. *Revelación: la pesadilla del «Antiguo» Testamento*

1. Sobre los trabajos de Finkelstein y Silberman, véase Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman, *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Touchstone, Nueva York, 2002 (hay trad. cast.: *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, trad. de José Luis Gil Aristu, Siglo XXI, Madrid, 2006).

2. Sobre Sigmund Freud acerca de la incurable deficiencia de la religión, véase *The Future of an Illusion*, traducida al inglés por W.D. Robson-Scott, en edición nueva y revisada de James Strachey, Anchor, Nueva York, 1964 (hay trad cast. en: *Psicología de las masas. Más allá del principio de placer. El porvenir de una ilusión*, trad. de Luis López-Ballestero y de Torres, Alianza, Madrid, 2000).

3. La cita de Thomas Paine procede de *The Age of Reason*, en Eric Foner, ed., *Collected Writings*, Library of America, 1995.

8. *El «Nuevo» Testamento supera la maldad del «Antiguo»*

1. Sobre la valoración de H.L. Mencken del Nuevo Testamento, véase su obra *Treatise on the Gods*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997, p. 176.

2. C.S. Lewis, *Mere Christianity*, HarperCollins, Nueva York, 2001, pp. 51-52 (hay trad. cast.: *Mero cristianismo*, trad. de Verónica Fernández Muro, Rialp, Madrid, 2005, p. 68).

3. C.S. Lewis, *Mere Christianity*, p. 52. (p. 69 de la ed. española citada).

4. C.S. Lewis, *Mere Christianity*, p. 53 (p. 70 de la ed. española citada).

5. Sobre Bart Ehrman, véase su obra *Misquoting Jesus: The Story Behind Who Changed the Bible and Why*, HarperCollins, Nueva York, 2005.

9. *El Corán se nutre de los mitos judíos y cristianos*

1. Sobre por qué los musulmanes deben recitar el Corán en el árabe original, véase Ziauddin Sardar y Zafar Abbas Malik, *Introducing Mohammed*, Totem Books, 1994, p. 47.

2. La cita de Karen Armstrong procede de su obra *Islam: A Short History*, Modern Library, Nueva York, 2000, p. 10 (hay trad. cast.: *El islam*, trad. de J. Francisco Ramos, Mondadori, Barcelona, 2002).

10. *La zafiedad de los milagros y la decadencia del infierno*

1. Las anécdotas de Malcolm Muggeridge y Ken Macmillan sobre la madre Teresa aparecen en mi libro *Missionary Position: Mother Teresa in Theory and Practice*, Verso, 1995, pp. 25-26.

2. La información sobre el tumor y el restablecimiento de Monica Besra procede de Aroup Chatterjee, *Mother Teresa: The Final Verdict*, Meteor Books, Calcuta, 2003, pp. 403-406.

11. *«El sello indeleble de su bajo origen»: los corruptos comienzos de la religión*

1. La expresión «cloroformo impreso» de Mark Twain procede de su obra *Roughing It*, Signet Classics, Nueva York, 1994, p. 102 (hay trad. cast.: *La vida dura*, Lauro, Barcelona, 1944).

2. Sobre la posible utilidad de la religión para la curación de enfermedades, véase Daniel Dennett, *Breaking the Spell: Religion as a Natural Phenomenon*, Viking Adult, Nueva York, 2006.

3. Sobre *La rama dorada* (1922), de sir James Frazer, véase http://www.bartleby.com/196.

12. *Una coda: cómo terminan las religiones*

1. Para conocer la historia de Sabbatai Sevi, véase John Freely, *The Last Messiah*, Viking Penguin, Nueva York, 2001.

13. *¿Sirve la religión para que las personas se comporten mejor?*

1. La información sobre William Lloyd Garrison puede encontrarse en su carta al reverendo Samuel J. May, de 17 de julio de 1845, en Walter M. Merrill, ed., *The Letters of William Lloyd Garrison* (1973), 3:303, y en *The Liberator*, 6 de mayo de 1842.

2. La información sobre Lincoln procede de Susan Jacoby, *Freethinkers: A History of American Secularism*, Metropolitan Books, Nueva York, 2004, p. 118.

3. La justificación de la esclavitud del embajador bereber Abdrahaman aparece en mi obra *Thomas Jefferson: Author of America*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 118.

4. El material sobre el genocidio de Ruanda procede principalmente de Philip Gourevitch, *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1998, pp. 69-141 (hay trad. cast.: *Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto con nuestras familias: Historias de Ruanda*, trad. de Marita Osés, Destino, Barcelona, 1999).

14. *No existe la solución «oriental»*

1. La filosofía de «Gudo» y la declaración nichiren están extraídas del libro *Zen at War*, de Brian Victoria (Weatherhill, 1997), pp. 41 y 84, respectivamente; las proclamas de guerra budistas japonesas proceden de las pp. 86-87.

16. *¿Es la religión una modalidad de abuso de menores?*

1. Mary McCarthy, *Memories of a Catholic Girlhood*, Hartcourt, Nueva York, 1946 (hay trad. cast.: *Memorias de una joven católica*, trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 2001).

2. El modelo de «destrucción creativa» de Joseph Schumpeter puede encontrarse en su obra *Capitalism, Socialism, and Democracy*, George Allen & Unwin, Londres, 1976, pp. 81-86 (hay trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, trad. de José Díaz García, Folio, Barcelona, 1996).

3. Sobre las opiniones de Maimónides acerca de la circuncisión, véase Leonard B. Glick, *Marked in Your Flesh: Circumcision from Ancient Judea to Modern America*, Oxford University Press, Nueva York, 2005, pp. 64-66 (la cursiva es mía).

17. *Adelantarse a una objeción: el «ataque» desesperado contra el laicismo*

1. Sobre el respaldo del Vaticano a la Alemania nazi, véase John Cornwell, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, Viking Adult, Nueva York, 1999 (hay trad. cast.: *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, trad. de Juan María Madariaga, Planeta, Barcelona, 2006).

2. Sobre la tergiversación de las palabras de Einstein, véase William Waterhouse, «Misquoting Einstein», *Skeptic*, vol. 12, n.º 3, pp. 60-61.

3. Sobre el darwinismo social de H.L. Mencken, véase su obra *Treatise on the Gods*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997, p. 176.

4. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. de Guillermo Solana, Alianza, Madrid, 2006).

18. *Una tradición superior: la resistencia de la razón*

1. La afirmación de Einstein sobre el «dios de Spinoza» puede encontrarse en Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 447. Véase también Ronald W. Clark, *Einstein: The Life and Times*, Avon, Nueva York, 1984, p. 502.

2. La cita de Heinrich Heine puede encontrarse en Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 376. Véase también la cita que se hace de Heine en la introducción de Joseph Ratner

a *The Philosophy of Spinoza: Selections from His Works*, Modern Library, Nueva York, 1927.

3. La información sobre Pierre Bayle puede encontrarse en Ruth Whelan, «Bayle, Pierre», en Tom Flynn, ed., *The New Encyclopedia of Unbelief*, Prometheus Books, Amherst, Nueva York, 2006.

4. La cita de Matteo de Vincenti procede de Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, HarperCollins, Nueva York, 2003, p. 287. Véase también Nicholas Davidson, «Unbelief and Atheism in Italy, 1500-1700», en Michael Hunter y David Wootton, eds., *Atheism from the Reformation to the Enlightenment*, Clarendon, Oxford, Reino Unido, 1992, p. 63.

5. La cita de Benjamin Franklin sobre el pararrayos puede encontrarse en *The Autobiography and Other Writings*, Penguin, Nueva York, 1986, p. 213 (hay trad. cast.: *Autobiografía y otros escritos*, trad. de Luis López Guerra, Editora Nacional, Madrid, 1982, p. 309).

6. La cita de Hume puede encontrarse en Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, p. 351.

7. La información sobre Paine y sus opiniones religiosas procede de Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, pp. 356-357.

8. La cita puede encontrarse en Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, p. 447. Véase también Helen Dukas y Banesh Hoffman, eds., *Albert Einstein, the Human Side: New Glimpses from His Archives*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1979, p. 43.

9. La cita puede encontrarse en Jennifer Michael Hecht, *Doubt: A History*, p. 447. Véase también Dukas y Hoffman, *Albert Einstein, the Human Side*, p. 39.

19. *En conclusión: la necesidad de una nueva Ilustración*

1. Para la cita de Robert Lowell, véase Walter Kirn, «The Passion of Robert Lowell», *New York Times*, 26 de junio de 2005, http://www.nytimes.com/2005/06/26/books/review/26KIRNL.html.

Índice alfabético

ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO
EN LOS TALLERES DE
NOVAGRAFIK, S. L.
MONTCADA I REIXAC
(BARCELONA)